
SPARK
UN ROMANCE DEPORTIVO
del autor de bestsellers
AMELIA GATES
CASSIE LOVE



SPARK

xoxo

ÍNDICE

Prólogo: Cherry

1. Cherry
2. Cherry
3. Cherry
4. Spark
5. Spark
6. Cherry
7. Cherry
8. Cherry
9. Spark
10. Spark
11. Cherry
12. Cherry
13. Spark
14. Cherry
15. Cherry
16. Spark
17. Cherry
18. Spark
19. Cherry
20. Cherry
21. Spark
22. Cherry
23. Cherry
24. Cherry
25. Spark
26. Spark
27. Spark
28. Cherry
29. Spark
30. Cherry
31. Cherry
32. Spark
33. Cherry
34. Cherry

Manten el contacto

PRÓLOGO: CHERRY

Lunes de Pascua, 2010

La mansión Harris suele abrumar a cualquiera que traspase la puerta principal. Llevo dos años viniendo aquí y todavía no me acostumbro a lo grande que es este sitio, ni a la cantidad de dinero que se puede meter entre sus paredes en forma de tapices caros, muebles y estatuas d'art de lujo, como los llama mamá. Los llamaba.

Todavía me estoy acostumbrando a su ausencia.

Subiendo por el camino principal de piedra que conduce a la mansión Harris, me detengo un momento para respirar hondo y oler los gigantescos rosales que adornan el jardín delantero. Me han dicho que la señora Harris pasa mucho tiempo aquí. Spark dice que así se mantiene sobria durante el día. Es por la noche cuando su alma se pierde y acaba asaltando la bodega. Cada centímetro del jardín está cuidadosamente cuidado. Me gustaría que Spark le diera un respiro a su madre. Ya tiene veinte años. Debería ser más consciente de lo que tiene. Odiaría que la perdiera como yo perdí a la mía, y que luego se arrepintiera de tratarla como lo hace.

El dolor nunca desaparecerá. Lo sé. Vivo con ello todos los días, y mi madre era mi mejor amiga. Nunca hubo roces entre nosotras, sobre todo después de que papá se fuera.

—Buenos días, señorita Bensen —dice una de las criadas, con una sonrisa tensa formándose en sus labios mientras me abre la puerta principal—. No la esperábamos hoy.

—Oh, lo siento. Es que he hecho un par de tartas para la Feria de Primavera y quería traerle una a Spark. Sé que le encanta la de cereza. —le digo mostrándole la caja con la tarta. Desprende un olor tentador que nos cosquillea la nariz a la criada y a mí. Ojalá pudiera recordar su nombre. El señor Harris nunca las tiene por aquí más de unos meses, y no entiendo muy bien por qué—. Nunca me perdonaría si llevara este pastel a la Feria de Primavera sin darle uno a él también.

—Ya veo. Bueno, puedo entregarle yo la tarta, si quiere.

—No, está bien, lo haré yo misma, no te preocupes.

—Señorita Bensen, por favor. — Su voz ha bajado un par de decibelios, incitándome a detenerme en la puerta para poder girarme a mirarla. Parece tan... avergonzada e incómoda. No entiendo qué sucede.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Señorita Bensen, por favor, déjeme a mí la tarta. Debería ir a la feria ahora, antes de que empeore el tiempo. He visto que ya se están acumulando algunas nubes.

Me río con sequedad.

—Es primavera en Glasgow. Claro que va a llover.

—El Sr. Spark está ocupado.

—No, está en casa —le digo, entrecerrando los ojos—. Ni siquiera es día de partido. Nos estuvimos mensajeando ayer, hoy no iba a hacer nada.

Estoy a punto de entrar cuando la criada me coge suavemente por el codo y me echa hacia atrás.

—Sé por mis otras compañeras que no debo comentar lo que veo por la casa, sobre todo porque aún soy nueva aquí. —Me doy cuenta de que tiene la nariz salpicada de pecas pelirrojas —. Pero me cae bien, señorita Bensen, y también sé que usted y el señorito son pareja desde hace bastante tiempo.

—Sí, desde hace dos años. Ha sido mi apoyo incondicional, especialmente en el último mes.

—Y también es tonto con ganas cuando quiere, eso seguro —refunfuña por lo bajo, mirando a su alrededor con ojos grises y nerviosos—. Señorita Bensen, el señor está arriba y está haciendo algo muy estúpido. Preferiría que no lo viera. Así que, de nuevo se lo pido, déjeme llevarle yo la tarta, y puede fijar una cita para otro día, tal vez.

Sintiéndome molesta e intrigada, me abro paso ignorando por completo las súplicas de la criada.

—A la mierda —murmuro, con la sangre ya hirviéndome.

—¡Señorita, no lo haga! —grita la criada, pero no me sigue al interior.

Sólo oigo su pesado suspiro mientras subo las escaleras. La mansión en sí es espectacular: ébano lacado, perlas que cuelgan de la lámpara de araña y jarrones de cristal de bohemia por todas partes. La burguesía francesa estaría perfectamente feliz y cómoda aquí mismo. Al menos el clan Harris no se ha excedido con los toques dorados. Habría resulta exagerado. Pero es eso de que Spark está haciendo algo estúpido lo que acapara toda mi atención.

Ya había oído rumores antes, incluso de parte de su propio equipo, pero nunca le di más de un minuto de importancia durante el último año, sobre todo desde que murió mi madre. Spark ha estado ahí para mí, en cuerpo y alma, y no he tenido ningún motivo real para sospechar nada.

Su dormitorio es el primero a la derecha en el pasillo del primer piso. Paso zumbando al lado de uno de los mayordomos antes de que pueda detenerme y piso el freno justo delante de la puerta de Spark, escuchando con atención. Se me revuelve el estómago cuando la oigo.

—¡Oh, sí, cariño, justo ahí!

—Mhm, tú sí que sabes cómo ponerme a punto —dice una segunda mujer.

Madre mía. Despacio, abro la puerta solo un centímetro para poder ver lo que he oído que pasa en mi ausencia. Se me agolpan las náuseas al fondo de la garganta y siento la bilis en la punta de la lengua cuando veo a Spark de espaldas, en su cama, con las pantorrillas colgando por

el borde y los vaqueros remangados hasta los tobillos. Una pelirroja curvilínea lo está cabalgando, con cuentas de colores bailando alrededor de su esbelto cuello mientras lo penetra, una y otra vez. Una morena tiene las piernas abiertas y el coño pegado a su cara, y él... se lo está poniendo a punto.

Sólo alcanzo a ver cómo mueve la barbilla antes de no poder soportarlo más.

Doy un paso atrás, me las arreglo para dejar la tarta en la mesa auxiliar decorativa más cercana y vuelvo a bajar las escaleras. Empiezo a sudar frío y me agarro a la barandilla de mármol esculpido mientras trato de llegar a la planta baja sin caerme en mil pedazos. Este es el hombre con el que llevo dos años. Somos amigos desde el instituto. Llevamos mucho tiempo enamorados, pero no fue hasta el baile de graduación que por fin llevamos nuestra relación al siguiente nivel.

Spark... Spark y yo estábamos hechos el uno para el otro.

Física, emocional y espiritualmente. Los dos estábamos ahí, siempre. Sabíamos darnos espacio, sabíamos ofrecernos consuelo y, a veces, un hombro sobre el que llorar. Y la química entre nosotros ha sido nada menos que intensa. Una punzada de dolor me recorre el torso cuando llego a la puerta principal, donde la ruborizada criada sigue esperando, callada y consternada por mi propia terquedad. Sí, debería haberle dado a ella la maldita tarta.

—Cherry. —La voz del Sr. Harris me hace mirar hacia atrás. Viene del salón de la planta baja con una sonrisa seca y petulante en la cara—. Creo que a estas alturas ya comprendes la realidad de tu situación.

—Tú planeaste esto, ¿verdad? —respondo, incapaz de ocultar mi desprecio por este hombre. Desde el momento en que lo he visto, supe que estaba involucrado.

—Me tienes en demasiada alta estima, Cherry —dice—. La verdad es que eres demasiado buena para mi hijo. Ya lo he dicho antes, y lo diré hasta que me muera. Es mejor que mantengas las distancias. —Señala la zona de arriba—. Ese es quien es de verdad.

—En eso le has convertido tú —siseo y salgo por la puerta.

La rabia se entremezcla con la pena cuando prácticamente vuelo por el jardín y atravieso las puertas. Al doblar la esquina ya estoy llorando desconsoladamente. Hoy he perdido todo lo que me mantenía a flote, así que mis únicas opciones son ahogarme o aprender a nadar y sobrevivir. Porque esto es todo. Este es el final para Spark y para mí. No necesito saber por qué he visto lo que he visto. Nunca debió suceder.

No tiene explicación.

Me ha engañado. Y yo le he dado dos años de mi vida pensando que iríamos juntos a alguna parte. Que creceríamos juntos. Que nuestro amor nunca tendría fin.

Incapaz de quitarme de la cabeza el contoneo de las caderas de esa pelirroja, dejo que las lágrimas fluyan y sucumbo a la agonía mientras busco un rincón apartado para simplemente... echarme a llorar. La parada del autobús está vacía a estas horas. Es festivo.

—Spark, hijo de puta. Te lo he dado todo.

UNO

CHERRY

Diez años después

La pista de hockey Joe Hall se alza en todo su esplendor de cristal y acero, o eso pretendía el arquitecto que construyó una estructura brutalista a orillas del río Clyde, con vistas al Science Center. Solía ser un enorme aparcamiento hasta hace diez años, cuando el ayuntamiento decidió que era hora de invertir en la creciente afición de la ciudad por el hockey. Hay otro en Dumbreck, pero éste es mucho más accesible al gran público. La bonanza del hockey en Escocia empezó cuando se separaron del Reino Unido hace unos veinte años y empezaron a invertir en sus propios deportistas. Sacaron a los que tenían de la selección británica y se forraron de patrocinadores casi de la noche a la mañana. El mundo no ha vuelto a ser el mismo desde entonces, y todavía me desconcierta su rápido ascenso. La pista de hockey Joe Hall, que lleva el nombre de un famoso y querido jugador de hockey, es uno de mis lugares favoritos del mundo, a pesar de ser tan espantosamente feo desde fuera.

Es el interior lo que me hace feliz aquí dentro.

Los luminosos pasillos y las salas de techos ridículamente altos para mis sesiones de rehabilitación. La cafetería es enorme y, a la vez, muy acogedora te sientes donde te sientes. Y la pista de patinaje es el lugar soñado por los campeones. Aquí se han celebrado dos copas del mundo, y los escoceses incluso se llevaron un trofeo a casa una vez. Siempre hago lo mismo. Paso unos minutos dentro del coche, justo delante del edificio, observando las líneas rectas de acero brillante que atraviesan el hormigón blanco y las gigantescas ventanas de cristal, que rompen alrededor de la enorme forma hexagonal que alberga la pista interior y todas sus instalaciones. El tejado también es de acero, como una enredadera de sombrillas planas yuxtapuestas de forma circular. Cada pieza capta un poco de luz solar y la refleja con un brillo audaz.

Nos espera un buen día, al menos en cuanto al tiempo.

En cuanto al trabajo, podría estar mejor. Por mucho que me guste este lugar, es el hogar de los Glasgow Rangers. Su propietario, Ezekiel Harris, tiene un presupuesto muy ajustado para todos los gastos relacionados con la rehabilitación que no estén incluidos en el Centro de Fisioterapia Masters de Oatlands, donde le gusta enviar a sus jugadores. Podría mudarme a

Edimburgo y que los Warriors me pagaran el doble, pero... en Glasgow tengo la oportunidad de abrir mi propia consulta. Los concejales ya me conocen. Es la financiación lo que todavía me falta. Buf...

—Sueños, sueños, sueños —murmuro, y salgo del coche.

Agradezco que haga sol a pesar del viento fresco que sopla del norte. Cojo una de las bolsas grandes que guardo en el maletero y atravieso el estrecho aparcamiento. Este sitio es una auténtica pesadilla los días en los que hay partido.

Estoy nerviosa. Ha pasado un año desde la última vez que vi a Ezekiel Harris, y fue en un ambiente de negocios. Hace aún más tiempo que no veo a su hijo. Espero no cruzarme con ninguno de los dos mientras continúo con mi carrera y con mi vida. Tomé mis decisiones hace años, y si así es como resultaron las cosas, pues... mala suerte. Al llegar a la entrada principal, me encuentro flanqueada por dos pasillos laterales marcados con una puerta exclusiva para el personal. Aún no hay rastro del diablo. He conseguido evitarlo al venir aquí durante bastante tiempo; mi suerte aún no me ha fallado. Cruzo la recepción principal. Tiene la forma de un huevo gigantesco, y está construida al cien por cien de paneles de plástico reciclado. Del techo cuelgan luces LED y mis tacones hacen un ruido molesto a cada paso que doy sobre el suelo liso de piedra caliza. El mostrador de recepción es una losa irregular chapada con el mismo tipo de plástico reciclado y pintada en un cálido tono de blanco roto. Tiene una simplicidad minimalista que te conquista desde el momento en que entras.

—¡Señorita Bensen! —Una de las tres recepcionistas me recibe con una amplia y acogedora sonrisa.

Casi había olvidado lo brillantemente coloreados que eran sus uniformes, a diferencia de la propia recepción. Llevan los tonos coral y dorado de los Warriors enfundados alrededor de sus esbeltas figuras en un traje pantalón elegante pero femenino. Están guapísimas.

—Hacía tiempo que no te recibíamos. Espero que todo vaya bien.

—¿Qué quieres que te diga? Como ningún equipo de Escocia parece dispuesto a contratar mis servicios a tiempo completo, no me queda más remedio que seguir saltando de pista en pista y de ciudad en ciudad hasta que pégueme salga algo — respondo con una sonrisa apagada. Ella sabe bien de lo que hablo—. ¿Cómo has estado, Lindsey?

—Oh, no me puedo quejar. Acabo de volver de unas vacaciones en Ibiza.

—Déjame adivinar, estuviste de fiesta toda la noche y durmiendo durante el día.

—Y tanto. —Ríe, echando la cabeza hacia atrás para más énfasis—. ¿Y tú? ¿Has ido a algún sitio últimamente desde la última vez que te vi, o no has hecho más que trabajar, trabajar y trabajar?.

Me encojo de hombros, sintiéndome algo fuera de lugar con mi traje de chándal blanco y negro y mis zapatillas de deporte. Es una pista de hockey y me dedico a la fisioterapia con atletas; no es laclase de trabajo para el que se puede llevar falda y zapatos de tacón; pero basta con echar un vistazo a estas tres mujeres para saber que mi estilo desentona cuando estoy cerca

de ellas.

—Pues me temo que eso ha sido básicamente todo, sí. Si voy a abrir mi propia consulta, necesito los fondos.

—Ah, cierto, dijiste que querías tener tu propio local en vez de usar las instalaciones de los equipos. Vas a hacerles la competencia a esos capullos de Masters que tanta falta hace, ¿no?.

—Esperemos que sí. Cobran sumas ridículas por la mitad del trabajo que hago yo. De todos modos, Lindsey, tendrás que perdonarme por interrumpir nuestra charla, pero...

—Claro, claro, te esperan arriba, en la sala 5 —responde, comprobando brevemente la pantalla de su ordenador—. Veo que tiene tres citas para hoy, y me han dicho que puedes enviar tus facturas por correo electrónico a nuestro departamento de contabilidad hoy mismo para que puedan transferirte los fondos para el fin de semana.

No paro de mirar a mi alrededor. La asistente de Harris dijo que no había forma de toparme con... Junior, como ella lo llama, pero aun así no puedo evitarlo. Puede que este lugar sea grande, pero no lo suficiente. ¿Cuánto tiempo más voy a evitar con éxito al hombre que me destrozó en pedazos, de todos modos? Tarde o temprano, voy a tener que enfrentarme a él.

—Muy bien, gracias —digo—. Sala 5, has dicho. Eso está…

—En el primer piso. Puedes subir por las escaleras.

—Gracias, Lindsey. Hasta luego.

Sonríe, y dejo atrás el mostrador de recepción, con la tensión subiéndome hasta ejercer presión sobre mis hombros. Cuanto más tiempo pase aquí, más probabilidades tendré de encontrarme con él. Es ridículo, lo sé, me lo recuerdo a menudo, pero la ansiedad vuelve cada maldita vez que pongo un pie en este lugar. Al llegar al final de la escalera, miro arriba y abajo del amplio pasillo. No hay rastro de él. *Todavía*. Cállate, voz pesimista al fondo de mi cabeza. No te escucho.

Enderezo la espalda, respiro hondo y empiezo a caminar hacia la sala 5. La idea es que parezca que estoy como en casa, no que parezca que...

—Señorita Bensen, ¿verdad?

Me quedo congelada en el sitio. Me siento incapaz de moverme hasta que me doy cuenta de que la voz no me suena en absoluto. De acuerdo. Mantén la calma. Me doy la vuelta lentamente. Pero sí que le reconozco. Es Marcus Ashford. Jugador top de los Rangers, uno de sus mejores jugadores planeando ataques y mi primera cita para la sesión de terapia de hoy.

—¡Hola! Sí, soy yo. —Me acerco, reparo en que se encuentra delante de la puerta de la sala 5 y le tiendo la mano. Me ofrece un apretón firme pero amistoso—. Lo siento, creo que no he llegado tarde. ¿O sí?

—No, no, llego un poco temprano. Te espero dentro, si te parece bien.

—Claro, entra y ponte algo más cómodo, como le sugería al médico de tu equipo en el correo que le mandé —le respondo.

Asiente y entra. Me doy cuenta enseguida de que cojea. Un esguince de ligamentos que le ha

estado molestando durante una semana. Aparentemente, no ha mostrado signos de recuperación. Dado que faltan semanas para su próximo partido, vale la pena probar algunas de mis técnicas de rehabilitación, de lo contrario no tendrán más remedio que dejarlo en el banquillo, o eso dijo su médico en el email. En cualquier caso, estoy aquí para ayudar. Cinco minutos más tarde, me reúno con él en la sala y empezamos a hacer algunos movimientos terapéuticos mientras evalúo sus límites de flexibilidad y dolor conforme se mueve.

—¿Cómo calificarías el dolor que sientes en una escala del uno al diez, siendo diez el peor de todos, de esos que te hacen suplicar que te lleven a maldito un hospital o que te arranquen la pierna y hagan que pare? —le pregunto.

Marcus ríe suavemente. Tiene una sonrisa brillante y ojos amables. No veo ni un ápice de la agresividad del jugador de hockey que hace que este juego sea a veces tan ridículamente peligroso.

—Yo le daría un siete, la verdad —dice.

—¿Qué tal ahora? —Lo tengo boca arriba y le ayudo a empujar la rodilla hacia el pecho mientras aplico una presión moderada contra la planta del pie.

—Ah... Ocho. Ocho.

La puerta se abre cuando estoy a punto de probar otra posición en mi evaluación. Esta vez veo una cara conocida, pero una que no me asusta ni de lejos tanto como... eh, Junior.

—Perdón, hola —dice Owen Weller al entrar. Los últimos dos años no han sido buenos para él—. Es maravilloso verte de nuevo, Cherry.

—Eh, hola. ¿Cuánto tiempo ha pasado, dos años?

—Sí, más o menos —dice.

Sacudo la cabeza.

—Vaya, el tiempo vuela. No sabía que ya habías vuelto a trabajar aquí —respondo.

Marcus sonríe.

—Sí, es nuestro nuevo entrenador asistente. Estamos contentos de tenerle de vuelta, de todos modos. O sea, los que nos unimos al equipo cuando él aún era defensa, vamos.

—Ah, sí, la época dorada —broma Owen con amargura en la voz.

No quería retirarse cuando lo hizo, pero la lesión que sufrió durante aquel partido de los Falcons fue el clavo en el ataúd de su carrera deportiva. Tampoco ayudó que le dejara poco después, pero nuestra relación ya estaba muerta desde el principio. He tratado de mantener una relación amistosa entre nosotros, pero Owen no ha puesto mucho de su parte más que silencio y alguna que otra disculpa por haber contestado tarde.

—Tengo suerte de que el entrenador MacArthur viera algo en mí para este puesto, de lo contrario aún estaría en el Cullen's poniendo chupitos tequila en fila todas las noches.

Se supone que es gracioso, y consigo fingir una risita suave, como mucho. Sigue siendo incómodo, supongo. No quiero que sea así, pero Owen no es de los majos y educados, y verlo esforzarse por serlo me dice que algo quiere.

—Yo también me alegro de volver a verte, Owen —le digo—. Estaba empezando con la sesión de rehabilitación de Marcus, pero podemos ponernos al día más tarde, si quieres.

—Sólo he venido para presentarme oficialmente. El médico del equipo quiere que me ponga en contacto contigo para las sesiones de fisioterapia de los jugadores a partir de ahora. Está muy ocupado —responde Owen.

El Dr. MacPhee no está muy ocupado, sólo está enfadado porque yo conseguí el contrato con el equipo y no sus compañeros de la clínica Masters. Esa es la parte positiva del libre mercado, supongo. Puedo apañármelas para abrirme camino y sobrevivir sin operar desde una gran clínica de lujo.

—Genial —digo, tratando de sonar lo más optimista posible dadas las circunstancias—. Estoy muy contigo de trabajar contigo en esto, Owen.

Sólo ahora me fijo en la joven que está detrás de él. La miro con incredulidad. ¿Cómo no la he visto antes? Ha estado con nosotros todo el tiempo. Owen se da cuenta de mi confusión, entra en la sala y despeja la puerta, dejando ver a la joven menuda con una falda lápiz gris ajustada y una chaqueta a juego.

—Lo siento, esta es Melissa, mi asistente personal —dice y una de sus manos se apoya en la cadera de ella.

Me dedica una sonrisa incómoda, sujetando con ambas manos una PDA.

—Encantada de conocerla, señorita Bensen.

—Lo mismo digo —respondo, y vuelvo a mirar a Owen—. Tú también tienes una asistente personal. Los pros del trabajo, ¿eh?

—Es toda una superestrella. —Se ríe entre dientes, clavándole los dedos en la cadera. No sé por qué, pero no me gusta. A mí me incomodaría, pero Melissa actúa como si nada—. Es nueva en el equipo, pero ya se está consolidando como una de las mejores del departamento ejecutivo.

—Me alegra oírlo —digo, intercambiando una rápida mirada con Marcus—. Escucha, es estupendo que estemos todos en la misma onda y es un placer para mí estar aquí y trabajar con vosotros y conocer a todo el mundo....

—Pero necesitas que nos larguemos para poder hacer tu trabajo. —Ríe Owen.

Por un momento, recuerdo lo que me atrajo de él en primer lugar. Nunca fue su corpulenta figura musculosa, ni su pelo negro rizado, ni sus ardientes ojos marrones, aunque la mayoría de las chicas suelen enamorarse de ellos ante todo. Pero tiene una manera de quitarle importancia a las cosas, de encontrar motivos para reír y mirar hacia delante, independientemente de en qué momento de su vida se encuentre. Hace dos años, Owen prácticamente lo perdió todo, y aun así pudo sonreír y seguir adelante como si la vida no estuviese más que empezando. Bueno, claro, esta lo de su humor autodespreciativo sobre lo de beber hasta perder el conocimiento, pero esa es la cuestión. Owen siempre se levanta y sigue adelante. En este juego de la vida, él es un guerrero. Creo que eso es lo que le hace tan interesante.

Por desgracia, nunca fue suficiente, sobre todo porque mi corazón seguía sangrando por el

imbécil que le precedió.

—Disculpa la intromisión —dice Melissa—. Te enviaré un correo electrónico de presentación para futuras referencias, si no te importa. Te ayudaré a ponerte en contacto con todas las personas adecuadas del equipo, especialmente con Owen.

—Fantástico —le respondo, viéndola marcharse.

—Hasta luego. Quizá vayamos a tomar algo este fin de semana —dice Owen, deteniéndose brevemente en la puerta de nuevo.

Sabe que nunca va a pasar. ¿Por qué lo sigue intentando? Supongo que no hace daño. Cuando ha pasado el tiempo suficiente, uno puede volver a intentarlo, claro. Le ofrezco una sonrisa plana que debería decirle todo lo que necesita saber y que acompaño con un:

—Consultaré mi agenda y ya te diré.

—Por supuesto. —Justo cuando está a punto de irse, mi peor pesadilla finalmente decide materializarse. Owen choca con Spark Harris, que está a punto de entrar—. Lo siento, colega. Ah... eres tú.

Es él.

Spark Harris. Una vez lo llamé el amor de mi vida. Esas son palabras que nunca podré retirar. Me duele el corazón con solo verlo de nuevo. Tiene buen aspecto, a pesar de los rumores que he oído sobre él. La lesión de rodilla. Las pastillas. La bebida. Sin embargo, no veo nada de eso en su hermoso rostro. Sus anchos hombros prácticamente bloquean la puerta al completo. También es alto. Más alto que Owen. Su pelo corto es un tanto más oscuro que el rubio arena que recuerdo, pero sus ojos verdes me atraviesan con dolorosa precisión.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —me pregunta Spark .

Su padre es el dueño del equipo de hockey que contrató mis servicios. Podría mandarlo a la mierda, pero necesito el dinero. Necesito hasta el último centavo que pueda conseguir.

—Spark. Ha pasado mucho tiempo —le respondo con calma, manteniendo la compostura.

—Había olvidado que os conocíais —murmura Marcus. Casi me había olvidado por completo del pobre chico. Ha sido tan amable y considerado hasta ahora—. Eh, Spark, lo siento, pero creo que llegas temprano.

—Eso no importa —responde Spark, con el ceño fruncido y enfadado—. Responde a mi pregunta.

—Eh, calma —interrumpe Owen, tratando de ser el caballero de la sala. Spark le ignora y pasa de largo, y de repente la habitación se llena de su poderosa e inflexible personalidad. Tengo que echar mano de todas mis fuerzas para no encogerme como un gusanito. Tiene una forma de imponerse ante los demás, como si fuera un titán por derecho propio.

—Supongo que así es como va a ir la cosa, entonces —murmuro. No pasa nada. Me mentalicé para esto. Sabía que acabaría ocurriendo. Mi camino y el de Spark estaban destinados a cruzarse de nuevo.

DOS

CHERRY

Spark sigue mirándome como si hubiera atropellado a su perro con el coche.

Lo único que hice fue dejarlo cuando me di cuenta de que me rompería el corazón y me haría una desgraciada. No puedo ni quiero cambiar a un hombre. Ni siquiera quería intentarlo, así que cuando las señales de alarma comenzaron a sonar durante la universidad, di unos pasos atrás y... bueno, lo dejé. Tal vez debí haber hecho más, tal vez debí haberle ofrecido un final apropiado a nuestra relación, pero él nunca vino a buscarme. No parecía importarle, así que ¿para qué molestarse?

Sin embargo, todos los encuentros que hemos tenido desde entonces, por cortos que hayan sido, han sido un puto desastre.

—Compruebo la agenda y las reservas que tengo aquí una y otra vez siempre que Lindsey me las envía —digo, notando el temblor en mi propia voz antes de aclararme la garganta—. He hecho todo lo posible para no tener que trabajar con usted, señor Harris. Pensé que el médico del equipo le enviaría a la clínica Masters.

—El Dr. MacPhee dijo que podía hacer mi terapia aquí durante unos meses. Hay demasiados paparazzi rondando la clínica últimamente —responde Spark, con el ceño permanentemente fruncido entre las cejas. Intenta parecer enfadado, pero no creo que lo esté. Lo cierto es que no. Hay cierta suavidad en su voz de la que dudo que sea consciente—. ¿Por qué iba a permitir papá que aceptaras el trabajo? Sabe que tú...

—Será mejor que elijas tus próximas palabras con cuidado —le advierto—. Soy una de los mejores fisioterapeutas de rehabilitación de la ciudad, y todo tu equipo lo sabe. Puedes trabajar conmigo o buscarte a otro. Cualquiera de las dos opciones me parece bien, pero ahora mismo llegas pronto, y aún me queda media sesión con Marcus, aquí presente, que no se merece que le metan en nada de... no sé, lo que quiera sea esto.

—No pasa nada, señorita Bensen —dice Marcus, esforzándose por no sonreír. Supongo que el drama de otras parejas puede parecer divertido desde fuera—. Podemos cambiar la cita para mañana, si quieres. Aquí ya somos muchos. Estoy seguro de que el doctor MacPhee lo aprobará si se lo pido.

Spark asiente de acuerdo.

—Lo siento, tío. No miré la hora.

—No pasa nada —responde Marcus y se levanta con movimientos suaves mientras vuelve a ponerse los calcetines.

No cabe duda de que la lesión que sufrió se encuentra en fase de recuperación, pero a menos que consiga que aumente ciertos rangos de movimiento, los tendones no conservarán suficiente elasticidad para un rendimiento atlético completo. Es demasiado joven para retirarse, incluso de un deporte tan violento como el hockey.

—Iré a pillar algo de comer. Ya nos vemos luego en el entrenamiento.

Le da la mano a Spark, me guiña un ojo y sale, dejando a Owen en la puerta y a Melissa todavía esperando cerca, en el pasillo.

—No me pasaré contigo, lo prometo —responde Spark, y luego se centra en mí—. No voy a hacer la rehabilitación contigo. De hecho, me aseguraré de que no vuelvas por aquí.

—No seas ridículo. Llevo bastante tiempo trabajando con los Rangers. Que nos hayamos cruzado ahora no significa nada. Tú sigue tu camino, y yo hablaré con Lindsey para asegurarme de que no tengamos que vernos nunca más. No hay problema.

Owen nos interrumpe.

—Oye, Spark. Déjalo ya, colega. Cualquier problema personal que tengas se queda fuera de la pista.

—¿Es que te he dirigido siquiera la palabra hoy, Owen? —responde Spark.

—Yo soy el que es entrenador asistente aquí. ¡No me hagas sentarte en el banquillo por tu puñetera actitud!

—¿O qué? ¿Te vas a chivar de mí?

No puedo evitar resoplar.

—No me extraña que tu carrera esté en la mierda.

—¿Perdona? —Echa la cabeza hacia atrás con los ojos verdes encendidos.

Sé que si le muestro miedo, seguirá con lo que está haciendo y empeorará las cosas. Spark siempre ha tenido mal genio y también ha sido bastante malcriado. Me gustaba eso de él. Es el tipo de pasión que lleva consigo a la pista, por eso ha sido tan valioso para los Rangers y por eso mismo es probable que pase a la historia como uno de los mejores jugadores que ha tenido Escocia.

—Cherry, te recordaba más inteligente.

—Y yo no recordaba que fueras tan abusón —respondo.

—¿Con quién, con Owen? —se burla Spark , apoyando las manos con despreocupación en las caderas—. No es mi culpa que tenga las bolas tan hinchadas como efecto secundario de su nuevo nombramiento.

La mirada de Owen podría matar, pero sabe que no puede tocar a Spark. Nunca podría. Mientras su padre dirija el espectáculo, Spark es prácticamente intocable, y Owen se enceuntra impotente.

—Por el amor de Dios, Spark. Muestra algo de respeto, al menos. No estoy pidiendo mucho. Solíamos jugar en el mismo equipo, ¿recuerdas?

—Sí. Y en vez de aceptar la oferta de jubilación que te ofrecieron los Rangers, decidiste quedarte y ascender hasta el puesto de entrenador. —Dirige una mirada estrecha a Owen—. ¡Pero sabes que Joel no se va a rendir sin luchar!

Ah, ahí está. La ancestral competición entre machos de una misma manada humana. Los jóvenes pasan por los engranajes de la guerra o del deporte, en este caso. Los muelen hasta que no pueden luchar más y entonces se les da dos simples opciones. Pueden retirarse en su gloria atlética e irse a otro pastizal a morir, o pueden tomar el relevo de los mayores. En este caso, estamos hablando del puesto de entrenador principal, un puesto muy codiciado, publicitado y ridículamente bien pagado. En cierto sentido, quien dirige el equipo determina todo su futuro.

Owen resultó ser un tipo ambicioso, pero tiene dos enormes obstáculos por delante. Como acaba de señalar Spark, Joel MacArthur sigue siendo el entrenador del Glasgow Rangers, y no ha dado señales ni motivos para retirarse. En segundo lugar, Spark es básicamente el próximo entrenador que tomará el relevo de Joel cuando le llegue el día de jubilarse. Sé que Ezekiel Harris ya ha hecho las cuentas. Por eso hizo que Spark realizara multitud de cursos y másteres además de la carrera. Ha estado preparando al chico para ser entrenador desde antes de que se convirtiera en jugador profesional.

—Crees que puedes pisotear a la gente porque tu padre es el dueño del equipo —declara Owen con los labios torcidos por el disgusto. Ya he visto esta faceta suya antes, y en parte por eso me alejé de él. No es una impresión agradable. Como dijo una vez Maya Angelou, cuando la gente te muestra quiénes son en realidad, créetelos—. Pero todo el mundo sabe que no eres más que un puto follonero que el equipo se ve obligado a arrastrar porque al viejo le faltan cojones para echarte a la calle, como te mereces.

Spark sonríe y un músculo se le contrae en la mandíbula.

—Todavía sigues coladito por ella, ya veo.

Los ojos de Owen se desvían hacia mí y la sonrisa de Sparks se endurece. Ay, por favor, no.

—Oye, a mí déjame fuera de lo que demonios sea esto —respondo, y empiezo a meter mis bártulos en el bolso de trabajo—. Y, ¿sabes qué?, olvida cualquier otra cita que pudiera tener para hoy. Owen, me pondré en contacto con el doctor MacPhee y las chicas de recepción para cambiar la cita, pero sólo cuando esté confirmado que no volveré a tratar con esta escoria.

—¿Escoria? —Spark levanta una ceja.

Sacudo lentamente la cabeza.

—Estás tan ensimismado que ni siquiera te das cuenta del alboroto que has causado. Es vergonzoso, de verdad, pero habla fielmente de quien eres.

—Cherry, lárgate de una puta vez y no esperes volver pronto —responde Spark, cruzándose de brazos mientras se apoya en la camilla de masajes—. Glasgow está lleno de fisioterapeutas. Seguro que encontramos uno que te sustituya.

—No lo harás. —La voz de Joel MacArthur retumba en la sala, haciendo que todos guarden silencio.

Veo a una Melissa congelada y torpe que sigue esperando en el pasillo. No deja de mirar a Owen y veo que está preocupada... o algo peor. No consigo entenderlo, pero imagino que no es divertido trabajar con él después del numerito de Spark. Todo eso desaparece cuando Joel MacArthur ocupa el centro del escenario. Todos se vuelven pequeños en comparación. Apenas puedo ver ya a Owen, e incluso Spark parece un par de centímetros más bajo, de alguna manera.

—Hola, entrenador —le digo, sonriendo con todo el calor de mi alma.

Se ríe y me abraza.

—¡Me alegro de verte, pastelito!

—¿Cómo has estado? —le pregunto mientras me suelta y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Es un hombre grande con manos grandes, pero capaz de gestos tan sutiles que resultan casi cómicos. El hombre se acerca a los sesenta, pero apenas aparenta más de cuarenta, y supongo que su herencia caribeña ha desempeñado un papel importante en ello. Joel MacArthur fue una vez jugador estrella de la selección nacional de hockey de Escocia. Ahora entrena a la nueva generación.

—No te he visto desde... vaya, he perdido la cuenta de la última vez que me pasé por tu casa.

—Lo que significa que tienes que pasarte más a menudo, Cherry. Igual así puedo ver a mi propia hija más a menudo, también —responde Joel, riendo secamente.

—Merry ha estado fuera mucho tiempo, ¿eh? —Sonrío.

Mientras tanto, Owen y Spark siguen resultando pequeños e insignificantes y nos miran como si fuéramos unos extraterrestres que han aparecido en la habitación. Joel los ignora a conciencia, mientras yo disfruto de la protección que me brinda su poderosa personalidad. Me temo que sigue siendo territorio hostil mientras Spark esté cerca, y el día ya se ha echado a perder. Necesito el dinero. Lo que no necesito es que Spark me eche a la calle.

—Vuelve de la India este fin de semana —dice Joel—, Quizá puedas venir a la cena de bienvenida y convencerla para que se quede. Tengo reclutadores haciendo cola para darle un trabajo creativo de seis cifras aquí en Glasgow. No entiendo lo de viajar, quiero decir, ¿no te aburres en algún momento?.

—No si haces lo que te gusta —respondo—. Y a Merry le encanta su trabajo actual. No le quites eso, Joel. Deja que vuelva bajo sus propios términos. Ya hemos hablado de esto antes.

Me lanza una mirada larga y comprensiva. Supongo que una parte de él también desearía que yo fuera su hija. Tal vez eso habría mantenido a Merry más cerca, no lo sé. No importa. De todos modos, cuando somos jóvenes, somos imprudentes, nos sentimos apresurados y nos invade el ansia por viajar.

—Tienes razón —concede Joel—. Las chicas de abajo me dijeron que estabas aquí. Me alegra ver que el viejo Harris entró en razón.

—Eres demasiado amable.

—Y tú sigues siendo una de las mejores fisioterapeutas de rehabilitación de Escocia. No paro de decirle que te haga una oferta permanente, pero... —Hace una pausa cuando Spark ahoga una risita seca y le lanza una mirada amarga—. Eres un absoluto imbécil, ¿lo sabías?.

Bueno, está bien ver que hay un hombre en este lugar que todavía puede pararle los pies a Spark en menos de lo que canta un gallo.

—Entrenador, eso ha sido pasarse un pco.

—Ah, ¿te creías que no había oído nada de tu discursito de mierda de antes, eh? —responde Joel—. Escúchame, chico. Te has pasado el último año hundiendo constantemente tu propia carrera y reputación. Sigues riéndote de Owen, aquí presente, pero estás a semanas de una jubilación forzosa, muchacho, a menos que te pongas las pilas.

—Eh, entrenador, yo...

—¡Baja el tono, muchacho! —gruñe Joel, y es suficiente para hacer callar a Spark definitivamente. Mientras tanto, Melissa tiene la sensatez de agarrar a Owen del brazo e invitarle a salir de la habitación. Él no duda. De todos modos, estar cerca de Spark saca lo peor de él—. No me importa de quién seas hijo. En este edificio, yo soy tu jefe, no Ezekiel Harris, ¿me oyes? Ahora mismo, soy el único amigo que te queda, y el único que sigue moviendo los hilos a tu favor. Tu padre preferiría echarte del equipo porque tu miserable comportamiento está hundiendo sus acciones.

Esto último deja a Spark sin palabras y me recuerda la horrible familia que tiene en realidad. Ezekiel Harris puede parecer astuto e inteligente, pero también es un sociópata sin corazón. Creo que Joel está diciendo la verdad. El propietario de los Rangers lanzaría a su propio hijo al vertedero si es necesario para proteger sus acciones y su reputación.

—Tampoco hace falta ser tan cruel —murmura Spark, apenas capaz siquiera de robarme una mirada.

—Estoy siendo sincero. El único que está siendo cruel de más aquí, Spark, , eres tú con la señorita Bensen, muchacho —responde Joel—. Sean cuales sean los problemas que hayáis tenido en el pasado, son personales e historia pasada. Déjalo atrás y empieza a comportarte profesionalmente, porque cuanto más difícil se lo pongas a este equipo, más fácil se lo pondrás a Zeke para que te eche.

—Entrenador...

—No. Sabes que tengo razón —dice Joel. Es media cabeza más alto que el ya titánico Spark —. Tengo entendido que tienes una sesión de terapia con la Srta. Bensen.

—La tiene, sí, pero...

—Deberías darle una oportunidad antes de descartar sus servicios. —El entrenador me corta bruscamente sin dejar de mirar a Spark—. Es hora de dejar de evitar esto. Los dos sois adultos. Espero que os comportéis como tales, y ahora mismo tú eres el único niño de la habitación.

Spark se lo piensa un momento. Sé que le queda algo de sentido común todavía. Nunca fue

un idiota, pero a veces sus propias emociones pueden con él. Yo solía ser capaz de equilibrar todo con él, pero eso era cuando estábamos juntos. Ahora sólo soy alguien que le ha hecho daño, lo cual es ridículo, ya que soy yo la que todavía tiene el corazón herido.

—De acuerdo —dice, asintiendo una vez.

—Ahí lo tenemos. Algo de cooperación por una vez. Si quieres volver al juego, Spark, éste es uno de los pasos que tendrás que dar —le recuerda Joel, y luego me dedica un guiño amistoso —. Te enviaré la invitación para la cena en cuanto vuelva Merry y confirme para el domingo, Cherry. Pero estarás en la ciudad, ¿verdad?.

—Ah, sí, ¡estoy deseando ponerme al día con todos vosotros!.

—Bien. Eso es todo, entonces. —Joel se dirige a la puerta, luego se detiene y se vuelve un momento—. Si este chico te da algún problema, llámame, Cherry, y lo pondré en su sitio.

Me río mientras se va, pero enseguida me siento incómoda.

TRES

CHERRY

Spark no dice una palabra durante lo que parece una eternidad, y apenas puedo respirar. Es la primera vez que estamos solos en una habitación en... años. Se me acelera el pulso y siento la piel tirante. Ojalá pudiera controlarlo, pero la historia entre nosotros sigue siendo cruda e hiriente. Para mi consternación, aún no me he recuperado, y es evidente que él tampoco ha superado del todo lo que pasó. Sin embargo, tenemos que seguir adelante. Tenemos que pasar página.

—Hablaré con el doctor MacPhee y le diré que pague las dos sesiones de Marcus —dice Spark, rompiendo el incómodo silencio—. La cagada de hoy y lo que quiera que arregléis para mañana. Es lo justo, teniendo en cuenta que interrumpí la sesión, que se te pague por tus esfuerzos y tu viaje hasta aquí.

—Muy considerado, gracias.

—Entonces, eh... ¿cómo hacemos esto?

Esa es la pregunta del millón de dólares.

TARDO UN POCO EN ORIENTARME. No estoy acostumbrada a estar en una situación tan incómoda en la que se supone que yo soy la adulta. La puerta está justo ahí. Podría tomar la salida fácil. Podría alegar una ofensa, y Spark no podría hacer nada al respecto, teniendo en cuenta la cantidad de testigos presentes para confirmar su comportamiento. Pero en memoria de lo que fuimos juntos, de lo que tuvimos, y en honor a mis propios logros, debería ser profesional, cortés e indulgente.

Nadie lo sabe, pero he seguido de cerca a Spark Harris y su carrera deportiva. He visto todos los partidos y le he apoyado siempre. Mi corazón se acelera cada vez que veo su cara en la pantalla. Ahora que vuelve a estar a mi alcance, siento las manos sudorosas y que el corazón se me atasca en la garganta.

—Puedes, eh, puedes sentarte en el borde de eso de ahí... gracias. —Consigo decir mientras él se posiciona con la espalda apoyada en la camilla de terapia. Lleva unos pantalones cortos negros y una camiseta blanca, y ha dejado las zapatillas en el suelo—. Guau, vaya —susurro,

viendo por fin los puntos de sutura de la cirugía que cruzan bajo su rodilla derecha. Ahí está. La lesión que casi destruye su carrera.

Lleva mucho tiempo luchando contra ello.

Spark intenta encogerse de hombros.

—Parece peor de lo que realmente es.

Podría estar en desacuerdo, pero me guardo ese pensamiento para mí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última operación? —pregunto en su lugar.

La información estará en su expediente, y tendré que pedirle a MacPhee que me lo envíe, puesto que ya me ha encasquetado a Spark. Si voy a encargarme de su rehabilitación a partir de ahora, tendré que dedicarme en cuerpo y alma a hacer un buen trabajo con él. Lo último que necesito es compartirlo con la clínica Masters. Ni en mil años

— ¿Cuántas cirugías fueron en total?

—Cinco en total. La última fue hace ocho meses —dice, mirándome fijamente.

—Siéntate en el borde para que pueda ver tu amplitud de movimiento —le digo.

Toma asiento, con los pies colgando a unos centímetros del suelo. Casi había olvidado lo bronceada que está su piel, incluso en la estación más fría. Spark hace la mayor parte de sus ejercicios en el parque o en su patio trasero, tomando el sol siempre que puede. No recuerdo haber visto a nadie tan comprometido con su entrenamiento ni tan resistente a las inclemencias del tiempo como él. Solíamos bromear sobre su ADN de oso, que explicaría su capacidad para nadar en el agua helada de un lago sin siquiera estornudar después. Me llaman brevemente la atención los rizos cortos y poco frecuentes de color rubio claro que cubren la mayor parte de sus muslos y pantorrillas, los músculos tonificados y perfectamente perfilados, que se agitan con cada movimiento.

—No es tan bueno —ice Spark.

—¿Qué?

—Mi rango de movimiento. No es tan bueno —responde.

Es difícil concentrarse en este momento, pero no me queda otra opción. Soy una puñetera profesional y necesito el dinero, por no mencionar que mi ego también está en el punto de mira. Spark ha metido la pata antes. Tengo una pequeña ventaja que podría usar para consolidar mi posición en el equipo. Si domo a esta bestia, tal vez Ezequiel se anime a ofrecerme un contrato más permanente. Todavía no puedo creer que me mantengan a distancia por mi pasada relación con Spark. Es ridículo.

—Puede que tengamos conceptos diferentes sobre eso —le digo—. Endereza la pierna, luego relájate y deja que yo la mueva, ¿vale?.

Asiente despacio, pero veo que la duda se instala en sus ojos verdes. Al menos, la rabia ha desaparecido de ellos. Puedo manejar la duda. La mayoría de mis pacientes las muestran durante la primera sesión. Supongo que después empiezan a confiar en mí.

Con cuidado, le agarro el pie derecho con una mano en el talón y otra cubriendo con

delicadeza la zona cicatrizada bajo la rodilla. Tengo que sentir los movimientos por debajo mientras bajo y subo la pierna lentamente, prestando atención constante a lo que ocurre debajo de la rodilla. Sin embargo, una vez que llego a los movimientos laterales, detecto inmediatamente algunas dificultades e incluso dolor, a juzgar por el sutil estremecimiento de Spark.

—Eso no te gusta —le digo.

—Hace clic y además duele de cojones.

—¿En una escala del uno al diez?

—Nueve.

—Joder. Bien, hagamos un movimiento más amplio y circular y veamos cómo funcionan los ligamentos a partir de ahí —le digo a Spark, y noto cómo se pone rígido inmediatamente entre mis manos.

—¡Ah! —grita cuando apenas lo muevo un par de centímetros. Una fracción de segundo después, me empuja y maldice en voz baja—. Joder.

Estoy acostumbrado a esto. Es evidente que él no.

—Está bien, Spark.

—No está bien, joder. No estoy progresando.

—Nunca volverás a rendir como antes de la lesión —le respondo—. Sin embargo, estamos intentando que vuelvas a estar en forma. Simplemente no estarás al 100%.

—Sí, ya lo sé —refunfuña.

Intento tocarle de nuevo, pero me aparta la mano. No es fácil mantener la calma con Spark, lo reconozco. Es difícil estar cerca de él.

—Intento ayudarte —suspiro profundamente.

—No necesito tu puta ayuda.

Ni siquiera puede mirarme a los ojos. Está lidiando con algo mucho más profundo y me temo que nadie ha tenido el sentido ni la sensibilidad de hablarle de ello. Le tiendo la mano, pero la retiro antes de que pueda volver a apartarla.

—Vale. —Respira hondo, Cherry—. Esto hoy no va a funcionar. Así no.

—¿Eh? —Me mira confuso, como si apenas me escuchara.

—No estás en el estado de ánimo adecuado para esto, y no tiene sentido presionarlo más. Me pondré en contacto con MacPhee y cambiaremos la cita. Deberíamos dar por concluida nuestra sesión.

Cojo mi equipo y me dirijo a la puerta con las mejillas al rojo vivo. Oigo sus suspiros cuando salgo, pero no me sigue, así que mantengo el ritmo y pongo la mayor distancia posible entre nosotros. Sólo cuando llego a la recepción de la planta baja me doy cuenta de lo mucho que he estado cargando desde el momento en que Spark irrumpió de nuevo en mi vida. Apenas han pasado unos minutos, y mírame. Soy un desastre tembloroso que ni siquiera encuentra las palabras adecuadas para decirle a Lindsey que necesito que cambie algunas de mis sesiones.

Cuando vuelvo al coche, estoy sollozando como una niña pequeña, con su cara aún fresca en mi mente. Vi el anhelo en su mirada. El dolor que lleva arrastrando desde hace tanto tiempo, y sé que soy responsable de parte de él; no debería sentirme culpable, él me hizo más daño a mí, pero nunca le ofrecí un final. Esperaba que fuera consciente de por qué. Lo vi. Fui testigo de las chicas que tenía encima de él. ¿Cómo es que sigue haciéndose la víctima? ¿Y por qué carajo estoy que me vuelva a hacer sentir culpable otra vez?

—¡Contrólate, joder! —Suelto un gruñido y pongo el coche en marcha.

No puedo seguir evitando esta parte de mi pasado. Eso ha quedado dolorosamente patente.

Sólo tengo que encontrar la manera de trabajar con este sentimiento y dejarlo atrás.

CUATRO

SPARK

El alcohol no hace mucho por sí solo, pero cuando se combina con los analgésicos y el alto volumen de los altavoces de la discoteca de Sharmaine, consigue mitigar la mayor parte del dolor que persiste obstinadamente en mi rodilla. También tengo coca que viene en camino. Sharmaine tiene una sala privada en la parte de atrás sólo para clientes VIP, y yo soy uno de sus principales clientes famosos. Un par de rayas del mejor producto de Terrence y estaré en el país de las maravillas antes de medianoche.

Menos mal que le pedí a mi chófer que se quedara. Espero que haya traído un libro o algo, porque vamos a estar aquí un rato. Y a juzgar por la mirada hambrienta de Viola, tiene en mente algo más que dedicarme un baile erótico.

—¿Qué te preocupa, cariñín? —me pregunta mientras sus curvas se contonean al suave ritmo de lo que supongo que es una de sus canciones favoritas. Está a escasos centímetros de mi cara, con el culo recogido y apretado en unas lentejuelas cortas y de un verde oscuro que suplica unos azotes—. Pareces un poco deprimido.

—¿Que parezco deprimido?

Estoy solo en mi mesa de la esquina, como siempre. El diseño rojo y negro del club se traga a cualquiera que lleve colores oscuros, así que apenas me ven los clientes que pasan. El brillante culo verde de Viola, en cambio, destaca y atrae algunas miradas de reojo. Sin embargo, cuando me ven, los hombres se dan codazos y se alejan de mi mesa.

Es agradable. Me gusta la sensación. Soy como un viejo león vigilando a su manada. Viola es una de las hembras más jóvenes, buscando un polvo alucinante para esta noche. Normalmente, estaría más que contento de complacerla, pero ver a Cherry hoy me ha sacado de quicio y me ha puesto del revés. Aún estoy aturdido, por eso me gustaría que Terrence llegara antes.

—Sí, estoy deprimido. Mi camello llega tarde —respondo finalmente, comprobando de nuevo mi teléfono.

—¿Quién, Terry?

Acerca su culo a mi cara con movimientos ondulantes antes de girarse y sentarse a horcajadas sobre mí, sonriendo como el diablo mientras me asfixia con sus generosos pechos. Su padre es ghanés y su madre italiana, así que la combinación resultante hace de Viola una

tentación casi imposible de rechazar. Normalmente no la rechazo. La música también sube de volumen. El juego neurótico de luces rojas y amarillas contra la oscuridad del club hace que me duelan los ojos.

Podría llevar a Viola a uno de los cuartos traseros, y nadie diría nada. Pero mi polla hoy está penalizada. Está castigada por cómo saltó al ver a Cherry de nuevo. Menos mal que llevaba mis pantalones más anchos. Qué vergüenza ha sido estar en mi propio cuerpo. Se suponía que debía superarla. Sabía que iba a venir, y siempre he hecho todo lo posible para evitarla. Sin embargo, por algún motivo hubo algún cruce de agendas y ahora...

—Sí, Terry —le respondo a Viola, luchando por mantenerme anclado en el presente.

Mi mano recorre la curva de su nalga derecha, sintiendo la suave piel contra las yemas de mis dedos. Huele a aceite de coco y manteca de karité. Es su crema hidratante favorita. Lo sé porque una vez me dejó que se la untara por todo el cuerpo, la única vez que la llevé a su casa después del trabajo y me quedé a pasar la noche. Quiere repetir. Eso es obvio. Y no puedo.

—Cariño, yo soy todo lo que necesitas ahora —ronronea Viola, se da la vuelta y se acomoda en mi regazo. Se frota contra mi entrepierna y me siento inclinado a ceder ante la tentación. Una vez más, mi cuerpo me falla.

Pero entonces vuelve la imagen de Cherry y un dolor agudo me atraviesa el corazón.

—No, necesito algo un poco más fuerte —le digo a Viola y la empujo educadamente para que se aparte de mí.

—Muy bien, compórtate así —resopla y toma asiento a mi lado.

La miro extrañado.

Ella responde encogiéndose de hombros.

—No me vas a sacar a bailar, ¿para qué molestarse? Prefiero tomar una copa. —Procediendo a servirse un trago doble de mi botella de whisky, Viola me mira de reojo—. Aun así, me darás propina. A menos que quieras que vaya a entretener a otra mesa.

—No, puedes quedarte. —Suspiro.

El alcohol hace mella en mí. Los analgésicos relajan mis músculos, y la ausencia de luz adecuada me hace sentir como si me deslizase por un túnel. Los camareros pasan por la mesa para servirme, y me oigo darles las gracias, pero es como si mi cuerpo y mi alma se hubieran convertido en dos entidades separadas. Viola me habla de una discusión que no pare de tener con su madre. Papá no está en escena y, cuando se lo menciono, Viola dice que no ve ninguna relación con la elección de su carrera. Supongo que nunca lo ven por sí mismas.

Para cuando Terrence llega, estoy un poco colocado. Más que antes, en realidad. Puedo mover toda la pierna sin que unos cuchillos me atraviesen las putas rodillas y me quemen el muslo.

—Has tardado un buen rato —murmuro mientras rebusco en los bolsillos de mis vaqueros la cartera.

—Toma, cariño —dice Viola y me la entrega—. Estaba en la mesa.

—¿En serio? Joder.

—Lo siento, tío —responde Terrence, sacando de su chaqueta de cuero un par de pequeños tubos de plástico con tapones amarillos—. Cogí un Uber y me metí en un atasco de cojones. No sé por qué. No es noche de partido.

—La cumbre del clima. —Le recuerda Viola, mientras yo intento averiguar cómo ha acabado mi cartera sobre la mesa y por qué no la había visto hasta ese momento. Mi atención vuelve rápidamente a los tubos de coca, que recojo con gusto una vez que Terrence tiene el dinero en la mano—. Esta semana hay una cumbre sobre el clima, ¿recuerdas?.

Terrence asiente emocionado.

—Ah, sí. Esos críos con sus protestas y esas cosas. Sí, sí, recuerdo que vi algo en la tele sobre eso, sí. —Hace una pausa y me mira preocupado—. ¿Estás bien, tío?

—Claro. Estoy de puta madre —respondo con una sonrisa torcida mientras la carne se me deshace en los huesos.

—Creo que ha bebido demasiado —refunfuña Viola.

—Entonces deberías ayudarle a llegar a casa —responde Terrence.

—Sigo aquí, queridos —digo con una risita seca, pero sé que debería volver con mi chófer al coche. Pensaba esnifar algo de esto en el vientre plano de Viola más tarde, pero creo que tiene razón. Puede que haya bebido demasiado.

Están hablando de algo, pero las palabras salen arrastradas y borrosas. La música también está distorsionada. Las luces rojas y verdes se arremolinan ante mí y me cuesta mantener la concentración. El concepto de sueño se convierte en una poderosa fuerza que me guía, cuando me doy cuenta de que he vuelto a perder el control. Viola lo sabe. Terrence también. No es mi primer desmayo, ni será el último.

Solía ser un maldito gladiador. El amo del hielo.

Una cuchilla de un patín a la rodilla, sin embargo, y que me den por culo, casi había terminado conmigo. Tal vez debería aceptar la derrota y asumir que en realidad sí ha terminado conmigo, pero mi propio corazón no me lo permite. No puedo reconocerlo. No puedo admitir que me han vencido. ¿Qué coño voy a hacer con mi vida si no? El hockey lo es todo para mí, y su ausencia no podría llenarse con suficientes drogas, alcohol ni coños. Todavía lo echo de menos.

—Mierda, Spark, tu padre. Yo me largo de aquí —dice Terrence.

Levanto la vista, pero ya se ha ido. Viola también se aleja, deslizando varios billetes de libra esterlina en sus bragas de lentejuelas verdes. Supongo que ha ido a por los de cien. Yo lo habría hecho si hubiera estado en su lugar. Pero no estoy solo, aunque debería estarlo. Una sombra se cierne sobre mí, tapando algunas de las luces estroboscópicas rojas y doradas.

—Maldito idiota —refunfuña mi padre, cruzado de brazos.

Está en vaqueros y camisa blanca, así que probablemente viene de un bar. Desde luego no acaba de salir de la oficina. La mirada despectiva de su rostro hace que la neblina del alcohol se

disipe de mi torrente sanguíneo. Se me pasa la borrachera más rápido de lo que me hubiera gustado. Tenía un buen y fuerte colocón hasta el punto de que ya ni siquiera necesitaba la mercancía de Terrence. El Rolex de mi padre capta un destello rojo de las luces del club lo bastante brillante como para hacerme entrecerrar los ojos y comprender que esto es real. Está ocurriendo.

—¿Qué... qué haces aquí? —pregunto, mis propias palabras cayendo en la nada de la existencia. Jesús, debería haber tomado menos whisky, toda la puta habitación da vueltas.

Veo caras conocidas. Los matones trajeados de mi padre, cuyos nombres siempre olvido. Hay un par nuevo cada mes, porque es casi imposible complacer al viejo y se cree el maldito rey de Escocia o algo así. Son más fuertes que yo, claro que sí. Ninguno se está recuperando de una operación de rodilla de hace seis meses, y ninguno tiene alcohol ni analgésicos opiáceos en su torrente sanguíneo. Como yo. Soy como masilla en sus manos.

—Soy masilla en vuestras manos. —Me río mientras me sacan del club.

—¡Cuídate! —Oigo gritar a Viola. Espero que compre algo bonito con mi propina.

—Espera, ¿dónde está mi cartera? —murmuro.

—¡La tengo yo, imbécil! —responde mi padre desde atrás.

Al levantar la vista, veo el techo del club con focos de latón que sólo se encienden fuera del horario comercial. Rápidamente se transforma en el vestíbulo negro con sus astillas de espejo, artísticamente pegadas para darme una visión fracturada de mí mismo. Joder, soy un desastre. He estado hecho un desastre desde el accidente, si es que puedo llamarlo así, pero esta noche estoy especialmente horrible. La culpa es de Cherry. No, de quien me concertó una cita con ella. Ese es a quien tengo que despedir.

—¡Doctor MacPhee, ese imbécil!

—¡No culpes a tu médico de tus propias deficiencias! —exclama mi padre mientras me meten sin contemplaciones en la parte trasera de su limusina Bentley. Al menos los asientos son cómodos y el cuero me deja la piel suave—. Esto te lo has provocado tú solito.

Me pone una botella de agua fría en la mejilla. El frío repentino me hace abrir mucho los ojos y percibir lo que me rodea. Sí, estoy fuera de mi zona de confort. El club ha desaparecido, lo hemos dejado atrás en alguna parte. Aún tengo la coca en los bolsillos, pero nadie tiene por qué saberlo. La vergüenza pronto se apodera de mí mientras mi conciencia vuelve a su sitio. Mi cabeza vuelve a ponerse al volante mientras baja la temperatura del coche.

Es la táctica favorita de mi padre para que se me pase la borrachera en un santiamén.

Este no es nuestro primer rodeo.

CINCO

SPARK

Cuando volvemos a mi casa, estoy remediando un dolor de cabeza terrible con una tercera botella de agua helada. Tengo la puerta de la nevera cargada de ellas sólo para ocasiones como ésta. Quiero que el viejo se vaya, pero se alza en medio de mi salón como si fuera el puto dueño del lugar. Sus matones esperan junto a la puerta, observándome con una mezcla de lástima y diversión. Pero sé que esto queda entre nosotros. La última vez que se filtraron imágenes de mis cogorzas en las redes sociales, mi padre requisó todos los móviles del personal de seguridad y los revisó hasta encontrar al culpable.

Estos tíos parecen más inteligentes. Saben que no vale la pena enfadar a Ezekiel Harris. El hombre ha hecho historia en la ciudad de Glasgow. La ha transformado con sus inversiones en bienes raíces y viviendas privadas, por no hablar de nuestro equipo de hockey y otros eventos deportivos. Es una de las personas más poderosas de Escocia. Nadie se mete con él. Nadie más que yo. Si eres yo, puedes cachondearte todo lo que puedas.

—Sigo sin entender por qué has tenido que sacar tiempo de tu apretada agenda para sacarme de mi local favorito. Allí soy un cliente al que tienen en muy alta estima —digo mientras me acerco a la ventana. La mayor parte de la casa está a oscuras, salvo por las luces del pasillo y la cocina, que se extienden hasta el salón. Me gusta que sea así porque de este modo tengo una vista completa y perfecta de la ciudad que se extiende a mis pies—. Y me lo estaba pasando muy bien.

—Se supone que deberías estar recuperándote —responde mi padre, inflexible y duro como una losa de granito mientras frunce el ceño en mi dirección, con los puños metidos en los bolsillos de los vaqueros—. No emborrachándote ni yéndote de putas. Aún sigues tomando analgésicos.

—Soy muy consciente de ello. Pero es justo lo que estaba haciendo allí: recuperarme.

—¿En serio te estás cachondeando?

—¿Cómo te has dado cuenta? —pregunto con inocencia.

Respira hondo. Creo que sé lo que viene, y debería estar preparado para ello, ya que no es la primera vez que lo oigo, pero es el cambio drástico en su tono lo que me hace escuchar con atención.

—He sido paciente durante más tiempo del razonable. He sido comprensivo y casi nunca he dicho ni pío. —Hace una pausa mientras yo suelto una risita seca, optando por ignorar mi interrupción—. Mientras tanto, tu deber para con tu propia carrera y tus compañeros de equipo la has dejado pudrirse a su suerte. Sí, tuviste un accidente. Sí, también te has sometido a varias operaciones. Pero eres un luchador. Yo no crié a ningún puto nenaza, ¿no es cierto?

—¿Es esta tu manera de animarme?

—No necesitas que te animen, chico. Necesitas una buena bofetada de realidad, así que así es como están las cosas, y no digas que nunca te lo advertí. Los primeros meses de recuperación eran esenciales. Perdoné mucho. Y también me hice el sueco con lo de las drogas y la bebida. Pero te has convertido en un lastre para los Glasgow Rangers, Spark. Y sabes lo que hago con los lastres, ¿verdad?

No necesita decir mucho más. Es un ultimátum, y va en serio. Lo sé por su voz. Es su voz de «esta vez no estoy de broma», y es un tono que sólo he oído cuando va totalmente en serio.

—¿Qué me intentas decir? —pregunto, luchando por ser capaz de pensar a través de este sofocante dolor de cabeza que me está derritiendo el cerebro hasta convertirlo en pudin. Además, el dolor de rodilla ha vuelto con fuerza.

—Ya me he hartado, Spark. Puede que seas mi hijo, pero los Glasgow Rangers son mi legado. Ellos dependen de un buen liderazgo, y no puedo seguir jodiendo sus vidas porque tú disfrutes tanto jodiendo la tuya. Es hora de recortar pérdidas, muchacho, y esta es la gota que rebasa el vaso .

—¿Me estás echando del equipo?

Se me hiela la sangre. Medio me lo veía venir, pero siempre en un sueño lejano. De esos de los que me pellizco para despertarme. Pero esta vez es real. Me suena el móvil. Es una llamada de mi madre. Es la última persona con la que quiero hablar ahora. Sería como hablar con mi propio espejo, y eso es un puto fracaso por mi parte. Odio... Odio tener que aceptar la dura verdad. Mi padre tiene razón. Joder. A la mierda. Que le den.

—Te doy seis meses para que te pongas putas las pilas —me dice, y por un momento siento que, a pesar de todo, puedo respirar. ¿Me está dando otra oportunidad?—. Es tu última oportunidad —añade. No jodas—. Tienes seis meses para que desintoxicarte y volver a estar en forma. La rehabilitación es opcional pero aconsejable. Fisioterapia.

—¿Hablaste con MacPhee sobre la sesión de hoy? —le pregunto, pensando inmediatamente en Cherry. Me dedica una mirada confusa e irritada. No es un buen momento para abrir esa caja de Pandora—. importada igual. Vale. desintoxicarme y fisioterapia, entendido.

—Y nada de irte de putas en público —continúa—. Te buscarás a una mujer decente y te casarás con ella. Tus índices de audiencia han caído en picado. Ya no gustas a casi ningún fan.

—Un momento, ¿qué?

—Me da igual quién sea, mientras no sea una puta protituta o una stripper —dice mi padre como si esta conversación fuera de lo másnormal—. Tenemos que influir en la opinión pública

sobre ti, de lo contrario la directiva votará en tu contra. Y sabes que llegados a ese punto no habrá mucho que yo pueda hacer.

—Joder, ¿me estás hablando en serio, papá?

A sus espaldas, junto a la puerta, los porteros intercambian miradas risueñas. Les tiraría algo a la cabeza, pero así solo le daría la razón.

—Sí, hablo en serio. Has tenido demasiadas oportunidades y las has desperdiciado todas. La reputación de nuestra familia también está recibiendo un duro golpe. Me he cansado de ir por detrás limpiando tus cagadas. Seis meses. Desintoxicación. Terapia. Matrimonio. Es todo lo que pido. Vuelve al equipo y recupera la simpatía del público que paga por verte jugar, Spark. Sé el atleta que siempre estuviste destinado a ser.

Se supone que es una especie de charla para levantarme el ánimo, pero esas nunca se le han dado bien.

Me hundo en el sofá con las luces de la ciudad parpadeando a mis espaldas. Hay tantas cosas que me gustaría decirle, pero no me sale nada más que una serie de pesados suspiros mientras sigo luchando contra el dolor de rodilla y de cabeza, por no mencionar el del corazón. Joder, lo de Cherry me ha dejado fuera de combate.

—Seis meses —murmuro.

—Seis. Ni más ni menos.

—Me lo pensaré.

—No tardes demasiado. Ya te has quedado sin tiempo —dice y se dirige a la puerta. Los matones se reúnen con él fuera, y por fin me quedo solo.

Tardo una eternidad en moverme. No es como si estuviera paralizado. Todavía puedo sentir cosas... mucho dolor, en particular. Pero no logro conseguir que mis extremidades respondan a las órdenes de mi cerebro. Un cerebro que por cabezadura he estado ahogando en analgésicos opiáceos, cocaína y licores fuertes durante los últimos seis meses. Y ahora tengo seis meses para no perder todo lo demás que he estado descuidando en mi vida.

La ironía levanta ampollas.

Pero no hay nada que pensar. Ese viejo cabrón tiene razón. Algo tiene que cambiar. Y si tengo que bailar a su son para que eso ocurra, al menos durante un tiempo hasta que levanta cabeza, que así sea.

SEIS

CHERRY

Siempre es reconfortante estar en compañía de buenos amigos. Mi amiga más íntima es Merry MacArthur, que acaba de regresar de uno de sus viajes al extranjero. La cena de bienvenida es tan colorida y bulliciosa como cualquier otra cena en su casa, sobre todo porque los hermanos de Merry, Lyle y Michael, son réplicas prepúberes de su padre.

—¡No, los Warriors se trajeron a casa la Copa del Mundo del 96, estúpido! —le ladra Lyle, de diez años, a Michael con una confianza inquebrantable.

El niño de doce años no tarda nada en replicar.

—Se llevaron la Copa de Europa del 94. Búscalo en Google. A ver quién es el tonto ahora, tonto del culo.

—Los dos sois unos tontos —les corta Joel con sorna—. Se llevaron la Copa de la Commonwealth del 96.

—¡Toma! —Merry se ríe echando la cabeza hacia atrás y procede a traer otra cesta de bollos recién sacados del horno.

La mesa está repleta de una rica variedad de alimentos, la mayoría de ellos previamente congelados y comprados en la zona libre de impuestos del aeropuerto de Nueva Delhi. La mayoría son comidas tradicionales indias que huelen maravillosamente bien y que saben aún mejor. Merry siempre hace lo mismo.

—Nunca me canso de veros discutir. A papá también le divierte. Nunca paréis, chicos. Nunca paréis.

—¿Cómo te está tratando la India, cariño? —pregunta Joel, con los ojos brillantes de afecto mientras le sirve más vino a su querida hija. Ha sido así durante unos cinco años, desde que murió la madre de Merry. Joel crió a los niños con la ayuda de su hermana Janine. Merry y yo tenemos eso en común. Ambas perdimos a nuestras madres, aunque yo perdí a la mía un poco más temprano.

—Me encanta, aunque ese calor seco acabará siendo la razón de que me vaya —dice, mientras llena su plato con más comida y baña la carne a la parrilla con una brillante salsa amarilla de cúrcuma. Supongo que esa salsa contiene cúrcuma de verdad de la buena, como suele ser lo habitual en la cocina india. Tiene una pinta fantástica—. La gente es estupenda, al menos

en la provincia donde yo me alojo.

—Aquí la gente también es agradable —refunfuña Joel.

Mientras tanto, Michael y Lyle se dedican a devorar su segunda ración de pollo al curry, sin dejar de prestar atención a su hermana, que parece brillar con luz propia en esta habitación en estos momentos. La han echado mucho de menos, pero entiendo qué es lo que la motiva a hacer lo que hace.

—Sí, pero Escocia no necesita ayuda de la ONU para brindar una educación en las zonas rurales, ¿verdad? —responde Merry, sonriendo con suavidad—. Estoy trabajando para que los niños de zonas remotas del país tengan acceso a conocimiento, a mejores oportunidades. Merece la pena hornearse viva, al menos por unos meses más.

—Vas a volver, entonces —concluye Joel.

—Dentro de una semana, sí. Pero luego, en enero, estaré aquí otra vez. Y celebraremos una Navidad y Año Nuevo atrasados.

—¿Vamos a tener de regalo unos gemelos otra vez? —pregunta Lyle con la boca llena.

—Están anunciando unos muy elegantes de Marks & Spencer —dice Michael—. ¿Pueden ser esos?

—Pueden ser los que queráis, siempre que no los amontonéis debajo de la cama como el año pasado. Te estoy mirando a ti, Lyle —dice Merry, sacándole una carcajada a su padre.

Siempre dejo mis preocupaciones aparcadas en la puerta cuando estoy con ellos. Cuando murió mamá, me acogieron como a una más. Cada cena de domingo, cada graduación o función escolar o cualquier juego en el que participaran los chicos, Joel se aseguraba de que Merry y yo los acompañáramos. Se hizo más difícil reunirnos juntos después de que cada una se graduara de su carrera. Resultó aún más difícil hace cinco años, cuando murió la Sra. MacArthur. Pero las cenas como ésta siguen siendo maravillosas, a pesar de lo escasas que se han vuelto.

Joel conoce la mayor parte de mi historia, incluyendo mi relación pasada con Spark. No se habría entrometido hoy, pero su honor se lo exigía. Piensa en mí como en su segunda hija, y Spark era lo bastante impulsivo como para pasarse con esa actitud suya de mierda. Buf. Aquí llega él de vuelta para atormentarme, aunque hayan pasado días desde dicho encuentro.

—Eh, tú. Pillemos más vino y vámonos a la piscina —dice Merry una vez que la mayor parte de la comida sobrante se ha retirado de la mesa—. Ya se encarga papá del postre.

—¿En serio? —Levanto una ceja en dirección al entrenador entrado en años.

—No puedes decir que has vivido hasta que no has probado mis crepes de mermelada de naranja, y lo sabes —dice Joel.

—Pero sí que las he probado. Cada vez que las has hecho. Desde que tenía... quince años, creo.

—¡Y las vas a probar de nuevo, muchacha! —ladra.

Merry y yo nos reímos mientras cogemos una botella de Chardonnay afrutado y dos copas y nos dirigimos a la piscina exterior. Hay una estufa encendida y mantas en las tumbonas por si las

necesitamos. Es una perezosa tarde de domingo y el olor a hojas de otoño quemadas perdura en el aire. La vista desde el patio de Merry da principalmente a unos árboles bajo un cielo azul intenso. A mí me gusta. Me hace sentir diminuta y escondida del resto del mundo mientras nos acomodamos y empezamos a bajarnos la botella de vino.

—Papá me ha contado lo del... incidente —dice Merry—. Tampoco escatimó en detalles, el viejo chismoso. ¿Cómo lo estás llevando, Cherry?

—No estoy segura, la verdad. Siempre llego allí con el corazón en un puño, rezando para no encontrarme nunca con él, y normalmente no pasa nada. Pero se me acabó la suerte y no estaba preparada para ello.

—Todavía deben de quedar cenizas entre los dos si no podéis superar el pasado.

—Eso no es verdad. Hace años que dejé atrás a Spark Harris. Es él quien aún guarda un rencor infantil —respondo, vaciando mi copa. En silencio, Merry me la rellena—. Me hizo mucho daño. Nunca me llegue a enfrentar a él por eso, pero debería haberse dado cuenta. Debería haber sabido perfectamente por qué lo estaba mandando a paseo. Es una estupidez que se esté actuando así incluso ahora, después de hayan pasado años. Es absurdo.

—Creo que lo absurdo aquí es que digas que ya no te importa.

—Nunca he dicho eso. He dicho que lo dejé atrás. La relación entre nosotros, quiero decir. A él... bueno, todavía tengo que trabajar con él, aunque he hecho todo lo posible por evitarlo, sabiendo lo capullo que sería. Es evidente que no me equivoqué ni un poco.

Merry se ríe suavemente.

—Creo que el Dr. MacPhee lo hizo a propósito, sólo por armar alboroto.

—¿Tú crees?

—Todo el equipo y la dirección superior saben de los intentos románticos de Spark, o al menos sus fracasos. Su padre les dejó un listado de personas non-gratas al médico del equipo y a los de relaciones públicas —dice Merry—. Papá la revisó cuando el señor Harris la envió por primera vez, y en ella figuraba tu nombre simplemente porque sabía que te estabas convirtiendo rápidamente en una de los mejores fisoterapeutas de rehabilitación de la ciudad. Por eso insistió en que MacPhee enviara a Spark a Masters.

—Sí, eso ya lo había deducido yo solita —respondo, sacudiendo lentamente la cabeza—. Pero entonces, ¿qué bicho le ha picado a MacPhee para hacer estosi sabía que Spark no debía cruzarse nunca conmigo?.

Merry me dedica una sonrisa socarrona.

—Papá dice que MacPhee y el señor Harris discutieron por el estado físico de Spark. El Sr. Harris quería mantener a su hijo en el equipo, pero a MacPhee no le gusta nada lo de que beba y tome pastillas, por no hablar de las drogas.

—Ay, Dios, es verdad. A Spark se ha le ha dado por prepararse unos cócteles de lo más arriesgados últimamente.

—Sí. Así que, cuando el Sr. Harris le dijo a MacPhee que dejara de sugerir echar a Spark del

equipo, papá dice que MacPhee decidió tirarlo todo por la borda y armar un poco de alborto. Ver si cambia algo.

—Y eso mismo ha hecho, ¿no? —refunfuño.

—No puedes seguir permitiéndole a Spark afectarte de este modo, Cherry —dice Merry—. Sé por qué sigues aceptando los trabajos de los Rangers y lo entiendo. Es buen dinero, y si quieres poner en marcha tu propia clínica de fisioterapia, lo necesitas. Ya lo sé. Yo misma te animé a seguir con los Rangers, ¿recuerdas?.

—Sí.

Dentro, veo a Joel dándole la vuelta a las crepes en la cocina con la destreza de un maestro de circo; la sartén no es más que una extensión de su largo y voluminoso brazo. Antes era mucho más corpulento en cuanto a masa muscular, pero la vejez le ha ido afectando. Sin embargo, se mantiene en buena forma y le encanta entrenar con los chicos sobre el hielo directamente. Seguro que Joel nos sobrevive a todos.

—Ahora Spark forma también parte del trato, aunque sólo sea porque MacPhee quiere joderle —añade Merry—. El médico debe de estar apostando por el mal comportamiento de Spark para convencer al señor Harris de que eche a su hijo del equipo.

—Dios, esto empieza a parecer una serie de intrigas políticas.

—Y eso es, más o menos. Pero no tiene por qué afectarte. Cherry, tú sigue mostrándote como la profesional que eres, y si Spark va demasiado lejos, presenta una queja formal y haz realidad el sueño de MacPhee.

Miro sorprendida a Merry, pero ella se limita a responder con un encogimiento de hombros de actitud indiferente.

—Lo dices en serio. Eso acabaría con la carrera de Spark.

—Ambas sabemos que Spark es perfectamente capaz de acabar con su propia carrera él solito. De hecho, estoy segura de que ya lo ha hecho. Lo que vemos ahora no es más que la sombra de lo que alguna vez fue —dice—. Ni es culpa tuya ni tampoco lo será si la caga. Escucha, Cherry, básicamente me crío con vosotros dos, aunque en circunstancias sociales diferentes. Le conozco y también te conozco a ti. Él se ha hecho su propia cama y ahora tendrá que dormir en ella. Pero tú vas a llegar lejos. No dejes que él te frene.

No puedo evitar reírme, recordando amargamente algo que el padre de Spark compartió una vez conmigo.

—¿Sabes?, Ezequiel me dijo hace unos años que lo único que yo haría sería frenar a su hijo. Y míranos ahora, ¿eh?.

—El Sr. Harris es un capullo, y eso es todo lo que voy a decir.

Estamos a punto de rellenarnos las copas de nuevo cuando me suena el teléfono. Es un número que no tengo agendado y con un prefijo extranjero de EE.UU., que hace se me retuerza un poco el estómago. Sólo hay una persona que conozco ahí.

—¿Diga? —Descuelgo el teléfono con voz débil.

—¿Señorita Bensen? ¿Cherry Bensen? —pregunta una mujer al otro lado de la línea.

Lanzo una mirada nerviosa a Merry.

—Sí, soy Cherry Bensen.

—Llamo desde el hospital Bellevue de Nueva York. Su padre ha sido ingresado y usted figura como su familiar más cercano. Afortunadamente, se encontraba consciente en ese momento y pudo facilitarnos un número de teléfono que funcionara.

Mientras la mujer sigue narrando cómo acabó mi padre en el hospital, siento que el tiempo se detiene de repente y que el mundo se para mientras respiro hondo. Comprendo que algo está a punto de cambiar para siempre y que no tengo ningún tipo de control sobre ello.

Pensaba que mi vida era complicada y bastante difícil hasta este momento, pero tengo la sensación de que estoy a punto de aprender lo que es que algo sea complicado y difícil de verdad. Mi padre... Tendré que volar a Nueva York tan pronto como sea humanamente posible.

SIETE

CHERRY

Salgo del aeropuerto internacional Newark Liberty sintiéndome como un corderito degollado. Es extraño, la verdad. Nací y pasé aquí los tres primeros años de mi vida antes de que mamá y papá se mudaran a Escocia. Obviamente, no recuerdo nada de mis años en Estados Unidos. Sólo recuerdo a papá marchándose cuando el divorcio se hizo definitivo. Una parte de mí nunca le perdonó que se fuera para no volver.

Mamá tampoco le pasó ni una. Quizá yo debería haberlo hecho.

Mamá se ha ido. Hace años que se fue, y no busqué a papá ni una sola vez. ¿Por qué iba a hacerlo? Él nos había dejado, ¿verdad? No quería arriesgarme a que me rompieran el corazón otra vez. Hemos hablado por teléfono algunas veces desde entonces, pero él sabe que no forma parte de mi vida. Mientras contemplo este mundo extranjero que me rodea, la amalgama de taxis amarillos y monovolúmenes y Prius y el mar caótico de gente que entra y sale del aeropuerto, trato de encontrarle sentido a en lo que se ha convertido mi tierra natal y empiezo a preguntarme: ¿debería haberme esforzado más por mantener el contacto? ¿Debería haber recibido a mi padre de nuevo en mi vida?

Me suena el móvil. Ha encontrado una red compatible y empiezan a llegarme mensajes de texto. Merry me ha dejado tres mensajes de voz, así que los escucho primero.

—¡Taxi! —grita una mujer, arrastrando tras ella dos enormes maletas con ruedas y tres niños prepúberes.

—Aquí, señora. —Un caballero paquistaní abre el maletero y la ayuda a cargar el equipaje mientras los niños se acomodan en el asiento trasero de su Toyota negro. Veo cómo se enciende la luz de «ocupado» y conduce a la mujer y sus polluelos lejos del bullicioso caos del aeropuerto.

Mientras tanto, Merry me informa de que todo va bien al otro lado del océano y que espera mi llamada en cuanto hable con el médico de mi padre. «¡No importa la hora! Te quiero, cuídate». Merry da por concluido su mensaje con un cálido gesto y un suave clic. Le envío un mensaje para decirle que he aterrizado y que todo va bien, de momento. No tengo mucho más que decirle por ahora. Las cosas no pintan bien para mi padre, y no tenía ni idea de lo enfermo que estaba ni de cuánto tiempo llevaba sufriendo así.

—¿Necesita que la lleve, señorita? —pregunta desde el borde de la acera un hombre de

mediana edad con pecas de un castaño oscuro, piel aceitunada y un pelo afro, corto y salpicado de canas.

Está apoyado en su taxi amarillo. Le quedan un par de caladas a su cigarrillo y parece tan tranquilo en comparación con el resto del mundo, que hasta ahora he conseguido bloquear. No tiene prisa.

Yo misma seguiré aquí para cuando termine su cigarrillo, supongo. Yo tampoco tengo prisa.

—Sí. Pero es un trayecto poco largo —le digo con una leve sonrisa—. Igual puedes acercarme a mi destino, aunque sea.

Hoy es un día duro. Es más duro que la mayoría de los días, y necesito armarme de fuerzas para lo que se viene a continuación. El hombre asiente una vez y apaga el cigarrillo en un cenicero metálico montado sobre una papelera cercana.

—¿Adónde necesita ir, señorita? Veamos si está tan lejos.

—Al hospital Bellevue —respondo.

—Ah, veo que no bromeabas —dice con una sonrisa, entrecerrando los ojos en mi dirección —. No suenas estadounidense del todo, si no te importa que lo diga.

—Llevo viviendo en Escocia desde que era pequeña. Se me ha pegado el acento.

Se ríe entre dientes.

—Eso lo explica todo. De todos modos, señorita, estasson nuestras opciones. Podría llevarte más allá de Raymond Boulevard y que a partir de allí te lleve otro taxi y así yo pueda realizar un par más de viajes cortos más desde el aeropuerto en su lugar. Sabes que cobramos extra por las recogidas en el aeropuerto.

—Ajá.

—Pero no me parece bien, sobre todo porque sólo tardaremos unos 30 o 40 minutos en llevarte a Bellevue. Quizá una hora, dependiendo del tráfico en la I-95 —añade el hombre—. Así que, esto es lo que vamos a hacer. Te llevaré hasta Bellevue, y llevaré el taxímetro puesto, por supuesto, como se debe hacer. Pero, ¿serías tan amable añadirle un poco más a la suma para un café y un bollo si acabamos pasando más de una hora en la carretera?.

—Señor, tendría que ser un monstruo para rechazar una propuesta tan respetuosa y sincera —le digo, permitiéndome sonreír mientras me abre la puerta del pasajero.

—Se lo agradezco mucho, señorita. ¿Quieres que meta tu bolsa de viaje en el maletero?

—No, no es más que equipaje de mano y no pesa mucho. Ya lo llevo yo conmigo.

Me subo al asiento trasero y el hombre nos conduce fuera del aeropuerto en un tiempo récord a pesar de las colas. En cuanto veo esa enorme estructura de acero y hormigón detrás de nosotros, en cuanto deja de hacerme zumbarme en los oídos el sonido de los aviones aterrizando y despegando y puedo volver a escuchar mis propios pensamientos, sé que el día va a mejorar un poco, al menos en términos de estimulación sensorial. Odio viajar.

Cuando pasamos la señal del túnel de Holland, mi respiración también empieza a ralentizarse.

—¿Cuánto hace de tu última visita a Estados Unidos? —pregunta el hombre.

No aparta la vista de la carretera, y cuando mira por el retrovisor es sólo para observar el tráfico que viene detrás. No estoy muy presente, la verdad, y sin embargo él se está esfrozando por entablar una conversación agradable. No puedo evitar preguntarme si todos los taxistas de aquí son así , o si esta vez me ha sonreído la suerte. Mamá solía hablarme de taxistas malhumorados y que daban mal rollo de una forma que me hacía pensar que todos eran así. Quizá se equivocaba. O quizá he tenido suerte.

—He estado un par de veces de vacaciones. Creo que la última fue hace unos cinco años —digo, intentando superar la extrañeza de ser extranjera en mi propia tierra—. Mamá siempre me decía que soy como una niña con los pies en dos mundos diferentes, pero a veces siento que siempre he tenido los dos pies en Escocia mientras miro más allá del océano a Estados Unidos, si es que eso tiene sentido.

—Ah, tiene todo el sentido del mundo, señorita. Verás, yo nací en Haití. Mis padres me trajeron cuando era niño y no he vuelto desde entonces, pero me imagino que me resultaría tan raro como a ti ahora.

Conseguimos mirarnos a los ojos, más o menos, cuando nuestras miradas se encuentran en el retrovisor durante un segundo. Me alegra saber que no soy la única que siente esta sutil sensación de que sus raíces son superficiales. Pasamos por el peaje y nos dirigimos al este, siguiendo la ruta que marca el navegador del GPS. Suena un suave blues a través de los altavoces del coche a un volumen que apenas se percibe con el denso tráfico.

A ambos lados de la autopista de peaje empiezan a aparecer paneles publicitarios del tamaño de camiones de 18 ruedas. Estamos atravesando un polígono donde hay sobre todo almacenes, fábricas y enormes complejos de contenedores de almacenamiento para la autoridad portuaria.

—¿Qué te trae de vuelta a Estados Unidos? —pregunta el hombre.

—Mi padre se está muriendo.

La afirmación sale de mi boca con una facilidad tan peculiar que apenas me he dado cuenta. Le sigue un largo y pesado silencio. Seguro que se está arrepintiendo de habérmelo preguntado y ha sido tan majo conmigo hasta ahora… Debería añadir algo más y no fastidiarle el resto del día.

—O sea, está muy enfermo, pero tengo entendido que todavía que le quedan opciones para operarse. Es solo que ahora mismo no tiene muy buena pinta —añado, aunque parece que solo lo he empeorado aun más.

—Dado lo poco que has venido aquí, no creo equivocarme al suponer que os habéis distanciado —responde el hombre. Su agudo ingenio es como una cura de humildad.

—Así es —digo.

—Siento oirlo. La familia puede ser complicada.

—Ah, no podría estar más de acuerdo.

—No podemos elegir la familia que nos toca —añade—. Sólo podemos elegir qué tipo de familia formamos nosotros más adelante, ¿sabes?.

Asiento despacio, sabiendo que es consciente de que comprendo bien su verdad. Pero no es un hombre de muchas palabras. El resto de nuestro viaje es más bien tranquilo y sin nada reseñable. Por mí bien. No necesito más movidas que las que ya tengo. Me vuelve a sonar el móvil, esta vez es un correo electrónicodel Dr. MacPhee. ¡Hijo de...! Quiere que le reserve a Spark otra sesión de rehabilitación.

—¿Me está tomando el pelo? —murmuro mientras los dedos disparándose me disparan para una respuesta cortante.

—¿Cómo dice, señorita? —pregunta el conductor.

—Ah, nada, lo siento. Sólo cosas del trabajo.

—Nada de eso debería importar ahora —me dice, y yo estoy totalmente de acuerdo. Sintiéndome rendida a la voluntad del universo, le envío una confirmación a MacPhee y le pido que me agende una fecha en el calendario para la sesión. Estoy demasiado cansada para pelearme por Spark. Estoy demasiado cansada para hacer nada—. No quiero sonar paternalista ni nada por el estilo.

—No, no, lo que dices tiene todo el sentido del mundo. Necesito darme un respiro y mirar lo que tengo a mi alrededor un momento. He estado de aquí para allá todo el tiempo últimamente.

Aparto el teléfono y me doy cuenta de que estamos a punto de llegar a la autopista NJ Turnpike. Todo se difumina en una efímera ráfaga de formas y colores: la mayoría son los grises, azules y verdes apagados de la ciudad, el campo abierto y el cielo, pero pronto aparece un tono azul más intenso cuando cruzamos el río Hackensack. Recuerdo un viaje en coche con mamá y papá. También cruzamos un puente.

—Río Hacky-Sack —digo, recordando cómo solía llamarlo.

—¿Disculpa, señorita? —responde el conductor mientras pasamos por el parque Laurel Hill.

—Jugué aquí alguna vez —le digo—. Una vez le pregunté a mi padre cómo se llamaba el río. Me dijo que Hackensack, pero yo no sabía pronunciarlo, así que lo llamé Hacky-Sack.

El conductor suelta una risita.

—Sí, yo también lo llamaba así cuando era niño. No sé a quién se le ocurrió el nombre del río, pero no estaba muy inspirado.

Estoy a punto de quedarme dormida mientras esperamos para entrar en el túnel de Lincoln. El trayecto está siendo más largo de lo que esperaba, pero tampoco me importa. Me está dando tiempo para recomponerme. ¿Cómo voy a enfrentarme a Spark cuando vuelva? Por Dios. Mi padre está en el puto hospital, y el puto Spark Harris sigue siendo el que ocupa el centro de mi conciencia, el muy cabrón egocéntrico. Ya me rompió el corazón una vez, ¿por qué me dejo arrastre otra vez por él?

—Siento que estés gastando tanto tiempo y gasolina en un solo viaje —le digo al conductor al cabo de un rato. Ya estamos en el túnel, pero apenas se registra movimiento.

—No te preocupes. Es hora punta.

Se lo compensaré.

LA MAYOR PARTE de Nueva York me resulta extraña. Apenas siento la acera bajo mis botas. Todo es muy ruidoso, caótico y agotador. Ya me siento cansada.

—Muchas gracias —le digo al conductor y le doy cincuenta pavos más antes de bajarme del coche.

—¡Señorita, eres muy amable, pero con esto puedo comprarme como veinte cafés y bollos! Es demasiado —asegura.

—Entonces gástalo con sabiduría y píllate café y panecillos para veinte días —le respondo.

Se despide de mí con la mano y se marcha, desapareciendo entre un mar de coches. Me vuelvo a quedar parada en el borde de la acera, intentando molestar lo menos posible a la gente: el flujo de peatones y de coches es más o menos el mismo. Todo el mundo va a alguna parte y, de algún modo, yo parezco ser la único que se ha quedado quieta y se pregunta qué está por venir.

El hospital parece mirarme fijamente con su fachada de cristal donde cada ventana se encuentra en penumbra con sus persianas blancas. Algunas están bajadas, otras dejan entrever las habitaciones o las oficinas administrativas. Me coloco detrás de uno de los pilares y apoyo la palma de la mano sobre su superficie fría y gris. Un escalofrío me recorre desde la mano hasta el brazo y la columna vertebral cuando empiezo a darme cuenta de la realidad a la que estoy a punto de enfrentarme.

Tras tomar unas cuantas respiraciones profundas, dejo atrás al hombre del taxi, el ruido del tráfico y la gente. Guardo a Spark en su propia caja, que se encuentra ya hasta los topes gracias a años de palabras no dichas, anhelo y sufrimiento. Hoy t lo que importa es mi padre, así entro dentro al fin y me paso por recepción. Cuando me confirman que está ingresado, la jefa de enfermeras me acompaña por las escaleras hasta la segunda planta.

—Intentamos que los ascensores estén estrictamente reservados para pacientes y urgencias —me dice, y me fijo en la etiqueta con su nombre mientras me abre la puerta del pasillo.

—Está bien, Brenda, me parece bien. Necesito practicar un poco de cardio después del largo vuelo que he tenido, de todos modos.

—Ay, querida, ¿has venido directamente del aeropuerto?

Me encojo de hombros cuando nos detenemos ante la puerta de una habitación privada.

—Me pareció que esto era más importante que ir a registrarme en un hotel.

—Ya veo. —Asiente lentamente con un brillo de preocupación en sus ojos azules—. Antes de que entremos, deberías saber que... El Sr. Bensen no está en muy buena forma ahora mismo. Está mucho mejor que cuando llegó, pero aun así, el problema cardíaco con el que está lidiando le ha pasado factura. No sé cuánto hace que no os véis...

—Años. Muchos años.

Se queda quieta y me mira durante lo que parece una eternidad.

—Vale. Entonces estará muy contento de verte.

—Sí —respondo dubitativa.

—La familia es complicada. Pasara lo que pasara, no te pases con él —dice Brenda.

Asiento lentamente. Tampoco es que haya venido hasta aquí para pelearme con él, pero en cuanto abre la puerta y lo veo, la pizca de rabia contenida que me quedaba se disipa y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Antes apenas recordaba su rostro sin la ayuda de una foto, pero ahora lo tengo delante. Lo veo y lo recuerdo. Las finas arrugas alrededor de sus ojos se han profundizado. Su piel está más pálida y unas ojeras rodean los profundos pozos azules de su mirada de acero. Parece débil. Está mucho más delgado que antes.

Pero sonríe con el vigor de un hombre joven. Cobra vida en cuanto entro en su habitación.

—Cherry —dice, radiante como el sol de la mañana—. No sabía que estabas en Estados Unidos.

—Y no lo estaba.

—Sr. Bensen, hemos llamado a su hija porque es su pariente vivo más cercano —le recuerda Brenda, y su buen humor se desvanece. De repente, el motivo de su hospitalización vuelve en primer plano y se convierte en el anciano enfermizo en el que muchos de nosotros no deseamos convertirnos"—. Acaba de llegar del aeropuerto.

—No debiste molestarte —dice papá, bajando los hombros"—. No es para tanto.

—Os dejaré hablar a solas —interrumpe Brenda, mirándome—. Y le diré al Dr. Kaczynski que venga. Querrá hablar contigo en privado.

—¿Quién es el Dr. Kaczynski? —pregunto.

—Es nuestro cirujano cardiotorácico jefe y está atendiendo a tu padre.

—De acuerdo.

Veo cómo se cierra la puerta tras ella, pero tardo un rato en darme la vuelta y volver a mirarle. Esto era más fácil con la enfermera jefe en la habitación. Ahora estoy sola y no creo que pueda volver a pasar por esto. Ya he perdido a un padre. ¿Cómo voy a sobrevivir esto de nuevo?

—Intenté llamar al móvil —digo finalmente, encontrando el valor para mirarle a los ojos—. Está apagado.

—Ah, tenía pensado cargarlo, pero nadie cárgame ha traído un cargador todavía —dice—. Podría darte las llaves de mi casa, si no es molestia, y…

—Sí, claro, puedo traerte lo que necesites de casa.

—Ven aquí —dice.

Le miro fijamente con el cuerpo paralizado y el corazón inseguro.

—Lo siento, yo...

—Cherry, por favor. Sé que no he sido un buen padre...

—Ni se te ocurra ir por ahí.

—Eso intento, créeme. Pero me gustaría poder verte mejor, Cherry. Por favor. Han pasado años y las fotos que tienes en Facebook no te hacen justicia —responde, intentando sonreír.

Esto es incómodo y doloroso, pero tiene razón. Han pasado años. Ahora es un hombre viejo y

débil. Y un fracaso como padre también. Pero sigue siendo sangre de mi sangre. Doy un par de pasos hacia delante, hacia la luz del sol que entra por las persianas abiertas. El pitido de las máquinas que lo rodean hace que mi vista salte de una pantalla a otra: está conectado a múltiples sistemas, cables y catéteres que salen de él como venas plateadas y brillantes.

—Dios mío, qué guapa estás. —Me mira con adoración—. Te pareces mucho a tu madre, por suerte. Creo que ya lo he mencionado antes, una o dos veces.

—La última vez que te vi —murmuro, recordando aquel desdichado día.

Baja la mirada un momento, con las manos enroscadas en el regazo. Lleva una bata de hospital, de un verde pálido que da a su piel un brillo enfermizo. Su barba está mucho más blanca y tiene moratones alrededor de las muñecas, donde le han insertado los catéteres.

—No me merezco que hayas venido hasta aquí —dice—. No soy ni fui nunca un hombre bueno ni honorable. No por falta de intentos, Cherry. Hice todo lo que pude. Esto... esto era todo lo que podía hacer. Te dejé con tu madre porque era mejor que me mantuviera alejado de vuestras vidas y de vuestro camino.

—O sea, ¿que me hiciste un favor? ¿Es eso lo que intentas decirme?

—No. Sé que te hice daño. Y mucho, me imagino. Nada de lo que diga o haga borrará eso. Tampoco puedo cambiar el pasado. Sólo puedo agradecerte que hayas venido hasta aquí para verme... en el ocaso de mi vida. —Se le quiebra la voz antes de aclararse la garganta y coger el vaso de plástico que hay en la mesa auxiliar. Le ayudo, cogiéndolo yo primero y pasándoselo. Observo cómo bebe sorbos largos y trabajosos, y luego vuelve a dejarlo en su sitio—. No merezco mucho.

—No estoy aquí para hacerte sentir mal —le digo—. Podemos dejar estas conversaciones desagradables para más tarde.

—Puede que no haya un más tarde.

—¿Tan malo es? —pregunto, sintiendo el estómago revuelto.

A pesar de todo el desprecio que siento por este hombre, no quiero verlo muerto. En todo caso, una parte de mí se atreve a preguntarse si nos quedarán momentos por vivir y recuerdos por crear ahora que él es mayor y yo un poco más sabia. Puede que me esté haciendo ilusiones, pero para un retoño como yo, echar raíces es necesario.

—Intento mantenerme optimista, pero tal y como está mi cuerpo últimamente, no sabría decirlo —dice—. Quiero decir, aún hay esperanza. Lo último que quería era preocuparte y poner tu vida patas arriba. No debió ser fácil para ti venir hasta aquí.

—No, pero son cosas que a veces haces por la familia. Independientemente de lo que haya pasado —respondo.

—Gracias, Cherry. Lo digo en serio. Yo... gracias.

Tiene los ojos empañados por las lágrimas, pero aún no estoy preparada para ver esta faceta suya. Cambio rápidamente de tema.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí en Bellevue? —le pregunto.

—Oh, eh... He perdido la noción del tiempo, pero puede que una semana.

—Vamos a hacer una lista de lo que necesitas de casa. Y voy a necesitar las llaves y la dirección.

—Claro. Sí. Muy bien pensado, Cherry. —Señala el cajón de la mesa auxiliar—. Las llaves de mi casa y mi móvil están ahí. ¿Has visto ya a mi médico?

Sacudo la cabeza.

—No. La enfermera jefe lo ha mandado llamar.

—Es un médico cojonudo, eso se lo reconozco. Y polaco, además. Ya no los hacen como él —ríe secamente.

La puerta se abre de nuevo, y entra el rey de Roma en persona. El Dr. Kaczynski.

—Buenos días, señorita —dice con una amplia sonrisa mientras sostiene el expediente de mi padre, que parece inquietantemente gordo. Está claro que tiene unas cuantas enfermedades subyacentes, , de lo contrario no habría tantos papeles en esa carpeta de manila—. Siento haberla hecho esperar.

—Hola, Dr. Kaczynski. Es un placer conocerle —le digo, estrechándole la mano—. Ojalá fuera en otras circunstancias, claro.

—Eso seguro. Todo el mundo quiere conocer a un médico en su tiempo libre y no en cualquier otra ocasión —responde Kaczynski, y luego saluda a mi padre con un asentimiento de la cabeza—. Me la llevaré un rato, si no te importa, David. Ya sabes la clase de conversación que vamos a tener.

—Sí. No pasa nada. No le cuentes sólo lo malo, ¿eh?

Vuelvo a mirar a mi padre con curiosidad mientras Kaczynski me invita cordialmente a salir de la habitación privada. Hay muchas cosas que aún no me han contado, obviamente, y ahora empiezo a preocuparme de nuevo. Estoy preocupada de verdad. Preocupada hasta el punto de que siento algo vicioso royéndome las entrañas y apretándome el corazón con tanta fuerza que podría estallar y dejar de funcionar.

Maldita sea. He sentido esto antes con mamá.

No pensé que lo sentiría tan intensamente con papá, pero parece ser que tengo que volver a pasar por esto. Es un tipo de dolor del que uno nunca se recupera del todo, y Kaczynski está a punto de presentarme más realidades difíciles de afrontar con las que comerme la cabeza.

OCHO

CHERRY

—No hace falta que suavice el golpe, doctor —le digo en cuanto nos encontramos en el pasillo.

Un par de enfermeras vestidas de rosa pasan volando por nuestro lado, apresurándose a responder a una llamada. Sólo reparo en su urgencia por un instante antes de que Kaczynski vaya directo al grano.

—David necesita una operación de reemplazo de válvula. No hay otra forma de que sobreviva los próximos cuatro o seis meses —Continúa explicándome la enfermedad cardíaca de mi padre y cómo tardó años en desarrollarse. Kaczynski añade que debería haber ido al médico antes. Un electrocardiograma anual lo habría detectado. Es demasiado tarde para algo menos invasivo. Es complicado, lo entiendo.

—¿Lo cubrirá su seguro médico? —le pregunto.

Kaczynski revisa el expediente de mi padre y niega con la cabeza.

—Es una enfermedad preexistente y la compañía de seguros no la cubre. Lo sé porque llevo más de dos décadas batallando con este nuestro sistema sanitario. No la cosa no pinta bien para David en ese sentido.

—¿Cuánto nos costaría la operación?

—¿Con la válvula incluida? Ascenderá a 140.000 dólares, pero tendrá que contar con unos 50.000 más para cuidados postoperatorios y medicación. Puedo traer al mejor cirujano torácico del estado, y seré su segundo al mando durante el procedimiento. La vida de su padre mejorará drásticamente y probablemente vivirá otros 20 o 30 años con una buena dieta y un estilo de vida activo.

—Joder, eso... Eso mucho dinero.. —Siento las rodillas débiles.

Consigo sentarme en una de las sillas pegadas a la pared y respiro hondo mientras trato de asimilar las cifras. Kaczynski se sienta a mi lado y me ofrece una sonrisa comprensiva.

—Siento que tengas que pasar por esto, sé que es duro. Y siento tener que decirte estas cosas y no que... No sé, que no te preocupes, que todo va a salir bien y que tenemos un sistema sanitario tan bueno que la operación de tu padre te costará un par de cientos o un par de miles de dólares, como mucho.

—¿Y si me lo llevo a Escocia?

—¿Y darlo de alta en la seguridad social de Escocia? —Se lo piensa un momento—. He tratado este tema con otras personas en diferentes ocasiones. La respuesta no ha cambiado, por desgracia. El NHS no lo aceptará como paciente de pleno derecho, no hasta que haya pagado algunas cuotas. Además, no podemos trasladar a tu padre. No sobreviviría al viaje en avión.

—Ay, Dios, así de mal está la cosa.

Asiente lentamente.

—Lo siento mucho. Tu padre tendrá suerte si sobrevive unos meses más en su estado actual, y eso si se queda aquí, donde estaría bajo supervisión constante. Con atención domiciliaria tendría que volver aquí cada dos por tres tras cada recaída. Cada hora y cada minuto que pase esperando a la ambulancia hará mella en su ya debilitado corazón.

—En otras palabras, morirá más rápido si se va a casa.

—Sí.

—Joder, esto es un desastre.

Me sube la temperatura. Noto que me falta el aire. Repaso todo lo que recuerdo de mi padre, las muchas palabras que mi madre dijo de él, sólo unas pocas eran buenas. Sin embargo, nunca lo pintó como malo, sino como deficiente. Débil. Bebía demasiado. Le gustaba demasiado la cocaína en cierto momento. Y las apuestas. Jamás pudo adaptarse a la vida en Escocia.

El Dr. Kaczynski me dirige una mirada larga y pensativa. Puedo ver las arrugas de la experiencia acumuladas alrededor de sus ojos, acompañados de unas suaves motas marrones y los mechones de pelo blanco donde antes crecía una abundante melena rubia.

—Si no te importa que pregunte, ¿qué le pasó a David? Sus propias acciones le han llevado a encontrarse en este estado. Me di cuenta por su análisis de sangre.

—¿Sigue bebiendo? —pregunto, totalmente sorprendida.

—Solía hacerlo. ¿Verdad? Eso ha indicado su hígado.

—Sí. Nos mudamos a Escocia juntos. Él, mamá y yo. La cosa no funcionó entre ellos, así que se divorciaron y él volvió aquí —le cuento—. Papá ya tenía algunos problemas con la bebida por aquel entonces, aunque eso no fue lo único que los llevó a separarse. Supongo que empeoró cuando volvió a Estados Unidos. Tenía una empresa con la que estaba ganado un buen dinero, pero se tomó unas copas con un comprador interesado y acabó vendiéndola por un precio muy inferior a su valor. Le estafaron para que abandonase su propia empresa, y sus problemas con la bebida empeoraron... Supongo que también sentía mucha vergüenza, así que él y yo apenas mantuvimos el contacto.

—Me temo que las familias pueden ser muy complicadas —responde el médico. Por el tono de su voz, puedo decir que ni siquiera es la primera vez que escucha una historia como la nuestra —. ¿Y tu madre?

—Murió hace unos años. Yo aún estaba en primero de carrera en ese momento.

—Lo siento.

—Sí. La vida no es exactamente un camino de rosas, ¿eh?

—No. Pero sí podemos elegir cómo vivirla, independientemente de lo que ésta nos ponga en el camino —dice Kaczynski—. En última instancia, David no tiene a nadie más en su vida. Lo dejó claro cuando le trajimos aquí. Desconozco sus posibilidades de conseguir un préstamo aquí en Estados Unidos sin un balance de crédito. Me supongo que no podrá cubrir el importe total de la intervención.

Sacudo la cabeza.

—No. Pero yo soy todo lo que le queda, así que voy a tener que pensar en algo. Y mejor pronto que tarde.

—Os dejaré hablar a solas tu padre y a ti, pero si ves que se queda dormido, déjalo estar. Está recibiendo una medicación muy fuerte para poder mantener sus funciones cardíacas a un cierto nivel. Intentamos evitar que las cosas empeoren.

—Está bien. ¿Estarás en tu despacho más tarde? —pregunto y asiente con la cabeza—. Me pasaré por allí y hablaremos de los detalles. Gracias por contarmelo, doctor. Quiero que papá se someta a la operación. Pero... necesito encontrar un modo de pagarla.

—Siempre queda la opción de un GoFundMe. —Suspira, a continuación se levanta y se marcha.

Ubico su nombre en la puerta de su despacho a la derecha cuando se detiene delante y entra. Al menos ya sé dónde encontrarle más tarde. Ahora tengo que mentalizarme para otro encuentro con papá. Ya es bastante malo que no nos hablemos desde hace años y que estemos distanciados. Tengo que decirle que va a morir a menos que consiga sacar 140 de los grandes de la nada.

Se me está partiendo el corazón. Me duele en el alma la injusticia de toda esta situación.

Merry me dijo que no me merezco nada de esto. No me lo merezco. He hecho todo lo posible por ser una persona buena y decente. Cualquier error que haya cometido nunca lo hice a propósito. Nunca he querido lastimar a nadie, ni recuerdo haberlo hecho. Ni siquiera a Spark, aunque se lo mereciese más que nadie. No, no merezco nada de esto; sin embargo, es mi cruz y mi carga.

Y debo encontrar la manera de solucionarlo.

PAPÁ SIGUE DESPIERTO cuando vuelvo a su habitación.

Una enfermera acaba de comprobar su medicación y sus constantes vitales y toma notas mientras yo tomo asiento en una silla junto a su cama. Parece joven, de unos veinte años, y tiene mucha más energía que yo en este momento. Maldita sea, estoy agotada, pero sé que mi día está lejos de terminar cuando miro a mi padre y veo un rayo de esperanza en sus ojos. Supongo que piensa que el médico me ha dado noticias alentadoras.

—Vale, el señor Bensen está listo para las próximas horas —dice la enfermera, atravesándome con sus grandes ojos verdes—. Pero si necesita algo, pulse ese botón. —Lo señala y papá lo sostiene con una mano temblorosa y huesuda.

—Entendido, Marnie —responde sonriendo.

—Intenta que siga de buen humor —me dice. Necesito respirar hondo para no reírme, ya que estoy a punto de aguarle la fiesta al viejo de una forma peor que el huracán Katrina—. Nuestra prioridad es que su corazón siga bombeando con facilidad, y cualquier tipo de estrés deshará nuestros esfuerzos por mantener al señor Bensen estable hasta su operación.

Hace que todo suene tan fácil.

—Claro —respondo, incapaz de corresponder a la sonrisa que me dedica mientras se marcha. Momentos después, por fin reúno fuerzas para volver a mirar a mi padre a los ojos. Esta vez, sin embargo, su expresión es diferente. Está más triste. Más pálido.

—Voy a morir, ¿no? —dice.

Es como un martillazo en las tripas.

—¿Qué? ¡No! No. No es... No. Necesitas un reemplazo de válvula.

—Sí, Kaczynski me dijo algo al respecto. Es una cirugía a corazón abierto, ¿verdad?

—Sí.

—No creo que mi seguro...

—No, tu seguro no lo cubre, pero ya se me ocurrirá algo. No te preocupes. —Hago una pausa para entrecerrar los ojos en su dirección—. Antes parecías estar muy animado. Como muy optimista. ¿Qué ha pasado?

—El tono de tu voz ha cambiado desde que volviste —responde papá—. Es más suave. Lastimoso. Conozco bien la lástima. La he recibido durante mucho tiempo, Cherry.

—Bueno, eso no importa —le resto importancia, cruzándome de brazos y levantando la barbilla en lo que sólo puedo esperar que sea desafío y no el comienzo de una rabieta infantil—. Ya se nos ocurrirá algo. No pude hacer nada para ayudar a mamá, pero tú... —Se me quiebra la voz y vuelvo a respirar hondo—. Uf, perdona... Me ha salido antes de poder pensarlo bien....

Me coge la mano izquierda y me la cubre con la suya, usando la derecha para sujetarme con fuerza y transmitirme algo de su calor.

—Cherry, no he sido más que una constante decepción para ti.

—Papá...

—No, no. Escúchame. La cirugía es una cuestión de vida o muerte, lo sé. Pero también es cara sin la cobertura del seguro. ¿Cuánto ha dicho el doctor que costaría?

—No te preocupes por eso, voy...

—¿Cuánto?

Suspiro con pesadez.

—140 de los grandes.

—Hostia puta.

—Te he dicho que...

—Cherry, cariño. No tienes ninguna obligación de salvarme el culo, ¿vale? Si no puedes ayudarme con lo del dinero, no pasa nada. Iniciaré un GoFundMe y puede que algún famoso de

los 70 lo vea y me dé un retweet o algo.

—¡¿Qué demonios es un GoFundMe?! —grito, luego pestañeo y me sacudo la frustración de encima, logrando de algún modo volver a controlarme—. Papá, escucha. No tengo ninguna obligación de ayudarte, eso es verdad.

—No he sido un buen padre.

—No, has sido un padre terrible, pero está bien. Lo he superado. Llegué a la edad adulta sin ti, y me las apaño bien. Pero eso no cambia el hecho de que necesitas ayuda, y de que no tienes a nadie más en tu vida que pueda ayudarte este modo. A menos que tengas otra familia de la que yo no esté enterada.

Se ríe secamente.

—No, cariño. Tu madre fue la única para mí.

—¿Y de verdad tienes tanta prisa por reunirte con ella, entonces?

Tarda en formular una respuesta, y no porque le falten las palabras. Son las lágrimas que se le acumulan en los ojos las que le hacen un nudo en la garganta y le impiden hablar. Lo sé porque a mí me pasa exactamente lo mismo.

—No. Me gusta vivir. Por muy mierda que sea mi vida... No sé, Cherry, si pudieras venir más a menudo, o si pudiésemos vernos por Zoom más a menudo aunque sea... Sí, me gustaría quedarme por aquí un poco más... Pero 140 de los grandes....

—Escucha, deja que yo me preocupe de eso, ¿vale? Recuerda lo que dijo la enfermera. La prioridad es que tu corazón siga funcionando bien y sin problemas. Nada de estrés. Deja que yo me ocupe.

—¿Cómo vas a encargarte de esto?

—Puede que investigue qué es un GoFundMe y cómo poner uno en marcha. O igual vendo uno de mis riñones.

—Los riñones son baratos hoy en día.

Asiento con lentitud.

—Tienes razón. Pues igual tendré que secuestrar a alguna rica heredera, entonces. Ya se me ocurrirá algo.

—¡Estás loca, niña! —Se ríe ligeramente, y yo le cojo las manos entre las mías y las aprieto con fuerza para que pueda sentir un atisbo de tranquilidad fluyendo por su cuerpo junto con la medicación—. Pero no... no hagas ninguna locura ni ninguna estupidez, Cherry. No valgo la pena.

—Déjate ya de autocompadecerte, papá. Yo soy la que decide si vales la pena o no, y ahora mismo estoy dispuesta a darte una oportunidad.

Se ablanda y sonríe. Creo que las drogas ya le están haciendo efecto, porque su mirada empieza a desenfocarse.

—No merezco una hija como tú, Cherry.

—No, pero aun así la tienes, mira qué suerte.

—Sí... qué… suerte.

Sólo tarda un minuto hasta que se queda dormido, y otro más en empezar a roncar con la boca entreabierta y la cabeza hundida en la almohada. Paso unos veinte minutos a su lado, escuchando su respiración agitada y sus gruñidos de sueño profundo, preguntándome por qué no conseguimos que nuestra familia funcionara. Bueno, por qué él y mamá no consiguieron que funcionara. ¿Cuál de ellos ya no quiso mantener el compromiso? A ella nunca le gustó hablar de ello y, cuando estaba enferma y moribunda, no quise molestarla con tales preguntas.

No dejaba de repetirme a mí misma que ya se lo preguntaría a papá, pero pasaron los años y aquí estamos.

Pero voy en serio con lo que he dicho. Yo me ocuparé. Esto es cosa mía. No pude salvar a mi madre, pero voy a intentar con todas mis fuerzas salvar a mi padre. Sí, era un padre ausente. Puede que siga siendo una decepción constante una vez superado esto. Puede que incluso obtenga las respuestas de primera mano de por qué su matrimonio fracasó. Pero al menos seguiré teniendo un padre vivo. Se merece una oportunidad, y si puedo encontrar la manera de brindársela, eso haré.

Al salir del hospital, recuerdo que debo pasar por el despacho de Kaczynski para mantener una segunda charla más en profundidad. Pero se me saltan las lágrimas y siento un nudo doloroso en la garganta, y acabo llorando como una niña pequeña, escondida detrás de una de las columnas grises del exterior al darme cuenta de lo mal que están las cosas.

Cómo la vida de mi padre pende literalmente de un hilo.

Quiero salvarlo, de verdad, pero ¿por dónde empiezo?

NUEVE

SPARK

Seis meses, dijo mi padre.

Seis meses para desintoxicarme, ir a fisioterapia y casarme para arreglar la imagen familiar y mi propia reputación. Cada fibra de mi cuerpo quiere que rebele contra él con fuerzas respecto a esto, pero todavía queda una parte de mí que entiende por qué lo está haciendo. Puede que sea un gilipollas, pero tiene el poder financiero suficiente para doblegarme si así lo desea. También es un hijo de puta vengativo, y no importa quién sea yo. Vendrá a por mí sin hacer distinciones, aunque sólo sea para demostrar que puede hacerlo.

No puedo dejar que me mangonee así, pero al mismo tiempo tengo que admitir que desintoxicarme y volver a terapia no es el peor de los destinos. Quiero hacerlo, de todos modos. Es la parte del matrimonio lo que me tiene desconcertado. Es lo último que quiero o necesito. Demonios, ni siquiera me lo había planteado nunca antes de que él lo mencionara. Estaba conforme con mis discotecas y mis borracheras y mis culos gordos. Sin responsabilidades. Sin compromisos. Sin corazones rotos. A la mierda, ni siquiera me merezco tener una esposa. ¿Por qué el viejo le haría esto a una mujer, a cualquier mujer? No tengo un pelo de bueno.

Sentado al volante frente a la pista de hockey, contemplo el edificio con sus elegantes nervaduras de acero y sus paneles de cristal reflectante. Tres días. Han pasado tres días desde la última vez que tomé una pastilla o una copa, y estoy molesto y de muy mal humor. Pensé que la parte de la desintoxicación sería más fácil que la del matrimonio, pero empiezo a pensar que me equivocaba.

—¿Qué me va a hacer, de todos modos? —pregunto, recordando que tengo a Marcus al teléfono. No es que sea el más listo de la clase, pero es joven, leal y sabe escuchar. Es uno de los pocos amigos de verdad que me quedan, y le he hecho mucho daño a él y a mis compañeros. Debería salir adelante, al menos por ellos—. Digamos que encuentro una chica, me caso con ella y me divorcio seis meses después con discreción. O en un año, como mucho. Suponiendo que ella aguante tanto a mi lado.

Marcus se ríe.

—Colega, eres como una mosca cojonera, ¡pero tampoco eres tan malo!

—No has vivido conmigo, Marky. Pero ahora en serio, ¿con eso no seguiría cumpliendo los

términos del trato con Zeke? —Llamo a mi padre Zeke cuando hablo con otras personas. Trato de mantener nuestros lazos de sangre fuera del hockey. Forma parte de mi vena rebelde y de no querer tener nada que ver con él, lo que hace que mi posición en su puto equipo sea indudablemente irónica.

—Creo que sí —responde Marcus—. Estarías sobrio, rehabilitado, de vuelta a la pista de hielo y casado. No estipuló durante cuánto tiempo tiene que durar esto último. Es un buen punto ciego.

—Bien. Entonces, siguiendo esa lógica, podría casarme con cualquiera.

—¿Cualquiera? He visto a tus «cualquiera», colega. Parece que estás planeando algo feo.

Me río secamente.

—Ojalá, pero no puedo. El cabrón fue más o menos específico en que tiene que ser una... espera, ¿cómo dijo? Ah, sí, una chica decente. Tiene que ser una chica decente. Supongo que alguien tipo Kate Middleton o algo así.

—Pues eres más guapo que el Príncipe William. Puede que no te cueste tanto conseguirte a una Kate.

—No soy lo bastante rico.

—¿Por seis meses? ¿Cuánto le pagarías a esa mujer por ello? —Marcus contiene otra carcajada, pero sabe que me lo estoy planteado seriamente. Dado lo desesperado que estoy por no perderlo todo a manos de mi puto padre, también sabe que no debe intentar disuadirme.

—Creo que depende de la mujer y del grado de desesperación —le digo—. Piénsalo de esta manera: me mantengo sobrio. Voy a fisioterapia como un buen chico. Eso es lo máximo que puedo hacer por mí mismo sin otra ronda de cirugías de rodilla, tío. No creo que pueda soportar otra operación. Si la fisioterapia y digamos que alguna inyección de cortisol no me ayudan a volver a la pista, entonces estaré acabado de todos modos.

Marcus suelta el aire con brusquedad. Suena ronco a través del teléfono, como si se hubiera tragado un cubo de clavos.

—No pienses así. Todavía estás en tu mejor momento, Spark. Sólo tienes que ceñirte a la plan de rehabilitación esta vez. Dejar esas pastillas y toda esa mierda es lo mejor que puedes hacer por ti.

—Ya veremos.

—¿No tienes fisioterapia ahora? Creía que habías dicho que estabas de camino.

Miro la hora en el salpicadero.

—Sí, ya llevo cinco minutos de retraso. Empiezo bien.

—¿Has vuelto con Cherry, entonces?

Me empieza a hervir la sangre a fuego lento, como un estofado en una olla de cocción lenta. La sola mención de su nombre hace que mi corazón se acelere. Hay cierta rabia enredada en esos sentimientos que aún siento por ella, y no tengo ni idea de cómo va irá esta sesión. La última vez fui un gilipollas. ¿Volveré a comportarme así o esta versión sobria de mí será más amable?

Supongo que pronto lo sabremos. Nunca estoy seguro de nada con Cherry, ni siquiera ahora.

—No es como si tuviera más opciones. Creo que MacPhee quiere que sufra —digo.

—O por fin ha entendido que la clínica Masters es una mierda comparada con el programa de Cherry.

—¿Tú crees?

—Oh, lo sé a ciencia cierta. Colega, he estado trabajando con ella de forma constante durante las últimas dos semanas, y ya estoy consiguiendo mejores tiempos en mis tandas en el estadio. También tengo más estabilidad. En nada estaré de vuelta en el hielo y dándote una paliza .

Me río.

—Qué bien. Me alegra oírlo, Marcus. De verdad que sí.

—Así que, independientemente de vuestra historia, dale una oportunidad a la chica. Es la mejor de Glasgow, te lo aseguro.

—Sí. Me voy ya. Pero nos vemos esta tarde, ¿vale?

—¿Vienes al entrenamiento? ¿Con el resto de los plebeyos? —Marcus suelta una risita.

—Ya iba siendo hora.

—Pues sí.

En cuanto salgo del coche, el aire frío de finales de otoño me golpea, llenándome los pulmones de un hielo que me raspa las entrañas. Tardo un poco en acostumbrarme de nuevo, pero me gusta la comodidad. Pronto volveré a los secos y cálidos brazos del climatizador. Para cuando estoy dentro del edificio, mi temperatura corporal vuelve a la normalidad, sólo para dispararse cuando entro en una de las salas de terapia y me encuentro a Cherry esperando junto a la camilla plegable, con los brazos cruzados y mirada asesina.

Debería ser un capullo a estas alturas, pero no me sale.

—Siento llegar tarde —le digo—. Mucho tráfico.

—Tienes suerte de que te haya retrasado media hora la sesión siguiente, porque si no tendría que acortar la tuya —dice Cherry. Suena diferente. Temblorosa. Intenta mantener la barbilla en alto y los ojos fijos en mí, pero baja la mirada con frecuencia.

—Ya he dicho que lo siento. —Es lo mejor que puedo hacer, e incluso eso lo suelto entre dientes apretados.

—Por favor, prepárate y siéntate en la camilla.

Se da la vuelta y se acerca a la ventana con los brazos cruzados y suficiente tensión en los hombros para hacer explotar una bobina de Tesla. El aire de la habitación se vuelve más denso mientras me quito los vaqueros y la camiseta y me pongo unos pantalones cortos y una camiseta más cómodos.

—Joder —murmuro mientras transfiero el peso de mi cuerpo de una pierna a otra. El dolor que se dispara a través de la maldita rodilla es lo bastante agudo como para hacerme llorar. Si a todo esto le añades mi aleccionador mal humor, ya es difícil lidiar conmigo.

Finalmente, me siento en el borde de la cama, pero Cherry no se mueve. Aprovecho el

momento para mirarla. Siempre ha sido más alta que otras mujeres, con piernas largas como un día sin pan que suele ocultar bajo unos vaqueros culotte. Le gusta la ropa grande pero no demasiado holgada, lo suficiente para insinuar su esbelta figura sin olvidar sus deliciosas curvas. Las mantiene vagamente ocultas, y hoy no es una excepción. La veo debajo de esa ropa. Recuerdo la sensación de su larga melena negra cayendo por un hombro. La suavidad de su piel pálida contra mis labios. El brillo azul de sus ojos cuando le decía que la quería.

La tensa línea rosada de sus labios cuando me dijo que ya no quería nada conmigo. En el fondo, sabía que merecía que me despreciara, pero sigo sin entender por qué me dejó. Por qué me apartó a un lado cuando estábamos tan bien y éramos tan felices juntos. A día de hoy, me gustaría decir que es un misterio. Igual no quiero admitir lo que he sospechado todo el tiempo. Quizá algún día me lo diga. Pero hoy no es ese día, porque mi mal humor ya se está trasnformando en algo más difícil de controlar.

—Estoy listo —le digo, y ella se da la vuelta.

Tiene los ojos hinchados. Ha estado llorando. El negro de su blusa amplifica el brillo nacarado de su rostro ovalado. Al menos lleva un poco de brillo de labios rosa para compensar su palidez.

—Vale, ¿cuándo fue la última vez que hiciste fisioterapia? —pregunta. Su voz suena inestable.

—¿Quieres decir, aparte de nuestro último encuentro?

Una sombra recorre su rostro.

—Sí.

—He estado entrando y saliendo de la clínica Masters durante el último año, pero no he hecho mucho durante... creo que unos dos o tres meses.

—Ya veo. Tendremos que empezar despacio, entonces, y hacer una evaluación de tus ligamentos y articulaciones.

Cherry se acerca y el corazón me da un vuelco. ¿Por qué coño estoy tan nervioso?

—Mis ligamentos y articulaciones son un puto desastre. Subo las escaleras como un marinero arrugado de 80 años.

—Eso ya lo juzgaré yo. Extiende la pierna, por favor. —Extiende una mano, lista para sostener mi pierna derecha mientras la estiro. Me agarra de forma firme, pero suave, mientras palpa la zona de la rodilla en busca de... bueno, de todo. Hasta yo puedo darme cuenta de que hay que no va bien ahí—. Recibiste un golpe con un patín justo debajo de la rodilla, ¿verdad?

—Sí, a toda velocidad. La cosa terminó en un placaje. Tuve la pierna en un ángulo raro durante unos minutos antes de que los paramédicos llegaran a la pista.

Me mira sorprendida.

—Siento que hayas tenido que pasar por algo así. No puedo ni imaginarme lo que debió de doler.

—Ya, bueno... Tampoco es que pueda volver atrás en el tiempo y arreglar nada, ¿eh?.

Me lanza otra mirada de sorpresa, pero esta es una que conozco mejor. Entiende el doble sentido de lo que he dicho. Pongo la mano en el fuego por ello. Me dobla la rodilla y luego me la endereza lentamente mientras palpa las articulaciones con los dedos. Al notar los movimientos y giros de los ligamentos bajo la piel, Cherry frunce ligeramente el ceño.

—El tiempo es lo único que no podemos recuperar. Por ejemplo, todo el tiempo que has pasado drogándote y haciendo cero terapia te ha pasado factura en las rodillas.

—Oye, no he venido aquí para que me juzgues.

—Lo digo como tu terapeuta, Spark. Pisa el freno y escúchame. —Respira hondo y suelta mi pierna, retrocediendo un par de pasos—. Cuanto más tiempo pasas en condiciones sedentarias, más rígidos se vuelven tus ligamentos, sobre todo después de una operación.

—No entiendes cuanto me duele.

—Puede. Pero eso no es excusa si quieres volver a jugar al hockey. Tendremos que hacer de 2 a 3 sesiones cada semana de hasta una hora cada una durante este mes y sólo con ejercicios ligeros, y eso sólo para que tu pierna vuelva a un estado más funcional, para empezar. Podemos hablar de volver a jugar más adelante. En tu estado actual, tendrías derecho a las prestaciones por minusvalía.

—¡No soy un puto discapacitado! —Suelto con un bramido, con la furia revolviéndose en mi estómago como los penachos rojos y negros de un volcán que chisporrotea—. Soy un puto jugador de hockey con una puta rodilla maltrecha y tú vas a curarme. Para eso te pagan.

—No puedo hacer putos milagros, Spark. Vas a tener que arrimar el hombro —responde ella, igual de furiosa. Tengo que admitir que no recuerdo la última vez que estuvo tan enfadada. Pero siempre he sacado lo peor de la gente. Incluso en Cherry.

—¡No si cada sesión va a ser así antes de que empecemos siquiera!

—Dios mío, Spark, no puedes poner las cosas fáciles, ¿verdad? De verdad que no es nada difícil ser un ser humano decente con una persona que quiere ayudarte, y aun así la cagas. A lo grande.

Salto de la camilla y, imponiéndome con mi altura por encima de Cherry.

—¿De quién es la culpa de que estés de tan mala hostia, entonces? Primero soluciónalo y ya hablaremos.

Me mira fijamente durante lo que parece una eternidad.

Pasa un segundo. Luego otro. No sé cuánto dura este pesado silencio, pero sí sé que mi mente baraja todos los escenarios posibles para decantarse por la posibilidad de que le haya tocado la fibra sensible y la haya cabreado a lo grande. No sería la primera vez que le hago tal cosa a Cherry. Ni mucho menos. Pero es la primera vez que veo lágrimas en sus hermosos ojos azules. Es la primera vez que siento una punzada de dolor que la atraviesa a ella y a mí a la vez.

Está sufriendo profundamente, y yo ni siquiera me di cuenta porque estaba demasiado ocupado siendo un imbécil.

—Discúlpame —suelta Cherry, medio llorando, y sale corriendo de la habitación.

Me quedo rezagado en medio de un silencio diferente, mucho más frío. La ausencia de ella pesa de repente sobre mis hombros, casi aplastándome. Me siento fatal, pero también curioso. ¿Qué demonios acaba de pasar y por qué? No puede haber sido sólo culpa mía. Cherry es dura de pelar en lo que a mí respecta. Me insultaría y pegaría si me paso de la raya. Lo que ha hecho hace unos segundos es muy poco... propio de ella.

¿Quién la ha destrozado?

DIEZ

SPARK

Por supuesto, mi conciencia decide asomar su fea cabeza y ya no puedo quedarme aquí en absoluto silencio sin hacer algo respecto del arrebato de Cherry. Algo va mal, y no es propio de ella rendirse de la forma en que acaba de hacerlo.

—Maldita sea —murmuro apretando los dientes mientras salgo de la sala. La encuentro al otro extremo del pasillo abierto que da a la enorme recepción y la cafetería que se extienden por la planta baja.

Está prácticamente escondida en un rincón, medio oculta por un olivo artificial con su propia maceta decorativa. Todo la planta está plagada de esas cosas que no hacen más que acumular polvo y dejarle claro a quien las contempla de que son falsas. Cherry solloza con la cara hundida entre las manos, esforzándose por no ser vista. Me destroza verla así. También hace que me embargue un nuevo tipo de rabia, una dirigida a quien sea o a lo que sea que la haya hecho llorar. Odio cuando está así, incluso ahora, después de todos estos años.

—Eh —murmuro mientras me acerco con cautela a ella.

Por suerte, no hay nadie más que nosotros dos, dado lo pronto que es. Sin embargo, en nada todo este lugar se verá perturbado por el resto de mis compañeros de equipo y el entrenador MacArthur. Si ese viejo sabueso me ve junto a Cherry llorando, me colgará de las pelotas antes de que pueda explicarle mi inocencia. Ese hombre pierde el norte cada vez que lastiman a su «segunda hija»; lo he visto de primera mano muchas veces, hace años.

—Déjame. —consigue decir Cherry, tratando por todos los medios de recomponerse. Lo único que consigue es derramar más lágrimas, que ruedan por sus mejillas y salpican sobre el suelo de linóleo gris mientras se esconde detrás del falso olivo—. Necesito un minuto.

—¿Qué está pasando aquí, Cherry?

—¡Te he dicho que me dejes!

—No. No, lo siento, eso no va a pasar. Nunca te he visto así. Ni siquiera yo puedo hacerte llorar. No así, al menos. Algo va mal.

—Hay muchas cosas que van mal —admite, girándose lentamente para mirarme. La posición es un poco incómoda con ella apretujada en una esquina y medio oculta por el falso olivo, pero si así es como va a hablar conmigo, que así sea. La verdad es que está bastante mona. Como un

corderito perdido. Podría abrazarla. No me importaría abrazarla—. Ni siquiera sabría por dónde empezar... hay... muchas cosas mal.

—¿Y cuántas de esas cosas son culpa mía? Vamos a quitarme a mí de en medio primero, ¿de acuerdo? ¿De qué me disculpo? —Decido mostrarme un poco animado. Cherry necesita una sonrisa en esos labios suaves y rosados. Necesito volver a verla sonreír.

—Típico de Spark Harris. Creer que todo lo que sucede en el mundo es por él —se burla, sacudiendo la cabeza con consternación.

Le ofrezco una sonrisa irónica.

—¿Entonces no es por mi culpa?

—No, sigues siendo el mismo capullo de siempre.

—Eso también tengo que agradecértelo a ti.

Me lanza una mirada endurecida, casi furiosa. El hielo gotea de su voz.

—¿Perdona?

—Dejemos eso para otro momento. Habla conmigo —le digo—. ¿Qué pasa, Cherry? Dejando nuestra vieja historia y aversión aparte, ¿qué está pasando?

—Mi padre se está muriendo.

Me tomo un minuto para procesarlo , intentando recordar cómo estaban las cosas entre ella y su padre la última vez que hablamos de él. Fue hace años. Ella le guardaba un profundo rencor por haber huido a Estados Unidos tras el divorcio, pero no tengo mucho más material en términos de recuerdos. Estaban distanciados, pero supongo que la idea de perderlo a él también la ha hecho estallar.

—Cherry, ¿qué quieres decir con que se está muriendo?

—Se va a morir si no le pago la operación de sustitución valvular —dice con lágrimas en los ojos, un diluvio que lleva aguantando bastante tiempo, a juzgar por sus temblores e hipos incontrolables—. Su seguro médico es una mierda. Su vida en general es una mierda. No tiene a nadie que le ayude. Es un puto desastre, y a menos que consiga 140 de los grandes para su cirugía, sólo le quedan unos meses de vida. Es una puta pesadilla... Ese país... Ese sistema.

—Maldita sea, Cherry. Lo siento. ¿Y si te lo traes aquí? —pregunto, esperando que se abra un poco más. Para que deje de llorar.

—Está demasiado débil para aguantar el viaje. Estuve con él unos días. Vi el estado en que se encuentra y estoy de acuerdo. Si lo trasladan, se muere. La cosa pinta mal, pinta muy mal, y nadie me ha preparado para esto. No tenía ni idea... Ay, Dios... —Cherry rompe a llorar y pierde el equilibrio.

La atrapo y la estrecho contra mí, volcando todas mis fuerzas en este abrazo y dando gracias a las estrellas por haber sostenido la mayor parte del peso sobre mi pierna buena; de lo contrario, ya estaríamos los dos en el suelo. La mantengo apretada contra mí escondo la nariz en su pelo negro y huelo los tenues rastros de jazmín y aceite de almendras. La abrazo mientras se rinde y llora desconsoladamente, temblando entre mis brazos y apretando la cara contra mi pecho. Sus

lágrimas empapan mi camiseta, pero no importa. Siento que así absorbo su dolor.

—Nunca lo vi venir. Hacía mucho que no hablaba con él siquiera . Nunca estuvimos unidos. —Siente la necesidad de recordarme—. Podría simplemente alejarme y fingir que no existe, pero...—Es tu padre. No te atreves a hacerlo, ¿no? —murmuro, sabiendo bien lo que se siente con este tema en particular. Yo también podría marcharme y perderlo todo para librarme de sus estupideces juiciosas y controladoras. Pero sólo me tiene a mí. Soy su único hijo. Sí, entiendo bien lo que siente Cherry, al menos hasta cierto punto—. Está bien, Cherry. Eres una buena persona. Por eso todo esto te duele tanto.

—No puedo ayudarle —dice, sin querer separarse de mí todavía. No es que me importe. Noto su cuerpo cálido y suave contra el mío.

Una locura de pensamiento se abre paso en mi cerebro, como un ratón que recorre a toda prisa las paredes de una habitación, buscando un pequeño agujero por el que escabullirse. Mi boca.

—¿Cuánto has dicho que cuesta la cirugía? —pregunto.

—140,000 dólares. Su seguro no lo cubrirá. Su médico mencionó lo de iniciar un GoFundMe, pero apenas he logrado reunir 2.000 dólares, y la mayor parte de eso es de parte de Merry y su padre. Esto es una pesadilla.

Ese pensamiento tan loco por fin encuentra su hueco.

—¿Qué tal si te ayudo?

—¿Qué?

De repente, Cherry se pone tensa entre mis brazos. Lenta pero segura, se aleja, y me siento frío, solo y miserable, como si acabara de abrazar un puto iceberg. Había olvidado lo adictiva que podía ser. Lo mejor que es el mundo con ella en él. Lo mejor que es mi mundo, concretamente, con ella en él. La expresión que veo en su cara me indica que o bien he dicho algo brillante o algo aterrador. A veces es difícil leerla.

—¿Qué tal si te ayudo? —Repito la pregunta, esperando que esta vez cuaje.

Mientras tanto, el ratoncito de mi cabeza baraja múltiples ángulos y posibles soluciones. Esta idea mía empieza a tomar rumbo a pasos agintados porque mi universo interior necesita un equilibrio que mi padre ha aniquilado por completo con su ultimátum. Esta podría ser mi escapatoria.

—Me sobran 140.000 dólares, Cherry. Podría ayudarte. Podrías salvar a tu padre.

Da otro paso atrás y está a punto de escabullirse a su rincón. El falso olivo parece ansioso por acoger su regreso.

—No te sigo.

—Los tiempos desesperados exigen medidas desesperadas, ¿verdad? Bueno, eso te pone en la posición única de tener que pensar más allá, y da la casualidad de que tengo la solución adecuada para ti.

—Empiezas a sonar como un vendedor de coches usados.

—Cierto. —Respiro hondo. Suéltalo de una vez—. Cásate conmigo y te pagaré 140.000 dólares para pagar la cirugía de reemplazo de válvula de tu padre.

He sido bastante claro. Sin embargo, no espero que Cherry diga que sí inmediatamente. Espero y... Sí, ahí está, veo la confusión claramente reflejada en su cara; tiene la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. No se puede negar el sutil valor humorístico de este momento: cualquier otro día me partiría de risa. Pero lo digo en serio. Tiempos desesperados, medidas desesperadas.

—¿Eh? —dice Cherry.

—Necesito una esposa para que mi padre deje de respirarme en la nuca y no me eche del equipo. Literalmente. Tengo seis meses para desintoxicarme, hacer fisioterapia y casarme con una buena chica. No conozco a una chica más buena que tú, Cherry Bensen.

Sigue sin abrir la boca para aportar nada más a la conversación. Mataría por ser una de las sinapsis de su cerebro y poder captar lo que sea que esté pensando ahora mismo. Pero no puedo tirar la toalla. Tengo que seguir adelante con mi discurso de venta, tal vez así haga que sus ojos se ablanden.

—Ni siquiera sería de verdad. Firmaríamos un contrato y todo. Ni siquiera tendríamos que consumar el matrimonio. Nadie tiene por qué saber que es un trato. El hecho de que tengamos un pasado sentimetal sobre el que construir la historia del matrimonio me ayudaría también a vendérselo a mi padre.

—Tu padre.

—Sí, el imbécil de Zeke. Sabes que disfrutarías echándoselo en cara a ese viejo cabrón, y casándote conmigo matarías dos pájaros de un tiro. Es casi demasiado bueno para ser verdad. Pero es verdad, Cherry. Te estoy ofreciendo una solución y un camino a seguir. Podemos divorciarnos en un año de forma amistosa o lo que sea. No tendré nada que reclamarte, nada. Tan pronto como digas que sí, redactaré un contrato. Una vez que lo firmes, te transferiré el dinero y eso será todo. No queremos que tu padre esté esperando en el hospital durante demasiado tiempo.

—Vaya, sí que lo has pensado bien —susurra Cherry, con expresión inmutable.

Me encojo ligeramente de hombros.

—No estaba planeando esto, lo juro. Es sólo una idea a la que le he estado dando vueltas desde el ultimátum de Zeke; y tú has aparecido de repente en este estado tan lamentable, que tenía que hacer algo. Eso intento hacer. Por ti. Y por mí también. Principalmente, por mí. Pero es mucho más por ti, ¿verdad? Quiero decir, que significa más para ti. —Debería dejar de hablar, ya mismo.

La mano de Cherry sale disparada tan rápido que es la segunda vez que no me veo venir la bofetada hasta que siento el aguijonazo de dolor fundiéndose en mi mejilla y recorriéndome todo el lado izquierdo de la cabeza mientras el efecto del latigazo me marea.

—Joder. ¡Au!

—Estás mal de la cabeza si crees que esto es... ¡ugh! —Cherry se sacude hasta sus lágrimas, y se aleja.

Tengo una o dos palabras que dedicarle, pero me duele la mandíbula y me sangra el ego por todas partes. Me quedo en compañía del falso olivo, preguntándome dónde coño me he equivocado. Por el amor de Dios, le he hecho a Cherry una oferta que no podía rechazar. Hay cosas peores en el mundo que casarse conmigo, como enterrar a su padre. Estoy seguro de que lo sabe.

Quizá me he precipitado.

Tal vez debería haber allanado el terreno antes.

Debería darle algo de tiempo para pensarse las cosas. Tengo seis meses para salvar mi carrera y quitarme a ese viejo cabrón de encima sin perder ninguno de mis privilegios. Si esto termina con Cherry salvando a su padre, me consideraré un hombre mejor. O podría simplemente darle el dinero y no pedir nada a cambio, pero esa no es mi forma de ser, ¿verdad? ¿Y por qué iba a hacerlo, después de la forma en que me apartó de su vida y nos convirtió en prácticamente un par de desconocidos, cuando en un momento dado lo fuimos todo el uno para el otro?

No. Nada en este mundo es gratis. Mi propio padre me enseñó tal cosa. Su ultimátum es su última lección al respecto. Aun así, lo que le ofrezco a Cherry es la menor cantidad de trabajo necesaria para adquirir tal cantidad de dinero. ¿No es consciente de ello? Probablemente sí, pero yo soy el lobo feroz de esta ecuación. Mi temperamento de mierda se ha asegurado de ello, y no he hecho ni una sola cosa para hacer cambiar de opinión a nadie. Todo lo contrario.

Es más fácil ser un capullo porque así la gente no espera más de ti.

Porque así no se sentirán decepcionados conmigo.

Debería darle tiempo a Cherry. A decir verdad, si voy a seguir planteándome esta opción de un matrimonio falso , ella es la única candidata viable en mi lista. No hay nadie más con quien preferiría hacer esto. Sí, debería darle algo de tiempo. Dejar que se lo piense.

ONCE

CHERRY

Nochebuena de 2007

No había nevado tanto en Glasgow desde 1998. Lo recuerdo porque fue cuando mamá le dijo a papá que quería el divorcio. Sí, lo hizo durante la cena de Nochebuena. Joel y su mujer habían traído a la pequeña Merry. Yo era una niña en ese entonces, inocente y confundida y destrozada cuando mamá dijo que se había terminado. Me quedé estupefacta, pero todavía puedo ver a papá, incluso ahora, tranquilo y callado, pensando en su decisión mientras Joel empezaba a excusarse y a alejar a la familia de la mesa, consciente de que la cosa se pondría incómoda pronto.

Me sentí sola cuando se fueron. Deseé que me hubieran llevado con ellos.

Durante mucho tiempo, la Navidad perdió su magia, pero en los últimos años he llegado a aceptar lo que pasó y por qué mamá permitió que sucediera de ese modo. Comprendía ciertas cosas, incluida su incompatibilidad emocional y física. Comprendí las frustraciones de mi padre y su incapacidad para adaptarse a esta nueva vida en Escocia. Yo había crecido aquí. Soy escocesa-estadounidense por defecto y no tengo ningún problema con ello. Mamá tampoco. Se ha adaptado estupendamente y su negocio de *cupcakes* va como la seda. Y pensar que empezó con un pequeño puesto a la salida de mi colegio.

Su tienda parece sacada de un cuento de hadas del País de las Maravillas invernal. Dejo atrás la nieve al entrar, con las mejillas rubicundas y una enorme sonrisa que se me dibuja al notar la temperatura interior. Los copos de nieve se me deshacen en el pelo y me sacudo algunos mientras camino hacia el expositor de *cupcakes*. Es el paraíso del azúcar escarchado. Fuera se asienta otro tipo de escarcha: polvo blanco que cubre los coches y las farolas de hierro forjado; nieve que se asienta en los marcos de las ventanas mientras las flores de hielo florecen en cada cristal; copos de nieve grandes como perlas que caen en una espesa cortina y lo vuelven todo blanco, inocente y puro. Todo se cubrirá de lodo antes de que acabe la semana, a menos que nieve así durante los próximos días, por lo menos.

—¡Cherry! ¿No deberías estar en clase? —Me llama mamá desde detrás del mostrador.

Su tienda de *cupcakes* suele estar más llena, pero esta una hora más floja, por eso quería pasarme.

—Le dije a la Sra. Vander que me necesitabas en la tienda. Quería venir antes que los demás

para que no se lleven lo mejor.

—¿Lo mejor? —pregunta, enarcando una ceja mientras devuelve el cambio a un cliente y le entrega una caja de regalo pulcramente envuelta que Sarah, su ayudante, ha preparado en silencio detrás del expositor de cristal. Es ahí donde empaquetan los *cupcakes* en diferentes cajas. En esta época del año son de terciopelo rojo y decorados con guirnaldas o fideos de colores por todas partes.

—Sí, la primera hornada siempre es la mejor porque aún no tienes las manos cansadas. El glaseado te queda perfecto en esos —respondo y señalo una esquina concreta del expositor de cristal—. ¿Ves? Quiero uno de cada.

Eso significa seis cupcakes diferentes: merengue de limón, chocolate y frambuesa, menta y chocolate blanco, vainilla bourbon, caramelo salado y fresas con nata. Seis muestras diminutas de lo que es saborear el mismísimo paraíso. Se me hace la boca agua.

Mamá sonríe y deja que su ayudante atienda al resto de clientes, ya que nadie viene nunca con prisas a esta tienda. Aquí la gente se toma un respiro para oler estos dulces sabores y comprar algo bonito y sabroso. No tiene nada que ver con el bullicio y las prisas de un centro comercial, y no puedo evitar sentir orgullo por cómo mamá lleva el negocio. Empieza a empaquetarme en una caja de color turquesa cada uno de sus característicos cupcakes.

—No son para ti, ¿verdad? —pregunta.

Me quedo momentáneamente hipnotizada por la preciosa cobertura escarchada de azúcar, diseñada de forma creativa para dejar entrever los ingredientes que aguardan en su interior. Son como obras de arte en miniatura.

—Son para Merry. Acaba de romper con Harry y creo que necesita algo que le levante un poco el ánimo.

—¡Pero si tiene 13 años! ¿Qué sabe ella de rupturas? Madre mía, ¡tenéis tanta prisa por crecer! —exclama mamá, poniendo con cuidado la cuarta magdalena en la caja.

—Eh, estoy bien sola, mamá. Es Merry la que tiene prisa. Lleva todo el día , ni siquiera quiso ir a clases.

—Deduzco que sus padres le dieron permiso para quedarse en casa y le han escrito un justificante.

—Sí. Pero los dos están trabajando y les prometí que me pasaría a ver cómo estaba. Merry accedió a cuidar a sus hermanitos, pero...

—Pero si está llorando por las esquinas por un chico, a Joel le preocupa que pueda descuidar sus deberes de hermana, tiene sentido. —Ríe mamá mientras termina de envolver mi caja de *cupcakes* y la pone encima del mostrador, junto a la caja registradora—. Asegúrate de no moverla demasiado, ¿vale? La cobertura de gelatina de frambuesa se mueve más de lo que esperaba, y no quiero que se estropee la forma.

—Mamá, es para Merry, no le va a importar.

—A ella no, pero a mí sí —responde, y luego frunce ligeramente el ceño—. ¿Y cómo va tu

vida amorosa últimamente?

No puedo evitar reírme.

—Mamá, tengo diecisiete años y estoy enfocada en los estudios. Además, vivimos juntas. Si hubiera un pretendiente de por medio, lo sabrías.

—Ya, es verdad. Creo que me daría cuenta. Espera, ¿qué pasa con ese amigo tuyo, Spark?

—Es mi amigo. Y tiene novia —respondo, intentando ignorar la dolorosa punzada que siento en el estómago. Se me hace raro cada vez que pienso en ellos juntos. Spark y yo nos conocemos desde hace mucho, y sí, he pensado en él más de una vez como algo más. Pero somos amigos, y los amigos se apoyan mutuamente. No intentan meterse en las bragas o calzoncillos del otro—. Aparte, Spark ni siquiera es mi tipo. Él tiene el hockey y a sus compañeros de equipo, y Rebecca es más que adecuada como animadora jefe, así que...

—Ay, cariño, estás tan mona cuando te pones celosa.

—¡No estoy celosa!

Mamá me dedica una sonrisa consdecendiente. El tipo de sonrisa que dice: «*ya, claro, no estás celosa*» que no hace más que molestarme.

—Ya, pues claro. —Pero no me deja replicar. Sabe lo testaruda que puedo ser a veces—. ¿No quieres llevarte unos cupcakes a casa para ti también?

—Voy a pasar la noche en casa de Merry.

Mamá frunce el ceño mientras consulta su móvil.

—Mañana hay instituto.

—Voy a preparar las cosas para clases. Voy a pasar por casa antes.

Mamá intenta que convencerme para que vuelve a casa antes de medianoche, pero sus intentos caen en saco roto. Como con todo lo que me propongo, es muy difícil que me eche atrás una vez que he tomado una decisión. Si pudiera decidirme por una carrera, sería increíble. He aprobado todos los exámenes. Mi orientadora escolar cree que puedo matricularme en casi cualquier campo, incluida medicina.

Pero no sé adónde debo ir ni qué debo hacer con mi vida.

Ni siquiera estoy segura de que dedicar mi vida a una carrera específica sea lo que me hará feliz.

Hay tantas cosas que todavía estoy intentando aprender sobre mí misma. Al salir de la tienda con la caja turquesa en ambas manos y la mochila colgada de los hombros, me doy cuenta de que el camino de vuelta a casa va a ser todo un suplicio con todos estos libros a mis espaldas, literalmente haciendo de lastre. ¿Qué sentido tiene ser la chica más estudiosa del instituto, de todos modos? Sí, saco buenas notas, pero apenas tengo amigos. No tengo vida social. Nadie me llama para invitarme a sus fiestas, y he recibido tantos miradas juiciosas de reojo que puedo decir sin temor a equivocarme que soy la chica más querida y despreciada a partes iguales de toda la maldita ciudad.

Spark es guapo y super enérgico y elegante y divertido y un estúpido de remate a veces.

Estoy perdidamente enamorada y soy incapaz de admitirlo ante nadie más. Apenas me lo admito a mí misma. Pero aun si me confesara, yo sería insuficiente. Rebecca le está dando todo lo que necesita, incluyendo las partes sexis. Spark dijo que se estaban acostando el otro día.

Merry es cuatro años más joven que yo y, sin embargo, ya ha tenido más vida sentimental de la que seguramente yo tendré nunca. No sé cómo consigue hacerlo sin dejar de sacar buenas notas, pero creo que debería aprender algo de ello. Aparte de ellos dos y de mi madre, no tengo a nadie más en quien pueda pensar como amigo. Como un verdadero amigo.

—¿Cherry? —La voz de Spark hace que me quede paralizada en medio de la acera, mientras la nieve cae implacable a mi alrededor, haciéndome cada vez más difícil caminar sin arriesgarme a partirme la crisma al dar un solo paso más—. ¿Qué estás...?

Mi grito al caer hace que él se apresure a coger la caja de *cupcakes* antes de que se le ocurra cogerme a mí. Me caigo con fuerza contra las losas del suelo, gimiendo por el dolor que me sube por el culo, pero me vuelvo a levantar antes de que nadie pueda verme... O eso espero, al menos. Spark está de pie delante de mí, con la caja de *cupcakes* en la manoy sonriendo con un orgullo cegador.

—Vaya. —Consigo decir, tratando de evaluar si mi coxis me va a permitir dormir esta noche o no.

—Lo siento, pero parecías tan preocupada por dejar caer la caja, que me imaginé que...

—Ah, has hecho muy bien —le digo con una risita nerviosa—. Ahí dentro hay seis *cupcakes* preciosos, y quiero que lleguen intactas a casa de Merry. Gracias.

—De nada —responde con una amplia sonrisa.

Madre mía, qué difícil es no enamorarse de él. Tiene el pelo rubio muy despeinado, pero enmarca su rostro de maravilla. También está más oscuro en invierno, resaltando así el verde bosque de sus ojos. Sus dientes son casi perfectos, salvo por el canino astillado, la marca de un jugador de hockey, según él. Le gustan las camisas grandes y los vaqueros raídos, y su aspecto de chico malo le ayuda a conquistar a todas las chicas guapas del instituto. Rebecca ni siquiera es la primera, y dudo que sea la última antes del baile de graduación del año que viene.

—¿Para quién son, entonces? ¿Para mí?

—No, bobo. ¡Para Merry!. —Me hago con la caja de nuevo una vez que estoy segura de que no me voy a volver a resbalar.

Él la coge de nuevo.

—Déjame a mí llevarla y acompañarte a casa. Tengo puestas mis Timberlands.

—Vale. Me parece justo —murmuro, mirando sus botas antideslizantes. Mi corazón se acelera como dándole una vuelta al sol mientras camino a su lado, tratando de no caerme y hacer el ridículo—. ¿De dónde has salido? Ni siquiera te he visto venir.

—Ah, del metro de ahí detrás —dice, señalando con la cabeza hacia algún lugar detrás de nosotros. No me giro a mirar porque entonces no vería por dónde camino“—. Te vi bajando la acera y luchando por no caerte y supuse que te vendría bien una mano.

—Eres todo un caballero.

—No me tomes el pelo, aun estoy a tiempo de largarme.

Me río cuando me frunce el ceño con la más sincera ofensa.

—Lo decía en serio. Eres todo un caballero, bobo. Y gracias, te lo agradezco mucho.

—Vale... Entonces... Sí, vale.

Caminamos en un silencio incómodo durante un rato, aunque no logro discernir por qué es incómodo. Spark y yo nos conocemos desde hace años. Nos hemos visto en nuestros mejores y peores momentos y, sin embargo, seguimos unidos, amigos pase lo que pase. Pero ahora mismo, puedo sentirlo. Hay algo raro flotando entre nosotros.

—Bueno, ¿qué tal el día? Ya solo nos quedan unos seis meses, y después adiós instituto —hablo al cabo de un rato, robándole alguna que otra mirada.

Las calles están abarrotadas, pero la gente no estará fuera mucho tiempo. La nieve es cada vez más espesa, y si sigue cayendo así, por la mañana será como un cuento de hadas. Sin embargo, el tráfico es cada vez más denso. Los coches circulan más despacio de lo habitual, ya que la carretera se convierte en una trampa mortal en potencia para los adictos a la velocidad de Glasgow. Afortunadamente, la policía ya está saliendo en sus coches señalizados para ayudar a los conductores. La tarde se tiñe de pesados tonos añiles y grises sobre un cielo nublado del que no dejan de caer bocanadas de nieve. Es precioso.

—¿Que qué tal el día? Ha estado bien. Medio raro, pero bien —dice Spark. Tardó un momento en responder.

—¿Raro?

Asiente.

—Sí. He roto con Rebecca.

—Siento oír eso.

—No lo sientes. No empecé el día pensando en que lo haría. Quiero decir, no era parte del plan. Pero se ha vuelto tan necesitada, pegajosa y celosa, que no pude aguantarlo más.

—Puaj.

—Sí.

—Si hay algo que sé de ti, Spark, es que no te gustan las pegajosas.

Se ríe con ligereza.

—Exacto. Además, eso ni siquiera fue lo peor que hizo. Ya me he enfrentado a pegajosas antes. —Hace una pausa y nos guía hasta la parada del autobús—. Cojamos el 180 para el resto del viaje, Cherry. Está nevando y no quiero arriesgarme a que se caiga la caja.

—Ah, sí, vale.

También significa que nuestro viaje juntos será más corto, pero está siendo un caballero y ya le he elogiado por ello, así que aceptaré lo que esté dispuesto a darme y estaré agradecida por ello. Nos acomodamos en la parada del autobús y tomamos asiento en el sólido banco de plástico, pero Spark no suelta la caja de *cupcakes*. Ha hecho una promesa y piensa cumplirla.

—Entonces, ¿qué es lo peor que hizo Rebecca? —pregunto.

Me lanza una mirada larga e intensa que no acabo de entender hasta que continúa con su respuesta.

—Quería que dejara de verte.

—Eso es ridículo. Somos amigos. Hemos sido amigos desde antes de que ella viniera a nuestro instituto.

—Eso mismo le dije.

—¿Y qué dijo ella? —respondo, con el corazón latiéndome aún más rápido que antes. Si sigue así, podría desmayarme. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué Spark tiene un efecto tan poderoso sobre mí? ¿O es quizá lo que me está contando es lo que me está alterando?

—Dijo que es obvio que te gusto más que como amigo, y que no se siente cómoda contigo babeándome encima.

—Eh, eso es pasarse —murmuro, con las mejillas encendidas.

—Le dije que se fuera a la mierda.

Eso me hace reír a carcajadas. Puede que también me haya salido un hipido.

—Perdón.

—No te disculpes. Mis amigos son mis amigos —dice Spark, sin apartar la mirada de mi cara —. Además, si lo que dijo Rebecca es cierto, nos debo a los dos ver qué podemos hacer a partir de ahí.

—¿Con qué?

—¿Te gusto, Cherry? O sea, ¿cómo más que amigos?

Parpadeo varias veces, sintiéndome tan aturdida como un ciervo ante los faros de un coche.

—Eh... ¿por qué preguntas eso, Spark?.

—Porque Rebecca lo mencionó, y estoy pensando que igual no he estado prestando atención todo este tiempo. E igual debería.

—¿Pero por qué importa eso? Somos amigos.

—¿Eso es todo lo que quieres que seamos, entonces?

Dios mío, esto está muy alejado de mis bromas habituales con Spark. No sé cómo manejar esta faceta tan seria suya, porque por la expresión de su cara me doy cuenta de que habla en serio, mientras que yo actúo como una niña tímida desesperada por proteger sus sentimientos. Por otra parte, la misma orientadora escolar que me aconsejó sobre mis opciones profesionales también me dijo que podría tener un caso leve de miedo al abandono, lo que podría traducirse en el triste número de amigos íntimos que tengo en mi vida. Dice que no me acerco a la gente por miedo a perderla.

Si digo que sí, puede que Spark salga por patas. Si no digo nada, se meterá conmigo. Si digo que no, estaría mintiendo, y solo me haría sentir desdichada. Exhalo profundamente y decido seguir a mi corazón por una vez. Estoy en el último año de instituto, por el amor de Dios. Si algo se va a la mierda ahora, ¡nos iremos a la universidad más adelante y no mantendremos el

contacto!

—Spark, siempre me has gustado más que como amigo. Nunca he intentado nada porque sé que no soy tu tipo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, mira a tus novias. Rebecca. Hailey. ¿Cómo se llamaba, la primera que se parecía a Galadriel de El Señor de los Anillos?

—Katie —Ríe y su mirada se suaviza.

Hay algunas personas más aglomeradas en la parada de autobús, pero la forma en que Spark me mira hace que me olvide de ellas por completo. El mundo mismo se desvanece, dejando sólo la nieve que cae y el sonido retumbante del tráfico a pocos metros de distancia.

—Sí, Katie. Son todas rubias. Rubias superficiales. Del tipo que quieren que las lleves al centro comercial y les compres regalos. Animadoras y atletas, artistas y futuras políticas, probablemente. Mientras tanto, aquí estoy yo, con mi madre divorciada y sin las más mínima idea de lo que voy a hacer con mi vida, incluso estando en el último curso. Además, soy morena y más bien delgaducha.

—¿Desde cuándo ha sido eso un problema? —responde Spark, ligeramente divertido—. Quiero decir, me conoces mejor que nadie, Cherry, y aun así sigues siendo mi amiga. Nunca me juzgas, nunca me exiges nada, te gusto por lo que soy.

—Bueno, sí.

—¿Y si tú también me gustas?

No me lo esperaba.

—Ya. Espera, ¿qué?

—Déjame que te lo demuestre. —Se acerca y me besa.

En el momento en que nuestros labios se encuentran, todo mi mundo implosiona y se derrumba sobre sí mismo. Todo lo que creía conocer desaparece, sustituido por destellos y luces brillantes y dulces sensaciones que me cuesta comprender. Siento un hormigueo en toda la piel cuando su lengua se abre paso y acabamos enredados y saboreándonos el uno al otro, fundiéndonos como copos de nieve en el techo de plexiglás de la parada de autobús que se alza sobre nosotros.

Me quedo sin aliento cuando se retira, con los labios rosados, resbaladizos y temblorosos de excitación y placer.

—Guau...

—Sí —dice—. Quiero decir... ¿por qué no?

—¿Por qué no qué?

—Estás en otra parte, ¿eh?

Suelto una risita.

—Me siento del todo estupefacta e incapaz de funcionar correctamente.

—Todo está cambiando, Cherry, ¿no te has dado cuenta? Estamos creciendo. Haciendo

planes de futuro. Encontrando nuestro rumbo, o al menos tratando de averiguarlo. No quiero a las rubias ni a las animadoras ni a los futuras políticas. No quiero muchas de las cosas que pensaba que quería antes. Quiero salir del instituto con tu mano en la mía y un futuro en común por delante. No quiero perderte nunca, Cherry.

Oh, Dios, me voy a derretir aquí y ahora. Podría llorar. De verdad que sí. Ay, mi corazón.

—¿Estás bien? —me pregunta. Seguramente me está pasando algo en la cara—. Estás ... Cherry, ¿estás llorando?

—Te juro que son lágrimas de alegría, lo juro.

Se ríe y vuelve a acercarse para darme un segundo beso. Recibo con gusto sus labios y su calor. Llevo prendada de este chico desde que las hormonas empezaron a hacer efecto. Durante mucho tiempo, rechacé tales sentimientos. Maldita sea, los rechacé fervientemente cuando apareció la princesa elfa. Ahora, sin embargo... Ahora tengo toda la atención de Spark y mucho más. Nunca pensé que vería este día.

Aquí. En este día. En este preciso momento.

Spark y yo nos estamos besando. De verdad. Está pasando. Algo caliente y dulce se despliega en la boca de mi estómago, estirándose y dilatándose como un sol perezoso y joven. El fuego me consumirá algún día, pero hasta entonces, pienso disfrutar de cada momento que pase con él. Puede que Spark acabe rompiéndome el corazón. Siempre lo he sabido, en el fondo. Incluso ahora, mientras su boca conquista la mía, lo sé. Algún día, lloraré otro tipo de lágrimas por él.

O igual sólo estoy siendo un pesimista lamentable de nuevo, mi corazón es demasiado viejo para el resto de mi cuerpo. Necesito disfrutar más de la vida. Y aquí está Spark, dándome esa oportunidad.

—¿De verdad quieres ir a casa de Merry? —pregunta recuperando el aliento.

Perdemos el segundo autobús desde que llegamos a esta parada. Aunque a ninguno de los dos le importa. Le miro fijamente durante un largo e intenso segundo y sonrío.

—¿Tienes una idea mejor?

Oh, y tanto que la tiene.

DOCE

CHERRY

Una semana después de la proposición de matrimonio

Suelo salir del banco con una sonrisa en la cara. Por supuesto, sólo voy cuando tengo que ingresar un cheque o dinero en efectivo. Esta vez, sin embargo, han rechazado mi solicitud de préstamo. Debido a mi condición de autónoma y a la fluctuación de mis ingresos, es absolutamente imposible que consiga una cantidad tan grande como la que necesito para la operación de mi padre. Lo máximo que me puede dar un banco son 50.000 dólares, y eso conlleva unos intereses bastante elevados. Por no hablar de las comisiones. No he rechazado la oferta, pero necesitaré muchísimo más además de eso. Mis opciones son limitadas y el tiempo apremia.

Me detengo en la cafetería de enfrente del banco y me tomo un café con leche y una magdalena de chocolate para consolarme un poco mientras pienso en los próximos pasos. Merry y yo llevamos toda la mañana mandándonos mensajes sobre el tema, aunque todavía no hemos dado con ningún plan ni remotamente inteligente. Todas las perspectivas parecen desesperanzadoras desde todos los ángulos, y la vida de un hombre pende de un hilo. Me estremezco al pensar en las consecuencias, teniendo en cuenta que el hombre en cuestión es mi puñetero padre.

¿En qué estaba pensando Spark con esa propuesta? ¿De dónde había salido?

—¿Qué le ha hecho su padre para empujarle a esos extremos? —pregunto al aire mientras miro por la enorme ventana del café. El tráfico circula lentamente por la calle principal. El cielo es de un gris apagado, pero lo que me llama la atención es la caída de un puñado de gruesos copos de nieve. Me recuerda a aquella noche. Nuestro primer beso. Ese momento en el que sólo estábamos él y yo, nada más. También fue el principio del fin de nuestra amistad.

Su padre se opuso a que estuviéramos juntos desde el primer día. En cuanto Spark me llevó a casa de sus padres y me volvió a presentar como su novia, todo cambió. La sonrisa del señor Harris se desvaneció y poco a poco fue sustituida por el desprecio, mientras que la señora Harris no dejaba de hablar de Rebecca y de que era una pena que que ella y Spark hubieran roto. Eran y siguen siendo personas terriblemente posesivas y controladoras.

Spark siempre fue para ello más que un hijo. Es un activo. Invirtieron en su crecimiento y

educación, así que ver todo ese dinero despilfarrado en strippers, alcohol, pastillas y desesperación puede haber forzado al viejo Harris a tomar duras decisiones. Debe ser por eso que Spark actuó como un demente y me pedió que me casara con él por dinero.

—No tiene ningún sentido —digo, sorbiendo lentamente mi café con leche entre bocados furiosos de mi magdalena de chocolate. Es de triple chocolate, así que la explosión de calorías es tres veces mayor para curar mi dolorido corazón.

«No tiene ningún sentido», me repito una y otra vez en la cabeza. Pero él tiene el dinero. Creo que está más que conforme con pagarme 140.000 dólares para que me case con él. Pero podría tener a cualquier chica del mundo. No creo que su padre quisiera que yo, de entre todas las personas, caminara hasta el altar y tomara a Spark como mi esposo. Lo que él preferiría es que me deportaran al otro lado del mundo. Dios, es todo tan confuso.

Cuanto más lo pienso, más confuso se vuelve todo, así que me ceñiré a los hechos. Spark quiere que me case con él a cambio de darme 140.000 dólares. Por loco que parezca, también viene con un contrato. No debería sorprenderme, ya que hay mucho dinero de por medio. Dice que ni siquiera tenemos que consumar el matrimonio, ¿cómo demonios voy a seguir casada con él? El atractivo físico sigue ahí y sólo empeorará las cosas mil veces más. No puedo verlo como una mera transacción comercial compleja.

Quería a ese hombre más que a nada. Creo que todavía lo quiero.

Me suena el teléfono. Una parte de mí espera que sea Spark, pero es un número de móvil estadounidense que tengo pendiente guardar en contactos desde que volví, así que contesto.

—Hola, papá. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy teniendo uno de esos... días mejores, se podría decir —responde, el rasguño áspero de su voz hace que se me cuaje la sangre. Está enfermo, muy enfermo, pero se esfuerza tanto por parecer que está mejor de lo que en verdad está que me destroza por completo—. El médico está probando una nueva medicación esta semana o algo así. Firmé para ser parte de un pequeño ensayo clínico... de esta nueva droga que la FDA acaba de aprobar para continúen haciéndole más pruebas, aparentemente...

—¿Estás seguro de que probar nuevos medicamentos es lo que necesitas ahora? —pregunto, con el estómago reducido al tamaño de un guijarro.

—No es que tenga muchas otras opciones aparte, cariño. Tomaré lo que pueda. Además, me han asegurado que es seguro para pruebas en humanos, sólo que no saben cuán efectivo es. Tuvieron grandes resultados en ratones, por lo visto.

—¿Para qué sirve exactamente?

—No lo entendí del todo, pero el médico dijo que te enviará un estudio completo del caso y los detalles a tu dirección de correo electrónico. Tiene una proteína especial que se supone que mantendrá a mi corazón funcionando como es debido durante un poco más de tiempo. Aún necesitaría el reemplazo de la válvula, pero cree que este nuevo tratamiento podría comprarme algunos meses más.

—Ya veo, sí. Bueno, confío en tu criterio y no soy quién para decirte lo que debes o no aceptar en este momento —respondo, sintiéndome miserable por haber tardado tanto en considerar la oferta de Spark.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, intentando reunir algo de dinero.

—Cherry, lo digo en serio. No te hagas responsable de esto. Haremos lo que podamos y ya está.

—Papá, no hables así. Aún no hay que tirar la toalla.

Deja escapar un pesado suspiro. Puedo sentirlo en mi propio pecho, la tensión deshaciéndose a medida que la peor de mis pesadillas vuelve a atormentarme conscientemente.

—No hay que tirar la toalla, tienes razón. Pero este ensayo clínico nos dará algo más de tiempo, al menos.

—Sí. Tú prueba con eso, y yo... eh, te mantendré al tanto de todo lo demás. Resumiendo, lo máximo que puedo conseguir del banco como préstamo son 50.000 dólares, pero es mejor que nada y un buen comienzo. Más los 5 de los grandes que hemos conseguido en lo del GoFundMe. Sí, necesitamos más tiempo.

—Ya se solucionará, de una manera u otra, Cherry. Pero prométeme que no dejarás que esto se apodere de tu vida. No quieres volver a pasar por lo que... Recuerda cómo te sentiste con tu madre, cariño, y ahórratelo, ¿vale? No merezco ese tipo de sufrimiento.

Intento decir algo, pero las palabras se me atascan en la garganta. Al final, consigo decir:

—Lo siento, papá, tengo que irme. Hablamos luego, cuídate. —Cuelgo y empiezo a sollozar sobre un puñado de pañuelos de papel de cafetería. Ni siquiera la magdalena de chocolate puede consolarme.

Está claro que no puedo hacer esto sola.

También está claro que mi padre siente remordimientos por cómo acabaron las cosas en nuestra familia, y que de alguna manera se ha degradado a sí mismo a algo menos que humano, ya que no cree que merezca la pena salvarse. Creo que cualquier persona merece que la salven, siempre que comprenda quién es y lo que ha hecho. Maldita sea, no puedo juzgar a mi padre cuando abandoné a Spark sin siquiera confrontarlo, a pesar de que tenía muy buenas putas razones para estar cabreada por su infidelidad. No soy mejor que mi padre, eso también me queda claro.

Entonces, ¿qué demonios voy a hacer?

Cuanto más me hago esa pregunta, una y otra vez, hasta que me escuecen los ojos y se me secan las lágrimas, parece que vuelvo a la misma respuesta. Tal vez es hora de que empiece a tomarme en serio la oferta de Spark. Tiempos desesperados, dijo. No hay nada más desesperado que esta situación.

ESA MISMA TARDE vuelvo a la pista de los Rangers.

No estoy segura de lo que estoy haciendo aquí, exactamente. Un atisbo de conciencia me guio hasta aquí, ya que ni siquiera comprobé con las chicas de recepción si Spark se encuentra en el edificio. ¿Pero quiero que esté aquí? ¿Le estoy evitando? ¿Lo estoy buscando a conciencia y estoy dispuesta a profundizar más en su oferta?

Una parte de mí quiere decir que sí a esto último. Una parte de mí quiere dar media vuelta, huir y dejarlo todo atrás. Pero sigo atada a este mundo, y no puedo cortar esta conexión porque mi padre es todo lo que me queda en términos de linaje. No tengo abuelos. Ni tíos ni primos que haya conocido. Solo está él. Siempre fueron sólo él y mamá, por eso su divorcio me conmocionó a mí y a sus amigos íntimos por igual. Al fin y al cabo, eran el uno la familia del otro, y eligieron alejarse.

Papá eligió alejarse.

Sí, tengo un trauma de abandono, eso seguro. Al entrar en la recepción, me doy cuenta de que apenas hay nadie a estas horas. Compruebo mi teléfono y recuerdo que es viernes y que suelen hacer media jornada. Veo a Lindsey detrás de su mostrador de bienvenida, pero antes de que pueda acercarme a preguntar por Spark, localizo a Merry.

—¿Merry? .

Se acerca a toda prisa. Tiene la cara desencajada y la mirada nerviosa cuando me dedica una leve sonrisa y me saluda con la mano antes de pasar zumbando por mi lado y salir por la puerta principal. Sus zapatos rojos chasquean ansiosos en el suelo y se desvanecen en la distancia mientras baja los escalones y corre hacia su coche.

Me quedo ahí plantada un buen minuto, preguntándome qué acaba de pasar. No es propio de Merry comportarse así. Siempre hablamos, aunque sea un saludo de un segundo. Me siento muy confusa, así que decido mandarle un mensaje de texto, pero no hay respuesta inmediata. Compruebo el «grupo de la familia» que hice con ella y Joel, y veo que Joel ha mandado un mensaje hace un minuto sobre el campamento de fin de semana de los chicos en Inverness, así que él está bien. No pasa nada.

—Cherry. ¿Qué te trae por aquí? —La voz de Owen casi me sobresalta cuando me doy la vuelta y lo veo de pie a escasos centímetros. Su colonia invade mis fosas nasales. Es demasiado penetrante y agresiva, así que retrocedo un par de pasos para situarme fuera de su alcance.

—Tenía unos asuntos que atender por la zona. ¿Qué... acabas de ver a Merry? —pregunto.

—Sí, hace un momento, ¿por qué? —responde, con las manos en los bolsillos. Lleva unos pantalones elegantes y una camisa azul, ambos le quedan demasiado ajustados.

—Parecía disgustada.

—¿Ah, sí?

—Sí. No me dijo ni una sola palabra. Me saludó con la mano y pasó por mi lado.

Owen frunce ligeramente el ceño y mira un momento por encima de mi hombro. Lleva un portapapeles bajo el brazo y una funda de smartphone colgada del cinturón de cuero. Supongo

que se está tomando en serio su puesto de ayudante del entrenador, aunque sigo pensando que es demasiado joven y que no es lo bastante calculador como para ayudar en el aspecto táctico. Joel es el estratega y el cerebro de todas las jugadas del equipo. Owen es un segundón, en el mejor de los casos. Me pregunto por qué el Sr. Harris lo involucró en lugar de retirarlo de los Rangers.

—No es propio de Merry, ahí llevas razón —dice Owen—. Vosotros dos habéis sido amigas desde siempre, ¿verdad? ¿Desde que erais pequeñas?

—Sí.

—Aunque supongo que no te cuenta todo lo que pasa en su vida.

No me gusta su tono, pero sé que quiere llegar a alguna parte con él.

—Merry sabe que siempre puede confiar en mí.

—A decir verdad, Merry lleva un poco de una doble vida.

—¿Eh?

—Le gusta uno de los jugadores —dice Owen encogiéndose de hombros.

Me cuesta creerlo, sobre todo porque sé que Merry no está pensando en tener ninguna relación. No mientras vaya a estar de vuelta en la India la semana que viene. Me siento muy confusa, así que me veo en la obligación de hacer algunas preguntas.

—Espera, ¿cómo sabes eso?

—Estaba en la cafetería. Lo he visto todo.

—¿El qué?

—Merry y Koby Laver, nuestro joven y prometedor centrocampista de Essex. Es el nuevo plato del menú, supongo, y todas las chicas están locas por él, Merry incluida. Creo que intentó invitarlo a salir y él la rechazó, o algo así. No sé, los he visto juntos, hablando. Me imagino que se ha tomado mal que le den calabazas.

Sacudo la cabeza lentamente.

—Me lo habría mencionado.

—Sí, pero igual no quería arriesgarse a hacer el ridículo. Ya sabes, en caso de que él la rechazara o algo así —responde Owen—. De todas formas, te aconsejo que le des a la chica algo de espacio y no menciones a Koby a menos que ella lo mencione primero.

—¿Tú crees?

Vuelve a encogerse de hombros. Se lo está tomando demasiado a la ligera... o quizá es yo estoy demasiado apegada a Merry como para entender que esta es una de esas situaciones que ella necesita procesar por sí sola para crecer y desarrollarse emocionalmente. Todos tenemos algunos de esos momentos. Yo los llamo cariñosamente patadas en el culo. Una patada en el culo te empuja a avanzar hacia adelante, al fin y al cabo.

—Mira a ver que es lo que tiene para decir, si insistes. Pero si Merry es tu amiga íntima, sabrás lo que tienes que hacer. No voy a involucrarme. Acabo de imaginarme en su lugar y yo querría algo de espacio para superarlo.

—Supongo que tiene su sentido.

—Me alegro de que estés de acuerdo. De todos modos, ¿qué te trae por aquí a estas horas? —me pregunta Owen, pasándome un brazo por los hombros. Hay cierto carisma en su exceso de confianza. A veces le explota en la cara, pero otras veces le funciona. Este podría ser uno de esos momentos en los que me vendría bien un poco de contacto humano, un poco de calor para pasar el resto del día—. No recuerdo que ninguno de los chicos tenga sesión de terapia hoy.

—No, no estoy aquí por trabajo.

—Entonces, ¿cómo te puedo ayudar?

Sonrío con suavidad, olvidando lo despreocupado que puede llegar a ser Owen cuando no le preocupa demasiado la opinión que los demás tengan de él. Solía decirme que yo era una de las pocas que le hacía sentir cómodo cuando salíamos juntos. Nunca entendí muy bien por qué, pero me alegraba de haber podido influir tanto en él. Por supuesto, mi mayor error fue tener una cita con él, en primer lugar.

—Bueno, es un poco difícil decir esto en voz alta sin que suene patético, pero, bueno, son tiempos difíciles. Lo cierto es que estoy buscando a Spark. ¿Lo has visto, por casualidad?

—¿A Spark?

Es como si acabara de preguntarle si ha visto a satán y al bebé que acabo de darle de comer. Owen retrocede, sin una picaza de humor en los ojos y con un tic nervioso en su mandíbula cuadrada. Por Dios, si hubiera sabido que la mera mención del nombre de Spark tendría un efecto tan desagradable en él, le habría mentido y me habría marchado. Pero ya es demasiado tarde. El daño ya está hecho.

—Sí. Me imaginé que estaría por aquí un viernes por la tarde, teniendo en cuenta que está trabajando en lo de estar sobrio.

—Oh, ¿estás al tanto de eso?

—Sí.

—Eh. Bueno, no he visto a Spark en todo el día, para ser sincero, pero ¿qué tal si tú y yo vamos a tomar algo y nos ponemos al día por los viejos tiempos, eh?. —Owen se sacude la herida y opta por un plan de ataque diferente. Por desgracia para él, conozco este número y nunca he caído en la trampa—. Me prometiste ir a por una copa, ¿recuerdas?

—En realidad no te lo prometí, ¿pero sabes qué? Dame un par de semanas para arreglar unos asuntos, y luego podemos hablar de ir a tomar el brunch en Ludovico's, tal vez. ¿Qué me dices?

Odia Ludovico's. El gerente se burló de él por un par de comentarios homófobos que hizo Owen durante una de nuestras citas menos importantes. Owen nunca se lo perdonó. Salió de allí echando humo por todos los orificios, mientras yo me sentía del todo avergonzada y decidida a dejarlo antes de que intimaramos demasiado. Hay cosas que no soporto, por eso soy cliente fiel de Ludovico's desde aquella fatídica noche y exhibo con orgullo mi broche arco iris durante todo el mes de junio, todos los años.

—Estaba pensando en algo más informal. ¿Tal vez unos cócteles en el Shard? —responde, sin pillar a dónde quería llegar con mi propuesta. Tal vez estoy siendo demasiado sutil—. O en el

Reservoir. Allí preparan un Sex on the Beach buenísimo. Recuerdo que te gustaba.

—No, pero tú hacías mucho la misma broma de que me gustaba sexo en la playa. —Suelto una risita seca, perdiendo interés en la conversación y esperando que no acabemos en terreno pantanoso. Estoy demasiado cansada para situaciones incómodas, sobre todo si se trata de Owen.

—Hablo en serio, Cherry. Hace siglos que no hablamos. En plan, hablar de verdad. Hagámoslo. Pongámonos al día alguna vez.

—Lo haremos, lo prometo. Sólo que no sé cuándo, exactamente. Ten paciencia conmigo.

Estoy a punto de dejarlo atrás cuando me agarra el codo un poco demasiado fuerte.

—No te olvides de mí, entonces —dice Owen.

—No te preocupes, no lo haré —respondo, casi tirando de mi brazo hacia atrás.

Detrás de él, Spark Harris se eleva como una maldita montaña. Ni siquiera es la primera vez que me pasa que no lo veo acercarse. Tiene una forma sigilosa de acercarse y rodear a la gente. Es un tanto gracioso que Owen no lo haya notado aún. Yo habría percibido al Kraken que está a punto de desatarse sobre mí, a juzgar por la mirada furiosa de Spark.

—Hola, Cherry —dice Spark, sobresaltando automáticamente a Owen.

—Joder, me has asustado —grita Owen mientras se aleja, poniendo más distancia entre nosotros. Conoce nuestra historia, y siempre le ha disgustado Spark por «haber estado aquí primero», como dijo una vez sin ningún tacto—. Ni siquiera sabía que estabas aquí.

—Nos encontramos arriba hace una hora —responde Spark secamente—. Si tienes problemas de memoria, te sugiero que te hagas un TAC. El trauma cerebral es un tema común en nuestra línea de trabajo, Owie.

—No me llames así.

Es difícil no reírse cuando Spark se pone en plan «chicas malas». Owen puede llegar a ser bastante descarado, pero aun así puedo ahorrarlela humillación adicional.

—Spark, ¿podemos hablar? En privado.

—Claro —responde.

Sabe a lo que he venido, de todos modos. Creo que puede oír la aceptación en mi voz. Pero aun así, no voy a entregarme sin más. No. Va a tener que esforzase por ello. Algo me dice que yo le estoy salvando el culo más que él a mí. Debo actuar en consecuencia, así que levanto la barbilla en señal de cortés desafío y le sigo lejos de la recepción por uno de los pasillos que conducen a la pista de hielo.

Dejamos atrás a Owen, aunque puedo sentir los dardos de crudo resentimiento clavados en mi nuca. Aquí se producen peleas de ego todos los días. Añádele una mujer a la mezcla y puf: es una carnicería.

TRECE

SPARK

Aquí no tengo despacho propio, pero la pista de hielo está vacía a estas horas, así que es donde llevo a Cherry para hablar de un posible acuerdo. O eso espero, al menos. Si dice que sí, todo será mucho más fácil para mí. No tengo que perder el tiempo entrevistando a otras mujeres, redactando acuerdos prenupciales ridículamente específicos que se adapten a sus necesidades, y que a su vez me pondrían en una situación vulnerable. Mientras que Cherry me necesita más que yo a ella. Es una carta que estoy dispuesto a jugar, aunque una parte de mí se siente culpable por ello. Quiero decir, su padre se está muriendo. Se morirá sin esa cirugía. Y aquí estoy yo, ofreciéndole un matrimonio a cambio de su vida.

—Voy a arder en el infierno por esto —murmuro para mis adentros cuando llegamos a la pista y ocupamos un par de asientos en primera fila. No hay nada más que ver que la inmensa blancura en la que volveré a jugar. Con el tiempo. Qué palabra más fea.

—¿Qué has dicho? —pregunta Cherry, mirándome con curiosidad.

—Solo decía que seguramente arda en el infierno por esto —reitero con una sonrisa seca—. Dada tu situación, no debería ponerle ninguna condición a esos 140.000 dólares.

Sacude la cabeza y se cruza de brazos conforme la baja temperatura de la pista de patinaje empieza a mella en nosotros.

—En condiciones normales diría que efectivamente, eres un hijo de puta sin corazón. Sin ánimo de ofender a tu madre.

—No es ofensa, te lo aseguro.

—Pero entiendo el porqué de tus condiciones. Es mucho dinero, Spark. Soy consciente de ello. Y no eres en absoluto responsable de la vida de mi padre, ni me debes nada. Así que, lo entiendo. Entiendo por qué , como tu mismo has dicho, le pondrías ninguna condición a esos 140.000 dólares.

Me tomo un momento para mirarla. Está agotados. Se le cierran ligeramente los párpados y no puede mantenerse la mirada fija en un punto durante mucho tiempo. A veces conozco a Cherry mejor que a mí mismo, y no pasa un día sin que me pregunte cómo habrían sido nuestras vidas de haber seguido juntos. Solíamos ser felices. Estúpidamente felices. Mi padre nos importaba una mierda; nos daba igual lo que nadie dijera de nosotros.

Desde el instituto. Desde que por fin me atreví a besarla. Rebecca acababa de dejarme porque no iba a dejar de qeudar con Cherry siempre que quisiera. Pero ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que me había enamorado de Cherry hasta que Rebecca me lo hizo notar con amargura, poco antes de marcharse con un portazo. No volví a ver a Rebecca después de terminar el instituto. Oí por ahí que se había mudado a Londres. Supongo que le rompí el corazón, pero no me importó. Era libre, y Cherry era toda mía. ¿Qué más podía querer?

Es culpa mía que ya no estemos juntos. Soy consciente de ello. Nunca me merecí a Cherry. Sin embargo, la forma en que las cosas terminaron entre nosotros sigue dejándome un sabor amargo en la boca hasta el día de hoy. Es casi ridículo. Ya debería haberlo superado, maldita sea.

—¿Cuáles son las condiciones exactas de este trato? —pregunta ella, sacándome de mis ensoñaciones sobre un pasado dulce y olvidado y arrastrándome de vuelta al inquietante presente. Sin embargo, el futuro suena extrañamente entretenido. Es como si el universo aún no se hubiera cansado de jugar con nosotros—. Has hablado de un contrato.

—Cierto. Bueno, las cosa están así: el viejo de Zeke, ese imbécil que tengo por padre, le ha puesto un límite a mi libertinaje. Se ha hartado y además está afectando a las acciones de los Rangers. Supongo que la directiva tampoco está muy contenta conmigo. No puedo culparlos.

—Se han puesto firmes, parece ser.

—Más bien me ha puesto la bota al cuello y me ha dado un ultimátum. Tengo seis meses para estar sobrio, volver a asistir a rehabilitación y encontrar una chica decente con la que casarme para recibir algo de atención positiva por parte de la prensa de una vez, porque ahora mismo soy la comidilla de los tabloides.

Sonríe secamente.

—Has metido la pata, ¿eh?

—Hasta el fondo.

—Melinda, bendita sea, me dijo que yo sería la responsable de tu caída. No pensé que también formaría parte de tu ascenso también —dice Cherry, mirando fijamente el hielo.

Uno de los técnicos está puliendo el hielo con una de las dos máquinas Zamboni que mi padre hizo traer especialmente de Estados Unidos. No quería ninguna marca local escocesa; aseguraba que sólo la original de Paramount, California, era digna de tratar la pista de los Rangers. Pero es lo que Cherry ha dicho sobre mi madre lo que ha captado toda mi atención.

—¿Cuándo te dijo mamá tal cosa?

—Oh, no mucho después de separarnos.

No puedo evitar resoplar.

—En realidad no nos separamos, ¿no es así? Cortaste conmigo por lo sano y ya.

—Perdóname por no haberme preocupado por tu necesidad de un darle un final —responde Cherry con sequedad—. Han pasado años. Quizá deberíamos pasar página.

—Ya, va a ser que no, pero podemos hablar de eso en otro momento. —Me giro para mirarla —. ¿Qué es lo que te dijo mamá en concreto, y por qué yo no sabía nada al respecto?.

Me dedica una media sonrisa amarga.

—Melinda me llamó al móvil. No recuerdo exactamente cuándo, pero fue una conversación breve. Sabía que nos habíamos separado y supongo que estabas pasando por una mala racha lo suficientemente mala como para preocuparla. Dijo que era una pena que nos separáramos. Dijo que te estrellarías y echarías todo a perder por cómo te rompí el corazón. No me malinterpretes, no estaba siendo odiosa ni contundente. Se limito a exponer los hechos. Me sentí culpable por un tiempo, pero le dije en ese entonces que yo no era responsable de tu destino.

—No lo eras —le respondo.

—¿De verdad tan malo fue para ti? —La curiosidad brilla en el océano de su mirada cada vez más oscura y le sale el vaho de sus labios carnosos y rosados con suavidad.

—Lo he superado —digo, tratando de olvidarme de todo. Estoy mintiendo descaradamente, por supuesto. Los primeros seis meses fueron un infierno. Era un puto desastre, bebía y follaba todo el día y toda la noche. Luego vino la Copa del Mundo y la clasificación de los Rangers y eso fue todo. Mi renacer—. Me hice mayor y lo superé, Cherry. Olvídate de lo que dijo mi madre. Seguramente era el Chablis el que hablaba.

Nota el resentimiento que se desprende de mi voz, pero es lo bastante lista como para dejarlo pasar y no preguntar.

—Bueno, lo normal sería decirte que siento que tu padre te haga pasar por esto, pero si este es su último recurso, supongo que no le has dejado muchas más opciones.

—Y no te equivocas. He sido un imbécil y un imprudente, lo admito. Son sus condiciones las que me están haciendo la vida más difícil de lo que debería, por eso pensé que tú serías la mejor candidata para el papel de esposa en todo este disparate —respondo—. En última instancia, tú necesitas el dinero y yo lo tengo. Y lo que pido a cambio no es demasiado. ¿No es así?

—Cualquier otro día, te mandaría a freír esparragos —suspira Cherry—. Pero estoy cansada, y hay tantas cosas que quiero hacer. Puede que mi padre no haya estado a mi lado, pero tampoco se merece morir así. Si hubiera estado en Escocia, lo habríamos solucionado a través del NHS.

—Sí, pero puesto que está allí...

—Tenemos que jugar según sus reglas. Siempre que me ofrezcas unas condiciones limpias en este trato, diré que sí. Firmaré todos los papeles que haya que firmar, y seré tu mujer durante el tiempo que necesites para superar el ultimátum de tu padre. Siempre y cuando no me ocultes ninguna información.

—Todo quedará especificado en el contrato. Puedo tenerlo redactado para antes de que acabe la semana para que lo leas y firmes lo antes posible. Pero es muy sencillo. Tú y yo estaremos a ojos del mundo. Tendremos que convencérseles de ello, lo que significa que nos vamos a mudar juntos. Nos mostraremos afecto en público. Nos besaremos, sonreiremos y pareceremos enamorados.

Cherry se estremece bajo su abrigo y cierra los ojos un momento. No sé si es por el frío o porque le repugna la perspectiva de volver a besarme.

—Me las arreglaré, no te preocupes por mí. Puedo seguirte el juego.

—No hay sexo de por medio. Nadie tiene por qué saber que el matrimonio no se consumará —añado, con la esperanza de que le parezca mejor el trato, pero entonces el diablo que llevo dentro no puede contenerse de asomar la cabeza—. A menos que quieras que haya sexo de por medio. Yo no voy a negarme.

Entrecierra los ojos mientras me mira, y de repente me siento como el niño al que están a punto de mandar castigado a la esquina.

—Aclaremos algo desde ya, Spark. Nunca volveremos a estar juntos. Lo que teníamos murió hace años. —La sutil pausa que sigue me hace dudar, pero no tengo la oportunidad de replicar, ya que ella continúa—. Redacta tu contrato y yo lo firmaré. Pero será mejor que me pagues en las 48 horas siguientes, porque la vida de mi padre pende de un hilo. ¿Cuáles son las condiciones de pago en caso de que por algún motivo no cumpla con lo estipulado?

—¿Cómo ibas a incumplir lo estipulado, Cherry? Yo haré la mayor parte del trabajo, de todas formas. Tú solo tienes que estar guapa, compartir piso conmigo y caminar hacia el altar con un bonito vestido antes de decir que sí. Fingimos que estamos casados durante unos meses y luego nos divorciamos. Si quieres, puedo darte 50 de los grandes como prima por tu firma. Puedes usarlo para el cuidado post-operatorio de tu padre. Supongo que habrá cuidados postoperatorios.

—Dios, me siento tan sucia discutiendo los términos y condiciones de mi matrimonio. Se pone que esto va sobre amor.

Todavía podría serlo. Spark, espabila.

—Se trata de salvar la vida de tu padre y de hacerme un pequeño favor.

—¿Pequeño?

—Es pequeño, en comparación. —Le ofrezco una sonrisa—. En cuanto a las condiciones de devolución, si por algún motivo cambias de opinión, me deberás la suma completa, a pagar inmediatamente. O te llevaré a los tribunales.

Cherry me lanza una mirada fría y dura.

—Eres un cabrón despiadado.

—Tengo que asegurarme de que dices que sí y cumples tu parte del trato, Cherry. Te daré lo que quieres en un abrir y cerrar de ojos. Pero ya te fuiste de mi vida antes. No puedo permitir que vuelvas a medio desaparecer. No habiendo tanto en juego. Estoy dispuesto a pagarte los 140 mil antes de que nos casemos. Tómalo como un gesto de buena voluntad y acéptalo.

Se lo piensa un minuto más. Le doy todo el tiempo y espacio que necesita, aunque ya oigo cómo se ponen en marcha sus engranajes. Cherry me necesita y yo la necesito a ella. Eso está más que claro. Además, está desesperada. Supongo que los bancos le han denegado los préstamos, y por eso está aquí ahora mismo. La tengo justo donde quiero.

—De acuerdo. Prepara ese contrato y envíamelo por correo electrónico —dice Cherry, a continuación se levanta y respira hondo—. Nos necesitamos el uno al otro, y lo que pido tampoco puede ser gratis. Me parece un trato justo, siempre que todo quede estipulado por

escrito.

—De mi puño y letra, nena.

—Te veré el lunes en terapia, entonces —responde y se dirige de nuevo hacia la salida.

—Espera, ¿el lunes?

Cherry sonríe.

—Cierto. Se me olvidaba. Añade esto al contrato: yo seré la encargada de tu rehabilitación. En recepción puede darte mis tarifas planas como referencia, por si las necesitas.

—¡Y te atreves a decir que yo soy despiadado y tú acabas de ganarte un año de sesiones pagadas conmigo!.

Se ríe y sale a empujones por las puertas dobles, dejándome solo en la pista con el técnico del Zamboni. La máquina retumba mientras avanza por el hielo, puliéndolo todo hasta dejarlo liso para que los Rangers puedan volver a adueñarse de él durante su próxima sesión de entrenamiento. Esta es la última temporada que me pierdo. Cueste lo que cueste, Cherry y yo vamos a darnos el «sí, quiero» y a devolvérsela al viejo.

No puedo esperar a ver cómo pierde los papeles cuando se entere del compromiso.

Va a estar en todos los medios de comunicación, de todos modos.

Pensó que podía controlarme, pues que le den bien fuerte. Soy un hombre independiente, no importa el contrato que penda sobre mi cabeza. Recuperaré mi gloria y mi apogeo. Me ganaré mi segundo anillo de campeón y mi día con las animadoras. Tendré mis entrevistas en Good Morning Britain y el programa de Graham Norton antes de que me envíen a Nueva York para presentar uno de esos episodios de Saturday Night Life. A la mierda. Mi carrera no ha hecho más que empezar.

Si tan sólo este dolor me diese un respiro.

CATORCE

CHERRY

Merry volverá pronto a la India. Ya ha prolongado su estancia en Glasgow más de lo previsto, aunque no voy a quejarme. Toda la ciudad parece un lugar mejor cuando ella está cerca. Cuando estoy con ella siento que no voy a dejarme vencer. Que el cielo me proteja una vez que ella se haya ido; me veré sola y perdida y Spark acabará conmigo.

—Estás cagada de miedo con todo este asunto —dice Merry, hurgando en su ensalada de salmón ahumado y pera. Yo me estoy abriendo camino a través de un filete poco hecho con patatas asadas al romero, y lo estamos acompañando con un Chardonnay con burbujas y afrutado. Nos merecemos mimarnos de vez en cuando, y si una comida de domingo no es la ocasión perfecta, no sé cuál puede ser—. Y sé por qué.

—¿Ah?

Echo un vistazo a mi alrededor y me doy cuenta de que han pasado años desde la última vez que estuve en este restaurante a orillas del río. Tiene una terraza abierta en verano que lo hace ideal para tomarse unas cervezas y el aperitivo de las seis al estilo italiano que los escoceses han empezado a adoptar en los últimos años. La comida es fantástica, y estoy segura de que el año pasado ganaron una estrella Michelin. No es el epítome de la pretenciosidad, pero me gusta arreglarme para venir aquí. El interior está formado en su mayor parte por paneles de madera de cerezo barnizada y un papel pintado vintage de azul pastel con unos finos y estilizados motivos marítimos. El suelo es de madera maciza y los muebles son en su mayoría conjuntos retapizados de los años 50 a los que los dueños del restaurante no han podido decir adiós.

La tela de la tapicería parece ridículamente cara y queda fantástica combinada con el entorno. En las paredes hay objetos antiguos de socorristas y botes, junto con ilustraciones de tinta desgastada de las embarcaciones que solían subir y bajar por el río que vemos a través de las altas ventanas que van del suelo al techo.

—Cherry, ¿me estás escuchando? —pregunta Merry.

La miro confudida. Lo más probable es que me haya desviado de la conversación, y no por culpa de la estética del restaurante. Es porque creo saber lo que está a punto de decir con respecto a este acojone con el que he estado cargando desde que le dije a Spark que me casaría con él.

—Lo siento. Está todo siendo una locura y se me ha ido la cabeza a otra parte.

—Sé por qué estás así. Por qué tienes tanto miedo.

—Adelante. Te mueres por decírmelo —digo con una leve risita, dando un sorbo más largo al vino. Si sigo así, necesitaré que me sirvan otro antes de que Merry termine con el suyo. Por otra parte, el alcohol me está relajando un poco las terminaciones nerviosas. Últimamente estoy demasiado tensa para funcionar como es debido.

—Sigues enamorada de ese tío.

Me río.

—Y tú estás borracha.

—¡Nah! Sigues enamorada de Spark y sabes que a él tampoco le eres indiferente. Estás cagada de miedo por lo que pueda pasar cuando os deis el «sí, quiero» y os deis cuenta de que no podéis seguir con la farsa.

—¡Merry!

—¿Qué? No puedes decirme que me equivoco. Os conozco desde que tengo uso de razón —responde, y por un momento la veo como la mocosa con coleta a la que solía dar clases en el instituto. La veo como la niña de trece años a la que le rompieron el corazón y se dio un buen atracón con los elegantes *cupcakes* de mi madre para mitigar el dolor—. Lo que vosotros dos tuvisteis es el tipo de relación que nunca muere de verdad, quieras admitirlo o no. En el fondo, estoy segura de que sabes exactamente de lo que hablo. Estoy segura de que Spark también lo sabe.

—Hace tiempo que pasó página, Merry. No inventemos cosas —

—¿Entonces por qué te pidió a ti, específicamente, que te casaras con él?

—Porque necesito el dinero y él necesita ayuda —respondo, encogiéndome de hombros.

De repente, se me quita el apetito. La mayor parte de lo que dice Merry tiene mucho sentido, pero no estoy dispuesta a aceptar que tiene razón. Hacerlo significaría admitir que sigo enamorada de Spark, y eso pondría en peligro toda mi misión con respecto a esos 140.000 dólares. No puedo contraer un falso matrimonio con un hombre del que sigo conscientemente enamorada. No podré llevarlo a cabo, sobre todo sabiendo que Spark ya no me quiere. Si me hubiera querido, nunca se habría liado con esas chicas en su mansión. Nunca me habría engañado.

—Escucha, la situación es muy simple en realidad. Es una transacción comercial, eso es todo, y te agradecería mucho que lo dejarás estar y esto no saliera de aquí.

Merry me mira atentamente durante un rato y luego vuelve a devorar su ensalada.

—No te preocupes, Cherry. Tu secreto está a salvo conmigo y esperaré pacientemente el día en que me llames y me digas que tenía razón. No pasa nada. Me he hecho mayor y ahora sé cómo ser paciente.

—Serás granuja. —Suelto una risita y vuelvo a coger mi delicioso plato de comida. Sería una pena desperdiciarlo, teniendo en cuenta lo que nos van a clavar por esta cena. También hemos pedido postre—. Resumiendo, tanto Spark como yo hemos pasado página, y estamos intentando

manejar esto de forma civilizada. Eso es todo.

—Ya, claro —dice Merry, con una sonrisa—. Pero nunca olvidaré tu noche de graduación.

—Ni siquiera tenías permiso para estar allí.

—¡Era la acompañante de Terry! Claro que tenía permiso para estar allí.

—Si Joel lo hubiera sabido, habría conducido hasta el insituto sólo para colgar a Terry de las pelotas. —Me río con ganas, imaginando la cara del pobre Terry si Joel hubiera aparecido. Sin embargo, los ojos de Merry no se apartan de mí y una dulce nostalgia se instala en su mirada. Sin darme cuenta, mi mente vuelve a aquella noche. Casi me veo de vuelte a los brazos de Spark...

—Olvídate de Terry y de mí. Spark y tú fuisteis las estrellas de la fiesta —dice—. Recuerdo que Rebecca estuvo cabreada durante siglos porque Spark la había dejado. Le decía a todo el mundo que ella lo había dejado a él, pero como yo estaba enterada de la verdad por ti, me encantaba contradecirla en público. Aun recuerdo de qué forma se le cayó la mandíbula al suelo cuando entrasteis Spark y tú. Él llevaba puesto su esmoquin negro, con botones plateados y un elegante peinado al estilo Gran Gatsby, y tú llevabas ese precioso vestido de lentejuelas plateadas. Menudo espectáculo.

—Qué noche aquella. —Suspiro profundamente—. Me divertí muchísimo.

—Nadie se esperaba que empezaseis a salir juntos.

—Nosotros tampoco, Merry. Ni siquiera sabía que le gustaba en ese momento. No hasta que me besó. —Hago una pausa y la miro, recordando lo del otro día—. Quería preguntarte algo. —Es hora de cambiar de tema. No me gusta darle muchas vueltas a nada que tenga que ver con Spark, sobre todo en estas circunstancias tan peculiares—. ¿Qué pasó en la pista de patinaje?.

Merry frunce el ceño con confusión.

—¿De qué hablas?

—Ni siquiera te paraste a saludarme cuando te vi. Pasaste corriendo por mi lado. ¿Qué pasó?

Se lo piensa un momento y unas sombras oscuras revoloteando por su mirada por lo demás soleada. Una sonrisa tímida y falsa se dibuja en sus labios.

—No fue nada, te lo prometo. Sólo un mal día.

—Eso no es lo que dijo Owen.

—¡¿Qué dijo?! —Suena alarmada. Casi aterrorizada. Todo esto no hace más que avivar aún más mi curiosidad, pero conociéndola, no me lo dirá directamente. Tengo que proceder con cuidado.

—Que solo tenías problemas de faldas. Con uno de los Rangers, en concreto. No sabía que salías con nadie del equipo.

Merry niega con la cabeza.

—No salgo con nadie del equipo. Owen confundió las cosas.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? Pase lo que pase.

—Lo sé. Pero no hay nada de lo qué hablar, sobre todo en lo que respecta a Owen.

Otra vez ese cambio en su tono que me hace aguzar el oído. Pero entiendo los límites de

Merry. Acudirá a mí cuando se sienta preparada. Hasta entonces, nos quedamos con un gran almuerzo y un vino aún mejor, anticipando la promesa de un postre afrutado y un gewurztraminer, del camarero nos aseguró que seríamos unas tontas si no nos lo tomábamos con nuestro último plato. Ni Merry ni yo tenemos ni idea de lo que es, pero no le preguntamos al camarero. No queríamos parecer unas ignorantes.

—Lo siento —dice, extendiendo una mano sobre la mesa para cubrir la mía con suavidad—. Me estoy sintiendo ansiosa por lo de irme. A veces olvido el estrés al que me somete todo el proceso.

Sonrío suavemente.

—Joel daría un brazo y una pierna por que volvieras a instalarte aquí.

—Y volveré, con el tiempo. Para ser sincera, estoy cansado de estar fuera desde hace un tiempo. Pero cada vez que vuelvo recuerdo por qué me fui en primer lugar. —Suena su teléfono. Comprueba la pantalla y lo pone en silencio y boca abajo, respirando hondo—. Quizá la próxima vez que vuelva, todo lo que me llevó a alejarme la primera vez habrá desaparecido por fin.

Aquí hay algo que me estoy perdiendo porque me falta información importante. Desgraciadamente, sin la ayuda de Merry, no podré conectar los puntos. Ella me lo dirá cuando esté lista y ni un segundo antes.

—¿Cómo está tu padre? —pregunta Merry una vez que el camarero limpia nuestra mesa y nos rellena el agua, retirando la botella de vino y las copas vacías—. ¿Le has contado lo del trato que has hecho con Spark?

—No, ni de coña. Le dije que conseguí un préstamo a través de la empresa privada de Spark.

—Te das cuenta de que terminará por enterarse del compromiso y de la boda, ¿verdad? —Levanta una ceja.

—Se lo diré una vez firmado el contrato, pero no sabrá que lo hice por dinero. No conoce a Spark ni sabe de nuestro pasado, así que me será más fácil convencerle de que la boda es real.

—Cariño, los tabloides hablarán al respecto. Buscarán debajo de las piedras. Spark Harris ya es material de portada de por sí, imagínatelo casándose con su novia del instituto, que le dejó hace años y que ahora tiene un padre en el hospital, mientras las acciones de los Rangers caen en picado. Quiero decir, es un bombazo, por decir poco. Y un pastiche del infierno, pero un pastiche al fin y al cabo. ¿Qué crees que pensará tu padre? Incluso como alguien externo, tiene más información que los tabloides.

Se me caen los hombros en expresión de derrota cuando comprendo lo acertada que está Merry.

—Lo verá como lo que es, dado que estará en el extremo receptor de esa operación. Me ceñiré a la historia del préstamo y negaré cualquier conexión con lo del matrimonio. Papá puede creerme, o puede meterse en sus asuntos y limitarse a agradecer que Spark me ayude a salvarle el culo.

—Ah, veo que el resentimiento sigue vivo.

—Y ni siquiera puedo echar mano de él porque está enfermo y moribundo —respondo, bajando la mirada.

—No soy psicóloga, Cherry, pero tu relación con tu padre es complicada como poco. Igual deberías ser menos dura contigo misma y soltar todo lo que sientas que es demasiado para ti en este momento.

A veces olvido que Merry es más joven que yo. Parece infinitamente más sabia de lo que su edad podría sugerir. Es infinitamente más dura de lo que su apariencia apacible podría sugerir. Sin embargo, con toda su dulzura y su desparpajo, hasta ahora Merry sólo me ha dado buenos consejos. Debería escucharla más a menudo, pero eso significaría admitir que me equivoco.

Aún no estoy preparada para ello.

No, voy a seguir adelante con la boda, y que los dioses se apiaden de mi desdichada alma. Pronunciaré unos votos que no tengo intención de cumplir, dentro de la iglesia, delante de cientos de invitados y de la prensa y... Ay, vaya, la magnitud de este proyecto empieza a hacer mella de forma considerable en mi conciencia y... Joder, estoy llegando a extremos insospechados para salvar la vida de mi padre. Peor aún. Estoy a punto de casarme con el hombre al que nunca he dejado de querer.

Necesito olvidarme de tal pensamiento antes de que me destruya.

QUINCE

CHERRY

La primera parte de nuestra misión matrimonial es meter en cintura a los padres de Spark. En mi opinión, es la parte más difícil, ya que Ezekiel es un sociópata que solo ve a una gallina de los huevos de oro en lugar de a su hijo, y Melinda vive en el fondo de una botella de Chablis. Sin embargo, nuestra misión es vender este inminente matrimonio como algo que ambos queremos y hemos consentido. Saben que es una farsa, pero Ezequiel no me espera a mí como prometida de Spark.

Supongo que una parte de mí se siente casi tan emocionada como su propio hijo por devolvérsela a lo grande.

—Este lugar no ha cambiado mucho —digo cuando el todoterreno negro se detiene ante las puertas de la ancestral mansión de los Harris.

Está igual que cuando me fui, la verdad. Todos los años han pasado rozado la casa y sus extensos jardines. Se les pagó mucho dinero a docenas de personas para mantener la casa como Dios manda. Pintando la fachada. Reforzando los cimientos y los elementos estructurales. Sustituyendo las viejas ventanas y las puertas dobles de estilo francés por cristales aislantes a prueba de balas. Limpiando las zonas verdes y convirtiendo poco a poco los magnolios en gigantescas maravillas en flor. Sí, se pagan muchos sueldos para que la mansión Harris conserve su belleza y atractivo dignos de aparecer en Architectural Digest.

El único heredero de todo esto es Spark. Y yo estoy a punto de pasar a formar parte de la familia.

Yo. La pequeña don nadie con la madre simplona y respostera y el padre negligente. La niña sin rumbo que no se mordía la lengua y tenía sueños más grandes de lo que su estatus social le permitía alcanzar. Ah, sí, recuerdo los golpes bajos de Ezekiel y las burlas de Melanie. Recuerdo todas las cenas a las que Spark quería que fuera, con la esperanza de facilitarme la acogida en su familia. Pero tal cosa nunca pasó. En retrospectiva, me inclino a creer que la nuestra fue una estrella fugaz desde el principio.

—Tampoco sus dueños —dice Spark, que se toma un momento antes de bajarse. El conductor espera pacientemente, con la vista al frente y los oídos apagados, por así decirlo—. A mi madre le siguen gustando los vinos secos y mi padre sigue siendo el capullo esnob que ya

conoces. Por desgracia, también sigue teniendo todo el poder. Por eso estamos haciendo todo esto. Por cierto, quería agradecértelo.

—Me pagas 140 de los grandes por aguantar a estos gilipollas unos meses. Un año, como mucho. Y los veré cada par de semanas a lo sumo, no todos los días —respondo.

—Mm —dice distraídamente, con la mirada perdida. Parece que sus ojos se han llevado a sus pensamientos con ellos—. Por cierto, estás preciosa.

He optado por un sencillo vestido negro estilo Audrey Hepburn con falda amplia, top ajustado y hombros descubiertos. He rematado el look con un conjunto de pendientes y collar de diamantes de imitación que me regaló mi madre cuando cumplí 18 años. Fue su regalo de bienvenida a la edad adulta, y sé que pagó mucho por los diamantes sintéticos en una época en que la tecnología aún era nueva. Supongo que el conjunto vale mucho más ahora que el mercado se ha hecho un hueco en la tecnología de los diamantes, pero para mí no tiene precio. No lo vendería ni aunque mi vida dependiera de ello. Es una de las pocas cosas que me quedan de ella. Es lo único que sobrevivirá a la época que ella adornó con su presencia y sus recuerdos. Dios mío, me estoy emocionando.

—Gracias. —Me las arreglo para hablar—. Tú también estás muy elegante. —Y es cierto que lo está.

Lleva unos pantalones chinos con una camisa negra desabrochada que se ciñe lo justo a los hombros, y un reloj de plata acorde con su actitud inquebrantable. Podría derribar una montaña entera con este hombre a mi lado. Es una pena que se haya abandonado de esa forma a las drogas y la autocompasión.

—Mi padre no puede saber nada del contrato ni del dinero que estoy pagando por esto.

—Y no lo sabrá. Pero tendrá preguntas.

Spark sonríe secamente.

—Deja que pregunte. Cuanto menos sepan, mejor, y más fácil será para nosotros seguir adelante con esto.

—Sí, entiendo. Estamos los dos en el mismo equipo.

—Mamá preguntará si hemos vuelto a salir. Supongo que podemos decir que sí, pero que lo hemos mantenido en secreto.

—Además te estoy ayudando con las sesiones de rehabilitación, eso debería darme algunos puntos con ella, ¿no? —pregunto.

Spark contiene una carcajada.

—Es más probable que recibas elogios por eso del viejo cabrón que de ella, pero bueno, veamos qué pasa. Pase lo que paso, vamos a hacer esto y no hay nada que puedan hacer para detenerme. Mi padre puso las condiciones, pero no especificó los detalles, así que esta noche vamos a darle una lección. Él ha disfrutado como un niño enseñándome unas cuantas y creo que es hora de devolverle el favor.

Le cojo de la muñeca cuando está a punto de salir del coche.

—No lo olvides, que parezca realista. Mantente humilde y no te rías en su cara o se olerá que hay gato encerrado y encontrará la manera de echar abajo tus planes sólo para fastidiarte. Lo más probable es que incluso tenga a una mujer preparada para decir que sí en caso de que la prometida que tu elijas se las pire.

—¿Lo harías? —Su mirada me atraviesa el alma.

—¿El qué?

—Pirarte.

Sólo si me reconozco a mí misma que todavía te quiero.

—No. Hemos hecho un trato, y firmaremos un contrato al final de la noche. La vida de mi padre depende de ello, y esa es justo tu garantía de que no te dejaré colgado. —O eso espero. Quiero creerlo, de verdad, pero la perspectiva de volver a enamorarme de él me aterroriza más... más que nada.

—Vamos. Están esperando. —Spark se baja del coche y me ofrece su mano.

Lo acepto y salgo con cuidado al suelo resbaladizo. Lleva varios días nevando de forma intermitente, así que nos encontramos con una combinación de nieve negra y charcos por todas partes. Voy vestida para una cena elegante, así que camino con mucha precaución, agarrada del brazo de Spark, mientras atravesamos las puertas principales. La mansión está prácticamente igual.

Su sombría fachada está rejuvenecida por enormes ventanales, en cuyo interior brillan suaves luces ámbar. Los setos de hoja perenne bordean el jardín delantero, y la fuente de mármol con la forma de una niña con el pie levantado alzado hacia atrás y una jarra escupe su agua rítmicamente. Recuerdo lo precioso que está esto en primavera, cuando todas las magnolias florecen y los arbustos de flores estallan en vibrantes tonos rojos aterciopelados, amarillos soleados, rosas ardientes y dramáticos azules y morados. Sin embargo, a pesar de toda su belleza, sigue faltando algo.

Amor.

El amor siempre ha escaseado en la familia de Spark. Es parte de la razón por la que se refugió en mis brazos y por la que pensé que duraríamos para siempre. A su madre le encanta el alcohol y a su padre el poder, ambos alimentados por el dinero que los jugadores estrella de hockey como Spark llevan al banco. Él no es más que un activo a los ojos de Ezekiel. Todo este plan para que se desintoxique y se case o le diga adiós al equipo lo deja muy claro. No tengo ni idea de qué opina Melinda.

—Bienvenido, señor Harris. —Un hombre alto y delgado nos saluda junto a las puertas dobles.

Lleva los suaves marrones del Caribe en la cara y el potente acento de Jamaica en la punta de la lengua. Viste un traje negro que deja claro que va bien vestido, pero que sigue siendo parte del personal de servicio. Es el colonialismo característico de Ezequiel en plena acción.

—Es un placer volver a verle.

—¿Cómo has estado, Peter? —responde Spark, sonriendo ampliamente mientras se acerca para darle un vigoroso apretón de manos.

—Estoy bien, señor, muy bien. Ha sido un año duro con la marcha de mi hija a la universidad, pero he aprendido a vivir con ello —dice Peter, con una pizca de nostalgia ondeando en su voz. Es el dolor de un padre que echa de menos a su hija. Estoy segura de que haberlo oído también en la voz de papá.

—Al menos sabes que está recibiendo la mejor educación posible —dice Spark—. ¿Adónde fue al final? Recuerdo que tenía dos opciones entre las que decidirse.

—Ha ido a Cambridge, señor.

—Enhorabuena. No saldrá política, así que es un buen comienzo.

Se echan unas risas mientras Peter nos guía al interior. La elegante decoración no tarda en abrumarme y me siento pequeña e insignificante. Incluso con mi vestido negro y mis diamantes falsos, siento que este no es mi sitio. Quizá con unos diamantes de verdad me sentiría diferente, pero no lo creo. Ya es extraño y complicado de por sí. Y ahora se volverá desagradable e incómodo. Me tranquilizo pensando que sólo tengo que sobrevivir a esta noche y a una o dos reuniones más con esta gente hasta que nos casemos.

Hasta que me case con Spark Harris. Madre mía, todavía no me creo que haya terminado por acceder a esto.

—El Sr. y la Sra. Harris ya están esperando —dice Peter cuando entramos en el gran salón, donde se ha instalado un amplio comedor justo debajo de la araña de cristal italiano.

Las velas arden en sus apliques de latón y hay hortensias decorando antiguos jarrones de porcelana francesa. Los detalles dorados brillan en las mesas auxiliares decorativas del siglo XIX y la luz baila sobre el cristal de Bohemia y la vajilla de plata de ley. Incluso las servilletas destacan con sus bordados en oro y plata, cada una de ellas recogida dentro de unos anillos ridículamente caros tallados en bruto y en minerales preciosos. Cada centímetro de esta sala pretende impresionar e intimidar. Hay que reconocer que Melinda sabe cómo organizar una cena elegante.

—¡Spark! Cherry. Hacía mucho tiempo que no os veía en la misma habitación —exclama Melinda, poniéndose en pie para saludarnos mientras Peter retrocede. Ahora somos el centro de atención, y el Sr. y la Sra. Harris necesitan su tiempo con nosotros—. Venid, dejadme veros mejor.

—Hola, mamá —dice Spark, y luego se acerca a estrechar la mano de su padre. Ezequiel no parece muy contento de verme.

—¿Qué significa esto, hijo? Creí que habías dicho que ibas a traer a tu prometida.

—Eso dije, sí —replica Spark, sonriendo con sádica satisfacción.

Atisbo a Peter tragándose su propia sonrisa y mirando hacia otro lado mientras espera órdenes. Una camarera entra con las botellas de agua y vino y empieza a servir la mesa. Mientras tanto, Melinda me echa un vistazo analítico de pies a cabeza y sus ojos centellean cuando ve el

collar y los pendientes.

—Estás guapísima, Cherry. Los años se están portando bien contigo. Por ahora.

—Intento mantenerme sana —respondo con cortesía—. Pero tengo que decir que usted también está fantástica, Sra. Harris.

—Llámame Melinda, por favor. Parece que vamos a ser familia, de todos modos. No espero que me llames mamá, pero quiero que sepas que eres bienvenida en mi casa cuando quieras.

—Gracias, Melinda —digo, mientras pienso brevemente en mamá. Se habría muerto de risa en este momento—. Y gracias por esta velada. Como siempre, tus habilidades como anfitriona son increíbles.

Sonríe mientras recorre la habitación.

—¿Te gusta, entonces? Cuando Spark dijo que iba a traer a su prometida, supe que tenía que superarme. —Se acerca y susurra—. Me alegro de que seas tú, Cherry. De verdad.

—Vale —murmuro, sin saber qué pensar.

Ezequiel, sin embargo, no se ha movido y su ceño sigue rebotando entre Spark y yo.

—Es una broma, ¿verdad? Spark, ¿es esta tu manera de vengarte de mí?

—¿Qué razón tendría para hacer tal cosa?

Ahora entiendo a Peter. Podría ponerme a aullar de la risa, pero no quiero que Ezequiel me arranque la cabeza.

—¿Quizás deberíamos sentarnos? —Intervengo educadamente—. Me encantan estos zapatos, pero no están hechos para estar de pie más de diez minutos seguidos.

—Por supuesto, cariño, vamos —responde Melissa y me acompaña con cuidado hasta la mesa, donde tomamos asiento y yo respiro aliviada. Una parte de mí teme que Ezequiel me saque a rastras y me eche de patitas a la calle—. Pongámonos cómodos y un poco contentillos, para empezar. —Le lanza una mirada a la camarera que enseguida abre una botella de Prosecco y la sirve. Es la costumbre aquí.

—Spark, deberíamos hablar en privado —dice Ezequiel, apenas capaz de mirarme a los ojos. Me pone los pelos de punta a un nivel completamente nuevo, pero me aferro a mi sonrisa, sabiendo que Spark está disfrutando de esta oportunidad tan esperada de cabrear a su padre.

—No, no. Lo que tengas que decir, puedes decirlo delante de mi prometida. Al fin y al cabo, Cherry va a formar parte de la familia —responde Spark, tomando asiento a mi lado con indiferencia. Me da un apretón tranquilizador en la mano mientras Ezekiel exhala bruscamente y se sienta a la cabecera de la mesa.

—Y ahí está el problema. Nunca estuve de acuerdo con que Cherry fuese tu futura esposa. Sin ofender, Cherry.

—Ah, no me ofende en absoluto. Has dicho cosas mucho peores. Esto ni siquiera se le acerca —respondo.

—Estáis los dos confabulando contra mí, ¿eh? —Ezequiel las pilla rápido, al menos—. ¿Te ha ofrecido dinero para hacer esto? Creía que le odiabas a muerte.

—El tiempo tiene sus formas de sanar viejas heridas —respondo.

Spark ríe con sequedad.

—No mencionaste nada sobre poder vetar a mi futura esposa. Solo estipulaste que fuera una mujer buena, que estuviera limpia, fuera decente y tuviera una buena familia. Cherry cumple todos los requisitos, papá. Ahora, te agradecería que pudiéramos disfrutar de la cena sin insultos constantes a mi prometida.

—Zeke, cariño, deberíamos... —intenta hablar Melinda.

—¡Deberías servirte otra copa! —La interrumpe Ezequiel mientras la criada le sirve un whisky doble con hielo.

Ella sabe que el vino no sirve de nada cuando está cabreado. Tengo ganas de escribirle una nota de disculpa a ella y a todo el personal, teniendo en cuenta que Spark y yo somos los responsables del mal humor de este señor.

—Papá, querías que hiciera ciertas cosas por mí mismo. Y aquí estoy, haciendo lo que debo. Si no estarás satisfecho con nada de lo que haga, dilo ya. Me iré a tomar por culo ahora mismo. Dejaré el equipo y me iré a vivir a las Tierras Altas sin ningún remordimiento. No volverás a verme. Incluso puedes decirle a todo el mundo que estoy muerto. Me importa una mierda.

—¡Spark! —jadea Melinda—. ¡No hables así! —Golpea el hombro de Ezekiel. El movimiento lo conmociona, pero se traga su orgullo, probablemente dándose cuenta de que ha llevado a su hijo y a su esposa al límite—. Ya tienes lo que querías, basta. Nos estás poniendo en ridículo a los dos. —Hace una pausa y se ríe ligeramente—. De eso suelo encargarme yo.

Nada como un poco de humor a costa de uno mismo para quitarle el palo del culo a Ezequiel. No recuerdo que Melinda fuera así antes, aunque me encantaría saber qué ha pasado. ¿Será que por fin ha aprendido a aceptarse y quererse con todos sus defectos? Imagino que ya habrá probado a ir a terapia. Las reuniones de alcohólicos anónimos no bastarían para hacerle abandonar la bebida, pero Melinda se comporta con un orgullo provocativo que me hace saber que se siente cómoda viviendo como una alcohólica funcional. Ezequiel la tolera, así que ¿qué más da, no?

Pero ahora que vuelvo a tenerlos delante después de bastantes años, no puedo evitar preguntarme: ¿ha cambiado la dinámica de poder entre ellos? No lo sé, pero es algo revelador el que no tenga una respuesta. Hace diez años, habría supuesto que Ezequiel no solo tenía todas las cartas a su favor sino también el dinero y las acciones. Pero algo me dice que Melinda goza ahora de cierta influencia también, a juzgar únicamente por la dinámica entre ellos. Ya interrogaré a Spark más tarde. Por ahora, sin embargo, debemos capear el temporal y salir de aquí como la pareja más convincente que está a nada de casarse.

La transferencia bancaria de 140.000 dólares depende de ello.

—¡Peter, estamos listos para los entremeses! —lo llama Melinda.

El mayordomo obedece y, cinco minutos más tarde, un pequeño batallón de sirvientas nos sirve unas bandejas de plata cargadas con una plétora de obras maestras de alta cocina en forma

de aperitivo. Caviar, mantequilla francesa con sal marina rosa y hierbas de Provenza, *crostini* italianos con tomates picados y aceite de oliva, cremosas salsas y rebanadas de baguette de doble horneado con condimentos españoles espolvoreados por encima, verduras frescas con esponjosas tapas de *crème fraiche*, y la todopoderosa e intemporal tabla de quesos, completa con su propio surtido de chutneys, miel y fruta fresca.

—¡Oh, vaya! Me voy a llenar solo con los entrantes. —Me río.

—Bájalo con vino, cariño. Así harás sitio para los siguientes platos —responde Melinda—. Bueno, contadme, ¿cómo reavivasteis la llama?

—Suponiendo que quede alguna llama —refunfuña Ezequiel, recostándose en su asiento mientras se esfuerza por recuperar el apetito. Mi presencia aquí ha perturbado su existencia, y planeo disfrutar cada segundo de su aparente incomodidad—. Di y haz lo que quieras, Spark, pero no me mientas a la cara.

—Papá, te lo repertiré otra vez. Deja de insultar a mi prometida —dice Spark, tranquilo como un monje meditabundo mientras se sirve una selección de entremeses en su plato—. Nos vamos a casar porque nos queremos y porque es lo mejor para nosotros.

—¿Lo mejor? —Ezequiel alza una ceja con meticulosidad.

Melinda pone los ojos en blanco.

—Disculpa a tu padre, Spark. No le gusta que sus juguetitos le repliquen.

—No, lo que no me gusta es que mi mujer esté borracha antes del mediodía —suelta Ezequiel.

—No entiendo a qué viene tanto alboroto —digo, fingiendo que el ambiente no es como un montón de mierda humeante sobre esta mesa por lo demás preciosa.

La comida es exquisita y cada huevo de caviar me explota con una explosión de sabor celestial contra el paladar. Lo bajo con el Prosecco como me ha sugerido Melinda. Tiene razón. Las burbujas hacen su magia y puedo disfrutar un poco de todo lo que hay en la mesa. Supongo que también habrá licor digestivo al final, después del postre.

—Spark y yo hemos reavivado nuestra relación y queremos pasar al siguiente nivel. Si nuestro compromiso le ayuda de alguna otra manera, no es asunto de nadie, ¿verdad?

—Papá, tú querías esto. ¿Por qué estás intentando sabotearme? —pregunta Spark encogiéndose de hombros.

—No la quiero a ella —dice Ezequiel, señalándome con el dedo.

No puedo evitar sonreír, aunque nada me gustaría más que meterle un cuchillo de mantequilla por la garganta.

—Como ya he dicho, Sr. Harris, no me ofende.

—Tú no eres lo que Spark necesita, Cherry. Estoy seguro de que lo sabes mejor que nadie —responde, pero Spark da un inesperado puñetazo en la mesa, provocando que todos y todo se queden paralizados.

—Ya estoy harto de esta mierda —dice Spark y su voz retumba en el salón. Incluso las

hortensias tiemblan en sus jarrones, veo cómo los pétalos tiemblan bajo la suave luz. El aire se torna más denso cuando se hace con el control de toda la habitación—. Me diste un ultimátum, papá, y te dije que vale, que haría lo que querías. Voy a desintoxicarme y recuperar la sobriedad. Cumpliré con mis sesiones de fisioterapia y haré todo lo que pueda para volver a la pista de hielo. Y me casaré con una buena chica cuyo nombre los tabloides no podrán ensuciar de ninguna manera. No tienes derecho a decidir los detalles. No vas a tratarme como si fuera tu puta marioneta. Ya te lo he dicho. Estoy listo para renunciar e irme a tomar por culo a las Tierras Altas el resto de mi vida, y estaré más que feliz con ello. ¡No me obligues a hacerlo!

Se ha echado un farol.

Si hay algo que Spark adora es el hockey. Pero su padre no tiene por qué saberlo. Tiempos desesperados, medidas desesperadas, y así con todo. Sin embargo, mirando ahora a estas personas, empiezo a entender mejor la dinámica familiar que hizo de Spark el hombre que es hoy. Los conozco desde que era niña; sin embargo, esta es la primera vez que siento que veo a los verdaderos Sr. y Sra. Harris. El tiempo lo cambia todo y a todos, supongo.

—Acéptame como soy. Acepta mi compromiso con Cherry. O me iré ahora mismo.

Es justicia poética que su padre se encuentre ahora en el extremo receptor de uno de esos ultimátums sin salida.

Ezequiel se lo piensa un momento y me lanza una mirada dura y despectiva mientras tanto.

—No quiero leer ni una mala palabra sobre ti en ningún periódico, Cherry, o que Dios nos asista porque acabaré contigo.

—Sr. Harris, yo...

—Sácate el nombre de Cherry de la boca. —Me corta Spark.

Melinda toma la mano de Ezequiel, optando por una táctica diferente. Se puede palpar un cambio en el aire. La propia sala está a punto de venirse abajo por toda la tensión. Hay que hacer algo. Debo admitir que creo que Melinda es la única capaz de desactivar esta bomba. Padre e hijo han llegado a un punto sin retorno, y ni ella ni yo queremos que su relación vaya a pique. Mis 140 mil dólares dependen de ello. Spark es demasiado cabrón como para ayudarme por la bondad de su corazón. Estoy aquí para ganarme el sueldo.

—Zeke, cariño, ¿qué tal si disfrutamos de la cena y tú y Spark discutís los detalles más delicados mañana, eh? Mira toda esta comida. Es una pena que se desperdicie —suplica.

Se produce algo entre ellos, como una viga de acero que se estrella contra un pantano. Su mirada furiosa, capaz de atravesar casi cualquier cosa, se hunde en la mirada rica e infinita de ella.

Suspira a regañadientes.

—Pásame las salsas.

Melinda sonríe y se las pasa, dedicándonos a Spark y a mí un sutil asentimiento de cabeza y una sonrisa. Es una señal de que estamos fuera de la zona de peligro, al menos por ahora. Me acomodo en mi asiento y termino el resto de mi plato antes de que entren las camareras y recojan

la mesa, preparándose para servir el plato principal. Peter se asegura de que nuestras copas nunca estén vacías. El vino, el whisky y el agua fluyen a sus anchas esta noche.

—Nunca llegué a decirte cuánto sentí lo de tu madre —dice Melinda en un momento dado.

—Lo estás haciendo muy bien —me susurra Spark al oído, y yo le regalo una leve sonrisa antes de mirar a su madre.

—Gracias, Melinda. Te lo agradezco mucho. Le caías bien —le digo—. De lejos, le caías bien.

—No se me da muy bien hacer nuevos amigos —admite con una copa en la mano y una mirada indiferente en su bello rostro. Tiene unas cuantas arrugas de expresión que se harán más profundas con el tiempo, pero se comporta con una gracia y una dignidad especiales—. Los pocos que conozco desde el instituto son los únicos amigos que conservo, incluso a mi edad. Pero me habría encantado conocer mejor a Patricia Bensen.

Asiento lentamente.

—Creo que las dos habríais sido buenas amigas.

—¿A qué se dedica tu padre actualmente? —interviene Ezequiel—. Recuerdo que se largó a Estados Unidos después de que tu madre se divorciara de él.

Por supuesto. ¿Cómo podría olvidarlo? Cuando Spark y yo empezamos a salir en nuestro último año de instituto, su padre hizo sus diligencias y nos investigó a mí y a mi familia. Tan invasivo como lo sentí entonces, ahora la cosa solo ha empeorado. Ezekiel usa su conocimiento sobre la gente como un arma. Pero ni puedo y ni voy a dejar que fastidie mis planes.

—Mi padre está enfermo y pendiente de una cirugía que le salvará la vida —respondo—. Le vi hace poco durante una visita a Estados Unidos. Aunque no estamos muy unidos. La mayor parte de mi vida está aquí mismo, en Escocia.

—Siento oír eso —dice Ezequiel.

Parece sincero, pero sé que ya ha tomado nota mental de investigar a mi padre. Tomo nota de llamar a papá y advertirle de que no revele información médica a nadie. Es imperativo que Ezequiel se mantenga al margen por todos los medios. Spark sabe lo que estoy pensando y me envía un mensaje de texto con disimulo.

Compruebo mi móvil bajo la mesa mientras Melinda aleja la conversación del tema de mi padre para pasar a hablar de la historia de los Harris, el tema que suele poner fin a todas las veladas.

Lo digo en serio, lo estás haciendo genial, ha escrito Spark en su mensaje. **Y no te preocupes por tu padre**.

—Gracias —susurro.

El dinero ya se ha transferido a tu cuenta, escribe, y casi se me cae el móvil,

Exhalo bruscamente, guardo el teléfono e ignoro la mirada curiosa de Ezequiel mientras vacío mi copa de Prosecco y doy la bienvenida al cálido zumbido que se apresura a extenderse por mi cuerpo. Ya está. Lo he conseguido. Mi padre tendrá el dinero que necesita para salvar su

vida y yo... Ay, Dios, voy a casarme con Spark Harris.

El único hombre al que he querido.

DIECISÉIS

SPARK

Puede que sea una boda falsa, pero quiero que Cherry disfrute al máximo de esta experiencia. Como lo hacemos en beneficio del público y de la prensa, he dispuesto que la tienda de novias Trudeau cierre exclusivamente para nosotros. Muchas mujeres pasan por delante de la puerta, visiblemente confusas por no poder entrar, mientras el gerente de la tienda, de pie junto al escaparate principal, señala un cartel de disculpa pidiéndoles que vuelvan a primera hora de la mañana o que se pongan en contacto a través de la dirección de correo electrónico oficial.

No me importa perturbar la paz de vez en cuando. Dada la decisiva victoria que obtuve en la cena familiar de la semana pasada, me siento especialmente travieso y generoso. Por supuesto, también me estoy enfrentando a unos antojos persistentes de cojones. Las pastillas llenaban unos vacíos dentro de mí que ahora están gritando y rogándome por algo más, pero no tengo nada que ofrecerles. Nada excepto el persistir en recuperarme. Papá quiere que me venga abajo, pero no lo conseguirá.

Ningún dolor de piernas es peor que la humillación de soportar sentir su bota apretándome el cuello. Necesito ponerle fin, y la única forma de lograrlo es si recupero mi vida. Una vez que esté en el equipo de nuevo, tendré acceso a los servicios legales de Hal Jordan, el abogado del equipo y el mejor en su campo. Lo necesitaré para que me ayude a independizarme completamente de mi familia. De mi padre, en particular. El camino que tengo por delante es largo y está empedrado con dolor, pero tengo que hacerlo.

—No hacía falta que hicieras esto —dice Cherry, plantado con postura incómoda junto a la mesa del vestíbulo, una gran pieza redonda con un brillante tablero de mármol y cargada de arreglos florales de imitación en jarrones pintados a mano. Algo me dice que los jarrones cuestan más que los vestidos, pero oye, mientras el negocio vaya viento en popa, todo bien—. Es demasiado.

—¡Nada es demasiado para mi preciosa novia! —declaro con orgullo y en voz alta mientras una de las dependientas de la tienda se acerca con un grueso catálogo de muestras de telas para velos.

Mientras tanto, periodistas y paparazzi se agolpan al otro lado de la calle. Me aseguré de que me vieran saliendo del coche hace media hora. Me aseguré de sonreírles a algunas personas. Era

cuestión de tiempo que alguien nos viera aquí. Las noticias vuelan rápido cuando eres famoso, supongo. Por mucho que odie ese aspecto de mi vida, ahora lo estoy aprovechando al máximo.

—Tenemos algunos modelos de vestidos para que se los pruebe, señorita Bensen. ¿Quiere pasar al probador? —le pregunta la dependienta.

Cherry me mira extrañada.

—¿Estás seguro de esto, Spark?

—Por supuesto. Tú disfruta —respondo, y me dirijo a la zona de asientos junto al escaparate. Me gusta como desde esta posición se me puede ver desde la calle, aquí sentado y esperando. Asegurándome de ofrecerles mi mejor perfil a la prensa, entablo una conversación informal con el encargado mientras Cherry y la asistente de compras desaparecen en otra habitación—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esto?.

—Hace sólo un par de años que soy el encargado de la tienda, señor. Me trasladaron desde Londres —responde el encargado con nerviosismo mirando al exterior—. Hay un montón de periodistas ahí fuera. Lo siento.

—No hay nada por lo que disculparse, no fuiste tú quien los invitaste. Déjalos hacer su trabajo, ¿sí? Todos tenemos facturas que pagar.

—De acuedo. ¿Le apetece una copa, señor?

—No, estoy bien. Gracias.

El encargado de la tienda asiente amablemente y vuelve a su trabajo, sin dejar de echarme miradas de vez en cuando mientras admiro el interior de la tienda. Parece el tocador de María Antonieta; hay cierto grado de cursilería, pero el estilo barroco antiguo domina toda la planta, con intrincadas tapicerías de tela, asientos de época y muebles de madera maciza que han visto al menos un siglo de manchas y cera de abejas. Hay flores y espejos por todas partes entre los expositores de catálogos y los mostradores de venta.

Unos preciosos vestidos decoran los elegantes maniquíes que parecen de porcelana, cada uno de ellos vestidos con impresionantes diseños en capas de seda, satén, terciopelo y encaje. Las perlas y los diamantes brillan en los conjuntos de joyería que los acompañan, y los zapatos de salón blancos adornan varias estanterías a lo largo de la pared oriental. Es un deslumbrante desfile de accesorios para la novia que puede permitirse la crème de la crème y lo mejor que su prometido pueda ofrecerle.

Una parte de mí se pregunta si Cherry y yo habríamos llegado hasta este punto sin el trato.

¿Cómo podríamos haberlo hecho? Ella me dejo. Hace años.

—No me imaginaba que nuestra liga de hockey se haría tan famosa —dice el encargado tras un largo silencio. Aparto la vista de los flashes de las cámaras y miro hacia él.

—La deportividad extraordinaria atrae a una multitud en todas partes —digo—. Además, era injusto que solo los futbolistas acaparasen toda la atención, ¿no te parece?.

—Por supuesto —responde sonriendo—. Sentí mucho lo de su lesión. ¿Cómo va está yendo su recuperación? Me temo que los periódicos no cuentan nada de utilidad.

—Debería volver a la pista el año que viene —digo—. Ya estoy entrenando, pero no estoy ni mucho menos preparado para meterme de lleno en la acción propiamente dicha. Por ahora, estoy probando con tener un cuerpo limpio y sano. Y con el matrimonio.

—¡Enhorabuena, por cierto! La Srta. Bensen parece fantástica.

—También es mi fisioterapeuta.

—Ah.

—Supongo que podría decirse que me estoy tomando en serio mi rehabilitación —contesto, provocando su risa. Me uno a él, pero nuestras risas enseguida se desvanecen cuando Cherry emerge del probador con el aspecto de una puta diosa y reina de ensueño combinadas en una sola mujer extraordinaria

—.Guau.

La dependienta sonríe mientras Cherry da un par de tímidos pasos hacia mí. El satén abraza su esbelta figura en todos los lugares adecuados, y el encaje de detalles florares complementa su figura. Veo perlas y pequeñas flores de organza cosidas en el patrón. La parte superior del vestido es ceñida y se ajusta perfectamente, mientras que la parte inferior fluye como un vestido de baile, con capas y capas de satén, organza y encaje que crean un diseño generoso e imponente.

El corazón me late tan rápido que temo que de me un chungo.

—A mí me parece demasiado, pero ella me ha dicho que al menos debería probarlo antes de descartarlo —dice Cherry mientras un rubor rosa intenso cubre sus mejillas—. ¿Qué te parece?

—No... no lo sé. —Es todo lo que logro decir, teniendo en cuenta que ya ni siquiera soy capaz de tenerme en pie.

Siempre ha sido una mujer preciosa; me voy a casar con ella, y sé que es una farsa, pero mírala, Dios, qué guapa es. Echamos a perder lo nuestro por algún motivo. O más bien yo lo eché a perder. Yo soy el responsable. Por mucho que me moleste que me dejara, sé que se fue por mi culpa, pero el círculo no hace más que cerrarse y dejarme atrapado dentro de él mientras ella... Joder, mírala.

—Si no te gusta, puedes probarte otro modelo. Por algo este sitio es el mejor.

—¿Quizá algo más sencillo? —sugiere el encargado de la tienda—. Tenemos un modelo espléndido con mangas largas y hombros descubiertos que ha sido la comidilla de todas nuestras clientas. ¿Le gustaría probárselo? Es un Oscar de la Renta. Uno nunca puede equivocarse con un Oscar.

—También podemos hacer que uno de sus directores creativos participe en la prueba si buscas algo especial —añade la dependienta—. Nos comprometemos con ofrecerles un servicio completo a nuestras clientas.

Cherry sacude la cabeza.

—Tampoco hace falta llegar a tanto. Vale, me voy a probar otro vestido, entonces.

—Espera, antes de que se me olvide, tenemos que firmar esto —digo, recordando los documentos que me traje del coche. El encargado y la ayudante se apartan y fingen revisar un par

de opciones más para el vestido mientras Cherry y yo nos ocupamos de los últimos trámites.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—El acuerdo prenupcial. El contrato que ya firmamos estipula un acuerdo prenupcial que te prohíbe realizar cualquier reclamación económica futura en caso de divorcio — le respondo—. Lo normal.

—Vale. Claro, lo normal —murmura y procede a garabatear su nombre completo en la línea de puntos.

Siento una punzada de incomodidad en el estómago, un patrón que se repite sin cesar, como si estuviera haciendo algo mal, una y otra vez, y aún no sé qué es ni por qué me siento así. Vuelvo a coger los documentos y los meto en la carpeta encuadernada en piel, sin dejar de echarle breves vistazos a la cara de Cherry. Veo tristeza en su mirada, el tipo de tristeza apagada que oculta muchos pensamientos; unos pensamientos que me gustaría poder escuchar. Sé que esto debe de ser incómodo para ella, después de tanto tiempo.

Para mí es cada vez peor, porque cuanto más pienso en lo que se avecina, más tentando me siento de creerme mi propia farsa. Es una boda falsa, pero mis sentimientos no me parecen mentira. ¿Qué voy a hacer? Tengo que echarles el freno. Tengo que pisarlos bien a fondo antes de chocar contra el verdadero muro que aguarda tras la agradable sonrisa de Cherry y su complaciente «sí, quiero».

—Ah, también he reservado ya nuestros vuelos a Estados Unidos para que puedas estar con tu padre antes, durante y después de la cirugía.

Me mira sorprendida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es buena publicidad —respondo—. Ya le he pedido a mi publicista que informe a todos los medios relevantes sobre nuestro compromiso, y quiero que la prensa nos siga y documente cada paso hasta el día de la boda. Estarán aburridos de nosotros para cuando termine la luna de miel, y entonces tendremos que mantener un perfil bajo durante un tiempo antes de divorciarnos. Pero hasta entonces tenemos que ofrecerles un buen espectáculo.

—Ya. La cena con papaíto no fue más que el principio. Ya me lo has dicho —murmura.

—Exactamente. ¿Qué te pasa? ¿No pareces muy emocionar?

—¿Debería estarlo?

Siento que no estoy diciendo las palabras correctas y no quiero desanimarla, así que me tomo un momento antes de responder.

—Deberías estar contenta con cómo están yendo las cosas. Los dos estamos consiguiendo lo que queríamos, ¿no?.

—Sí, tienes razón. Tienes toda la razón, Spark. —Levanta la mirada para encontrarse con la mía—. Está todo bien. Sí. Volaremos juntos a Estados Unidos y sonreiremos para la prensa. Haré mi parte del trabajo, no te preocupes.

—Señorita Bensen, ¿está lista para el segundo vestido? —interviene la dependienta con una

agradable sonrisa.

El vestido de gasa rosa pálido que lleva debe estar pensado para que las clientas no se sientan eclipsadas como futuras novias. Tiene unos treinta y tantos años, pero se mantiene en forma. Imagino que hace footing todas las mañanas y acompaña todos los platos con col rizada o algo por el estilo.

—Sí, estoy lista.

Cherry me sonríe de nuevo y sigue a la dependienta hasta el probador, mientras el encargado y yo nos acomodamos junto a la ventana. Cada vez hay más paparazzi y más curiosos que intentan echar un vistazo a hurtadillas para averiguar a quién quieren captar con la cámara. Esos carroñeros seguramente se estén guardando mi nombre para evitar que acuda más prensa, esos capullos competitivos.

Bien.

Mi padre tendrá más que suficiente material para leer en los periódicos de mañana.

—¿Está nervioso por la boda? —pregunta el encargado para llenar el silencio.

—La verdad es que no. Quiero decir, tal vez. ¿Debería estarlo?

Intenta no reírse.

—Cualquier boda pone a uno a prueba. Mientras no se lo tome demasiado a pecho y entienda que el compromiso va mucho más allá del aspecto ceremonial, todo irá bien. De lo contrario, siento decirlo, las ganas de echarse atrás lo arruinarán todo.

—Yo no me estoy echando atrás. Estoy deseando casarme con ella.

—En ese caso puede que tenga que sonar un poco más entusiasmado —responde el gerente —. No quiero pecar de entrometido, pero está haciendo que esto parezca más bien una transacción comercial. La señorita Bensen se siente fuera de lo lugar y es evidente que lo de estar probándose vestidos la hace sentir vulnerable. ¿Quizá podría probar con halagarla más con el próximo vestido?.

Le dirijo una mirada irritada, pero no se inmuta.

En el fondo, sé que tiene razón. Es por eso que me siento tan incómodo y en conflicto. Sí. Debería esforzarme más por Cherry. Ella se está esforzando por obligarse a sí misma a pasar por todo esto. Compensación financiera aparte, sigue siendo un gran paso y un sacrificio considerable para ella el mentir al mundo entero de esta manera. A lo que queda de su familia. A sus amigos. En cuanto Merry vuelva, me comerá vivo. Y aún no he visto a Joel, pero supongo que también tendré que darle explicaciones a él cuando se sepa la noticia. Quizá debería adelantarme y llamarle esta noche, por si acaso. Lo respeto y quiere a Cherry como a una segunda hija, así que es lo correcto.

—Ah, ahí está —vocifera el encargado de la tienda, y cualquier pensamiento que tuviera se esfuma al ver de nuevo a Cherry.

Esta vez me regla la vista vestida de satén blanco y una miríada de pequeñas perlas que van del blanco puro al marfil suave y el rosa pálido. El corsé es ceñido y sencillo y los dobladillos

están reforzados con cinta. La falda fluye a sus anchas como un lirio invertido y los hombros desnudos se encuentran perfectamente enmarcados por las largas mangas que llegan hasta el suelo. Tienen una raja a la mitad, dejando al descubierto sus brazos desnudos y sus dedos temblorosos, y están adornadas con una capa superior de encaje con volantes y más perlas. Es una verdadera obra de arte, pero no sería nada sin la mujer que lo porta.

Me imagino ante el altar mientras ella camina por el pasillo con esto puesto, y el dolor que me aprieta el pecho me hace saber que me estoy haciendo ilusiones. Nunca volverá a ser mía. La perdí hace años. Nunca volverá a estar entre mis brazos. Nunca volveré a perderme dentro de ella, nuestros corazones latiendo como uno solo y nuestros cuerpos resbaladizos de sudor y brillo postorgásmico. Nunca volverá a besarme como solía hacerlo, con su lengua curiosa y sus suaves gemidos. Respiro hondo para volver al presente y me remuevo incómodo en el asiento cuando Cherry se detiene frente a mí, con los labios apretados en una fina línea nerviosa.

—Me gusta más éste —dice—. Es más sencillo, pero sigue teniendo detalles preciosos.

—Entonces, es todo tuyo.

—Aún no lo he decidido.

—Es precioso. Si lo quieres, puedes quedártelo —respondo, casi sin aliento e incapaz de apartar la mirada de sus pechos, que parecen verse cómodos en su corsé aunque ansiosos por que los adoren, los toquen, los saboreen... Joder—. Sea cual sea el vestido que quieras, Cherry, me casaré contigo igualmente.

—Lo que tú opines importa —insiste, frunciendo ligeramente el ceño.

No tengo más remedio que levantarme y salir antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme. Todo en ella me pide que la toque y le preste toda mi atención. Mataría por entrar en ese probador con ella y hacerle las cosas con las que he soñado desde que volvió a mi vida. Cosas en las que ni siquiera debería estar pensando porque esto es una transacción comercial y nada más.

—Elige el que quieras, Cherry, y yo pagaré la factura. No te preocupes. —Es todo lo que puedo decir antes de cerrar la puerta tras de mí.

Craso error, porque me deja vulnerable ante el ejército de periodistas y paparazzi que se desparraman por la calle sin ningún tipo de preocupación por el tráfico. Escucho los cláxones y los flashes de las cámaras mientras corro hacia el coche y me encierro dentro en cuanto me siento en el asiento del conductor. Le envío un mensaje a Cherry para avisarle de que la recogeré por la puerta trasera. Se suponía que este iba a ser un jugoso pase de prensa, pero la palpitante erección con la que estoy lidiando en estos momentos ha sido un saboteador de cuidado.

—Sr. Harris, ¿algún comentario sobre por qué se encuentra en una tienda de vestidos de novias?

—¿Quién es esa preciosa morena, Spark?

—¿Algunas palabras para sus fans, Sr. Harris?

—¡Se van a romper muchos corazones cuando se filtren estas fotos!

Los periodistas y los paparazzi siguen y siguen haciendo sus preguntas, sacando fotos y recopilando más contenido jugoso y cliqueable para sus sitios web y sus plataformas en las redes sociales. De todos modos, ya sé cómo se desenvolverá la cosa. Habrá detractores y gente que esté encantada con Cherry. Concederé unas cuantas entrevistas en un par de meses para hablar de mi rehabilitación y del enfoque holístico que me volvió a poner los pies en la tierra, etcétera, etcétera. Haré mi papel, sí. Haré mi parte y arrastraré a Cherry conmigo.

A decir verdad, podría liberarla del trato ahora mismo.

Nunca habría dejado morir a su padre sin su operación, pero no quiero que se vaya. Acaba de volver. Soy un egoísta. Sí. Soy un hombre horrible y seguramente por eso me dejó hace años. Pero ahora ha vuelto y no voy a perderla de nuevo.

—¿Qué coño estoy haciendo? —me pregunto mientras arranco el coche y salgo al tráfico con cuidado de no aplastar a ninguno de los periodistas en el proceso—. ¿Qué coño estoy haciendo?

Es una muy buena pregunta.

Creo que tengo la respuesta, pero aún no estoy preparado para decirla en voz alta.

Cherry va a pensar que soy un gilipollas, pero que así sea. Ya se me ocurrirá algo. Se lo compensaré. Daré la vuelta a la manzana, la recogeré y la llevaré a tomar algo a algún sitio. Y si dice que no, puede que le compre flores o algo. Ella necesita más. Se merece más.

—¡Sólo son putos negocios! —Me recuerdo a mí mismo apretando los dientes.

No puedo abarcar más de lo que puedo.

El dolor de rodilla vuelve con fuerza. Han sido un par de horas tranquilas, pero ahora el demonio que llevo dentro se enfada y se siente insatisfecho, exigiendo algo que ya no puedo darle. Llega hasta tal punto que me veo obligado a detenerme y sudar la gota gorda, gruñendo y jadeando mientras las ondas de dolor abrasador e incapacitante me recorren la pierna de arriba abajo. Mi pesadilla no ha hecho más que empezar.

Esto no es más que un preludio de la tormenta de mierda en la que estoy a punto de entrar.

CUANDO APARCO EN LA TRASTIENDA, los periodistas ya se han ido. Cherry sale vestida con su ropa habitual, aunque aún puedo imaginarme con vividez el satén blanco y el encaje que envolvían su hermoso cuerpo, su elegante pero delicada figura y el rubor rosado de sus mejillas mientras buscaba mi aprobación. No hago más que alejarla de mí, es lo que mejor se me da. Y luego me quejo de que me dijera adiós para no volver a mirar atrás. No hacía falta ser un genio para ver que yo solito me lo había buscado. No me extraña que se fuera.

Tengo los nervios a flor de piel y tan tensos como la cuerda de un arpa.

—¿Estás bien? —pregunta mientras sube al asiento del copiloto.

Me cuesta mirarla. Mi cuerpo se rebela contra mí, dividido entre el deseo y el dolor y un millón de cosas más que creía olvidadas y enterradas.

—Fui una idiota al pensar que podría superar mi adicción de la noche a la mañana —

murmuro con la mandíbula apretada.

—Te duele —concluye, sonando casi triste.

—Estaré bien.

—¿Estás viendo a alguien de Narcóticos Anónimos aquí en Glasgow?

—No.

—Pues deberías. Igual podrían recomendarte algo para controlar el dolor. Ya sabes, sin necesidad de medicación.

Respiro hondo, pongo el todoterreno en marcha y salimos del callejón. La calle principal está abarrotada de gente. Tardaremos al menos una hora en volver a su casa y otra hora más en volver a la mía.

—Tenemos que mudarnos juntos —digo, prefiriendo ignorar sus consejos sobre cómo tratar el dolor. Ya se me ocurrirá algo cuando llegue a casa. Quizá haga yoga o algo así. O igual me echo a dormir un año—. El contrato está firmado, el dinero está en tu cuenta y mañana por la mañana saldrá la noticia de lo nuestro. Tenemos que mudarnos juntos. Esto de conducir en dos direcciones opuestas es un tanto molesto.

—Ah. Claro, vale. ¿Me das una semana?

—Demasiado tiempo. Enviaré a un par de chicos a tu casa para que te ayuden a hacer las maletas —respondo tajante.

Cherry resopla.

—Como quieras. Pero necesitas mejorar un poco tu actitud.

—¿A qué viene eso?

—Estás siendo un capullo, Spark. ¿Es por algo que he hecho? ¿Algo que he dicho? Ambos somos adultos, ¿no? Hablemos como adultos, entoces.

Respiro hondo de nuevo, con los ojos fijos en la carretera, donde un millar de luces traseras rojas me devuelven la mirada mientras el cielo se vuelve gris oscuro. Pronto nevará. Puedo olerlo en el aire, ese aroma particular a aire frío y madera quemada. El olor del invierno asentándose en la tierra.

—Lo siento —le digo a Cherry—. No eres tú. —Cometo el grave error de mirarla. Por las estrellas, es preciosa y está rota por dentro y a solas conmigo. Esta no una segunda oportunidad para estar ella, pero...—. Miraré eso de la terapia que has mencionado. También me han dicho que el yoga podría ayudar.

—Podría, sí. ¿Quieres que añada algunas poses a tu rutina de terapia? —pregunta como si nada. De repente, la ofensa de hace unos segundos desaparece y se muestra amable y servicial. Creo que me entiende mejor que yo mismo, incluso ahora.

—Sí, te lo agradecería. No se me ocurren muchas más soluciones ahora que ya no tengo las pastillas ni el alcohol. No puedo desintoxicarme con chasquear los dedos.

—Está bien, Spark. Estamos juntos en esto —dice—. Prometí que también te ayudaría con tu rehabilitación y eso voy a hacer. Iremos poco a poco, día a día, y como voy a vivir contigo una

temporada, te ayudaré con algunas rutinas para aliviar el dolor. Así matamos dos pájaros de un tiro y todo eso.

—No te merezco.

—Eso es cierto. Pero has pagado 140 de los grandes por esto, así que lo menos que puedo hacer es asegurarme de que el dinero que has gastado valga la pena.

Joder, es una mujer increíble. Hay tantas cosas que quiero decirle, pero no encuentro las palabras. Tengo recuerdos en la cabeza, buenos, malos y feos. Tengo pensamientos que nunca compartí con ella. Anhelos que nunca llegué a expresar. Tal vez casarme con ella es la peor idea que se me podría haber ocurrido. Tal vez debería haberle dado el dinero y casarme con otra chica hambrienta de dinero. Pero ya es demasiado tarde para echarme atrás.

Demasiado tarde.

Tengo que encontrar una manera de seguir adelante.

DIECISIETE

CHERRY

Esta segunda vez que vuelvo a Estados Unidos me siento mejor, o al menos diferente. Me siento nerviosa pero emocionada. Traigo buenas noticias. Maldita sea, traigo la salvación. No pude hacer nada por mamá cuando enfermó y murió, pero mírame ahora, salvando a mi padre. Sintiéndome radiante de orgullo, cojo la maleta y paso por la aduana, saludando a agente tras agente de la TSA. Aún no me he acostumbrado a tener que hacer todo esto y me molesta tener que abrir la maleta no una, sino tres veces. Es absurdo.

—Madre mía, cualquiera diría que sospechan de nosotros —refunfuña Spark una vez que pasa el control de aduanas y se reúne conmigo en al ala de llegadas.

El aeropuerto de Newark me parece un tanto mejor que la última vez. Tal vez se deba solo a mi alterado estado de ánimo que cambia por completo mi percepción de las cosas. Es decir, básicamente estamos en Nueva York y puedo oler aire fresco mientras dejo que éste me llene los pulmones; me estoy engañando a mí misma, no hay duda, porque el aire no tiene nada de fresco.

Miles de personas de todas las formas, colores y tamaños pasan por nuestro lado.

—Ya sabes que Estados Unidos tiene una relación complicada con este tipo de cosas —le recuerdo, admirando su aspecto con esos pantalones azul marino y camisa de lino gris. Va informal, pero sin pasarse. Es su estilo habitual para irse de viaje y atender asuntos bancarios. Llevo tres días viviendo en su casa y ya he aprendido mucho sobre él. Ya no es el tío que yo conocía. Estoy descubriendo tío tipo bastante diferente a aquel hombre en estos días.

—Deberíamos salir y coger un taxi fuera —le digo, mientras esperamos en la cola del bar de zumos.

—No te preocupes por eso, un chófer nos recogerá.

Lleva el pelo revuelto y ya empieza a notar el jetlag, por lo que su voz suena un poco ronca. Es difícil que no me guste este hombre. Y es difícil no recordar cómo éramos antes. Cada día se ha convertido en un constante tira y afloja entre lo que necesito hacer y lo que anhelo hacer. Ambas son dos cosas completamente diferentes, y una podría echarlo todo a perder.

—También te has encargado del transporte, ¿eh? —Contengo una sonrisa mientras me entrega mi vaso de zumo. Coge con cuidado el suyo antes de darle un largo sorbo.

—Yo me encargo de todo, nena —contesta con chulería—. Chófer. Hotel. Comida. Cena.

Cualquier cosa que quieras y necesites, es tuya.

—Empiezo a sentirme como una consentida.

—Es lo que mereces.

Está siendo demasiado amable. No debería pensar así, ya que acordamos enterrar el hacha de guerra cuando firmamos el contrato para esta farsa a largo plazo, pero no puedo evitar preguntarme si hay gato encerrado. ¿Por qué está siendo *tan* amable? Spark no es así. No es su forma de ser. Comprueba su teléfono cuando le llega un mensaje.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Nada, es hora de irnos. Nuestro coche está fuera.

Le sigo fuera de la zona de llegadas y atravieso el mar de gente que arrastra sus maletas y mira confusa a su alrededor, buscando las pantallas con la información de las llegadas y salidas. Desconecto por un momento para dejar atrás el estruendo de voces, gritos, preguntas y quejas; de los teléfonos sonando, los chillidos de niños y el gorgoteo de las máquinas de café; de puertas que se abren y la música pop genérica que sale por los altavoces del techo, la última capa de ruido y la menos perceptible en este nuevo infierno.

—Dios, odio los aeropuertos.

—Pues esto lo vas a odiar aún más —responde Spark cuando por fin salimos.

Una multitud de periodistas y fotógrafos nos recibe con decenas de preguntas y flashes parpadeantes. Instintivamente, me detengo y me acerco a Spark en busca de refugio mientras trato de entender en qué situación he ido a parar.

—¡Oh, no!

—Sí, lo siento.

—Por eso estabas siendo tan amable. Tú NUNCA eres amable —gruño, frunciendo el ceño con furia.

—Si te lo hubiera dicho con antelación, nunca habrías salido. Tenía que organizarlo todo bien, así que le pedí a mi manager que llamara a los periódicos antes de que aterrizara el avión —cuenta.

—Sr. Harris, ¿está enamorado de Cherry Bensen? —pregunta un periodista.

—Spark, ¿cuánto tiempo lleváis juntos?

Interviene un tercero.

—Eh, daos un beso para la cámara, vamos.

—Me siento tan sucia —murmuro. Las náuseas me hacen un nudo en la garganta—. Tú planeaste esto.

—Venga, al menos vamos a sonreír y seguirles el juego. —Me rodea el hombro con un brazo mientras tira de mí para acercarme a él.

Me siento utilizada y explotada. Lo último que me apetece ahora es acceder a ser partícipe de esta tontería. Debería habérmelo contado. Le habría seguido el juego. Maldita sea, ¿por qué tiene que hacer las cosas así? ¿Por qué no puede ser sincero desde el principio? ¿Por qué me tiene que

poner contra la espada y la pared?

—De verdad que no me gustan las sorpresas, Spark. Deberías haberlo recordado.

—Técnicamente no es una sorpresa.

—Vaya, no tienes ningún reparo en portarte como un auténtico gilipollas, ¿verdad? Cualquier cosa vale con tal de salir en los periódicos y cabrear a tu padre, ¿eh? De eso se trata todo esto, ¿no?

Se vuelve para mirarme mientras bloquea algunas de las cámaras. Sus ojos verdes se han vuelto fieros y chispeand de ira.

—Esto forma parte del trabajo, Cherry. Querías dinero para salvar a tu padre y yo te lo di. Ahora te toca a ti cumplir tu parte. Así de simple.

—No me estás entendiendo. En absoluto.

—¿Podemos hablar de esto más tarde?

Le doy una bofetada en el hombro.

—¡Eres un gilipollas!

—¿Problemas en el paraíso? —grita uno de los periodistas. Mientras tanto, sus cámaras siguen haciendo clic sin dejar de parpadear. Estoy segura de que un par de ellos también nos están grabando. Me hierve la sangre, pero no tengo elección. Spark tiene razón. Yo accedí a esto cuando firme.

—Spark, ¿qué puedes decirnos de la actual guerra de ofertas que se está produciendo aquí en Estados Unidos por ti? —pregunta otro periodista.

Eso capta la atención instantánea y completa de Spark.

—¿Qué has dicho? ¿Qué guerra de ofertas?

—Todos los grandes equipos de la Liga le han hecho llegar ofertas a Zeke Harris y a la directiva de los Rangers. Están desesperados por tenerte en sus pistas cuando te recuperes —responde el reportero.

—¿Y por qué iban a hacer tal cosa? —pregunta Spark, con el ceño fruncido.

—Eres un activo importante, y los Rangers han estado publicando información alentadora en sus redes sociales. Todos en el mundo del hockey están que se cagan con los rumores de tu regreso.

Spark me lanza una mirada de preocupación.

—Mi padre dijo que mi carrera estaba en las últimas. De ahí lo de la rehabilitación, la desintoxicación y el matrimonio. Nunca mencionó nada de una guerra de ofertas —me susurra.

—Creo que te la ha jugado —respondo en voz baja mientras la manada de medios de comunicación sigue lanzando sus preguntas, aunque ninguno de los dos les está escuchando—. Te ha estado haciendo de menos para que parezca que no tienes nada por delante.

—¿Pero por qué?

—Igual quería meterte miedo para que estuvieras sobrio.

—Menudo manipulador.

—Tú tampoco te estás quedando atrás —le digo.

Sacude la cabeza lentamente.

—Ese viejo cabrón me la ha jugado.

De alguna manera, me contagia su indignación. Independientemente de mi motivo inicial, le he seguido el juego, he pasado por el mismo aro y ahora tengo que soportar la misma incesante atención mediática. Spark se siente engañado, y tiene motivos para sentirse así. Los equipos estadounidenses se pelean por incluirlo en sus listas, mientras que Ezekiel le hace creer que nadie volverá a trabajar con él.

Sí, bueno, digamos que lo hizo para darle un buen susto a Spark para que volviera a rehabilitación. Pero también está la segunda razón en juego: mantener a Spark con los Rangers, supuestamente el único equipo interesado en quedárselo. Quienquiera que sea el reportero que haya hecho esa pregunta sobre la guerra de ofertas, se las ha apañado para pescar ese rumor en medio de una piscina bastante profunda. Algunos mantienen los oídos bien abiertos, sobre todo dentro del periodismo deportivo, donde se necesita una cierta red de amistades y conocidos en las altas esferas para enterarse de cierta información. Ese viejo cabrón no esperaba que esta información saliera a la luz, de lo contrario Spark no habría accedido a las demandas de su padre.

—Sigámosle el juego —le digo a Spark, encontrando dentro de mí un ardiente deseo de darle de probar a Ezequiel su propia medicina.

—¿Eh?

—Vamos a darles lo que querías. Vamos a cabrear a ese viejo verde hasta que le reviente una puta vena de la fente —respondo, sonriendo mientras le agarro por los hombros y nos doy la vuelta para que las cámaras puedan captar todos los detalles. Spark está algo confuso, su mente sigue procesando la cuestión de la guerra de ofertas. No puedo culparle.

Pero estoy decidida a darle una victoria.

Así que, sin pensarlo siquiera, me pongo de puntillas, le rodeo el cuello con los brazos y le beso. Nuestros labios se encuentran, aplastados por la presión de años de anhelo y añoranza de esta misma sensación. Su lengua encuentra la mía y la saborea con alegría. Nos fundimos el uno en el otro mientras las cámaras hacen «clic clic clic» como locas. El mundo se torna blanco por todos los flashes que se disparan a nuestro alrededor. Oigo a alguien decir:

—Sí, perfecto, quedaos así un segundo más. —Casi me parto de risa.

La mano de Spark se posa en la parte baja de mi espalda y el calor me recorre la columna vertebral a medida que el beso se intensifica.

Necesito parar antes de rendirme a él por completo.

Hace falta un pueblo entero para apartarme, pero lo consigo. Se me corta la respiración. Me hormiguean los labios. Mi corazón grita y el deseo ya se ha apresurado a encontrar su camino entre mis piernas, pero no puedo hacer otra cosa más que sonreír vagamente y volver a agarrar mi bolsa de viaje.

—Ahí lo tienes. Tu padre va a montar en cólera cuando lea las noticias de mañana —le digo

a Spark.

—Y yo que pensaba que el macabro de esta relación era yo —murmura, con los ojos desconcertados y muy abiertos mientras me coge de la mano y nos aleja de los periodistas—. Vamos, ya se han cansado de nosotros. Ahí está nuestro coche.

Subimos a un todoterreno negro con su nombre escrito en un trozo de cartón y pegado al parabrisas. Sparks le da las instrucciones al conductor y luego se repantinga en el asiento trasero mientras yo lucho por recuperar el aliento. Fuera, las cámaras siguen parpadeando sin cesar hasta que me duelen los ojos. Opto por mirar hacia otro lado, intentando comprender la magnitud de lo que he hecho y cuáles serán sus repercusiones.

A toda acción le sigue una reacción.

¿Y qué es exactamente lo que yo acabo de poner en marcha?

DIECIOCHO

SPARK

Conocer a David, el padre de Cherry, no es lo peor de mi viaje hasta aquí. Sino el verlo así, débil y casi moribundo, con su vida prácticamente en mis manos. Es duro enfrentarse a la realidad de la situación, y probablemente nunca me perdone el presionarla para aceptar este acuerdo matrimonial. Sé que estoy siendo un capullo. Sé que eso es lo que soy. Pero no puedo dar marcha atrás, sobre todo ahora, después de la pregunta de la periodista. Y eso por no mencionar el beso. Joder, el corazón aún me está bailando en el pecho. No lo había visto venir, no de esa forma, pero ya me muero por repetirlo.

—Gracias por venir hasta aquí —dice David, sonriendo suavemente desde la cama del hospital.

—No hay nada que agradecer, señor. Es un honor conocerle. Aunque desearía que las circunstancias fueran mejores —digo—. Si hay algo que pueda hacer para ayudar, sólo tiene que pedirlo.

—El mero hecho de saber que estás al lado de Cherry es suficiente ayuda para mí, para serte sincero —responde, mientras su mirada se desvía de vez en cuando hacia su hija. Cherry se mantiene en casi todo momento tensa y callada, aunque no estoy seguro de qué es lo que la tiene así de tensa: estar cerca de su padre o estar cerca de mí—. No puedo creer que hayas sido capaz de reunir los 140, cariño.

—Fue un trabajo en equipo —afirma—. Merry y el entrenador Joel echaron una mano. Spark también tiene muchos amigos ricos. En cuanto se corrió la voz, empezaron a llover las donaciones.

—Sí. Es un milagro. No me lo merezco —suspira y la tristeza dibuja sombras en su rostro—. Soy un cabrón con suerte. Tendría que haber sido Patricia... no yo.

—No digas eso —dice Cherry, suavemente apenada—. Tú estás aquí. Mamá no. Así son las cosas, y autocompadecerte no va a ser de ayuda.

—Lo siento —murmura, y luego esboza una sonrisa tensa—. Estás preciosa.

—Pero si tengo jetlag.

—Sigues estando preciosa —insiste.

—Sí que lo estás. —Le tiendo la mano, pero al notar el sutil aumento de tensión, le doy una

palmadita en la rodilla. Es un gesto condescendiente y sólo sirve para hacerme sentir aún más incómodo. Pero su padre me está mirando y sus agudos ojos lo registran todo, así que abrazo la incomodidad y la domino con una amplia sonrisa—. Si alguien es un cabrón con suerte en esta habitación, soy yo, que voy a casarme con ella.

Cherry sonríe en mi dirección, pero apenas es capaz de mirarme. El rubor le sube por el cuello y tiene una mano cerrada en un puño, lo bastante baja como para que su padre no la vea. Sin embargo, se muestra simpática y agradable y disimula muy bien en su papel de prometida.

David exhala profundamente.

—Tienes suerte. Me alegro de que haya encontrado a alguien que esté a su lado en las buenas y en las malas.

—No es un trabajo para cualquiera —responde Cherry. Sus ojos se abren de par en par cuando su padre mira avergonzado hacia otro lado. No creo que lo haya dicho con mala intención, pero así lo parece. No podría culparla si hubiera sido a propósito.

Le está ayudando porque no le ha quedado más remedio. Un padre es un padre. La familia puede ser complicada, pero los lazos de sangre nos retienen a través de tantas capas que es difícil de cojones. La entiendo. La entiendo perfectamente. Mi madre es una alcohólica y una amargada. Y cada año va a peor. Ella va a peor. Y mi padre tampoco ayuda. Es un sociópata con sed de poder y control, deseoso de manipular y tener a todo el mundo a su entera disposición.

El padre de Cherry se piró. Ese fue su pecado mortal. Casi parece inofensivo en comparación, sin embargo, el daño que causó en Cherry cuando se fue es palpable hasta el día de hoy. La recuerdo durante aquella época. Recuerdo las lágrimas, la desdicha y la soledad contra las que luchó para recuperarse.

El abandono duele. Ella lo sabe mejor que nadie, y no es de las que comparten su dolor repartiéndolo. ¿Qué la hizo alejarse y dejarme atrás? Yo no era un santo, lo sé. Su padre tampoco era un santo, pero aquí está ella, justo a su lado. Accediendo a lo impensable para salvar su vida. ¿Por qué yo merezco su desprecio y él no?

Tal vez debería olvidarme de todo este rollo de quien tiene la culpa de qué. Se está volviendo tedioso incluso para mí.

Mira a David ahora. Este pequeño hombre hundido en su cama de hospital, delgado como un palo y pálido como el papel, tratando de aferrarse a la vida con todo lo que tiene.

—La operación está prevista para el viernes —dice tras un largo e incómodo silencio—. Spark y yo nos quedaremos hasta una semana más después, para asegurarnos de que todo va bien con tu postoperatorio.

—Gracias, cariño —responde—. No habría llegado tan lejos sin ti.

—Está bien, papá. Cuando te mejores y puedas volver a viajar, podemos incluso organizar algo para que te quedes con nosotros en las Tierras Altas una o dos semanas. Apuesto a que el aire fresco de la montaña hará maravillas con tu recuperación.

David nos mira extrañado.

—¿Las Tierras Altas?

—Tengo una cabaña allí. Es bastante grande. Tiene una habitación de invitados en la planta baja que será perfecta para ti —me apresuro a explicar—. Cherry y yo hemos acordado mudarnos allí mientras me recupero.

—Por lo menos durante unos meses, sí —dice—. Te encantaría estar allí.

—¿Estáis seguros? Quiero decir, no voy a rechazar un viaje a Escocia, siempre que sobreviva a la operación.

—Oh, sobrevivirás —responde Cherry secamente—. ¿Has visto alguna vez ahogarse a un pato?

Soy yo quien se ríe. Es un chiste que solía contarle cada vez que le preocupaba que me hicieran daño en la pista de hockey. «¿Has visto alguna vez ahogarse a un pato o a un diablo muerto?», le preguntaba, y ella me pellizcaba la nariz y luego me besaba, aterrorizada de perderme. Y ahora está completamente aterrorizada de perder a su padre.

—Gracias por la invitación. Estaré encantado de unirme a vosotros en las Tierras Altas en cuanto pueda volar —dice David—. ¿Qué dijo el doctor sobre mi terapia post-operatoria y todo eso?

—Pues que es sólo cuestión de tiempo que el corazón se acostumbre al implante. Las probabilidades de rechazo son mínimas, así que tenemos muchas esperanzas. Existe el riesgo de que tu edad influya negativamente en el aspecto anestésico, pero en su departamento trabaja uno de los mejores anestesistas del país, así que confía plenamente en ello.

—Kaczynski, ¿verdad? —pregunto.

—Sí —responde Cherry—. Ya te hablé de él, ¿no?

—Así es.

El silencio vuelve a apoderarse de la habitación. Quizá si nuestro compromiso fuera real, hablaríamos más del tema. Estamos vendiendo una mentira a un hombre que está a punto de pasar por el quirófano, pero le conviene no saber de dónde viene realmente el dinero. Lo último que quiero es que David sienta que me debe algo. Si se arrastrara ante mí como se ha arrastrado ante Cherry, me sentiría como un puto abusón.

—Cherry, ¿te importaría dejarnos a Spark y a mí un minuto a solas? —dice él.

—¿Por qué? No vas a intentar tener «la charla» de padre con él, ¿verdad?

—No, cariño, te lo prometo. Es una cosa de tíos. El padre de Patricia, que en paz descanse, lo hizo conmigo y le prometí que yo también lo haría llegado el momento —responde.

Cherry nos mira a los dos con desconfianza, pero acaba saliendo de la habitación del hospital sin hacer más comentarios. En cuanto la puerta se cierra tras ella, David se aclara la garganta y cambia su actitud de anciano débil a algo diferente.

—Escucha, chico, sé que vas a pagar mi operación —dice.

Bueno, pues parece que la liebre ya ha salto. Me encojo internamente, preparándome para la incomodidad de lo que se avecina.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunto, retrasando lo inevitable.

—No soy estúpido —responde con severidad—. Así que, no me trates como tal.

—De acuerdo. Disculpa.

—Te debo la vida, ¿no?

Sacudo la cabeza.

—Señor, no me debe nada.

—¿Mi hija se va a casar contigo por ese dinero?

Mierda. Acabo echando un vistazo a la puerta, deseando poder hacerla volver a la habitación con la fuerza mis pensamientos. Pero estoy solo en esto y tengo que salir adelante como sea.

—Señor, no es eso en absoluto —miento convincentemente, habiendo prometido a Cherry que David nunca sabría la verdad—. Tu hija y yo fuimos novios en el instituto y hemos vuelto a salir juntos hace poco. El hecho de que nuestro compromiso coincida con el éxito de la recaudación de fondos para tu operación no es más que pura coincidencia. Ni más ni menos. El amor de Cherry no se compra con dinero.

Esto último es verdad. Hace que la mentira sea más aceptable. Me lanza una mirada larga y dura. No creo que se lo trague. Sus hombros están tan tensos como los míos, los dos nos enfrentamos a una oleada de culpa por la forma en que nuestras acciones y nuestra falta de ellas han puesto a Cherry en esta posición.

Sacude la cabeza.

—No. Su *amor* no se compra con dinero. —El énfasis que pone en la palabra y la expresión sombría de su rostro dicen demasiado. La insinuación de que su mano sí podría comprarse con o sin su amor me produce escozor. Me siento como un niño en misa, luchando contra el impulso de retorcerse en el banco.

Abandona sus oscuros pensamientos y me mira como si casi se hubiera olvidado de que estoy en la habitación.

—Perdona si te he ofendido. —Se detiene un momento, luego aprieta la mandíbula y me lanza una mirada feroz. El rápido balanceo de su nuez de Adán conforme se traga un mundo de emociones desmiente tal furia—. No pude hacer feliz a mi hija. Le rompí el corazón —dice ahogándose con sus palabras. Me señala con el dedo, puntuando sus palabras con fuertes pinchazos—. Asegúrame una cosa, Spark. Asegúrame que crees que puedes hacerlo mejor.

Me golpea como un disparo en las tripas. No sólo por sus palabras, sino por la agonía desgarradora que hay tras ellas. No hay ningún desafío burlón tras ellas, como habría sido el caso si mi propio padre me pidiera lo mismo. No es un desafío. Es una súplica. Me suplica que enmendé su error, o al menos que no vuelva a cometerlo. Al menos puedo prometerle esto último. Nunca la dejaré atrás, al otro lado del mundo, sin ninguna explicación. Si la dejo, o sea, cuando la deje, ella estará totalmente de acuerdo. Con la conciencia bien delimitada por esta lógica, puedo mirar a este hombre a los ojos.

—Creo que puedo —le digo—. Si hay algo de lo que estoy seguro es de que nunca haría

daño a Cherry, ni deliberada ni irreflexivamente. No quiero nada más que su felicidad.

Traga saliva y aparta la mirada de mí. Hago como si no me diera cuenta de que se limpia los ojos. Cuando vuelve a mirarme, apenas se nota que su estado anterior; vuelve a ser todo acero.

—Será mejor que no la engañes ni le rompas el corazón.

—Esto es parte de «la charla» de padre, ¿no?

David suelta una risita.

—Sí. Excepto que el padre de Patricia me amenazó con meterme un calibre 12 por la garganta si alguna vez le hacía daño a su hija. Tuve suerte de que muriera antes del divorcio. La cagué con ella y con Cherry. Hay tantas cosas que desearía poder hacer de nuevo.

—Pero no puedes. Y tampoco puedes decirle estas cosas a ella. Cherry necesitará mucho más tiempo para poder perdonarte de verdad. Lo comprendes, ¿verdad?

El papel de caballero de brillante armadura de Cherry lo desempeñará ahora el suplente de David, Spark. Me pregunto si ella se hace una idea de lo ferozmente que ambos queremos protegerla, o de cuánta de esa ferocidad nace de la vergüenza.

—Sí —dice David—. Sé que ya me ha dado más de lo que podía esperar de ella, y no espero nada más.

A pesar de su fragilidad, sus muros defensivos siguen siendo fuertes. Se ha resignado a despertarse solo tras la operación, y sólo se permite la mínima esperanza de que ella se quede. Lo entiendo. Me identifico con él. Cherry es capaz de hacer que un hombre practique el arte de aferrarse a lo que pueda. Espero, sin embargo, que David sea lo suficientemente inteligente como para no dejarla ir. Necesita alguien que le dé un empujón, así que eso hago.

—Te ha invitado a nuestra cabaña, esa es una señal de buena voluntad. Te aconsejo que aceptes la invitación.

Asiente lentamente, dejando que esos muros se ablanden un poco.

—Eso haré —dice pensativo—. Las Tierras Altas... Dios, ha pasado mucho tiempo.

—Bueno, pues asegurémonos de que no pase mucho más, entonces. Una cirugía sin complicaciones y una rápida recuperación, ¿sí?

—Sí. —El fantasma de una sonrisa le arruga los ojos.

Nos damos la mano y me encuentro añadiendo una nuevo propósito a mi propia cruzada. Está la recuperación. Está ese dolor constante en la rodilla y la necesidad desesperada de sofocarlo con pastillas, alcohol y cualquier otra cosa a la que pueda echarle mano. Está ese anhelo incesante en mi corazón cada vez que Cherry está cerca o incluso cada vez que pienso en ella. Está el gilipollas de mi padre, que intenta manejarme como a una marioneta, y mi deseo de ganarle en su propio juego de alguna manera.

Y también está mi propia madre.

El tren descarrilado. La olvida. Cherry enterró a la suya hace mucho tiempo y nunca llegó a decirle ciertas cosas. ¿Qué pasará cuando muera la mía y ya no tenga nada que decir al respecto? ¿Qué pasará con ella? ¿Qué puedo hacer para evitar la avalancha de arrepentimientos que sé que

me atormentará el resto de mi miserable vida? Cuanto más cerca estoy de Cherry, más preguntas me hago sobre mí mismo y sobre mi propia familia. Quizá este sea mi purgatorio. Mi castigo por haber tomado todas las decisiones equivocadas a lo largo de los años.

Mirando a David ahora, lo veo con claridad.

Somos la suma total de lo que elegimos hacer con nosotros mismos y con los que más queremos.

¿Qué aspecto tendrá mi suma total cuando llegue el momento de hacer balance mis acciones?

DIECINUEVE

CHERRY

Nuestra estancia en Estados Unidos termina sin incidentes. La operación de mi padre es un éxito, y nunca dejaré pasar la ironía de que un procedimiento estándar haya salido tan caro, para empezar. En los libros y en las películas no suele hablar mucho de esto. Cortan la parte en la que te entregan la factura y te desean buena suerte. Ahora hazte cargo de pagarla.

Si no fuera por Spark, estaría organizando un funeral en los próximos meses.

Papá estará en el hospital otras dos semanas para recuperarse y que lo monitoreen, pero el Dr. Kaczynski está seguro de que todo saldrá bien. Un amigo de papá lo recogerá y se quedará con él en su casa durante un tiempo, y cuando pueda volar, se reunirá con nosotros en las Tierras Altas durante una semana, como le prometí. Puede que me haya fallado en el pasado, pero quizá esta sea una segunda oportunidad para los dos. Puede que no puedas escoger a tu familia; pero puedes elegir escoger cómo cuidas esas relaciones.

Ahora mismo tengo mucho entre manos, pero por suerte el asunto más acuciante ya está resuelto. Le hemos salvado la vida a mi padre; ahora toca ocuparse del resto de nuestra misión.

—¿Llamas a esto una cabaña? —digo después de que Spark me haya enseñado su casa de las Tierras Altas. Es la propiedad más grande de Culligran, con vistas al río Farrar y los bosques y las montañas a sus espaldas. Es realmente un pedacito de paraíso impresionante, y podría refugiarme aquí sin pensármelo dos veces cada vez que el mundo me sobrepase.

—Técnicamente eso es —responde con un divertido encogimiento de hombros mientras nos acomodamos en la sala de estar.

—Es un puto palacio, eso es lo que es.

Y sigue siendo quedarse un poco corto. Con una planta baja, una segunda planta y otra habitación en el ático, la «cabaña» de Spark cuenta con un total de cuatro dormitorios, tres cuartos de baño, una cocina con rincón para desayunar y una generosa zona de comedor. En la parte trasera hay un patio para las barbacoas invernales y un camino lateral que conecta la propiedad directamente con el río, donde un embarcadero privado le permite pescar a sus anchas. Spark me ha contado que su paciencia para pescar ha disminuido desde el accidente en la rodilla.

Por otra parte, el propósito de nuestra estancia aquí es ayudarle a recuperarse. Y otra razón aparte es permanecer fuera del radar la prensa durante los meses previos a la boda. Dios, el

corazón me salta a la garganta cada vez que recuerdo que ya hemos fijado una fecha.

—Estás nerviosa —concluye Spark.

Estoy sentada en una de las butacas, una pieza mullida de color blanco roto que invita a perderse en su suavidad. Todo el conjunto es una mezcla de piel sintética y madera de nogal dispuesta alrededor de una mesa de centro de cristal y piedra de río, una pieza que marca el centro gravitacional de toda la estancia. Más allá, una chimenea amplifica aún más la mesa, con su repisada de madera apoyada sobre una columna de piedra de río. La habitación huele a leña quemada y manzanas asadas, cortesía de un fuego crepitante y de la vela encendida que se hay en uno de los alféizares. La señora Ashton, que limpia las cabañas de Culligran al final de la calle, también cuida de la casa de Spark en su ausencia.

—¿Estoy nerviosa? No, sólo me siento como una alienígena en un mundo extraño —digo.

—Ésta también es tu casa por el tiempo que dure el acuerdo —dice—. No hay por qué ponerse nerviosa —.

—Ni siquiera sabes por qué estoy nerviosa. —No puedo evitar reírme. Incapaz de seguir aquí sentada, me levanto y camino hacia la puerta, para luego dar media vuelta y enfrentarme a él—. Esto es muy raro para mí.

—¿Oh?

El sonido es una invitación para que me explaye. Está esperando a que yo diga algo, cómodamente tumbado en el sofá. Lleva puestos unos vaqueros y una camisa de cuadros, y me encanta cómo la tela se estira sobre sus hombros y la parte superior de sus brazos. Siempre ha sido un hombre grande. Dios mío, me están entrando los calores otra vez. Cada vez esto se vuelve más intenso con él. Fingir que no me afecta no es tan fácil como pensaba.

—O sea... Gracias por el dinero y por ayudar a salvar a mi padre. Siempre estaré agradecida por...

—No me digas que te estás echando atrás.

—¡No! —respondo, sintiéndome algo alarmada por su conclusión. Pero , ¿por qué iba a estar tan tranquilo al respecto si eso pensase?—. Aunque podría echarme atrás, si quisiera.

—Ya sé que podrías.

—Joder, Spark, no estás ayudando.

Se ríe ligeramente.

—Necesitas relajarte, Cherry. ¿Qué te pasa? Habla conmigo.

—Lo intento, pero es difícil.

—Nunca habías tenido tal problema.

Acabo suspirando y hundiéndome en la butaca, sintiéndome totalmente derrotada.

—Bueno, eso depende del tema, ¿no? La verdad, Spark, es que me siento muy incómoda con este acuerdo. No me malinterpretes, lo llevaré a cabo como prometí, pero me gustaría que fuéramos menos despreocupados al respecto.

—No te entiendo.

—¡Oh, por el amor de Dios! Las cosas están incómodas entre nosotros. ¡¿No lo ves?! —Me quejo—. Es incómodo porque hay muchos asuntos sin resolver entre nosotros. Me rompiste el corazón hace años, ¡y ahora estoy a punto de casarme contigo! ¡¿Cómo es posible?!

Spark se enfada con rapidez, pero no es de los que pierden los papeles. Más bien deja que algo hierva a fuego lento dentro de él durante mucho tiempo y ese algo seguirá hirviendo durante mucho más tiempo porque ya ha prendido a controlarlo.

—¿Que yo te rompí el corazón? Cherry, fuiste tú la que se alejó.

—¡¿Que me alejé?! —Me pongo en pie—. ¡¿Que yo me alejé?!

—Eso es básicamente lo que pasó, sí. No me devolvías las llamadas. Ni siquiera me mirabas cuando nos cruzábamos en público. ¿A qué coño venía todo eso?

—¿Y has esperado todos estos años para preguntármelo? Entonces no decías ni pío.

—¿Es que era algún tipo de prueba?

Resoplo.

—Si lo fuera, obviamente la habrías fallado. —Ni siquiera noto que cómo se levanta y se acerca peligrosamente a mí hasta que su penetrante colonia invade mis fosas nasales y hace que mis sentidos se estremezcan—. ¿Qué... qué estás haciendo?.

—Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—¿Qué...? ¿El qué?

—Hacerte callar.

Esta vez es su boca la que toma a la mía por sorpresa. La conquista es tan rápida y decisiva que me olvido por completo de lo que me hizo enfadar en primer lugar.

Sus labios se presionan con dureza contra los míos, su lengua se cuela en mi boca y saborea y choca con la mía mientras me rindo a él. No importa lo que seamos el uno para el otro. Está claro que estos asuntos sin resolver se han ido acumulando durante años, pero una cosa sigue estando dolorosamente clara. La atracción entre ambos está hoy más viva que nunca, ardiendo de una forma más brillante y abrasadora que el fuego de la chimenea.

Nuestras manos vagan por nuestros cuerpos de arriba a abajo, sintiendo, tocando y acariciándolo todo a lo largo del camino. Sus dedos se clavan en mis caderas mientras me acerca a él, su beso se intensifica mientras gimo y me dejo hacer en su abrazo. Levanto los brazos y le rodeo el cuello, apretando las tetas contra su pecho ancho y musculoso. Cada uno de sus gestos habla de su hambre y determinación, y yo también estoy hambrienta.

No sé qué ha pasado ni cuándo ni cómo, pero hemos abierto las compuertas y no estoy segura de que ninguno de los dos esté preparado para detener este torrente. Mi pulso se acelera. Mi corazón ansía más. Se me eriza la piel cuando las manos de Spark se deslizan bajo mi jersey y encuentran la piel desnuda, cálida y hormigueante bajo su tacto.

—Dios, sabes increíble —gime contra mis labios mientras sus dedos recorren cada centímetro de mí bajo la tela de lana.

—Spark... Esto no es... No podemos... —Me las arreglo para hablar, pero a ninguno le

importa.

A mí desde luego que no.

Me empuja contra la pared y yo recibo de buena gana la pasión y el deseo que brotan de él como lava incandescente. Madre mía, me desea. Yo le deseo. Lo siento duro contra mi vientre; noto su polla abultada y sólida como la roca de un río. Me duele el corazón por este hombre. Deslizo las manos por su pelo rubio como la arena y recuerdo mil momentos maravillosos que había desterrado al fondo de mi mente. Mil más están a punto de suceder, y estoy aterrorizada y excitada a partes iguales.

—No puedes decir eso... Ahora no —susurra Spark, y procede a mordisquearme la oreja.

Gimo mientras me besa el cuello, tira de mi jersey y me deja el hombro al descubierto para darme un mordisco. Mis pezones se endurecen cuando su mano izquierda encuentra mi pecho. Una capa de encaje blanco se interpone en su camino, pero eso no le impide pellizcarme el pezón para conseguir excitarme y hacerme gemir.

—Oh, Spark, eres un cabrón despiadado —jadeo.

—No he hecho más que empezar.

Su mano derecha abandona mi hombro y se desliza entre nosotros, metiéndose en mis vaqueros mientras contengo la respiración y tomo conciencia de lo que está a punto de ocurrir. Soy un manojo de nervios, tengo los brazos flácidos como espaguetis y he renunciado por completo a cualquier atisbo de resistencia. Cuando su mano derecha se abre paso por debajo de mis bragas y descubre mis pliegues resbaladizos y húmedos que florecen bajo su tacto, sé que esto solo podrá terminar entre las sábanas.

Le agarro a través de los vaqueros y aprieto, provocando una sutil sacudida de sus caderas mientras le beso, hambrienta y desesperada por más. Ya no hay marcha atrás.

Está a punto de ayudarme a quitarme el jersey mientras me estremezco contra sus dedos. Desliza un dedo más adentro. Me quedo quieta, mirándole con incredulidad. Él se limita a sonreír y a morderse el labio inferior mientras unas ascuas verdes arden tras sus ojos mientras mueve el dedo travieso, provocando unas oleadas que viajan por todo mi cuerpo.

—Casi había olvidado lo fácil que es hacer que te corras —dice Spark, su voz es apenas un susurro. Estoy a punto de suplicarle por más, pero un repentino y furioso golpe en la puerta hace que todo se detenga de golpe.

—¡Hijo de puta! —Suelto un bramido de desesperación cuando Spark retira su mano al instante.

No. Así no es como debe terminar esto.

¿Qué demonios está pasando? Spark respira hondo y contiene la respiración un rato. Su mirada encuentra la mía en el repentino silencio. Sus labios están húmedos y rosados, y sus pupilas son están tan dilatadas como las de un gato. Me siento en carne viva y ardo como una hoguera, incapaz de encontrar mi tan necesitada liberación mientras apoyo las manos en sus hombros. Los golpes continúan. Me imagino el puño de un hombre golpeando la puerta.

También me imagino a mí clavándole la bota en el culo.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto temblorosa mientras Spark da un paso atrás y deja mi cuerpo a merced del cruel destino.

Esto ha estado tan peligrosamente cerca de convertirse en desastre y, sin embargo, es un desastre que estoy deseando retomar. Es el efecto que Spark tiene en mí. A pesar de los años, no ha cambiado. Todavía sucumbo a él. Sigo siendo débil.

—No lo sé —dice—. No espero a nadie.

—¿Quién sabe siquiera que estamos aquí? —replico.

—Algunas personas de los Rangers, pero sólo porque era una necesidad ineludible que lo supieran.

Eso no me gusta. Hubiera preferido que pudiéramos escondernos del mundo por completo. Me hubiera gustado tenerlo sólo para mí. Los golpes continúan hasta que Spark y yo nos acercamos a la puerta principal. Él la abre y yo acabo soltando el último nombre que esperaba que pronunciaran mis labios esta noche.

—¿OWEN?

—¿Vais en en serio? —dice con las manos en la cadera.

Su chaqueta negra es demasiado fina para el tiempo que hace fuera, y su cara carmesí me hace saber que ya está congelado, pero ha conducido hasta aquí. ¿Y para qué, exactamente? El frío invernal se cuela en la casa cuando Spark y yo retrocedemos y dejamos pasar a Owen, aunque solo sea para que no se muera de frío en el porche.

—¡¿Qué coño haces aquí?! —responde Spark, totalmente disgustado.

—¿Qué qué coño hago aquí? ¡¿Qué coño estáis haciendo vosotros dos aquí?! ¿Qué es eso de que os vais a casar? ¿Habéis perdido la puta cabeza? —ladra Owen.

Madre mía, ha perdido los papeles del todo. Es difícil decidirse por qué es lo que le tiene tan cabreado, en concreto. Mi lado narcisista se inclinaría a suponer que aún siente algo por mí, pero nunca dejé que las cosas entre nosotros llegaran tan lejos. Lo nuestro fue una serie de citas mediocres que llegaron a su fin, así que lo de que sienta algo por mí no tiene sentido.

¿De qué se trata, entonces?

No es que él tenga ningun tipo de control sobre la vida de Spark. Eso es cosa de Ezekiel.

—¿Para eso has venido hasta aquí? —pregunto, dándome cuenta de repente de cuántas horas debe de haber pasado en la carretera. Es un viaje de 5 horas si tienes suerte, pero es viernes. Debió de tardar mucho más hasta pasar Tyndrum. Estaban haciendo obras en la carretera por la zona antes y imagino que la llegada del fin de semana sólo haría el tráfico más difícil de sortear —. Eso sí que es determinación.

—No deberías haber venido aquí —le advierte Spark.

Pero Owen no parece asustado ni intimidado. Una vez más me veo en la obligación de preguntar, ¿qué está pasando aquí? Hay suficiente testosterona en la habitación como para ahogarme, y no entiendo por qué tenemos que tolerar esto. Aún siento el eco de la mano de

Spark entre mis piernas, y lo único que puedo hacer es rezar para que esta conversación termine rápido y Owen se marche por donde ha venido.

¡Esto no es justo!

VEINTE

CHERRY

Owen se mantiene erguido y orgulloso en mitad del vestíbulo del Spark, a pesar de estar a unos centímetros de distancia de su némesis, el hombre con el que se supone que me casaré a finales de primavera. No me gusta el rumbo que está tomando esto y, desde luego, no me gusta la sensación de peligro que nos rodea, es el tipo de peligro que nace de la imprudencia y el ego. Ese fue siempre el mayor defecto de Owen cuando Spark u otros compañeros se metían con él. Nunca ha podido controlar sus propios instintos y reacciones, aunque esta es la primera vez que le he visto conducir hasta tan lejos sólo para enfrentarse a Spark.

¿Y para qué?

—Spark y yo nos vamos a casar, sí —le digo—. A finales de mayo, concretamente. ¿A qué viene tanto jaleo? No lo entiendo.

—¡¿Por qué demonios has vuelto con este gilipollas?! —responde Owen.

—Supongo que debería haberse ido contigo, ¿no?. —Ríe Spark, con los brazos cruzados despectivamente sobre el pecho. Aunque admiro su valentía y su anchura, no creo que sea eso lo que necesitemos ahora mismo.

—¡Así no estás ayudando! —digo.

Owen se acerca, haciendo que Spark se mueva también. Me veo asfixiada por dos machos: uno es un líder nato y un alfa y el otro es, en el mejor de los casos, un beta frustrado. Así es como los chicos de los Rangers solían llamar a Owen, y no siempre a sus espaldas; otra razón por la que me sorprendió verlo regresar al equipo como entrenador asistente.

—Cherry, no puedes hacer esto. Es una locura. En cuanto Joel me dijo que te habías ido a vivir con este imbécil, tuve que hacer algo. No puedes casarte con él. ¡Es un puto pringado!

—Dios mío, Owen, ¿te estás oyendo? ¿A ti qué demonios te pasa y qué te hace pensar que tienes derecho a decirme lo que puedo y no puedo hacer? —respondo, interponiéndome entre él y Spark antes de que lleguen a las manos. Le doy un empujón a Spark con el hombro. Por suerte, no se resiste, pero tampoco me pasa desapercibido el destello de diversión en sus ojos.

—No era mi intención que sonase así. Es sólo que... no conoces a Spark. ¡Al verdadero Spark! Es el mismo gilipollas de siempre, Cherry. Si te ha dicho que ha cambiado, es mentira. Sigue yendo a clubes de striptease, metiéndose rayas y bebiendo. Sigue llegando tarde a los

entrenamientos incluso y ya era así desde antes del accidente de rodilla.

—Y también seguía dándote una paliza en la pista —responde Spark.

—¡Vas a hacerle daño! ¡Vas a romperle el corazón otra vez! —grita Owen enfadado y señalándole con un dedo. Lo acerca demasiado a la cara de Spark, y éste aparta la mano de Owen de un manotazo.

—¡Owen, ya basta! ¡Es asunto mío con quién me caso y con qué estoy dispuesta a vivir! No deberías haberte metido donde no te llaman. Solo estás haciendo el ridículo. ¿En qué demonios estabas pensando?

Spark sonríe.

—Ahí está el quid de la cuestión, Cherry. Pensar nunca ha sido el fuerte de Owen.

Y así, en lugar de ayudarme a desactivar la bomba, Spark acaba por poner en marcha el puñetero artefacto en un abrir y cerrar de ojos. Owen me empuja a un lado y se abalanza sobre Spark. Los puños vuelan de un lado a otro. Escucho como algo se rompe, aunque no puedo distinguir gran cosa en medio de la refriega, ya que no paran de tirar y empujarse el uno al otro y de pelear como animales salvajes. Oigo sus gruñidos y veo cómo Spark levanta la rodilla.

Owen se dobla sobre sí mismo, con la cara morada y los ojos desorbitados. Creo que la rodilla ha hecho contacto con sus partes.

—¡Parad, por favor! —grito.

Pero no se detienen. Siguen sin parar durante un minuto o dos más. Owen da un puñetazo y Spark le devuelve una patada. Owen se agacha y Spark le gancho desde arriba con una fuerza tal que lo lanza hacia atrás y le hace salir por la puerta. Aterriza al borde del porche mientras empieza a caer nieve del cielo cada vez más oscuro. Aterriza con un doloroso golpe, el labio partido y ensangrentado y la nariz y el ojo ya amoratados.

—Argh... Cabrón. —gruñe Owen, ansioso por levantarse y volver a la carga.

—¡Vuelve a Glasgow y piensa bien en lo monumentalmente estúpido que ha sido todo esto! —le grito—. Aléjate de mí, Owen, y métete de tus putos asuntos a partir de ahora. No puedo creer lo que acabas de hacer. ¡Dios mío!

Está a punto de alcanzarme, pero le cierro la puerta en las narices y la cierro también con llave, por estar seguros.

—¡Lárgate de una puta vez o llamo a la policía! —añado.

—¡No puedes hacer esto, Cherry! ¡Te hará daño! —gimotea al otro lado de la puerta.

Spark se limits a observarme con una mezcla de taimada diversión y excitación; ya puedo sentir cómo se me entrecorta mi cada vez más agitada respiración.

—¡Cherry, por favor! —intenta Owen una última vez, sin conseguir lo que ha venido a buscar.

Ni Spark ni yo nos movemos durante la mayor parte del minuto siguiente mientras escuchamos los pasos de Owen. Le oímos bajar los escalones del porche y subir al coche. El olor a manzanas asadas y a la colonia de Spark vuelve a hacerme cosquillas en la nariz cuando veo

que tiene un moratón dibujado a lo largo de la mandíbula. Imagino que le duele, pero no parece molesto.

Está demasiado ocupado desnudándome con sus ojos salvajes.

En cuanto el motor del coche de Owen se desvanece en el silencio de la noche, ya no hay marcha atrás y el mundo mismo desaparece. Todo se desvanece, incluida la ropa que llevamos puesta. Spark y yo nos abalanzamos el uno contra el otro con toda nuestra fuerza, rebosantes de un deseo voraz mientras nos besamos y dejamos que nuestras manos vaguen por todas partes.

Me tira del pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Su lengua me lame el cuello y me provoca un sinfín de sacudidas eléctricas en todo el cuerpo. Es como si un relámpago me hubiera besado hasta la médula. Cobro vida entre sus brazos mientras mi jersey y mis vaqueros acaban en el suelo. Soy suya y sólo suya, y ni siquiera mi sujetador ni mis bragas pueden detenerle. Me las quita con extraordinaria precisión mientras nos conduce hasta el salón. No hay tiempo para llegar al dormitorio.

—Esto está muy mal —digo.

—¿Por qué sienta tan bien, entonces? —responde Spark, y se lleva mi pezón a la boca, chupándolo y provocando que me estremezca. Hace lo mismo con el otro, y sus manos se unen a su boca para estrujarme y masajearme los pechos mientras me acomodo en el sofá.

Le abro los vaqueros de un tirón y su polla queda libre. En cuestión de segundos, está desnudo y gloriosamente excitado, más duro que nunca, con las venas palpitando a lo largo de toda su envergadura. Me empuja hacia abajo. Me tumbo de espaldas y él vuelve a atender mis pezones mientras le deslizo las manos por el pelo y a acaricio con las yemas de los dedos la suave piel de sus hombros anchos.

—*Ah* —consigo decir cuando empieza a mordisquearme un pezón y desliza un dedo dentro de mí.

Él sabe cómo encender mi llama y prenderme fuego. Sabe consumirme hasta la última gota, hasta que no quedan más que cenizas. Hemos hecho antes esto muchas veces y, sin embargo parece tan novedoso e increíble como la primera vez. Ha pasado tanto tiempo. Le he echado tanto de menos. Ay, Dios, joder, le he echado mucho de menos.

—¿Por qué se siente tan bien, Cherry? —me pregunta, deslizando los labios hacia abajo y trazando líneas húmedas con la lengua por el camino. Cuando llega a mi ombligo, me doy cuenta de que no tengo una buena respuesta.

—Porque es... porque es... ¡oh, cariño!

Su boca se apodera de mi feminidad, besando, lamiendo y explorando cada pliegue como si estuviera devorando una delicioso bola de helado. Gime con suavidad mientras su lengua me hace temblar de placer. Lo agarro del pelo para reternerlo ahí abajo mientras subo la otra mano para pellizcarme el pezón, buscando desesperadamente el orgasmo que se avecina.

Spark conquista mi clítoris en cuestión de segundos, cerrando los labios en torno al pequeño nódulo de nervios hinchado hasta llevarme al límite. Grito su nombre y mis caderas se balancean

en respuesta a la repentina explosión de luces y colores que me engulle por completo.

Ni siquiera me ofrece un respiro para bajar de las nubes.

—Cherry, cariño...

—¡Spark! —Respiro hondo cuando se sube encima de mí y me atraviesa con su polla. Me estiro a su alrededor, más allá de mis límites, mientras lo acojo a todo él dentro de mí—. Ay, Dios... Lo he echado... tanto... de menos.

Nos miramos a los ojos durante un segundo. No hace falta mucho para que ambos comprendamos que esto no tiene vuelta atrás. Está ocurriendo y nunca podremos volver atrás. Él se mueve despacio al principio, mientras yo respiro hondo y dejo que mis caderas le correspondan. Ante todo, necesito un poco de tiempo para acostumbrarme a su enorme tamaño.

Sin embargo, son sus movimientos los que hacen que me deshaga en pedazos.

Tiene una forma particular de embestirme cada vez más hondo. Le rodeo la cintura con las piernas y exhalo bruscamente antes de que capture mi boca con un beso y me abrace con fuerza. Mis tetas se aplastan contra su pecho mientras él penetra más y más. Es como si buscara el centro mismo del universo, y mi clítoris palpitante no tiene más remedio que liberar otra ronda de pulsaciones que se disparan por todo mi cuerpo. Grito contra los labios de Spark cuando me recorre otro orgasmo.

Me embiste más fuerte. Más hondo. ¡Cada vez más hondo!

No puedo controlarme, necesito más, así que le pido más.

—Más hondo, cariño, más hondo

Y eso hace. Más fuerte. Más rápido.

Le araño la espalda con las uñas, y él sisea y me penetra como un animal furioso. Estamos cubiertos de sudor y montados en este tren que avanza desbocado hacia un clímax de eso que te hacen pedazos el alma. Siento cómo derrama su semilla dentro de mí. Su polla palpita con cada embestida. Mi centro en carne viva y dolorido se aprieta a su alrededor para exprimir hasta su última gota.

—Mmm... —gimo mientras permanecemos en el cielo durante lo que parece una eternidad.

Es un juego peligroso este que estamos jugando.

¿Pero cómo puede algo de esto estar mal... si se siente tan bien?

VEINTIUNO

SPARK

Tenemos unos cuantos años pendientes con los que ponernos al día entre las sábanas. Por lo tanto, una sola noche no bastará. Sentirla cerca de mí otra vez, con su cuerpo pegado al mío, su corazón latiendo al mismo ritmo que el mío y sus labios fundiéndose contra los míos: esto es felicidad. Así es como debe saber la felicidad. Durante un rato, mientras descansamos y disfrutamos del resplandor postcoital de nuestro amor, me engaño a mí mismo pensando que todo va a ir a mejor.

Aquí, lejos del resto del mundo, todo es muy sencillo.

Sólo estamos Cherry y yo. Las montañas a nuestra espalda. Y el río a nuestros pies.

No podría pedir más. Pero cuando la siento agitarse en mis brazos, probablemente molesta por un sueño o algo así, un dolor familiar y despreciablemente agudo se dispara por toda mi pierna. Se irradia desde la rodilla, pero cada pulsación es como una cuchilla que atraviesa el músculo y el hueso y me pincha sin piedad hasta que me separo de Cherry y me siento en el borde de la cama. Gruñendo con suavidad, cuento hacia atrás desde diez con cada respiración profunda, intentando controlarlo.

Una pastilla lo arreglaría.

Podría llamar y... No. Estoy sobrio. Llevo sobrio un mes. No ha sido fácil, pero he llegado hasta aquí, maldita sea. Los sudores nocturnos y la ansiedad han disminuido. A lo que me enfrento ahora es más manejable. Es sólo el dolor que sigue volviendo como un recordatorio de mierda, decidido a hacerme sentir miserable. Pero yo también estoy decidido. Estoy decidido a darle su merecido a mi viejo y... Joder, estoy decidido a averiguar adónde me va a llevar esto con Cherry.

Ambos lo sabemos. Todo ha cambiado. Nada volverá a ser lo mismo.

¿Cómo terminará la cosa?

—¡Ah, me cago en la puta! —maldigo en voz baja mientras una última oleada abrasadora estalla de mi rodilla y unas gotas de sudor frío gotean por mi cara. Levanto la vista y veo cómo sale el sol por detrás de las montañas. El cielo es de un rosa pálido y las nubes grises lo cubren como mechones sueltos de lana de oveja. En las esquinas de la ventana florecen flores de escarcha. Ha dejado de nevar, al menos por ahora. Y todo está cubierto del blanco más puro.

—¿Spark? —La voz de Cherry me llega desde debajo del grueso edredón. Su cabeza se levanta, un mata revuelta de pelo oscuro y sexy mientras abre los ojos y me localiza—. ¿Qué pasa? —Ni siquiera hace falta que responda. Lo llevo escrito en la cara, así que se incorpora y se sienta conmigo en el borde de la cama—. ¿Se ha vuelto peor?

Sacudo la cabeza.

—No. Puedo soportarlo.

—¿Quieres probar con algunos movimientos de flexión? Será horrible al principio, pero así se calentará el cartílago.

—Tenía otra cosa en mente —respondo y me tumbo de nuevo en la cama—. Ven aquí.

—Spark, si te duele...

—Ya se me está pasando. —La pongo encima de mí. Es torpe y está medio dormida, pero volver a sentir su piel sobre la mía es el mejor analgésico que tengo ahora mismo—. Mhm, a esto me refería.

—Me duele todo. —Ríe, escondiendo la cara entre mi cuello y mi hombro. Pronto empieza a besarme. Cada movimiento de su lengua hace que me recorran estrellas por las venas y me encienda como el puto sol. Mi polla salta de placer cuando ella se sienta a horcajadas sobre mí, con su coño caliente humedeciéndose cada vez más con cada sutil movimiento de sus caderas.

—Pero aquí sigues, deseando más —replico.

—Tú tienes la culpa.

Le sujeto la cabeza con las dos manos y la beso con profundidad. Ella gime cuando la acomodo encima y la recuesto para poder llevarme cada pezón a la boca y jugar con ellos. Sus tetas tienen el tamaño perfecto, una mezcla de volumen y turgencia capaz de volver loco a un hombre. Ya estoy más duro que una puta roca y el sentir su apretado centro estirándose a mi alrededor hace que mi corazón truene y chasquee como loco.

—Nunca voy a tener suficiente de esto —dice Cherry mientras le chupo el pezón con fuerza hasta arrancarle un gemido desde el fondo de la garganta—. Ah, Dios, sí.

Ahora se mueve, balanceándose suavemente arriba y abajo para poder meterme todo dentro. Con cada movimiento, su feminidad se frota contra mi entrepierna, su lubricante natural se calienta entre nosotros mientras la siento tensarse, a punto de alcanzar el clímax. Tiene el clítoris duro, así que le clavo los dedos en las caderas y planto los talones en el marco de la cama, obligándola a quedarse quieta mientras empiezo a embestirla.

—Pues no paremos —le digo, penetrándola con más fuerza y más hondo mientras ella grita y cabalga la ola hacia el más dulce olvido.

Me olvido del dolor de rodilla por el momento. O puede que lo esté ignorando. No estoy seguro de lo que ocurre, pero pierdo el sentido y todo el control cuando Cherry echa la cabeza hacia atrás y suelta un gemido salvaje, mientras su centro se aprieta y se estremece en un ardiente orgasmo. Se estremece cuando llego al límite y me vacío dentro de ella. Esto es perfecto. Aquí es justo donde debemos estar. Justo aquí.

Sigo embistiéndola pese a todo. Cada pulsación suya coincide con una embestida mía.

Se desploma en mis brazos y se aprieta alrededor de mi polla hasta que soy yo el que grita su nombre de puro éxtasis y pierde la cabeza antes de que bajemos del cielo. No nos movemos durante un buen rato, temerosos de que el universo se desequilibre y nos derribe.

—No deberíamos estar haciendo esto —dice Cherry al cabo de un rato. Ya ni siquiera puede moverse, aunque no me molesta. Nos hemos follado el uno al otro hasta la extenuación.

—Pero lo estamos haciendo —respondo, incapaz de contener una sonrisa—. Llevo tanto tiempo deseándolo.

Percibo su rigidez antes de que vuelva a hablar.

—¿Entonces por qué lo jodiste?

—¿Eh? —Todavía estoy aturdido por lo que acabamos de hacer, pero Cherry encuentra la fuerza suficiente para quitarse de encima de mí y retroceder, volviendo al borde de la cama. No tengo más remedio que sentarme también, preguntándome adónde se dirige esta conversación.

—¿Por qué lo jodiste?

Frotándome la cara, miro primero por la ventana. Sí, no cabe duda, ya es por la mañana. No me lo he imaginado, igual que no me he imaginado las últimas doce horas haciendo el amor como locos y follando hasta hacernos papilla los sesos. ¿Por qué no estamos disfrutando de eso? ¿Por qué Cherry ha tenido que adentrarse en terreno pantanoso tan pronto? El dolor en la rodilla ya está volviendo también, como si un cuchillo me estuviese cortando de lado a lado, cortándome con la punta primero antes de que la hoja entera descienda.

—No te entiendo —digo, lanzándole una mirada confusa—. Fuiste tú quien se marchó.

—Cierto, no dejas de decir eso mismo, incluso anoche lo dijiste —resopla, con el pelo alborotado y la piel de un suave tono marfil a la luz de la mañana.

—¿Por qué te fuiste? Nunca me lo dijiste —respondo.

Ya estamos montados en este tren que pronto descarrilará, más vale que vayamos hasta el final y nos estrellemos. Todo lo que toco se convierte en cenizas, de todos modos. ¿Por qué no echar a perder esto también? Eso se me da muy bien. Una ira hirviente corre por mis venas mientras la veo levantarse y envolverse el cuerpo desnudo con una de las toallas que quedan en la otomana a los pies de la cama. Se supone que debemos disfrutar de este momento, no destruirlo. Se me da mejor lo segundo, pero esperaba que pudiéramos disfrutar un poco más de lo primero.

—Debería habértelo dicho entonces —dice, sacudiendo lentamente la cabeza—. Debería haberme enfrentado a ti en aquel mismo momento, y tal vez así las cosas habrían sido diferentes. Igual no habrías tenido tanto tiempo para creerte que eres una especie de víctima.

—¿De qué estás hablando, Cherry?

—¿Recuerdas tu sorpresa del Lunes de Pascua? —pregunta.

En un instante, vuelvo a 2010. Sé exactamente de qué sorpresa del Lunes de Pascua está hablando. Es lo que yo conocía como posible motivo de su marcha.

—Nunca me hablaste de ello. Te lo pregunté entonces y solo me dijiste que, si no lo sabía, ¡era idiota! —Es mi única respuesta, y me siento completamente estúpido por decirlo en voz alta, pero mi ego no me permite tomar otro camino. Y la maldita rodilla me está matando. Me estoy poniendo inquieto.

—Spark, aún estaba superando la muerte de mi madre cuando fui a verte y te encontré en la cama con dos mujeres.

—¡¿Y por qué no dijiste eso mismo entonces?!

—No me digas que tenías una buena explicación —responde ella y la furia convierte el hielo de sus ojos en un fuego azul. Me encantaba sacarla de quicio sólo por disfrutar del sexo de reconciliación, que siempre era algo incendiario. Me temo que no hay posibilidad de que esta conversación termine así, por desgracia. Soy demasiado follonero como para aferrarme a algo bueno—. Porque recuerdo claramente que las cosas lo íntimos y cómodos que parecías los tres. —

—Mi padre. Él las envió. Ni siquiera lo sabía. Simplemente se colaron en mi habitación y se metieron en mi cama —explico. Es la verdad—. Sé que suena ridículo, pero te juro que es lo que pasó. Deberías haber preguntado, Cherry. Deberías haber dicho algo.

—¿Se supone que es mi deber guiarte de vuelta al camino correcto, Spark? ¿Cuándo tu propio padre te apartó de él?

—No quería que pasara nada de eso. Creo que él lo sabía. Creo que ese viejo cabrón sabía que vendrías —murmuro, repasando los acontecimientos de aquel día y recordando la expresión de su cara después de que bajara y discutiera con él por todo el asunto.

—Habló conmigo cuando salí de tu habitación —dice Cherry—. Dijo que yo era demasiado buena para ti.

—No era mentira. —Exhalo profundamente, sintiéndome como el tonto del pueblo—. Nunca mencionó haberte visto ese día o haber hablado contigo. Recuerdo que bajé y me enfrenté a él por todo el asunto, y recuerdo ver esa sonrisa de satisfacción en su cara.

Cherry retrocede un par de pasos.

—Lo hecho, hecho está, Spark. La verdad es que nadie de tu familia me quería allí. Se aseguraron de que supiera dónde estaba la puerta.

—¡Maldita sea, yo nunca quise que te fueras! ¡Fue todo cosa de mi padre!

—¿No te acostaste con esas chicas? ¿Qué eran, prostitutas?

Me arde la cara. Un nudo retuerce y enreda mis cuerdas vocales.

—Sí, eran prostitutas.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a decirme que no pasó nada?

—No.

—No de que no pasó nada o no de que no me vas a decir eso.

—Me las follé a las dos, ¿vale? —Estallo. Yo, el blanco de esta puta broma, soy el que al final estalla—. Me despertaron con una mamada y fue una reacción instantánea. Había bebido

demasiado la noche anterior. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba pasando hasta que ya estaba medio hecho.

Cherry suelta un pesado suspiro, su mirada oscura y vacía mientras mira hacia abajo. Es decepción lo que veo en su cara, y lo empeora todo infinitamente.

—Entonces, no me equivoqué la primera vez.

—¡Deberías haberme parado! ¡Deberías haber entrado y enfrentarte a mí! Así habría sido consciente de lo que estaba pasando, Cherry. Maldita sea, todo podría haber sido diferente si hubieras...

—¡No te atrevas a culparme de esto, Spark! —grita con lágrimas en los ojos—. ¡No te atrevas a culparme de esto! Tenías la opción de acordarte de mí, tu novia, la mujer a la que juraste amar y respetar. Siempre tuviste esa opción, pero dejaste que tu polla pensara por ti, y ahora... Maldita sea, ahora ni siquiera eres capaz de asumir la responsabilidad de tu propia metedura de pata. ¡Me lo estás echando en cara!

—Cherry, espera.

—No. Esto ha sido un error. Esto ha sido un error de proporciones épicas.

Sale de la habitación y yo me siento un idiota. A menudo me he reprendido y menospreciado, diciéndome que ella era demasiado buena para mí. Que era un perdedor, por más trofeos que trajera a casa. Incluso la Copa Stanley me pareció algo sin valor durante mucho tiempo. Jugué para ganármela, claro que sí. Patiné, me golpeé y di unos cuantos codazos para hacerme con ella. Puse en juego todas mis ambiciones, desesperado por ahogar mi propia conciencia y desdicha tras la marcha de Cherry. Siempre supe que no era bueno, y la razón por la que no era bueno era porque no era capaz de asumir mis propios pecados.

Incluso ahora. Mírame.

Cherry tiene razón. Mi padre también tenía razón en ese entonces. Ella es una diosa, y yo soy un puto gusano con buen apellido. Puedo patear un disco en la pista de hielo. Es para lo único que sirvo. Esta agresividad despiadada sobre el hielo es todo para lo que sirvo. Sin embargo, con la rodilla en este estado, ya ni siquiera eso puedo hacer.

Así que, si tengo que trazar un punto de inflexión aquí mismo, en este momento, ¿dónde me sitúo?

¿Cuánto valgo?

La mujer que quería está abajo, llorando a lágrima viva, mientras yo me revuelco en la autocompasión de que mi lengua se adelante a mi cerebro. No, ella tenía razón. Deberíamos haber mantenido esto estrictamente como negocios. Hemos abierto heridas que no debían abrirse, y todo es un lío de cojones de nuevo. Esto ha sido un error.

VEINTIDÓS

CHERRY

Normalmente, en estas circunstancias me habría vuelto a casa, a Glasgow. Pero firmé un contrato y le debo a Spark demasiado dinero como para dejar nada al azar. Y aunque la recuperación de mi padre va bien, puede que vuelva a necesitar a Spark a mi lado si algo se tuerce con los gastos postoperatorios y la cobertura del seguro americano. Hasta ahora todo ha sido una pesadilla colosal y, encima, me han roto el corazón por segunda vez.

Debería haber aprendido la lección. ¿Por qué he tenido que tropezarme con la misma piedra otra vez?

Spark necesita mis servicios para su rehabilitación física, así que pasamos unas dos horas al día trabajando con su pierna: movimientos básicos, recuperación de la fuerza y entrenamiento de la movilidad. Me he traído de Glasgow todo el equipo que necesito para ello, agradecida de poder meterlo todo en la parte trasera de su todoterreno. Quizá también debería haber traído mi propio coche, pero así estoy atada a él. Así, me resulta más difícil cometer la estupidez de marcharme.

—Esto es muy raro —dice.

Estamos haciendo el estiramiento final y puede ver que ya le está yendo mejor. El dolor todavía le provoca un mal humor casi permanente, pero hace un buen trabajo guardándoselo para sí mismo. He llenado la despensa de infusiones y de un bote de cannabidiol, o CBD, comestible que puede consumir cuando el dolor sea demasiado para él; es un remedio suave y totalmente natural para el alivio del dolor, así que acordamos recurrir a él si era necesario. Ha pasado una semana desde que acabamos en la cama, pero aún no estoy preparada para hablar de ello.

—¿El qué? —pregunto. Sé exactamente a qué se refiere, pero oye; si él puede hacerse el tonto, yo también.

—Esto. Nosotros. ¿Quieres que me vaya por un tiempo? ¿O que te lleve de vuelta a Glasgow?

—¿Por qué?

—Cherry... —Frunce el ceño y me lanza una mirada triste y dolida—. No podemos seguir fingiendo como si la semana pasada no hubiera ocurrido. Se supone que somos adultos, tenemos que comunicarnos como adultos. Eso es lo que dijiste, ¿no?.

—Estás suponiendo que quiero hablar de eso —respondo, estirandole la pierna una última vez antes de sacar un bálsamo con CBD. Me he acostumbrado a masajearle la rodilla después de cada sesión de fisioterapia—. Francamente, me gustaría que nos centráramos en tu recuperación, en seguir adelante con la boda y en cumplir con nuestro contrato hasta el final de la forma más fluida posible. —Desenrosco la tapa y saco una cucharada generosa del gel maloliente, que contiene otros ingredientes naturales, como veneno de abeja y pimientos picantes. Nunca me acostumbraré—. Ahora, relájate. Ya sabes que los primeros minutos resultan bastante incómodos cuando te aplico esto.

Suspira y me deja trabajar. Mis dedos ya están familiarizados con sus huesos y sus músculos, con la suavidad de su piel y el agradable calor que se acumula detrás de su rodilla. Podríamos hablar de muchas cosas con el único propósito de llenar este incómodo silencio con algo más que nuestros propios remordimientos, pero me resulta difícil concentrarme en momentos como este.

—Deberíamos hablar de ello —insiste Spark. Me pone de los nervios, pero en el fondo sé que tiene razón. Es eso lo que me pone ansiosa en primer lugar. Bueno, eso y la forma en que mi corazón sigue latiendo cada vez que estamos cerca—. Te debo eso al menos.

—Ah, ¿me lo debes?

—He sido un capullo, Cherry.

—Eso es quedarse muy corto.

—Pero eso no quiere decir que tengamos seguir peleándonos así. No puedes negar que todavía hay algo entre nosotros. Algo palpable —dice, cubriendo suavemente mi mano con la suya—. Tú lo sientes. Yo lo siento. ¿Verdad?

Me encojo de hombros y continúo con el masaje, a pesar del repentino aumento de mi temperatura corporal.

—No importa. No de esta forma. Ni en este momento. No mientras estemos bajo contrato. Empezamos con una propuesta de negocios, Spark. Y deberíamos mantenerlo estrictamente de esa forma por el bien de ambos.

—Te echo de menos. Te he echado de menos.

Quédate quieto, corazón palpitante, este cabrón quiere derribarme y yo ya he perdido el equilibrio. Este guapo, juguetón y apasionado cabrón.

—Spark, nunca podré confiar en ti. Piénsalo. Me culpaste por no interponerme entre tú y otra mujer cuando ya me estabas poniendo los cuernos.

—Eso fue un acto reflejo. —Se ríe secamente, aunque sus ojos ni siquiera se cruzan con los míos. Maldita sea, lo quiero en todas sus facetas, incluida esta de niño pillado con las manos en la masa con cara de bobo. Es capaz de tocarme la fibra sensible, por muchos años que hayan pasado entre nosotros—. Me equivoqué, lo sé. Tienes que entenderlo, Cherry, tú eras la única que me hacía responsabilizarme de nada. Una vez que te fuiste, perdí el rumbo. Tú eras quien me mantenía en la dirección correcta.

—No necesito sentirme con ese tipo de responsabilidad.

—No es una responsabilidad. Es un hecho. Son dos cosas muy diferentes, cariño —.

—Oh, venga ya.

—Escucha, Cherry. Lo digo en serio. Lo siento. Joder, un lo siento ni siquiera se le acerca. Pero lo digo en serio. Te he echado de menos. ¿Por qué crees que no he tenido ninguna relación desde que te fuiste? Sí, ha habido un montón de mujeres...

—Una parte de mí quería pelearse contigo aquella mañana de Pascua —confieso por fin, interrumpiéndole antes de que pueda darme más detalles sobre ese «montón de mujeres».

Antes de que pueda retomar lo que estaba diciéndome, voy al baño a lavarme las manos. Le oigo en la otra habitación mientras se baja de la camilla y sisea por el dolor sutil pero agudo. Es lo que ocurre cuando carga todo el peso de su cuerpo sobre esa rodilla problemática después de una sesión de terapia.

—Pero no me atreví a entrar. Te vi desde la puerta. Sentía tal repulsión que... que no pude. Echando la vista atrás, a veces me pregunto si debería haber dicho algo en ese entonces. Recuerda, Spark, que acababa de enterrar a mi madre. No me quedaba ninguna energía para luchar contigo.

—Llevo mucho tiempo arrastrando esa culpa —dice.

—Bueno, si te sirve de algo, te perdono. Somos humanos. Cometemos errores, tomamos decisiones estúpidas y decimos estupideces. Forma parte de nuestro ADN.

Me seco las manos y me miro un momento en el espejo. No dejo de pensar en él embistiéndome, en mi nombre en sus labios y en su éxtasis recorriéndome como un reguero de pólvora. Siempre fuimos perfectos juntos: física, emocional y espiritualmente. Nos estimulábamos mutuamente. Cada día era un reto, y cada día terminaba con nuestra ropa tirada en el suelo. Nos decíamos más haciendo el amor que con palabras. Quizá por eso se nos da tan mal comunicarnos verbalmente, y eso es exactamente lo que necesitaríamos para que una relación funcionara ahora.

En cuanto salgo del baño, me detengo y casi choco con su enorme cuerpo. Está de pie en el umbral de la puerta, con las manos en las caderas y vestido solo con los pantalones de chándal meintras la luz de la tarde proyecta su brillo dorado sobre su ancho pecho. Unos suaves rizos rubios se extienden entre sus pectorales, y tengo que luchar contra el impulso de pasar los dedos por ellos.

—¿Qué haces? —pregunto, mi voz es apenas un susurro.

—No voy a perderte otra vez, Cherry.

—No me has tenido una segunda vez —le respondo, aunque no es propio de mí mentir tan descaradamente. No tarda en reaccionar y rodearme la cintura con los brazos. Instintivamente, subo las manos y presiono las palmas contra su pecho. Los rizos me hacen cosquillas. Huele a colonia y al gel de CBD. Me abruma los sentidos—. No, por favor, Spark. No deberíamos.

—Si no recuerdo mal, hace una semana estabas gritando mi nombre y suplicándome que no parara. —Tiene la mirada oscura de deseo. Mi interior se enciende rápidamente y gimo entre sus

brazos, cada vez me cuesta más resistirme. Me da un beso en la mejilla y me quedo sin respiración—. Sé lo que te estoy provocando, Cherry, y tú sabes perfectamente lo que provocas en mí. ¿Por qué debemos castigarnos eternamente por errores del pasado? ¿Por qué no podemos superarnos a nosotros mismos?.

Estoy a punto de besarle. Estoy a punto de arrancarme la ropa para sentir su piel sobre la mía.

—Esto es peligroso. No podemos. —Sin embargo, el calor líquido ya se acumula entre mis piernas.

—Podemos. Y deberíamos. Dejemos que el pasado se quede en el pasado. Estamos en el presente, Cherry. Y nos espera un futuro que está sin escribir. Estoy ansioso por mostrarte lo que nos puede deparar, si me dejas.

Sus labios rozan suavemente los míos y me estremezco en su abrazo. Un beso más, una caricia más, y me rendiré. Me derrumbaré y tiraré por la ventana mis propias palabras y mis decisiones más sabias. Seré imprudente y estúpida; me abandonaré a él y... No. No puedo. Si me permito amarle, todo se irá al infierno. El contrato, mi compromiso, mi deuda. No.

—Spark, no —hablo, aclarándome la garganta mientras me alejo de su alcance—. Estamos a punto de casarnos. Todo es una farsa. Estamos unidos por contrato y nada más. Y sinceramente, me cuesta mucho confiar en ti.

—Dame la oportunidad de demostrarte que puedo hacerlo mejor, es todo lo que te pido.

—Ya he perdido demasiado —digo, con la voz quebrada por las lágrimas—. No puedo volver a pasar por lo mismo. No. Sólo... por favor, mantengamos la amistad y cumplamos el contrato. Por favor.

Se me queda mirando un rato, pero no veo decepción en sus ojos. Suelta un largo suspiro, pero sus hombros no se hunden en señal de derrota. Se limita a asentir levemente y a apartarse.

—Lo entiendo —dice, y no puedo evitar preguntarme si lo entiende de verdad

—Necesito tomar el aire. —Salgo corriendo de la habitación.

Minutos después, avanzo por la carretera nevada, desesperada por adentrarme en el bosque todo lo que puedo. Necesito el silencio y el frío ahora más que nunca. Necesito paz y tranquilidad. Necesito la naturaleza salvaje y la ausencia de todo lo demás. El corazón me late demasiado rápido. Me sangra el alma. El cuerpo me arde y me duele de deseo. Cada centímetro de mí exige que me rinda.

Sin embargo, mi conciencia me empuja hacia atrás, siempre.

Miro hacia atrás y veo la cabaña entre los viejos pinos gigantes. Veo su revestimiento azul pálido y su tejado gris pizarra contra el fondo blanco nevado. Incluso vislumbro el río que fluye a lo lejos. Sólo cuando ya no puedo ver la casa, me detengo y lo suelto todo. Cada lágrima y cada quejido que he estado guardando dentro de mí.

Lloro desconsoladamente y dejo que mi pena se funda con la nieve.

Tengo tanto miedo de quererlo.

VEINTITRÉS

CHERRY

Pasan un par de horas en medio de un silencio helado. Al menos me he puesto el abrigo antes de salir corriendo de casa. A veces me siento como un niña montando una pataleta. Ésa solía ser la especialidad de Spark. No sé qué pasó ni cuándo, pero sí sé que la dinámica entre nosotros ha vuelto a cambiar. Al menos hablamos de esa mañana de Pascua y de cómo toda la relación se fue a la mierda. Quizá si me hubiera enfrentado a él entonces habría tenido la sensatez de disculparse, de intentar reconquistarme.

¿Cómo de mal me tomé esa traición? A lo largo de los años, he pensado a menudo en él. A menudo he recordado nuestros mejores días y he tenido problemas para recordar los peores, que no fueron muchos, la verdad sea dicha. Spark y yo éramos maravillosos juntos. Aquella mañana de Pascua es sin duda la peor, y nunca le di la oportunidad de explicarse como lo hizo la semana pasada. Nunca le di la oportunidad de intentar reconquistarme.

Se está tan en paz aquí fuera.

Oigo el canto de algunos pájaros en lo más profundo del bosque y no hace ni diez minutos que he visto un ciervo. Hace frío y silencio, y cuanto más tiempo estoy sentada en este tronco viejo y desvencijado, mejor me siento. Tal vez la baja temperatura está adormeciendo el dolor y el miedo hasta niveles más aceptables en los que puedo usar la lógica y el razonamiento para pensar en cómo salir de este lío.

Una cosa está clara. Todavía estoy desesperadamente enamorada de este hombre.

Y otra cosa está igual de clara: nunca debimos caer en la tentación.

Lo único que no está nada claro es cómo voy a salir de esta sin acabar otra vez hecha un lío sollozante. No creo que pueda sobrevivir a otro corazón roto. No creo que pueda soportar tanto dolor otra vez. Pero si me quedo con Spark, si de alguna manera me permito el que intentemos volver a tener una relación, me temo que sólo conseguiré que me hagan más daño que antes.

Quería que me casara con él para fastidiar a su padre. El núcleo mismo de la propuesta de Spark está podrido y es dañino, así que ¿por qué debería complacerle emocionalmente? Le quiero, pero eso no significa que sea idiota. Ay, Dios mío.

Me suena el móvil.

—¿Pero qué...?

Es un mensaje de Owen. **Tenemos que hablar. Vuelve a Glasgow lo antes posible. Es urgente**.

Le devuelvo el mensaje.

¿Qué demonios puede ser tan urgente para que no puedas esperar un par de días? Spark y yo tenemos que volver de todos modos.

Recibo una foto y se me hunde el corazón. Es el contrato que firmé con Spark. Lo dejé en una de las bolsas de equipo que guardo en la sala 4, en la pista de patinaje de los Rangers, sin pensármelo dos veces, sin imaginar que un Owen amargado y magullado volvería allí y empezaría a rebuscar entre mis cosas. Eso es una horrible violación de mi intimidad, pero no puedo ir y clavarle el culo en la pared por ello. Al menos, todavía no. Me ha puesto en un aprieto.

—Hijo de puta —susurro, dándome cuenta de lo que esto implica.

Mi única opción es encontrar una manera de volver a Glasgow y hablar con Owen antes de que todo esto explote. Podría contárselo a Ezekiel. Podría contárselo a la prensa. Oh, Dios, hay una cláusula de divulgación en ese contrato que podría sumergirme en una deuda extrema por culpa de Owen. Estoy a punto de empezar a hiperventilar cuando otro problema asoma su cabeza aún más fea. No me traje mi propio coche hasta aquí.

—Mierda. Mierda. Mierda.

Sintiéndome envalentonada por la desesperación, me dirijo de nuevo a la cabaña mientras repaso todos los escenarios posibles que podrían desarrollarse de aquí en adelante. Si se lo digo a Spark, salgo mal parada. Si no complazco a Owen, salgo mal parada. Si alguien más se entera de este contrato (alguien aparte de Merry, que es la única en quien confío para mantenerlo en secreto), salgo mal parada. Sea cual sea el camino que elija, aparte del cumplimiento inmediato, estoy jodida y muy jodida.

—Mierda. Mierda. Mierda.

Una rama se parte en algún lugar cercano. Veo a otro ciervo moverse a mi derecha. Pero un rugido lejano hace que se me erice el vello de la nuca y salgo corriendo cuesta abajo hacia la cabaña. Cuando vuelvo a entrar, estoy sin aliento y a merced de mi propia adrenalina mientras Spark baja a recibirme.

—Eh... ¿qué ha pasado? —pregunta, dándose cuenta enseguida de mi angustia.

—Creo que he visto un oso —digo, con la esperanza de que sea suficiente para mantener todo lo demás en secreto. Empiezo a sudar frío y me dirijo a la chimenea para entrar en calor. Las llamas ya crepitan, consumiendo con alegría grandes trozos de leña seca—. Spark, necesito un favor.

—Cualquier cosa. ¿Qué pasa?

Me giro hacia él.

—Necesito que me dejes en la estación de tren más cercana. Tengo que volver a Glasgow, a poder ser esta noche.

—Es un viaje largo, Cherry. ¿Por qué no te llevo yo?

—¡No!

Frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque necesitas quedarte aquí recuperándote unos días más. Puedes volver el fin de semana, como habíamos planeado desde el principio.

—No lo entiendo.

Ni debería. Estoy en modo autoconservación y mi cerebro dispara rápidamente las respuestas.

—Spark, sólo necesito que me lleves a la estación de tren. Puedo encargarme yo sola de todo lo demás. Tú tienes que quedarte aquí y seguir con el resto del programa como habíamos hablado. Necesitas el aire de la montaña para recuperarte. ¿De acuerdo?

—Cherry, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que ha pasado?

—No es algo que pueda discutir contigo ahora mismo. Sólo... por favor.

Se toma un momento para pensar, sin apartar nunca la mirada. Temo que no me haga caso, aunque solo sea para incordiarme, para que reaccione, para empujarme a contarle más cosas, pero se limita a suspirar, coger las llaves del coche cogeré ir a por su abrigo—. Si tienes que hacer la maleta, ahora es el momento. Esperaré en el coche. Apaga la chimenea. —Se pone el abrigo y sale.

Hay días en los que pienso que Spark es el mejor hombre que una mujer podría desear.

Todos cometemos errores, ¿verdad?

VEINTICUATRO

CHERRY

En cuanto vuelvo a Glasgow, siento que crece un vacío en mi corazón. Un vacío que ansía que lo llenen con sensaciones que sé que sólo voy a obtener de Spark. Fue un caballero al quedarse atrás, aunque intentó hacerme hablar un par de veces más antes de dejarme en la estación de autobuses de Inverness. La M10 era un trayecto menos accidentado y más corto que el viaje en tren, así que acabo irrumpiendo por las puertas del despacho de Owen a eso de las 10 de la noche.

—¡Hijo de puta! —espeto en cuanto le veo sentado con suficiencia detrás de su escritorio.

—Ah, hola, Cherry —responde, recostándose en su asiento.

Ni siquiera me fijo en Melissa hasta que se levanta de la silla de invitados del rincón. Es ridículamente tarde. ¿Qué hace aquí a estas horas? Su expresión me deja claro que no quiere estar aquí. Y no me gusta. Me recorren un escalofrío al reconocer el miedo en sus ojos, la torpeza de cada movimiento mientras me dedica un leve asentimiento de cabeza y se excusa para salir de la habitación.

—Perdón. Buenas noches.

—¡Nos vemos mañana, Melissa! —grita Owen.

Ella mira hacia atrás con expresión nerviosa y desaparece por el pasillo, dejándome con mis cuentas pendientes. Me ha estado hirviendo la sangre durante todo el viaje en autobús, así que he venido bien preparada y lista para cantarle las cuarenta. Tal vez debería tener más cuidado con Owen, pero sinceramente estoy sorprendida por su reciente comportamiento. Aunque nunca estuve locamente enamorada de él, si me llegó a gustar. Parecía divertido y dispuesto a complacer, pero nunca rencoroso ni conspirador. Puede que me equivocara.

—¿Qué coño está pasando aquí? —pregunto con tono glacial.

—Vaya, vaya, veo que la boca sucia de Spark se te está pegando —responde Owen con una sonrisa irónica. No se mueve de su asiento.

—No tenías derecho a revisar mis cosas, Owen. ¿Qué intentas hacer?

—Tenía todo el derecho a revisar tus cosas, que dejastes desatendidas en una de las salas públicas del edificio. Es cierto que su acceso está restringido sólo al personal, pero sigue estando sujeto a escrutinio. Como entrenador asistente, me reservo el derecho a inspeccionar cualquier

cosa que considere sospechosa.

Veo mi bolso en otra de las sillas para invitados, así que resoplo y señalo la etiqueta bordada del lateral.

—¿Y qué es exactamente lo que te ha parecido sospechoso de este bolso, Owen?.

—¡Bueno, podría estar plagado de explosivos! Vivimos tiempos peligrosos, Cherry.

—¡Lleva mi puto nombre! —Me sobresalto y respiro hondo—. Vale, ya estoy aquí. Te escucho. ¿Qué es lo que quieres?

Finge pensárselo mientras contiene una risita. Dios mío, podría darle un puñetazo ahora mismo y no sentir ni una pizca de remordimiento. Es curioso cómo el afecto y el respeto pueden convertirse en asco y desprecio en una semana. Al menos me puso en sobre aviso de lo patético que es en la cabaña de Spark.

—Creo que necesitas desesperadamente invitarme a esa cena de la que te hablé —dice.

—¿Dónde está el contrato? —pregunto.

—Aquí. —Lo saca del cajón de su escritorio—. Y aquí se va a quedar hasta que yo diga lo contrario.

—¿Toda este puto espectáculo por una cena? ¿De verdad? ¿No te parece un poco patético?.

Owen frunce el ceño y se echa hacia delante en su asiento apoyando los codos en el escritorio.

—¿Te estás acostando con Spark, Cherry?.

—Eso no es de tu puñetera incumbencia.

—De acuerdo a este contrato, el sexo no es un requisito. —Se ríe entre dientes, claramente satisfecho por este descubrimiento.

El asesinato me suena a algo perfectamente razonable en este momento, pero no tengo estómago para ello. Puede que Spark sí, pero eso solo nos pondría las cosas aún más feas. Tengo que proteger ese contrato y mi trato, de lo contrario todo se irá a la mierda. Owen me ha puesto contra la espada y la pared y no sé cómo voy a salir de esta.

—Voy a preguntártelo una vez más, antes de enviar todo esto por fax al periódico *The Sun*. ¿Spark y tú estáis follando?

—Eres repugnante. No —Cedo, aunque sólo sea para que continúe hablando.

—Entonces, técnicamente no lo estarías engañado, así que ven a cenar conmigo.

—¿Por qué? Obviamente no te quiero, Owen.

—No, pero quiero disfrutar de tu compañía durante una noche tomándonos unas copas y un buen filete. ¿Es mucho pedir?

Entrecierro los ojos.

—¿Y qué ganas tú con eso?

—Eso es algo que solo me incumbe a mí saber. Tampoco es que tengas elección. Si hago esto público, todo se va a la mierda, ¿verdad? Puede que no sea un genio de las finanzas como Ezekiel; puede que tampoco sea un jugador de hockey estelar como Spark, pero no soy idiota,

Cherry. Sé lo que significa este trato tuyo y cuáles pueden ser las consecuencias. Créeme, después de todos estos años, no tengo ningún problema en tirar todo por la borda y ver cómo se desata el caos, aunque sólo sea para hacer de Spark Harris un puto desgraciado.

O sea, que nada de esto tiene que ver conmigo en realidad. Esto va de Owen vengándose de Spark. No puedo dejar que eso pase.

—Iré a cenar contigo si mantienes el pico cerra y me devuelves mi contrato. De lo contrario, puedes irte a tomar por culo, Owen. Prefiero enfrentarme a las consecuencias que dejar que me chantajees.

—De acuerdo. Me parece un trato justo. Te enviaré los detalles de la cena en un par de días, cielo.

Hay un jarrón decorativo a mi alcance en una estantería. Lo agarro y lo arrojo contra la pared a sus espaldas, lo bastante cerca como para que se agache y se ponga a cubierto. El jarrón se rompe en miles de pedacitos, y el silencio que sigue está bien cargado.

—No creas ni por un segundo que la próxima vez no iré a por tu cabeza. No me llames cielo, gilipollas.

—Bueno, me alegra que haya quedado todo claro. —Ríe Owen con nerviosismo—. La honestidad es la base de una relación sana, Cherry.

—Que te jodan —respondo y salgo por la puerta.

Al bajar las escaleras de metal, me doy cuenta de que estoy temblando como una hoja. Acabo de aceptar ir a cenar con Owen simplemente para mantener en secreto mi trato con Spark. Me está chantajeando, joder, y si se lo cuento a Spark podría explotarme todo en la cara. No confío en Spark. Y mucho menos confío en Owen. Pero mi padre se está recuperando de una cirugía de sustitución valvular y yo tengo un agujero en forma de deuda de 140.000 dólares que voy a tener que gestionar hasta que venza el contrato. La única forma de que eso ocurra es que Spark y yo llevemos a cabo el compromiso y la boda sin problemas.

—Cabrón —murmuro al salir del edificio.

Pensé que tratar con Spark sería una molestia a largo plazo, pero estaba muy equivocada. Joder, qué equivocada había estado. Bajo las escaleras y me paro a pedir un taxi. Aún tengo las llaves de mi casa y queda una semana para que rescinda el contrato, así que puedo quedarme ahí un par de noches hasta que Spark vuelva de la cabaña. De todas formas, el lunes tenemos que mudarnos a otro piso, como parte de nuestro acuerdo. Se me revuelve el estómago mientras intento pensar con claridad y mis dedos juguetean con la pantalla táctil.

Unos minutos más tarde, estoy esperando a que mi Uber venga a recogerme. Miro constantemente por encima del hombro, rezando por no tener que volver a lidiar con Owen. Pero entonces veo a Melissa al volante de su Volkswagen Beetle rosa pálido, llorando a lágrima viva. El maquillaje le corre por las mejillas junto con ríos de lágrimas calientes, y echo a andar hacia ella, confiando en poder hablar con ella. Consolarla. No tengo ni idea de por qué llora, pero no sería descabellado pensar en Owen como posible culpable.

—Hola —consigo decir cuando Melissa levanta la vista y me ve llegar.

Al instante, su actitud cambia de rota a muerta de miedo, y el motor del Beetle se pone en marcha. Intento alcanzarla antes de que salga corriendo del aparcamiento, pero es demasiado tarde. Se ha ido, con las luces traseras rojas parpadeando en la noche. Me quedo aquí sola con mi Uber a un minuto de distancia.

Hay un montón de cosas que se están saliendo de madre en mi vida, y no sé cómo evitar que puedan conmigo. Lo último que necesito es que las cosas se compliquen más de lo que ya están. Ya es bastante malo que siga enamorada de Spark. Más me vale acudir a esa estúpida cena con Owen y quitármelo de en medio. No veo una opción mejor.

VEINTICINCO

SPARK

Sin Cherry, esta cabaña parece una jaula.

Soy un león que la recorre de arriba abajo, una y otra vez. Sigo el programa tal y como ella me pidió y paso tres días en su ausencia repasando cada tarea de la lista. Una dieta determinada para el desayuno, la comida y la cena. Fisioterapia en el interior por la tarde y un largo paseo por el bosque o a la orilla del río temprano por la mañana. Tengo el bálsamo apestoso que me dejó para darme masajes en la rodilla y las gominolas de CBD en la despensa. Los tés son horribles, pero los comestibles me ayudan a mantenerme enfocado en el premio final: un glorioso regreso al hockey y puede que incluso la Copa Stanley.

Podría ser un sueño descabellado, pero no sería la primera vez que supero las expectativas de todos. Aunque contar con el apoyo de Cherry significa mucho. No me había sentido tan motivado en mucho tiempo, y eso solo puedo agradecérselo a ella. Quizá la patada en el culo de mi padre también haya tenido algo que ver, pero preferiría morirme antes de darle ningún crédito a ese viejo cabrón.

Es duro hacerlo sin Cherry. Lo veo muy claro al tercer día, cuando ni siquiera el CBD y los ejercicios de respiración pueden exorcizar al demonio que se ha apoderado de mi pierna y se la está comiendo de lado a lado. El dolor es insoportable y apenas puedo sentarme, por no hablar de andar o estar de pie. Cuanto más me esfuerzo por pensar en otras cosas, más persistente es el dolor, como si me gritara «¡mírame, préstame atención!».

Siento que se me viene el mundo encima.

No puedo respirar y lo único en lo que puedo pensar es en el olor del pelo de Cherry. La dulzura resbaladiza de sus labios. El sonido de su risa y el gruñido gutural que escapa de su garganta cuando la follo hasta dejarla inconsciente. Me encanta. Es música para mis oídos. La echo de menos, y lo único que se acerca a ese subidón es un puñado de pastillas que mi camello podría conseguirme. Y conozco a otro en Inverness. Podría llamarle y comprar algo. Todo lo que haría falta para hacer desaparecer esta pesadilla en vida es un corto trayecto en coche y una llamada telefónica.

—Joder, no.

He llegado demasiado lejos.

Abandono tales pensamientos, hago la maleta y conduzco hasta Glasgow. Tardo unas 4 horas en el viaje de vuelta, pero llego antes de que anochezca. Me siento nervioso e inquieto. Ansioso y dolorido. Con un castigo auto inflingido y desdichado. Me gustaría respetar los deseos de Cherry y mantener una relación profesional, pero ¿cómo coño voy a hacerlo si sé que aún siente algo por mí? No hay que ser un genio para saberlo. Lo vi en sus ojos, lo sentí en su respiración y en la forma en que se entregó a mí esa noche en cuerpo y alma.

Maldita sea, haría un trato con el mismísimo diablo con tal de recuperarla.

Un pensamiento lejano llega a mi conciencia mientras conduzco sin rumbo por las calles de Glasgow conforme el atardecer rojizo se extiende por el cielo. Hay nieve por todas partes, ocultando por un momento la monotonía gris de las calles principales de la ciudad. Me detengo frente a una tienda WHSmith que me resulta familiar y me pica el dedo por volver a marcar el número de mi camello favorito. Cada par de horas me sobrecoge lo mismo.

El ansia. El dolor. La necesidad desesperada. La amargura. La rabia. La tentación de romper con todo y mearme en todos mis logros. Cherry dijo que soy propenso a las rachas autodestructivas, y no se equivocaba. Ella es una de las pocas personas que de verdad me conoce y me entiende.

De algún modo, también consigo dejar atrás este obstáculo. Me refugio en la casa de mi infancia, sabiendo que mi padre está en una conferencia en Edimburgo. Él no estará, pero seguro que encontraré a mi madre. Al recordar la devastadora pérdida de Cherry, no puedo evitar preguntarme si tal vez debería intentar hacer algo más por la mía antes de que llegue el momento de tener que enterrarla. Es el ciclo inevitable de la vida, ¿no? Nacemos. Amamos a nuestros padres y luego nos sentimos resentidos con ellos. Al final, volvemos a acudir ellos y les cogemos de la mano cuando exhalan su último suspiro. Se me aprieta el pecho al pensar en perder a mi madre prematuramente.

Todavía tiene unos cuantos años por delante.

La encuentro desmayada en el salón, tras haber pasado un buen rato bebiendo una botella de whisky. No le gustan las bebidas fuertes. El vino es su elección habitual, así que ver un Glenfiddich vacío a sus pies es toda la prueba que necesito de que ha estado pasando por una mala racha.

—Mamá —hablo, sentándome a su lado en el sofá de cuero.

Está medio dormida y gime en sueños mientras la baba le resbala por la barbilla. Su maquillaje, antaño impecable, está corrido y difuminado, y tiene marcas de arrugas en un lado de la cara. Ha estado recobrando y perdiendo el conocimiento, se ha vuelto a sentar y lucha por mantenerse despierta.

—No me encuentro bien —dice mamá, con los ojos aún cerrados.

—¿Te has bebido toda esa botella hoy, mamá? —pregunto, lo suficientemente alto como para que se despierte un momento—. ¿Te la has bebido?

—Creo que sí. ¿De qué botella hablas? ¿El Cabernet? No, ayer me tomé el Cabernet. Mariela

hizo un filete fantástico —murmura, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco. No puede mantenerse despierta y es demasiado blandengue para mi gusto.

—Estás mal —le digo—. Tenemos que conseguir que se te pase la borrachera antes de que acabes en urgencias con una intoxicación etílica.

—¿Qué? No, ¡estoy bien! —suelta e intenta apartarme.

Lleva el pelo revuelto y hecho un desastre. Lleva puesto un pijama de seda debajo de una bata verde esmeralda y tiene la piel más pálida que de costumbre. Su pulso es débil e inestable, a diferencia del mío, que ahora se acelera y se precipita montaña abajo.

—Mamá, tienes que despertarte.

No espero su aprobación. La levanto del sofá y la llevo al baño de invitados de la planta baja. Aquí hay una cabina de ducha de cristal que puedo usar. La dejo en el suelo, le quito el albornoz y abro los grifos hasta que sale agua fría de la alcachofa de ducha de color bronce que cuelga del techo bajo.

Grita, pero no la aparto del chorro helado. Está volviendo en sí.

—Spark, ¿qué demonios estás haciendo? —grita, pero me niego a soltarla.

Yo también me estoy congelando. Intenta escapar, pero la abrazo fuerte y lloro mientras escucho sus lamentos y maldiciones. Me rompe y me desgarra por dentro verla así. No importa que esté calado hasta los huesos o que la puta rodilla me siga matando de dolor. Por un momento, pensé que perdía a mi madre y reaccioné por puro instinto.

—¡Maldita sea, Spark, serás cabrón, joder! ¡Tengo frío!

—Y seguirás teniendo frío hasta que puedas volver a valerte por ti misma —ladro, clavándole los dedos en los hombros.

Tiene los labios prácticamente morados, el pelo empapado y la piel blanca como el mármol. Las arrugas de expresión que enmarcan sus ojos dan cuenta de los años que han pasado. Las arrugas de su cuello hablan de su adicción y del abuso misma su propio cuerpo. No es una mujer de aspecto saludable. Tanto beber le ha dejado cicatrices inquietantes, y necesito que deje de hacerlo.

—No estás bien, mamá. No haces más que empeorar, y eso no está bien.

—¡Tengo frío! —grita y me da una fuerte bofetada en la cara.

UNA HORA MÁS TARDE, envuelta en un grueso albornoz de felpa, duchada, seca y parcialmente sobria, se toma un café caliente con un sándwich de queso a la plancha que le ha preparado una de las criadas. Estamos sentados en la sala de desayuno, donde el ventanal da al jardín de magnolias. Los árboles están nevados. Estoy deseando verlos florecer de nuevo, igual que estoy deseando ver florecer a mi propia madre.

—Como sigas bebiendo así vas a acabar en la tumba antes de tiempo y está en tu mano evitarlo —hablo tras un largo y pesado silencio—. Enfádate conmigo, si quieres. Eso no cambia

la realidad y lo sabes. No hay suficiente alcohol en este planeta para ahogar toda esa pena, mamá.

—Spark, tú no lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo? ¿Que el acuerdo prenupcial que firmaste cuando te casaste con papá te dejaría en la ruina? Sí, eso lo entiendo. También entiendo el poder y la influencia que tiene ese cabrón.

—¡No hables así de él!

Me río con amargura.

—Mamá, por favor. Te he oído llamarle cosas infinitamente peores. Es hora de afrontar la verdad. La cosa no funcionas. Tienes que alejarte de él. Cuanto más tiempo te quedes aquí, peor será. No va a mejorar.

—¿Y adónde iría, eh? ¿Qué voy a hacer? ¿Quién seré? ¿Crees que mi propia familia me acogerá con los brazos abiertos después de haberlos mandado a todos a la mierda cuando me convertí en la mujer de Ezekiel Harris? —responde, pellizcándose la mejilla con un movimiento repetitivo—. No tengo nada, Spark. No tengo nada sin Zeke.

—Me tienes a mí.

—Cariño, vas a casarte sólo para quitártelo a él de encima. Lo último que necesitas es a tu patética madre de por medio y dependiendo de ti como una garrapata.

—Te ayudaré a conseguir el divorcio, mamá. Me aseguraré de que tengas una buena casa donde quedarte. El entrenador Joel estará encantado de acogerte el tiempo que haga falta hasta que te recuperes.

Me fulmina con la mirada.

—Ah, ya veo. ¿Joel también sabe la puta desgracia que soy?

—Lo sabe desde hace mucho tiempo, mamá. No hizo falta que dijera nada. Se ofreció a acogerte si no tienes adónde ir.

—Esto es absurdo.

—No, lo que es absurdo es que bebas hasta morir solo para seguir al lado de papá. Eso no está bien. Me haces daño a mí también. ¿No te das cuenta? ¿No te importa?

Mamá me mira fijamente durante un minuto, le tiembla el labio inferior. Empieza a sollozar. Sus estremecimientos me arrancan el corazón del pecho, así que la rodeo con los brazos y la abrazo con fuerza. Escucho su respiración entrecortada y sus sollozos desgarradores mientras se desahoga, mientras llora su propia caída en desgracia y su derrota absoluta.

—Has sido muy terca hasta ahora —digo—. Pero es hora de admitir que necesitas ayuda, mamá. Algo tiene que cambiar. No podemos permitir que ese cabrón controle todo en nuestras vidas.

—¿Cómo... cómo lo hago? ¿Qué hago? —pregunta, echándose hacia atrás para poder mirarme a los ojos—. ¿Cómo salgo de este agujero negro, Spark?

Exhalo profundamente y le dirijo una sonrisa cálida y tranquilizadora.

—Lo primero es lo primero, tenemos que llevarte a un centro de rehabilitación. Déjame llevarte hasta la clínica por la mañana. Treinta días para desintoxicarte y empezar una nueva etapa en tu vida. Será confidencial y privado. Papá no podrá decir ni hacer nada.

—Si me voy de esta casa, Spark, es para no volver nunca. No puedo volver con él.

—Y no lo harás. Ya te lo he dicho, el entrenador Joel te acogerá en su casa por un tiempo porque ni de coña voy a dejar que te quedes sola mientras te divorcias de papá. Te ayudaré en todo lo que pueda. Te conseguiré un buen abogado de divorcios, testificaré a tu favor y todo lo que necesites.

—¿Y el acuerdo prenupcial?

—Que le den. No hay nada que puedas hacer al respecto. Y no hay dinero en el mundo que valga tu salud, tu cordura y tu felicidad. Vamos, mamá.

Empieza a llorar de nuevo, pero esta vez se lanza voluntariamente a mi abrazo, buscando consuelo y comprensión donde antes no había mucho. Me hizo falta volver a estar cerca de Cherry para recordar que mi propia madre es humana y que necesita mi ayuda. He estado tan ensimismado y desesperado por ganar esta guerra de voluntades con mi padre que he pasado completamente por alto a sus otras víctimas.

No va a ganar esto.

Voy a salvar a mi madre de él, y voy a salvarme a mí también.

Si Cherry pudiera verme ahora mismo…

VEINTISÉIS

SPARK

Para mi sorpresa, Cherry se muestra agradable y complaciente durante el resto del mes. Nos mudamos al nuevo piso con vistas al río y me aseguro de ponerme en contacto con mi madre todos los días. Mientras tanto, ignoro la petición de mi padre de hablar de su situación, al tiempo que le aconsejo que lo trate todo con su abogado. Mamá no va a volver, y él va a tener que aceptarlo.

—¿Qué opina Ezequiel de todo esto? —pregunta Cherry mientras deshace su maleta y coloca su ropa en varias perchas. El armario es tan ancho como la pared y no tiene suficiente para llenarlo, pero me divierte el deleite que experimenta al ver tanto espacio sólo para su guardarropa. Es una monada—. ¿No ha intentado acercarse a ella?.

—Oh, muchas veces, pero ella no le da ni la hora del día. Si hay algo que respeto de mi madre, es que una vez que se propone algo no hay vuelta atrás. Es el fin de la partida. No hay absolutamente nada ni nadie que pueda detenerla. —Observo a Cherry mientras vacía un par de bolsas de papel en los cajones de la cómoda. Veo atisbos de encaje y satén. Es su lencería. Joder. Se me pone dura sólo de pensarlo.

—Me alegro de que encontrara la fuerza para hacerlo, Spark. Lo digo en serio. Se merece felicidad en su vida.

—¿No la merecemos todos?

Me mira con dulzura y sonríe.

—Escucha, siento lo de la otra semana. No quiero que volvamos a despreciarnos el uno al otro y a no hablarnos. Quiero decir, vamos a vivir juntos por un tiempo, que menos que ser cordiales el uno con el otro.

—Nunca te alejaría de mí, Cherry. De hecho, prefiero hacer lo contrario, a poder ser. Sabes que quiero que nos acerquemos.

—Y ya te dije que no podemos. Mientras haya un contrato de por medio, ciñámonos en cumplirlo.

Me río ligeramente.

—No dice en ninguna parte que no podamos volver a intimar. Ambos sabemos que es muy necesario.

—¿Cómo está tu rodilla hoy? —pregunta, evitando deliberadamente los temas más picantes de una posible conversación. Podría presionarla, pero creo que la reacciona que obtendría de ella no sería la que busco. ¿Cómo demonios le hago entender a Cherry que estamos mejor juntos que sufriendo así?—. Aún no te he oído quejarte de ella.

—Oh. Hasta ahora todo bien, supongo. Tampoco me he tomado ninguno de los caramelos.

—¿No te ha dolido?

—Sí, pero la respiración ha sido de ayuda. Además, tengo suficiente en la cabeza estos días como para distraerme del dolor.

—Hablas de lo de tu madre, ¿verdad?

—No, Cherry, hablo de este asunto contigo. Vamos, aclaremos las cosas. Es absurdo. ¿A dónde vamos con este tira y afloja nuestro? Estamos locos el uno por el otro. Es evidente. Es tan evidente que resulta estúpido. Con solo estar juntos en la misma habitación el aire se espesa. ¿No lo sientes, cariño? —Me acerco y casi puedo oír cómo el corazón le da un vuelco mientras retrocede un par de pasos con cautela.

—Pues igual deberíamos asegurarnos de estar en habitaciones diferentes todo el tiempo. Gracias por dejarme tener mi propio dormitorio, por cierto. Es de ayuda.

—¿Por qué insistes en estar así, Cherry?

—¡Porque no puedo permitirme volver a quererte, Spark! —reconoce de repente a punto de llorar. Lleva un rato aguantándose, pero yo estaba tan preocupado por hacer que lo nuestro funcione que no me di cuenta. Maldita sea. No es la primera vez que la cago y no presto atención —. Estamos bien juntos, sí. Somos increíbles juntos, eso también. Pero no podemos volver a hacer esto. Somos pareja porque firmamos un contrato. Estoy aquí porque te debo dinero. Y tú me engañaste, y eso es algo que nunca olvidaré por completo. Hay muchas cosas que hacen que seamos incompatibles como pareja a largo plazo, y no quiero asumir ningún riesgo. No quiero acabar debiéndote 140 de los grandes. No puedo.

—¿Cómo podrías acabar debiéndome dinero si vamos a seguir adelante con la boda?.

—Es porque seguimos adelante con la boda que no podemos estar juntos.

—Estoy confundido.

—¡Maldita sea, Spark, ¿puedes respetar mis deseos por una vez en tu miserable vida? —Empieza a llorar, y yo me muevo para consolarla, pero ella extiende los brazos—. No. No lo hagas. Por favor, déjame en paz.

La necesito ahora más que nunca, y sé que ella me necesita a mí. No entiendo por qué insiste en hacer las cosas de este modo, pero tiene razón. Tengo que respetar sus deseos, por mucho que me duela. Y me duele, es probable que más que esta maldita rodilla. Sin embargo, no está bien seguir con esto por mi cuenta. Estoy tan cerca de conservar mi lugar en el equipo, de recuperar mi vida y volver a estar de una pieza. No puedo echarlo a perder por cabezota. Cherry tiene algo en mente. Está tratando de evitar cierto escenario. No consigo imaginarme cuál es, exactamente, pero no voy a presionarla más.

Con amargura, respondo asintiendo por lo bajo.

—Lo siento, Cherry. Tienes razón. Ciñámonos a los negocios.

—Gracias. —Parece sorprendida.

Quizá en años anteriores habría sido más persistente. Me habría acercado más. Probablemente le habría quitado la ropa y ella me habría tomado a mí. Todo es cuestión de apretar los botones correctos con ella. Pero la vida nos ha cambiado a los dos, aunque no necesariamente en el buen sentido. Los dos somos más indecisos en ciertos aspectos. Yo lo llamaría madurez, pero una parte de mí lo llama cobardía. Somos unos cobardes. Podríamos pasarnos el resto de nuestras vidas persiguiendo el amor, pero aquí estamos, respetando un puto contrato.

—Nos vemos para desayunar —le digo y salgo de la habitación.

Es lo máximo que puedo ofrecerle en este momento. Mi ego está herido. Mi cama está vacía. Y la rodilla me vuelve a palpitar. No hay respiración que pueda aliviarla esta noche. Tendré que intentar dormir pese al dolor.

VEINTISIETE

SPARK

A la mañana siguiente, encuentro a Cherry en la cocina, dominando ya con maestría la cafetera francesa para prepararnos café recién hecho. El olor es deliciosamente embriagador, como un bálsamo para mi alma herida mientras tomo asiento en la isla en el centro de la cocina. Fuera hace un tiempo frío y monótono, pero estoy impaciente por ver algo más de esa esperada nevada.

—Gracias, huele de maravilla —digo mientras me sirve una taza.

—Espero que no te importe.

—¿Importarme qué? Esta también es tu casa mientras vivas aquí. Mi casa es tu casa y todo eso —respondo sonriendo mientras la veo darse la vuelta y preparar leche caliente para su taza de café. Así es como a ella le gusta, junto con un poco de azúcar moreno—. ¿Qué tal has dormido?

—Genial, como un bebé. No sé de qué está hecho ese colchón, pero a partir de ahora lo llamaré nirvana lumbar —Señala una pila de revistas y periódicos en fundas de plástico que descansan sobre una mesa auxiliar cercana—. Ha llegado el correo. La mayoría son suscripciones.

—Sí, este piso es nuevo así que no recibiremos ninguna factura este mes.

—Guay. Pero avísame cuando lleguen las facturas. No me voy a quedar aquí de gratis —dice mientras me levanto y me acerco a la mesa auxiliar. Ojeando los periódicos, veo una cara conocida en la portada de *The Sun*.

—Sí, no te preocupes, ya te avisaré —respondo, aunque ya no estoy prestando mucha atención exactamente—. No recuerdo haberme suscrito a este periodicucho.

Vuelvo a mirar la cubierta de plástico. No tiene dirección postal como los demás, ¿cómo ha llegado hasta aquí? Le doy la vuelta y repaso la portada una vez más. Al abrirla, veo a Owen en un restaurante italiano. Son fotos al estilo paparazzi. Está tomando unas copas y comiendo pasta con... No.

—Tenemos programadas dos horas de terapia para esta tarde —dice Cherry.

—Ajá.

Le suena el teléfono.

—Ah, es Merry.

—¿Ya ha vuelto?

—Sí, dejó su trabajo y ha vuelto para quedarse, aunque no sé por cuánto tiempo se quedará esta vez. Tengo la sensación de que no quiere estar en Glasgow más tiempo del necesario, y le está costando encontrar otro lugar en el mundo que la haga tan feliz como Glasgow, si es que eso tiene sentido.

La miro con dureza, el dolor de la rodilla estalla al mismo tiempo que la rabia fundida en la boca de mi estómago.

—Cherry.

—¿Sí? —Su móvil vuelve a sonar. Ahora me doy cuenta de que ya está vestida para salir, con el bolso en el taburete y las botas de invierno junto a la puerta. Me mira extrañada—. ¿Qué pasa?

—¿Qué coño estabais haciendo Owen y tú cenando en Carluccio's?

Le doy la vuelta al periódico para que vea el escandaloso titular que se cierne sobre un collage de fotos de paparazzi en las que Owen y ella se ríen a carcajadas, bebiendo de sus copas y jugueteando con los espaguetis en sus platos sin parecer tener una sola preocupación en el mundo. ¿ESTÁ CHERRY ENGAÑANDO A SPARK?, reza el titular. El puto titular de un puto tabloide.

El color abandona sus mejillas.

—Oh, no... No, mierda... JODER.

—¿Hay alguna explicación razonable para esto? —Me sorprende mi propio autocontrol, aunque estoy bastante seguro de que está a punto de explotarme un puto fusible—. ¿Cherry?

Se está tomando demasiado tiempo para pensarlo. No se encuentra conmocionada, sólo enfadada. Incómoda. Maldice en voz baja, se toma el resto del café y mete el teléfono en el bolso.

—No hay una explicación razonable, aparte de que no es lo que piensas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No tengo nada que decirte, Spark. Además, estamos hablando de un puñetero tabloide. Deja que digan tonterías y especulen. He leído cosas mucho peores sobre ti en esas páginas. —Está a punto de pasar por mi lado para llegar hasta sus botas, pero la agarro del brazo y la obligo a detenerse, girarse y mirarme a los ojos—. No hagas esto, por favor.

—Estoy harto de tus *«no»* y tus *«por favor»*, Cherry. Dime qué coño está pasando, porque lo que estoy viendo aquí es un incumplimiento bien gordo del contrato.

Me suelta el brazo y se acerca a la puerta, corriendo a ponerse las botas.

—No es un incumplimiento de contrato a menos que me pillen oficialmente «enganándote», por así decirlo. Cenar con Owen apenas cuenta, teniendo en cuenta que es un imbécil asqueroso.

—¡¿Entonces por qué saliste con él para empezar?!

—No es asunto tuyo, Spark. Escucha, firmé tu contrato y acepté seguirte el juego con toda esta pantomima y la boda. Pero no pienses ni por un segundo que, uno, te debo algo más que la

cortesía común y el respeto habitual, y que, dos, alguna vez haría algo para poner en peligro un contrato que me aterra incumplir. ¡No soy estúpida!.

—¡¿Así que sabías que te iban a fotografiar mientras cenabas con ese gilipollas?!

—*¡No!* —grita, y sale por la puerta principal, asegurándose de dar un portazo espectacular al cerrar. El golpe me sobresalta y suelto un río de improperios mientras lanzo el periódico al otro lado de la habitación. Acaba en un rincón, es un vergonzoso testimonio de mi incapacidad de tener a Cherry solo para mí.

Supongo que me lo merezco, teniendo en cuenta cómo me encontró aquella mañana de Pascua.

¿Pero qué coño está pasando aquí? ¿Cómo es que he ido a parar al centro de esta tormenta? Lo único que hice fue abandonarme en brazos de la bebida y los analgésicos para ahogar un dolor horrible. ¿Cómo hemos acabado aquí, con este tira y afloja y gritándonos por gente que ni siquiera nos merece?

Mi padre es un león herido en estos momentos, implacable y rencoroso, y es mejor mantenerse alejado de él. Mi madre por fin está fuera de sus garras y lucha por rehabilitarse para recuperar su dignidad. Y yo he vuelto con la mujer que quiero, pero nunca podremos estar juntos porque estamos mintiendo a todo el mundo para que yo pueda mantener mis privilegios y mi puesto en el equipo. Y en medio de esta exquisita tormenta de mierda, tengo a Owen sonriendo a las cámaras mientras sale a cenar con mi prometida, apenas unas semanas después de que le diera una paliza de muerte.

Sabía que Cherry estaba preocupada por el contrato y aun así se lo eché en cara.

No me extraña que huya de mí cada vez que puede. Hago una cosa bien con ella y luego otras tantas mal. Si sigo así, tendré suerte de verla caminar hacia el altar para casarse conmigo en primavera. Me tiembla la rodilla y me caigo al suelo.

—¡Joder! —grito, el dolor es más fuerte que nunca.

Si pudiera cortarme la pierna ahora mismo, lo haría. Esto es demasiado. No, esto es mi propio cuerpo reaccionando a mis pésimas decisiones. Es mi propio sufrimiento irradiándose hacia el exterior. La rodilla es sólo un conducto. Una manifestación. Todo lo demás viene de dentro, y no tengo ni idea de cómo voy a arreglarlo. No hay suficientes tratamientos ni gominolas de CBD en el mundo para llenar el vacío que ha estado creciendo dentro de mí desde que Cherry volvió a mi vida.

¿Lo peor de todo?

Ni siquiera puedo encontrar consuelo en aplastarle la cara a Owen por brindarme este nuevo trocito de pesadilla. El muy cobarde me denunciará a las autoridades, y eso me metería en un lío con mi viejo respecto a nuestro acuerdo, el mismo acuerdo por el que Cherry ha vuelto a mi vida, y Dios, ¡qué puto círculo vicioso es este!

Lo único que puedo hacer es sentarme a esperar a que llegue el día de la boda.

VEINTIOCHO

CHERRY

Echando la vista hacia atrás, ni siquiera sabría decir cuándo terminó el invierno y la primavera floreció con sus flores rosas y amarillas. Desde entonces, he ido acumulando muchos secretos. Soy un libro cerrado y eso pesa sobre mis hombros. Es una carga pesada, pero me he ceñido al plan y he mantenido la boca cerrada. He trabajado con Spark en sus sesiones de terapia, le he ayudado en la rehabilitación y en todos los demás aspectos de su recuperación. Es un hombre diferente, aunque sé que sigue habiendo dolor en algún lugar de su interior.

Pero no es la rodilla.

Creo que nunca fue realmente por la rodilla. Eso mismo ha dicho él en una o dos ocasiones cada vez que nos hemos permitido tener una conversación más sincera. Los periódicos han escrito mucho sobre nosotros. Owen se vio lo suficientemente presionado por Ezequiel como para mantener la boca cerrada, aunque sé que está esperando por el momento para desencadenar algo peor. Recuperé el contrato, pero está claro que eso no será el final de esta situación. Jamás iba a ser tan fácil. Pero eso no significa que vaya a permitir que siga acosándonos.

La cena había sido una estratagema. En cuanto vi el periódico en las manos de Spark lo supe. Lo comprendí.

Hicieron falta muchas preguntas y observaciones para unir las piezas del rompecabezas en algo coherente. Tuve que evitar preguntas y esquivar las trampas tendidas por Spark para hacerme hablar. Sabe que estoy planeando algo. Bueno, lo sospecha. No tiene nada concreto, y he sido cuidadosa. Llevo meses trabajando en ello. He llegado hasta aquí, a pesar de mi corazón dolorido y el cambio dramático que han sufrido mis perspectivas de futuro.

Mi vida nunca volverá a ser la misma, pase lo que pase hoy.

—¿Estás lista? —pregunta Merry.

Ella tampoco ha vuelto a ser la misma, y le va a llevar algún tiempo volver a ver la luz; pero me tiene a mí a su lado, pase lo que pase. Hoy es el día más importante de nuestras vidas, y vamos a arreglar las cosas. Puede que no pase nada; puede que todo cambie. Lo importante es que las dos lo habremos intentado. Es lo único que importa.

—¿Alguien está alguna vez preparado para su boda falsa? —respondo, mirándome en el espejo del baño.

Estamos en la planta baja de este castillo escocés cerca de Inverness que Ezekiel alquiló para la boda. Papaíto querido no quería más que lo mejor para su pequeño, por así decirlo. O sea, antigua opulencia escocesa y toneladas de dinero tiradas por doquier para demostrar a todo el mundo que el único heredero del imperio de Harris lo tiene todo bajo control y el mundo entero a su alcance. El cuarto de baño solo ya es una demostración de lujo, los apliques cuestan más de lo que yo ganaré en un mes.

Maldita sea, el vestido que llevo puesto vale lo que gano en un año, pero es precioso. Me permití este capricho, de acuerdo a los deseos de Spark.

—Oye, que sea una boda falsa no significa que no pueda ser una gran boda —dice Merry—. Quiero decir, ¡mira este vestido! Esa tela de seda es la cosa más suave que he tocado nunca.

—Lo sé, es un gustazo como acaricia la piel.

Levanta una ceja.

—¿No te lo ajustaron a medida?

—Así es.

—Te queda un poco apretado en la zona del pecho, ¿no crees?

Me encojo de hombros.

—No mucho. Ha sido un invierno duro, ¿qué puedo decir? —Abro un grifo y dejo correr el agua fría sobre mis manos temblorosas.

—Estás nerviosa —concluye Merry.

Está preciosa con su vestido de dama de honor rosa pálido. Las lentejuelas siempre le han sentado bien, y este diseño realza su figura en todos los lugares adecuados. Algún día dará el «sí, quiero» al cabrón con más suerte del mundo, siempre que para entonces haya aprendido a confiar de nuevo en otro hombre. Espero que así sea.

—Esto está siendo difícil para ti, ¿verdad?

—La ceremonia en sí no es lo difícil —suspiro, secándome las manos en una toalla de papel.

Hay una silla en un rincón que me está pareciendo de lo más apetecible en este momento. Ha sido una mañana difícil, y cada gramo de ansiedad ha hecho que las náuseas sean más difíciles de contener. Tomo asiento y me relajo un momento, repasando las decisiones que me han llevado a este momento.

—Es el hecho de que le quiero lo que me está matando.

—Siempre puedes decírselo y ver a dónde os lleva —dice Merry—. Quiero decir, ¿qué tienes que perder, dadas las circunstancias?

—Todo. Y nada.

—Entonces, ¿qué te impide hacerle caso a tu corazón por una vez?

—La cosa es, Merry, que nos hemos estado esforzando tanto en llevar a cabo esto que he acabado por guardarme mucho y no compartir prácticamente nada con Spark. Nos hemos mantenido cordiales e incluso amistosos a lo largo de todo este proceso, pero al final del día, también le he ocultado demasiadas cosas. Y después de lo de esta mañana... Joder, si se entera,

va a flipar.

—¡Va a flipar de todos modos cuando hagamos lo que tenemos planeado!

—Pero eso es diferente. No se trata de él y de mí. Lo que no le he dicho... Dios, he pasado los últimos meses manteniéndolo en la ignorancia. Eso por sí solo ya es una falta de respeto. Nunca me lo perdonará.

—Estás siendo demasiado pesimista, Cherry.

—No. Conozco a Spark.

Niega con la cabeza, la muy cabezota siempre tiene esperanzas de que ocurra lo mejor. El tintineo de sus pendientes de araña me distrae temporalmente.

—Tienes que decírselo antes de la ceremonia.

—No. Seguiremos adelante con nuestro plan, y la boda seguirá su propio curso. Cumpliré mi parte del trato, Spark tendrá lo que necesita, y con suerte el mundo será un lugar mejor. Hemos llegado hasta aquí, ¿no?

Se acerca y se agacha delante de mí, con cuidado de no estropear el vestido. De todas formas, es la única dama de honor de mi boda. Las otras seis son primas de parte de la familia de Spark, y por lo que a mí respecta ni siquiera importan. Merry es la única para mí. Mi hermana de otro padre, y la única persona a la que juré proteger. Ha sido un trabajo duro, pero creo que por fin he llegado a un punto en el que puedo hacer que se sienta orgullosa. Haré que se sienta orgullosa.

—Cherry, ya has hecho mucho por mí —dice, conteniendo las lágrimas.

—Vas a estropearte el maquillaje.

—¡Me estoy esforzando un montón por no estropearlo!

—Entonces, ¿por qué te estás poniendo así de blandengue conmigo ahora? Ya casi hemos llegado a la meta, cariño. Vamos a dar el último sprint y ya lloraremos a moco tendido cuando todo acabe, ¿vale?

Me rodea con los brazos y nos seguimos abrazando por un buen rato.

—Vas a tener que contárselo igualmente —me dice, apoyando una mano en mi barriga.

—Venga, vámonos de aquí. Los invitados ya han empezado a llegar —respondo, y salimos juntas del baño, en apariencia como nuevas y listas para afrontar el día que está a punto de desencadenarse.

Es un lugar precioso, eso se lo reconozco a Ezequiel. La mayoría de las paredes originales se han restaurado e incorporado al nuevo diseño. La sensación general sigue siendo fiel a la época medieval en la que se construyó, con madera oscura y pintura blanca pura donde se ha aplicado yeso. La iluminación personalizada de hierro forjado y las lujosas telas de tartán adornan todos los espacios, y los enormes ventanales dan paso a una cantidad desmesurada de luz natural en un castillo que, de otro modo, recibe la mayor parte del mal tiempo de Escocia.

Los suelos de los pasillos presentan un impresionante mosaico mate, mientras que las habitaciones tienen suelos de madera y calefacción central. Costó una fortuna convertir toda esta estructura en una joya de la industria hotelera escocesa, pero sin duda se merece el título de uno

de los mejores hoteles del mundo. Me siento honrada sólo de poder pasear por él.

Es un duro golpe de realidad el hecho de que nada de lo que está ocurriendo hoy aquí sea real. Incluso cuando pasamos por delante del personal de servicio, de la planificadora de bodas demasiado entusiasta y de algunos de los invitados a la boda que ya van llegando, no puedo evitar darme cuenta del vacío que siento. Es mentira, pero seguiré adelante porque firmé un contrato. Me está destrozando por dentro.

—¿Lo has visto ya? —pregunta Merry, mirando nerviosa a su alrededor mientras subimos al primer piso.

—No. Vendrá, no te preocupes por eso.

—Confío en ti —dice—. Hemos llegado tan lejos gracias a ti.

—Escucha, necesito hablar con Ezequiel. Tú vuelve a tu habitación y no bajes antes de la ceremonia, ¿de acuerdo?

Asiente con la cabeza, me da un beso en la mejilla y sale corriendo escaleras arriba hacia su suite privada. Mientras tanto, trato de contener las palpitaciones de mi corazón mientras respiro hondo y me adentro por el pasillo principal. Al final del mismo, encuentro a Ezekiel en su suite principal.

ABRE TRAS EL PRIMER GOLPE, con los ojos muy abiertos mientras me mira.

—Cierto, no viste el vestido de novia —murmuro.

—Que conste que estás estupenda —dice Ezequiel. Lleva su edad con mucha dignidad, lleva el pelo peinado hacia atrás y el traje a medida perfectamente ajustado para complementar sus anchos hombros y largas piernas—. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes una boda que preparar? Ese era tu objetivo desde el principio, ¿no?.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Ezekiel Harris me recuerda por qué nunca me ha gustado.

—No hay necesidad de ser tan borde, Sr. Harris. Lo que ve aquí es obra de su hijo, no mía, aunque participe voluntariamente y esté disfrutando mucho de ello. Pero no es por lo que estoy aquí.

—Oh.

—Por Dios, qué mal perdedor es. —Río con sequedad, y luego adopto un tono más serio—. Sólo quería asegurarme de que estamos de acuerdo en lo que respecta a nuestro otro asunto. Lo tengo todo preparado. ¿Nos apoyará cuando llegue el momento?.

—Lo haré, siempre y cuando...

—Siempre y cuando nada. No tiene ningún poder sobre mí, Sr. Harris. Sólo acudí a usted para ayudarle a proteger su activo más valioso, los Glasgow Rangers. Si quiere tener oportunidad de ganar la copa Stanley este año, más le vale limpiar las malas hierbas. La pelota estará estará hoy en su campo en algún momento, y dependerá de usted proteger su buen nombre. Sólo estoy aquí para asegurarme de que puede hacerlo.

Su frente se alisa y su mirada se oscurece con cruda indignación. Ya había visto antes esa expresión en el rostro de Spark, aunque no tan dramática como la de Ezekiel. Supongo que en algunas familias la manzana cae muy lejos del árbol.

—No se preocupe por mí, señorita Bensen. He pasado por cosas mucho peores en esta vida.

—Va a tener que empezar a llamarme señora Harris a partir de las cinco de esta tarde —respondo secamente y me alejo, dejándolo en la puerta, con el fuego crepitando bajo la chimenea de su habitación. Puedo oler la leña mientras vuelvo a las escaleras y subo al tercer piso. Cuando llego a mi habitación me siento agotada, pero también profundamente satisfecha.

Suelto la carcajada que he estado conteniendo desde que dejé a Ezequiel abajo. Tío, qué bien sienta bien devolvérsela a esta gente de vez en cuando. Entiendo bien el atractivo de la decisión de Spark. Se me eriza la piel al darme cuenta de que lo de hoy es muy real a pesar de la mentira sobre la que está construido. Me detengo ante la puerta de mi habitación y me tomo un momento para serenarme.

Ya está siendo un día duro, y la cosa solo va a ir a peor.

Tengo que mentalizarme y seguir adelante. Siempre sale el sol después de la tormenta, así que lo único que tengo que hacer es capear el temporal y abrirme camino hacia un final mejor que el que he estado temiendo todo este tiempo. Merry tiene razón. Debería contárselo a Spark.

VEINTINUEVE

SPARK

Dos rayas.

Dos rayas de coca encima de mi medicación habitual para el dolor casi me joden la vida de todas las formas posibles. Estuve a punto de perderlo todo: mi carrera, mi fama y, después, suficientes demandas de la liga de hockey como para despojarme también de mi dinero. Dos rayas fue todo lo que necesité para llegar al límite y casi destruirme, hace casi dos años.

Y, sin embargo, aquí estoy sentado en la suite de Cherry, mirando dos rayas.

Dos rayas más, sólo que éstas son rosas y están en una prueba de embarazo. Me llamó la atención desde dentro de la papelera mientras la buscaba a ella. ¿Me destruirán estas dos rayas si las anteriores fallaron? Sigo mirando el test, haciendo cuentas una y otra vez en el fondo de mi cabeza. Desde nuestra primera vez juntos y la mierda que le siguió. Esto no puede estar bien. ¿A qué coño está jugando?

No puede ser mi hijo.

No tiene sentido. Yo no debería estar aquí, de todos modos, pero estaba dispuesto a seguir con toda la farsa con el fin de salvarme a mí mismo. Con el fin de ayudarla, también, porque ella necesita toda la ayuda posible. Pero esto no es algo que haya pedido, y Cherry debería haberlo sabido.

—Maldita sea. —Un millón de pensamientos cruzan por mi mente ahora sobria.

Han pasado meses desde la última vez que bebí y siento los labios secos. Aunque no los sentía secos antes de entrar aquí. Sigo sin manejar bien el estrés inesperado. Mi psicólogo me lo hizo notar y casi lo mando a la mierda. Menos mal que es un hombre paciente.

—Joder. —No tengo ni una onza de potencial como padre en mí. Estoy más que jodido. De lo único que yo sé son el hockey, los coches rápidos y la vida salvaje de las Tierras Altas. Es todo para lo que sirvo, así que ¿por qué Cherry ha dejado que pasara esto? Pensé que teníamos un trato. Se suponía que nos ceñiríamos a los límites del contrato.

Esto no forma parte del puto contrato.

Tener un bebé nunca estuvo sobre la mesa.

La puerta se abre y entra Cherry.

—Spark, ¿qué estás...? —Su voz se apaga cuando ve la prueba en mi mano. El color

abandona sus mejillas. Ningún maquillaje de novia puede ocultar la palidez de un repentino aturdimiento.

Por un momento, me quedo sin habla en el borde de su cama. Cualquier otro día, le habría arrancado la ropa de encima y me la habría llevado la cama para echarle un buen polvo. Cherry es completamente libre cuando está bajo las sábanas. Una bestia que no necesita que la domen, lo único que necesita es que la follen bien para ronronear y estirarse como un gato perezoso a la luz del sol. Pero ahora veo a Cherry de verdad.

El vestido de novia se ciñe a su cuerpo en todos los lugares adecuados: sus caderas generosas, su cintura estrecha, sus pechos tímidos pero turgentes para su tamaño. Imagino que hay una liga de encaje en algún lugar bajo la falda acampanada, que es básicamente una docena de capas de satén y tul adornadas con perlas por aquí y por allá.

—Estás perfecta —me oigo decir, incapaz de apartar la mirada.

Lleva flores entretejidas en su melena negra larga y rizada, y el velo le cae por los hombros y la espalda como una cascada iridiscente. Lleva perlas y diamantes alrededor del cuello, cortesía de la colección Harry Winston de mi madre. Maldita sea, Cherry es la mujer de los sueños de cualquier hombre, ¿por qué ha tenido que estropearlo con un bebé?

—¿Qué es esto? —pregunto, levantando la prueba entre nosotros mientras me levanto, recordando al fin por qué estaba enfadado en primer lugar.

Cherry me mira con lo que supongo que es incredulidad, antes de recobrar la compostura.

—¿Qué crees que es? —responde secamente. A pesar de su brillo nupcial, aún sabe herir con sus palabras.

—Déjate de juegos, Cherry. ¿Estás embarazada?

—Ah, o sea que eres capaz de leerla. —Se cruza de brazos.

—¿De quién es?

Le caen los brazos a los lados. Veo la incredulidad en sus alegres ojos azules. Sin embargo, una tormenta se cierne sobre su mirada, unas nubes oscuras que se avecinan cuando el dolor se apodera de ella. Le he tocado la fibra sensible y, no contento con eso, he ido a por la estocada final. Yo y mi puta bocaza. No debería haberlo hecho. Tampoco puedo echarle la culpa a mi rehabilitación. He sido tan buen chico últimamente que Cherry ni me creería.

—¿Qué acabas de decir?

No puedo repetirlo. Las palabras se me atascan en la garganta.

En vez de eso, elijo mirar a mi alrededor. El lugar que elegí para la boda es precioso. En algún momento, la realeza escocesa vivió en este castillo. Los propietarios hicieron todo lo posible por conservar la mayor parte posible de las paredes de piedra originales. Se ha utilizado acero para respaldar las estructuras en estado crítico, pero los arquitectos añadieron más piedra e inserciones de madera para ocultar los modernismos. El mobiliario también es antiguo, aunque de otra época. Las telas son todas nuevas, pero sé a ciencia cierta que recurren a una costurera local familiarizada con los motivos antiguos del país escocés. Todo en esta habitación indica que

aquí vivió una reina. Por eso se llama la suite de la Reina. Cherry es una maldita reina, y yo no me merezco ni poder mirarla. Tal vez por eso he terminado por insultarla, en primer lugar.

—Las cuentas no dan. —Apenas consigo decir.

Su mano sale disparada. Me abofetea con fuerza, girándome la cabeza a un lado. No me defiendo. No lo merezco. He seguido adelante con el insulto para dejarle claro a Cherry que, piense lo que piense, no soy el hombre que quiere en su futuro.

—No te atrevas a insinuar que no es tuyo, Spark —dice, aunque no tengo ni idea de cómo es capaz de mantener la compostura a estas alturas. Normalmente, ya se habría echado a llorar. Debería saberlo bien, he puesto a prueba sus límites más de una vez—. Es tuyo. Y aún no he decidido lo que voy a hacer. No supe que lo estaba hasta esta mañana.

—No forma parte del contrato.

—Hay muchas cosas que no forman parte del contrato, ¡pero las hicimos de todos modos! —se queja. Madre mía, este vigor suyo está a punto de provocarme una erección, y eso sólo hace que todo sea más retorcido—. Escúchame, Spark Harris. Firmamos ese acuerdo legalmente vinculante, y hoy vamos a cumplirlo. ¿Me oyes?

Es mi turno de mirarla con incredulidad. Normalmente soy yo quien da este tipo de charlas para infundir ánimos.

Normalmente ella solo me sigue el juego, pero parece que hoy Cherry quiere liderar.

—Nuestros invitados están abajo —añade—. Tú querías esto. Querías una gran ceremonia con miembros de la prensa y tus amigos de la alta sociedad presentes. Querías el antiguo castillo escocés y la cocina franco-asiática en el puto menú. Nada de esto era necesario para tener una puñetera boda y, sin embargo, aquí estoy yo, vestida en puta alta costura costura y cumpliendo con mi papel, así que tú vas a cumplir con el tuyo. Vamos a ir abajo ahora mismo y vamos a casarnos. Todo lo demás puede esperar.

No sé de dónde sale esta fuerza, pero siento el impulso de echarla sobre la cama y hacerla mía aquí mismo. Le encantaría. Lo recibiría con los brazos abiertos. Hay demasiada tensión entre nosotros, y es sobre todo por mi culpa. Pero no soy lo bastante buena persona como para reconocerlo.

—Nunca me perdonarás —le digo.

—Ni siquiera quiero hablar de ello, Spark. Hiciste una promesa. Y yo también. Hicimos un trato, y sabes lo que hay en juego. No sólo para ti, sino... —Respira hondo, con los ojos llenos de lágrimas. Levanta la vista y exhala lentamente, conteniendo las lágrimas para no estropearse el maquillaje—. Para mí.

No necesita decir nada más.

Entiendo.

—Tienes razón —respondo. Me dirijo a la puerta y la abro de par en par—. Yo bajaré primero. ¿Y Cherry?

—¿Qué?

—Estás absolutamente preciosa.

Sacude la cabeza y aparta la mirada de mí.

—Deberías irte. El cura y tu familia ya están esperando.

—Sí. —Doy medio paso fuera de la habitación y vuelvo a mirarla, dudando hasta que me mira a los ojos—. Lo digo en serio. Estás perfecta.

Me dedica una sonrisa cansada.

—Tú tampoco estás nada mal. Estás más guapo que tu padre.

La dejo para que pueda llorar y arreglarse el maquillaje a puerta cerrada. Nunca llora delante de mí. No sé por qué, aunque me atrevería a decir que no quiere parecer débil. No es que eso tenga nada de malo. Sin embargo, hay muchas cosas que están mal en mí, y es exactamente por eso que un niño no tiene cabida en nuestro acuerdo, no importa cuánto lo desee. ¿Que si lo quiero? ¿A mi propia sangre? Claro que lo quiero. Es el producto de nuestro... bueno, esto no es amor, o eso dijo Cherry.

Abajo nos espera una boda.

El resto lo resolveremos más tarde. Es hora de continuar con esta farsa hasta el final.

TREINTA

CHERRY

Eso no ha salido como esperaba. Claro que no esperaba encontrarme a Spark en mi habitación. Ahora me encuentro en el pasillo de la planta baja, con el corazón acelerado y la piel ardiendo mientras intento comprender lo que acaba de pasar. No importa por qué estaba en mi habitación. Lo que importa es que me he vuelto a ser una descuidada. Fui descuidada cuando dejé ese contrato dentro de mi bolso en la pista de patinaje de los Rangers, y he sido una descuidada al dejar la prueba de embarazo en la mesa auxiliar. Debería haber tirado la maldita prueba.

Sí, tengo un bollo en el horno.

Y no, no pensé que pasaría. Spark y yo sólo estuvimos juntos una noche, esa noche en las Tierras Altas. Significó el mundo para mí, a pesar de toda la mierda que pasó antes y después, pero nunca imaginé que acabaría con un bebé. No tengo ni idea de cómo voy a salir adelante ni de cómo va a funcionar nada de esto. Sólo sé que lo que está creciendo dentro de mí viene de un lugar de amor puro e impoluto. Protegeré ferozmente a esta pequeña personita, sangre de mi sangre y carne de mi carne. Nuestras almas están unidas para siempre, y no hay mucho más que importe en este momento.

Me siento mal porque Spark lo sepa. No porque se haya enterado, sino por la forma en que ha sucedido. Debería haber sido yo quien se lo dijera. Odio admitir que Merry tenía razón.

—¿Estás lista, cariño? —pregunta mi padre. Tiene mucho mejor aspecto.

Su recuperación postoperatoria ha ido bien, y ha estado viajando entre Estados Unidos y Escocia, deseoso de que volvamos a conectar como familia. Yo tampoco he rechazado sus esfuerzos. El resentimiento que sentía hacia él murió hace mucho tiempo. Está tratando de arreglar las cosas conmigo, y ese reemplazo de válvula fue una segunda oportunidad en la vida para él.

—Están todos dentro esperando. El cura incluido.

—¿De verdad?

Yo no vi a nadie, pero he estado escondida en este rincón oscuro, esforzándome por no llorar mientras me hago a la idea de estas nuevas y extrañas circunstancias mías. Estoy viviendo una mentira. Estoy siguiendo adelante con una mentira, y el dolor que me produce este constante conocimiento se está volviendo demasiado para soportarlo. Sin embargo, prometí que seguiría

adelante. Puse mi firma en un papel y me hice legalmente responsable.

—Sí, Spark también está ahí. —Hace una pausa y me mira preocupado—. ¿Qué pasa, cariño?

—Nada. Supongo que son los nervios de la boda —respondo, esforzándome demasiado por sonreír.

No sabe de mi plan con Merry y Ezekiel. Tampoco sabe de la farsa que es esta boda. Él simplemente piensa que su única hija se va a casar con el hombre que ama, sólo que el amor no es la verdadera razón por la que va a ocurrir esto. Oh, Dios, voy a llorar otra vez a menos que me calme. Ni siquiera hemos llegado a la parte más difícil todavía.

—Vamos, cariño. Hagamos esto. Estoy yo aquí —dice papá.

—Gracias.

—No. Gracias por pedirme que te acompañe al altar —responde—. Nunca pensé que querrías que yo lo hiciera. Me imaginé que Joel podría...

—Quiero a Joel como a un padre, sí. Pero también sé que tú me quieres, independientemente de lo que pasara entre mamá y tú. Ahora entiendo mucho más que entonces, y no creo que sea justo que te siga castigando por marcharte. Creo que todo el asunto de tu operación de corazón borra todo lo demás.

—Aun así, me siento honrado, cariño. No tienes idea de lo mucho que esto significa para mí.

—Lo sé, papá. —Lo abrazo con fuerza y lucho contra otra oleada de lágrimas; a continuación, me miro brevemente en el espejo de pared—. Vale. Estoy preparada. Bueno, todo lo preparada que puedo estar.

Personalmente, estoy deseando quitarme este vestido.

Engancho mi brazo alrededor del suyo, sujetando mi ramo de flores con ambas manos mientras me guía hacia las enormes puertas dobles que conducen a la capilla privada del castillo. Oigo un mar de murmullos en el interior, cientos de personas que han venido a presenciar la boda de Spark con esta don nadie de Glasgow. Y cuando se abren las puertas dobles, me doy cuenta de que este es el punto de no retorno para mí. Vamos a seguir adelante, a pesar del dolor y la miseria que se arremolinan en mi interior.

—Oh, vaya —susurro, al ver la capilla por segunda vez.

La otra noche tuvimos el ensayo de la boda, pero hoy tiene un aspecto diferente, con sus vidrieras adornadas con flores y velas esculpidas, y las cintas de raso blanco flotando por todas las paredes. Hoy celebramos una unión a los ojos de Dios y de los hombres. Estamos mintiendo a mucha gente, incluido al tío de arriba.

—Vamos, te tengo —murmura papá.

Merry suelta una risita mientras ella y las demás damas de honor entran primero, caminando con gracia y esparciendo pétalos de flores a diestro y siniestro desde sus cestas tejidas. Es un pequeño gesto en el que insistió Melinda. Admito que me gusta más la Melinda sobria, aunque puede ser una formidable maniática del control sin Spark cerca para pisar los frenos de emergencia. Por suerte, es inofensiva la mayor parte del tiempo, así que no me opuse a ella con

respecto a la mayoría de los detalles de la boda. Sólo tiene un hijo y esto es una farsa, de todos modos.

Uf, ahí va mi corazón otra vez.

Ha llegado mi turno. Papá y yo avanzamos por el pasillo de alfombra roja, ahora cubierto de pétalos de rosa. Me sudan las manos que tengo envueltas en torno a un ramo de lirios, rosas y y lirios del valle. Todos me miran y giran la cabeza mientras camino lentamente hacia Spark, que se encuentra de pie en la escalinata, justo al lado del cura, con el entrenador Joel como padrino.

Ay, Dios, todo el mundo me está mirando.

Los parientes lejanos del clan Harris. El clan Harris. Los Rangers. Un montón de jugadores de los Warriors y un par de otros equipos ingleses también han acudido a la celebración. Hay reporteros y fotógrafos en abundancia, porque sólo así venderemos la boda y ayudaremos a Spark a recuperar su vida. Ezequiel y Melinda están sentados en primera fila, ambos elegantes y sonrientes, aunque sé que sólo uno de ellos tiene la tranquilidad necesaria para disfrutar del acontecimiento de hoy, y no es Zeke.

Owen está sentado en algún rincón con los otros jugadores. Marcus. Phil. Todo el equipo, todos ellos sonriendo amplia y felizmente por lo que está a punto de suceder. Bueno, todos excepto Owen. Él todavía está maquinando y conspirando y simplemente siendo un imbécil absoluto, pero está bien. Está a punto de experimentar ciertos cambios, de todos modos. Pero lo primero es lo primero. Cuando mi mirada se encuentra con la de Spark, el calor se extiende por mi pecho. Reconozco la ira latente oculta en los bosques de sus ojos.

El sacerdote va vestido de blanco y con un bordado de oro y tiene la Biblia abierta de par en par en el pequeño púlpito que tiene delante. La música del órgano se detiene; curiosamente, no me di cuenta de que alguien estaba tocando música hasta que se ha detenido. Tengo la cabeza echa un lío.

—¿Quién entrega a esta novia? —pregunta el sacerdote.

—Yo. David Lee Bensen —dice mi padre, depositándome con cautela junto a Spark, de modo que tanto la novia como el novio nos encontremos ahora frente al mismísimo hombre de Dios. Vaya, qué circo.

—Nos hemos reunido hoy aquí para ser testigos de la unión entre Cherry Bensen y Spark Harris, una mujer y un hombre con el corazón abierto y amor en sus almas. —El sacerdote comienza su sermón, que me han dicho que escribió específicamente para nuestro evento. Sus palabras me entran por un oído y me salen por el otro mientras respiro hondo y espero a que todo termine.

De todas formas, no importa lo que diga.

Spark me mira con dureza, pero no me atrevo a volver a mirarle a los ojos. Siento calor en las mejillas.

Es una boda falsa, de todos modos.

Es una puta mentira, y sigo adelante con ello porque le quiero.

Eso es lo que realmente me está matando. No es que tenga miedo de hacerme responsable de romper el contrato. Me he estado mintiendo todo este tiempo. Es porque quiero a este hombre. Quiero a este hombre y estoy dispuesta a seguir adelante con una mentira sólo para poder estar con él. Aunque solo sea por unos meses mientras le vendemos la farsa a su padre. Ay, este corazón mío, por lo que estoy dispuesta a pasar sólo para estar con Spark un poco más de tiempo.

De acuerdo, el bebé complica las cosas.

Spark nunca me perdonará.

TREINTA Y UNO

CHERRY

Hace falta un esfuerzo sobrehumano para interpretar mi papel hasta el final, cuando todos mis instintos me dicen que salga corriendo y gritando. Hay tantas cosas sin decir entre Spark y yo que el propio baile nupcial se siente innecesariamente tenso y torpe. Es doloroso, hasta cierto punto. Me abraza y me rodea la cintura con un brazo mientras nos balanceamos al ritmo de la música. No elegimos unas canciones concretas. No teníamos por qué hacerlo, teniendo en cuenta que es todo una obra de teatro, o eso nos decíamos el uno al otro y a nosotros mismos. Así que no hay una melodía en particular con la que embelesarse ni en la que pensar en los años venideros como nuestra querida canción de boda.

—Dentro de seis meses, todo esto habrá terminado —dice tras el primer estribillo.

Otras parejas bailan a nuestro alrededor, Ezequiel y Melinda incluidos. Hay algo flotando en el aire no me gusta. Está espeso y cargado de resentimiento e ira y muchos asuntos pendientes. Si Spark decide seguir con el plan, no me opondré. Lo último que quiero es que sienta que tiene alguna obligación hacia mí. Puedo arreglármelas sola.

—Así es. —Recorro la habitación con la mirada. Veo a Merry bailando con su padre. Ella le dice algo, y él le susurra algo al oído en respuesta, haciéndola reír.

—Aunque hay algunas cosas de las que tenemos que hablar —suspira Spark.

—Tal vez mañana. Dejémoslo estar por el día de hoy, ¿de acuerdo?

—No me siento bien posponiéndolo, Cherry.

—Lo sé, pero puede esperar hasta mañana, por favor.

—Ya empiezo a estar harto de... —Está a punto de empezar una discusión en susurros, pero Owen aparece al fin, enfadado y listo para irse.

—¡Spark! ¡Cherry! ¡La novia y el novio de esta espectacular farsa! —dice, lo suficientemente alto como para que todo el mundo le mire. Baja el volumen de la música y el baile se detiene mientras Spark y yo nos giramos para mirar a ese cabrón—. Estáis guapísimos.

—Owen, has sido lo bastante listo como para mantener las distancias conmigo hasta este momento. ¿Por qué ser un estúpido ahora? —pregunta Spark.

Después de todo el asunto con los tabloides, ambos discutieron acaloradamente, pero Owen nunca le dijo que sabía lo del contrato. No quería que Spark supiera que me estaba chantajeando,

obviamente. Al principio, pensé que era astuto de su parte, pero pronto me di cuenta de que funcionaba a mi favor, y por eso estoy aquí y no escondida en algún lugar muerta de vergüenza.

—Siempre me has subestimado —responde Owen, sacando una copia de nuestro contrato matrimonial. Se me hiela la sangre, pero ya me lo veía venir. Me he preparado para este momento. Sé lo que va a ocurrir—. ¿Pero no te dije que algún día me mirarías a los ojos y te darías cuenta de que no eres más que un estúpido de mierda? ¿Eh?

—¿Es este el momento en el que me doy cuenta de que soy un estúpido de mierda? —Spark no tiene miedo, aunque ni siquiera es consciente de lo que está a punto de ocurrir.

Es sencillamente su forma de reaccionar, su instinto natural de enfrentarse a un hombre al que considera inferior e innecesariamente agresivo. No era así hace meses, pero su confianza en sí mismo ha florecido junto con sus posibilidades de recuperación. Hemos trabajado duro para llegar hasta aquí, la verdad sea dicha.

—Owen, si crees que vas a fastidiarme el día de mi boda, puedes esperar sentado.

—Oh, y tanto que voy a fastidiarte el día de tu boda, porque el mundo necesita saber que todo es una farsa.

Antes de que Owen pueda decir nada más, Spark le agarra por el cuello, provocando que varios de los invitados den un grito ahogado y de un paso atrás. Me muevo y me interpongo entre ellos, empujando a Owen lejos del alcance de mi marido.

—No deberías haber hecho esto —le digo.

—¡Sólo estoy contando la verdad acerca de tus mentiras! —replica Owen.

Ezequiel se acerca acompañado de Merry. Joel tampoco está al tanto, pero siente curiosidad y se acerca a la multitud que nos rodea. Owen vuelve a levantar la copia por encima de su cabeza, pero se la quito de la mano de un manotazo. Los papeles están grapados y caen al suelo, lo que facilita que Merry los recoja con una sonrisa fría.

—¿Qué estás...? —Owen intenta recuperar los papeles, pero le interrumpo.

—Nadie se cree ni una palabra de lo que dices, Owen. Di lo que quieras. Dilo ahora mismo. Pero estás acabado —le respondo—. Durante meses, el club te ha estado investigando por acusaciones de acoso y agresión sexual. Durante meses, has estado contandole las mismas mentiras a todo el mundo con el que te cruzabas.

Owen me mira confuso, aunque sé que se está cagando en los pantalones. Pronto empezará a perder los papeles y a actuar de forma irracional.

—¿De qué demonios estás hablando, Cherry?

—Melissa, tu asistente personal. Rebecca, una de las recepcionistas del club. Tamsyn, la asistente ejecutiva del Dr. MacPhee. Merry, la hija del entrenador Joel. Todas ellas han presentado denuncias contra ti, Owen, y el club no tiene más remedio que seguir adelante y dejar el asunto en manos de la Policía Metropolitana —hablo lo bastante alto para que todos me oigan. En los tiempos que corren, es todo lo que necesito para desviar la atención del contrato matrimonial. Sabía que Owen estaba maquinando algo. Pero jamás se paró a pensar que yo

también podía estar maquinando algo a la par—. Verás, todo este tiempo, te he estado siguiendo la corriente sólo para proporcionarte esa engreída sensación de seguridad tuya.

—Cherry, ¿qué está pasando? —pregunta Spark.

A Joel, sin embargo, pronto le embarga una ira demencial.

—Owen, ¡¿qué pinta el nombre de mi hija en toda esta conversación?!

—Papá, por favor, cálmate. —Merry engancha un brazo alrededor del suyo, para evitar que se abalance sobre Owen. Marcus y otros dos chicos del equipo enseguida se dan cuenta de lo que está a punto de suceder y se unen a ella, asegurándose de flanquear al entrenador y evitar que haga algo de lo que pueda arrepentirse—. Esto tenía que pasar. Lo siento.

—¿Lo sientes? —responde Owen, con la molestia desbordándole por los poros—. ¡¿Qué demonios se supone que debo decir, entonces, ante esta basura calumniosa?! ¡¿Has presentado una denuncia contra mí, Merry?! ¿En serio?

—Te hemos pillado en cámara, tonto del culo —le corto—. Melissa también te grabó.

—¡¿Por qué no estoy en la cárcel, entonces?!

—Había que establecer un patrón de conducta. —Se une a mí Ezequiel, sobresaltando aún más a un Spark que permanece en un atónito pero absoluto silencio—. He tenido los ojos puestos en ti desde hace un tiempo, Owen. Francamente, me siento decepcionado y disgustado. Los Rangers no aprueban ningún tipo de comportamiento agresivo hacia ninguno de los empleados y miembros leales de nuestro club. No nos has proporcionado más que vergüenza.

—Zeke, espera...

—No, hemos terminado —dice Ezequiel, su voz retumba con fuerza a través de la sala—. Cherry me advirtió de que intentarías hacer algo durante la boda, pero no la creí. Estaba convencido de que podríamos discutir esto de una manera más civilizada la semana que viene, pero...

—Zeke, no. Escucha. ¡Están jugando contigo! —Owen lo intenta de nuevo—. Spark y Cherry. Es un matrimonio falso. No es real. No sé cuál es su propósito, pero tienen un contrato y todo.

—¡Se llama acuerdo prenupcial, puto imbécil! —espeta Spark.

Estoy bastante segura de que está empezando a sumar dos y dos llegados a este punto, pero me siento agradecida de que no se haya puesto a hacer `reguntas en este momento. Cuantos más seamos contra Owen, más rápido caerá en desgracia. Necesitamos la humillación pública para derrotarlo.

—Ahora, lárgate de aquí a menos que quieras que te eche yo personalmente.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —gruñe Owen.

—¡¿Tengo que echarte a golpes como hice la última vez?!

Owen se abalanza sobre nosotros, pero Joel le propina un puñetazo. Basta un gancho de derecha para que caiga al suelo, parpadeando y completamente aturdido. Merry se lleva las dos manos a la boca, mientras Marcus y los demás intentan comprender la facilidad y la rapidez con

la que Joel se ha librado de su agarre. No han resultado ser de ninguna utilidad, pero está bien. No me molesta para nada esta conclusión.

Lo cierto es que con gusto le aplastaría las pelotas a Owen con mi tacón si no calificara como una agresión física grave a los ojos de la ley. Dos de los chicos del equipo de Spark ayudan a Owen a levantarse y se lo llevan fuera. Ezekiel les sigue. A Joel nada le gustaría más que terminar lo que ha empezado, pero Marcus y Merry logran detenerlo esta vez.

—¡Papá, no, en serio! Está todo bien —dice Merry.

—No me contaste que ese hijo de puta...

—¡Papá, para! Hablaremos de esto más tarde, te lo prometo. ¡Por favor!

Joel gruñe con auténtica frustración mientras Marcus le aprieta suavemente el hombro.

—Vamos, entrenador. Estamos una boda. Ha habido un breve altercado, pero tenemos que ser respetuosos con los novios. Intentemos calmarnos.

—¿Cómo voy a calmarme si acabo de enterarme de que nuestro club ha estado dando cobijo a un depredador sexual? —responde Joel.

—No le estábamos dando cobijo —le digo—. Estaba siendo investigado, e iban a despedirlo la semana que viene, de todos modos. Sabía que intentaría hacer alguna estupidez en nuestra boda por la animadversión que hay entre él y Spark.

—Sabías que esto iba a pasar —murmura Spark, desconcertado, mientras me mira fijamente.

Todos los demás se han quedado mudos. Nadie se lo esperaba, pero me siento bastante satisfecha con cómo ha acabado. Estaba dispuesta a decir mentiras más gordas sobre lo del contrato como estrategia de defensa, pero arrancarle los putos papeles de la mano me ha parecido infinitamente más eficaz, una prueba más de que debería confiar más en mis propios instintos.

—Tendrás que perdonarme —digo, mientras el DJ muestra un atisbo de sentido común y vuelve a subir el volumen. Lenta pero inexorablemente, la sala de banquetes vuelve a cobrar vida, y sonrío suavemente mientras doy un paso hacia Spark—. No quería que te preocuparas por esto.

—No, sabías que lo más probable era que mataría a Owen si me enteraba de alguna de esas acusaciones —responde, negando lentamente con la cabeza.

—Teníamos que hacerlo de este modo —interviene Merry—. Necesitaba pruebas, Melissa estaba destrozada y yo no tenía nada con lo que probarlo. Nos llevó un tiempo construir un caso contra ese hijo de puta.

—Pero le necesitábamos contento y satisfecho para poder llegar a eso —añado—. Sólo después de aquella estúpida cena con Owen hablamos Merry y yo, y me enteré de su repugnante comportamiento. Antes de eso había detectado señales sutiles, pero nada concreto. —Aparto suavemente a Spark de otros oídos y me acerco más—. Además, el muy cabrón encontró nuestro contrato matrimonial, como viste. Tuve que mantenerlo apaciguado y confiado hasta... Bueno, hasta ahora.

—Ha sido muy arriesgado, Cherry. Podría haberte salido por la culata. Podría haberme salido

a mí el tiro por la culata. —Hace una pausa, con los ojos grandes y brillantes de horror—. ¿Lo sabe mi viejo?

—Le dije que era una mentira descarada, que sólo era un acuerdo prenupcial que Owen falsificó para tener algo que usar para joderte —respondo—. No estoy segura de que Ezequiel se lo creyera, pero sí sé que no quería recibir el batacazo que sería para su imagen, sobre todo una vez que Merry y yo le presentamos pruebas de los actos abusivos de Owen. Era una cuestión de decidir qué sería peor, y si hay algo que tu padre no es, es estúpido.

—Estoy impresionado. —Suspira profundamente.

Noto tristeza en su voz. No sé qué pensar, pero no me gusta. Tiene razón. Ha sido algo arriesgado, y me la he jugado con una información que podría haberlo arruinado todo. Pero al final del día, me siento satisfecha y aliviada. El lobo feroz está fuera de escena. Igual que la espina clavada en mi costado. Y la espina clavada en el costado de Spark, también. Nuestro contrato matrimonial está protegido, nuestro trato es perfectamente viable.

En cuanto a todo lo demás, bueno... No tengo ni idea de cómo irán las cosas, pero al menos tengo un problema menos con el que lidiar. He protegido a mi marido. *Marido.* Dios, qué raro.

—Creo que deberíamos seguir bailando —digo finalmente.

Spark tampoco parece estar seguro de qué hacer. A mi alrededor, el mundo recupera poco a poco sus colores festivos. Veo sonrisas y risas y oigo copas que tintinean. Merry está hablando con su padre en un rincón lejano, lo más seguro es que contándole todo sobre el acoso y la agresión de Owen. Al final de su relato se abrazan. Ahí mismo hay otro final feliz. Owen ha conseguido salirse con la suya en asuntos terribles durante demasiado tiempo, y mujeres inocentes han sufrido por ello. Tuve suerte de que nunca lo intentara conmigo, pero al menos se ha terminado. Al menos Merry y las otras pueden volver a sus vidas y pasar página.

Mientras tanto, espero con ansias la hora de testificar en contra de ese capullo en los tribunales.

—Ahora aún tenemos mucho más de lo que hablar mañana. Eres consciente, ¿verdad? —pregunta Spark, ofreciéndome su brazo.

Dejo que me saque a la pista para otro baile. Nuestros cuerpos se encuentran y mi corazón canta una canción diferente. Una melodía más profunda de anhelo y arrepentimiento. De querer más, pero tener que conformarme con lo que tengo. Esta farsa que tanto me ha costado proteger.

—Pues tendremos un desayuno un poco más largo —respondo sonriendo suavemente.

Y así, nos balanceamos al ritmo de la música una vez más.

Nos abandonamos a la ilusión.

TREINTA Y DOS

SPARK

No había tenido un día tan agitado desde mi lesión de rodilla.

Decir que ha sido raro sería quedarse corto. No sé qué pensar. Todo el asunto de Owen me ha pillado por sorpresa, pero estoy seguro de que mañana conoceré todos los detalles —por no hablar de la semana que viene, cuando se presenten los cargos formales. En cuanto al embarazo, sin embargo... eso es lo que me ha estado dando vueltas en la cabeza, y tampoco sé qué pensar de ello. Una cosa está clara, estaba muy equivocado sobre demasiadas cosas. Aquí estaba yo, preocupándome de que Cherry hubiera dañado nuestro acuerdo incluso mientras rechazaba mis afectos alegando temor de perjudicar nuestro trato. Y resulta que, todo este tiempo, había estado protegiéndonos.

Había estado luchando con uñas y dientes por mantenernos de una pieza y contener a mi padre.

Nos retiramos de la fiesta pasada la medianoche. Nos escabullimos como ratas. Nadie nos ve salir, ya que usamos una de las puertas laterales para dirigirnos a las escaleras de servicio. La conduzco a la suite nupcial, que está en la primera planta. La gente esperará vernos salir de esta habitación mañana por la mañana, juntos y felizmente enamorados. Me he enfadado por todas las razones equivocadas. Eso hora de empezar a hacer las cosas bien.

—Cherry, no te he agradecido lo suficiente el hacer esto —le digo cuando nos detenemos ante la ornamentada puerta de nogal. Hay cierto aroma leve a rosas en el aire, cortesía del personal y sus difusores de aceites esenciales—. El compromiso, la terapia, la boda y también toda esa porquería con Owen, parece ser. Por no hablar de lo de aguantarme a mí. Me ha llevado mucho tiempo comprender la presión que has tenido sobre tus hombros.

—Está bien, Spark. Ya has hecho mucho por mí. —Por todo lo sagrado, cada minuto que pasa está más guapa. Creo que es la pasión en su interior que lo magnifica todo. Su pasión por triunfar, su pasión por proteger a los suyos, su pasión por hacer el bien. Porque se necesita verdadera pasión para lograr lo que acaba de hacer—. Me ayudaste a salvar a mi padre, ¿recuerdas?

—Por cierto, ¿dónde está? No le he visto desde la ceremonia.

—Está durmiendo como un tronco. La cama le estaba llamando a gritos —responde ella—.

Además, no tiene permitido beber alcohol ni excederse físicamente, así que las fiestas largas hasta tarde no son para él. Está bien, le veremos mañana para el brunch.

—Hablando de eso, supongo que no habrá champán para nosotros por un tiempo, ¿eh?

Me mira sorprendida y sé que aún no está preparada para hablar del bebé. Yo tampoco he tenido mucho tiempo para pensar en ello, pero hay algo que necesita oír. Algo con lo que he estado luchando y reprimiendo simplemente porque no estaba preparado para admitir la realidad.

—Spark...

—Nos sentimos aterrorizados el uno del otro. ¿Te has dado cuenta?

La sombra de una sonrisa baila por su cara.

—Supongo que sí.

—Te aterroriza que te vuelvan a hacer daño. A mí me aterroriza volver a perderte. Y aun así, en medio de todo este puñetero circo, hemos conseguido volver a estar juntos, aunque sólo sea por una noche, y además hemos concebido un hijo. ¿No te das cuenta de que el universo está intentando decirnos algo, Cherry?.

—Yo... no lo sé.

—Bueno, pues yo sí. Sí, es un matrimonio falso, pero podemos hacerlo real. Podemos hacer que funcione. Ha empezado siendo falso; pero te quiero más que a la vida misma, y ya no me da miedo reconocerlo. —Su mirada se suaviza y deja caer los hombros con una profunda y aguda exhalación. Es como si un peso enorme hubiera abandonado su pecho—. Te quiero, Cherry. Siempre te he querido, incluso cuando estuve años sin verte, incluso cuando estaba enfadado contigo. Te quiero ahora, y te querré mientras viva... Y lo que está pasando aquí —añado, tocándole el vientre con suavidad—, es simplemente el fruto de nuestro amor.

—Estoy muy asustada, Spark.

—Yo también. Pero estoy dispuesto a adentrarme a lo desconocido contigo. Estoy dispuesto a estar a tu lado en las buenas y en las malas, pase lo que pase. Estoy dispuesto a aplastar a cualquiera que intente interponerse en nuestro camino. Nadie me conoce como tú, Cherry, y nadie te conoce como yo.

Antes de que pueda decir nada más, beso sus labios con la mayor de las delicadezas. Deposito todo mi amor en ese beso. Todo mi deseo y todo mi anhelo, sabiendo que ella puede sentirlo en lo más profundo de su ser. Ella gime suavemente y yo me aparto, rozando con mis nudillos su delicada mejilla.

—No necesito que hagas ni digas nada. Nuestro contrato matrimonial estará en vigor durante otros seis meses, en los que tendrás margen de sobra para decidir lo que quieres hacer —,digo—. Si decides marcharte, lo entenderé. Me dolerá más que un puto dolor de muelas, pero no te obligaré a permaneceré en una relación en la que no quieres estar. Sin embargo, te agradecería que al menos me dejaras formar parte de la vida de nuestro hijo. Es decir, si es que...

—¿Podemos hablarlo en el desayuno?

—Sí.

Deposito otro beso sobre su sien y me alejo, sabiendo que esta noche no voy a poder compartir la cama con ella. Por mucho que me gustaría, Cherry necesita estar sola. Le he entregado mi corazón y de ella depende lo que quiera hacer con él. Ha estado tan asustada de lo nuestro todo este tiempo. Lo mínimo que puedo hacer es demostrarle que puedo vencer mi propio miedo y dar un salto de fe.

Puede que ella se reúna conmigo a medio salto.

O puede me estrelle contra el suelo.

—Buenas noches, Cherry.

—Buenas noches, Spark.

Miro cómo se cierra la puerta tras ella y respiro hondo.

Conservaré las esperanzas.

TREINTA Y TRES

CHERRY

El banquete del desayuno es un gigantesco despliegue de alimentos exquisitos y decadencia azucarada, elegantemente interrumpido por fastuosas fuentes de fruta fresca y garrafas de cristal rebosantes de zumo de naranja y agua helada. El olor a café francés se percibe en toda la terraza, y la estupenda vista de las siempre verdes Tierras Altas de Escocia bajo un cielo azul cerúleo solo lo mejora. La primavera es siempre una estación tan esperanzadora y colorida, sobre todo en esta zona.

Sólo quedan un puñado de invitados de la fiesta de boda de anoche. Ezequiel y Melinda, Merry y Joel, Marcus, mi padre y algunos compañeros de Spark. Todos los demás se han ido, deseosos de dar a los novios el espacio que necesitan para disfrutar plenamente de su inminente luna de miel. Pensaba que esa era la mentira más gorda que tendría que inventarme más adelante, pero ya no estoy tan segura.

Spark y yo intercambiamos miradas de vez en cuando, pero no hemos hablado desde anoche.

Mi corazón sigue revoloteando como loco cada vez que nuestras miradas se cruzan, no me atrevo a decirle mi propia verdad sobre lo nuestro. Pero no hay mejor momento que hoy. Ni momento mejor que este, mientras los camareros rellenan con café nuestras delicadas tazas de porcelana y traen más leche y cruasanes a la mesa.

—Sé que han sido unas 24 horas emocionantes —dice Melinda tras dar un largo sorbo a su zumo de naranja—, pero estoy a punto de hacerlas aún más emocionantes, me temo.

—¿Ah? —pregunta Joel, levantando una ceja—. ¿Más emocionante que el ojo morado que le di a Owen?

—He decidido que voy a pedir el divorcio —responde Melinda, sonriendo rotundamente—. Es una decisión en la que he estado pensando durante mucho tiempo, pero ahora que mi hijo está felizmente casado y va a formar su propia familia algún día, siento que puedo romper mis propios grilletes.

Ezequiel permanece sentado y con los ojos fijos en su plato. En la mesa reina el silencio. Mi padre me mira extrañado, pero yo me limito a sacudir la cabeza, diciéndole sin palabras que no se moleste en tratar de entender nada de toda esta locura. La familia de Spark es especial, por no decir otra cosa. Spark, por su parte, no parece sorprendido. Lo ha visto venir a la legua, y

recuerdo que hablamos de ello después de que Melinda fuera a rehabilitación. Sabíamos que podría pasar. Pero no sabíamos cuánto tardaría.

Es interesante. Entiendo por qué Melinda ha elegido precisamente el día hoy.

—Creo que deberíamos mantener tales conversaciones en privado, cariño —dice Ezequiel, cubriéndole la mano con la suya, pero ella resopla y se separa de él.

—Ay, cariño, las próximas conversaciones de este tipo que tengamos serán en presencia de nuestros abogados. No tiene sentido seguir adelante con esta farsa. Más vale que lo admitamos ante las pocas personas que nos importan a los dos: en concreto, nuestro hijo. Nuestro matrimonio ha fracasado. Nuestro amor mutuo murió hace mucho tiempo. Es hora de que pase página y viva una vida más sana. Y tú no formarás parte de ella.

—Melinda, no puedes...

—Acabo de hacerlo —le corta—. Salva el orgullo que te queda y déjalo estar.

Ezequiel se lo piensa un momento mientras su mirada recorre la mesa. Sabe que no hay marcha atrás. Entiende lo que está pasando. Su ego normalmente no se lo permitiría, pero hay testigos de la declaración de Melinda. No puede barrer esto bajo la alfombra. Supongo que tiene su acuerdo prenupcial y a su abogado listos, de todos modos. No es una cuestión de que la noticia le haya dejado devastado. Sino más bien de perder el control sobre otra persona.

—Lo que quiera que te haga feliz, mamá —dice Spark, ofreciendo a Melinda una sonrisa cálida y alentadora—. Sabes que te apoyo al cien por cien. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, mi amor —responde ella, tragándose las lágrimas.

Está a punto de escapársele alguna lágrima propia cuando Spark se endereza y suelta su propia bomba de relojería.

—Por cierto, el Dr. MacPhee me ha dado el alta. Estoy listo para volver al hielo.

Marcus y los demás estallan en vítores y una salva de aplausos. Se suceden una serie de apretones de manos y abrazos, palmadas en los hombros y muchas risas. Joel, en particular, parece excepcionalmente encantado. Ezequiel sonreiría, pero aún no se ha recuperado de la humillación anterior. Me doy cuenta de que le parece bien que su hijo esté de regreso. Después de todo, ese era el propósito de su ultimátum.

—Y he aceptado una oferta de traspaso de los Edinburgh Warriors —añade Spark.

En ese momento, Ezequiel deja caer el tenedor y los huevos revueltos se esparcen por su plato.

—¿Qué has dicho?

—Llevamos un tiempo negociando —dice Spark—, y me aseguré de involucrar también a la directiva. Los votos fueron casi unánimes, aunque tu voto lo contaron automáticamente como en contra.

—Spark, ¡¿qué demonios has hecho?! —gruñe Ezequiel, levantándose de su asiento.

A Melinda le cuesta contener la risa. Joel no parece sorprendido por la noticia. Yo desde luego que lo estoy, aunque también comprendo por qué Spark ha optado por esta vía. En cuanto

a los demás, casi puedo oír cómo se desvanece su entusiasmo conforme empiezan a asimilar la nueva realidad.

—Sabía que nunca aprobarías que me fuera a otro equipo, así que eludí tu habitual autoridad e involucré a la directiva del equipo. Estaban ansiosos por considerar la posibilidad, especialmente cuando se enteraron de lo que el club va a ganar con mi traspaso —dice Spark—. Los Warriors están desesperados por ficharme, y yo necesito empezar de cero.

—Spark, no puedes hacer esto. Hablaré con la directiva.

—No hay nada de qué hablar. Al menos, ya no. Firmes o no los papeles del traspaso, la directiva te supera en voto —responde Spark—. Necesito librarme de ti, papá. Se acabó. Este es el fin. Ya no tienes poder sobre mí. Lo siento.

Ezequiel me lanza una mirada dura y furiosa.

—Serás zorra traicionera.

—Vuelve a llamarla así y te parto la cara —suelta Spark, golpeando la mesa con el puño—. Cherry no tenía ni idea de nada de esto. No quería que lo supiera. Nadie más que Joel estaba al tanto. Bueno, Joel y la directiva.

—Me lo veía venir. —Ríe Melinda.

—Esto es una puta broma. Esto no va a acabar bien para ninguno de vosotros —responde Ezequiel, señalándonos con un dedo enfadado a cada uno de nosotros. Todo lo que tengo para responderle es un inocente encogimiento de hombros.

En el fondo, sé que esto hace feliz a Spark. Está libre de su padre. Fuera de su alcance legal. Ya no está entre sus garras y su carrera de hockey está de nuevo en marcha. Sé que le irá muy bien sobre el hielo. Su recuperación ha sido lenta, pero suave y segura. Le quedan al menos otros cinco años dándolo todo en la pista antes de retirarse y puede que entrenar a su propio equipo.

Una cosa es cierta, eso sí. La gallina de los huevos de oro de Ezekiel acaba de darle una patada en los huevos.

—Inténtalo desde cualquier ángulo legal que quieras —dice Spark—. Ya está hecho, se acabó. En septiembre estaré jugando para los Warriors de Edimburgo.

—Será mejor que no busques pelea cuando juegues contra nosotros, colega —responde Marcus, sonriendo ampliamente—. Sabes que Rufus juega sucio.

Los chicos se ríen. Joel sonríe, aunque sé que va a echar de menos trabajar con Spark. Pero Ezequiel ya no aguanta más. Completamente humillado y sin sus marionetas favoritas, no ve más remedio que levantarse de la mesa y retirarse avergonzado y sombrío. Le llevará un tiempo lamerse las heridas. Probablemente nunca perdonará a Spark por nada de esto, y los acosará a él y a Melinda con todo lo que pueda en los tribunales, pero al final del día, sé que fracasará.

Spark ha tenido mucho tiempo para planificar cada uno de sus movimientos.

—Supongo que todos hemos estado guardando secretos —digo al cabo de un rato, mientras el desayuno retoma su curso normal y se intercambian tímidas impresiones a través de la mesa sobre las decisiones de Melinda y Spark.

Nadie se atreve a criticar a Ezequiel por haberse marchado, pero todos saben que estará de mal humor durante mucho tiempo.

—Sí, bueno, parece que eso se nos da de lujo, ¿no? —responde Joel bruscamente—. Pero lo entiendo. Entiendo por qué mi hija no me habló de Owen. Por qué Melinda quiere una vida mejor por su cuenta; por cierto, mi oferta sigue en pie. Siempre serás bienvenida a quedarte con Merry, los chicos y conmigo todo el tiempo que necesites.

—Gracias, Joel. Probablemente te tome la palabra. Zeke tiene mal perder. Nunca dejará de reprocharmelo, así que cuanto antes me mude, mejor. Aunque voy a echar de menos mis magnolias.

—Pues asegúrate de que sea papá quien se mude después del divorcio. Incluso un acuerdo prenupcial puede ser impugnado —responde Spark, sonriendo con amplitud.

—¡Lo que intento decir…! —interrumpe Joel, frunciendo ligeramente el ceño—. Lo que intento decir es que entiendo por qué habéis hecho lo que habéis hecho. Por qué os lo guardasteis para vosotros. Por qué habéis sido cautelosos y habéis ido tenido que ir de puntillas, y tengo que admitir que nos merecemos este resultado. El club se merece este resultado. El ambiente que hemos estado alimentando en la pista ha sido bastante tóxico. Ahora lo veo más claro que nunca. Zeke es tóxico por definición. Tenemos que empezar a hacerlo mejor, y si para ello tenemos que perder a un entrenador asistente y a nuestra estrella ofensiva, que así sea. Vamos a hacer las cosas mejor. El lunes yo también tendré asuntos que comunicar.

—¡No nos digas que tú también te vas! —jadea Marcu .

—No. No. No os libraréis de mí tan fácilmente —Se ríe Joel—. Pero es hora de hacer algunos cambios. Cambios muy necesarios. Y me aseguraré de que Zeke también esté de acuerdo.

—Golpéalo ahora mientras está en el suelo. —Sonríe Spark con frialdad.

—Oh, ¿crees que hace falta que me lo digas?

Las risas estallan alrededor de la mesa y sé que este es mi momento. Me levanto y sonrío a todos.

—No hay palabras suficientes para agradeceros a todos vuestro apoyo, vuestras amables palabras y vuestra maravillosa forma de ser. Tanto Spark como yo somos mejores por conoceros a cada uno de vosotros —digo, mirando primero a mi padre—. Gracias por venir hasta aquí para estar conmigo en esta boda.

—No tienes que dármelas, niña —responde papá, apretándome la mano“—. Gracias a ti por dejarme participar.

—Y gracias, Melinda, por tu apoyo con la boda. Merry, tampoco podría haberlo hecho sin ti. Joel, Marcus... chicos, estoy... No tengo palabras, tengo mucha suerte de conoceros —añado, intentando con todas mis fuerzas no llorar. El sol de la mañana se desplaza y proyecta la mayor parte de su luz sobre la terraza, cegándome temporalmente.

—Haces que suene como si estuvieras a punto de darte a la fuga o algo así —murmura

Merry, recostándose en su silla mientras me mide de pies a cabeza. Mientras tanto, unas débiles náuseas vuelven a recordarme a la personita que está creciendo dentro de mí. Voy a ponerme a vomitar muy pronto. Me cago en la puta.

—Lo siento. Tengo que...

—¡Cherry! —grita Spark, pero yo ya estoy corriendo.

Tan rápido como puedo, y agradecida por llevar zapatos planos y no tacones, corro hacia el baño más cercano como si me fuera la vida en ello. Sé que voy a tener que dar muchas explicaciones, pero primero tengo que expulsar esto de mi sistema. Mi cuerpo se está portando como un imbécil total.

TREINTA Y CUATRO

CHERRY

No tardo más de cinco minutos en expulsar la mayor parte de mi desayuno y recuperar los cinco sentidos. Supongo que así va a ir la cosa durante algún tiempo. Me enjuago la boca con agua fría y mastico uno de los caramelos de menta que el personal deja en delicados cuencos en todos los baños del castillo. Es una bendición. Me lavo la cara, me seco con una toalla de papel y vuelvo a mirarme en el espejo.

Mi vestido maxi está limpio. Por suerte, llegué al baño a tiempo.

Cuando llaman a la puerta del baño me sobresalto.

—¡Cherry! —me llama Spark desde el otro lado.

—¡Espera! —grito a mi vez.

Un minuto más tarde, salgo del baño y me lo encuentro de pie en medio del pasillo, pálido, jadeante y con el sudor goteándole por las sienes.

—Vaya, ¿qué te ha pasado? —pregunto, casi sin aliento.

—Saliste corriendo así... Pensé que había pasado algo —dice.

—Sí, que estoy embarazada y vomitando hasta las tripas —respondo.

—Ah.

Me encojo de hombros y él se ríe.

—Escucha, Spark... —Se me inundan los ojos de lágrimas—. Mierda. Pensé que tenía esto bajo control.

—Cherry, ¿qué pasa? —Me tiende la mano y me coge en brazos.

En cuanto siento su abrazo y le miro a los ojos, me deshago en pedazos. Todo lo que he estado reprimiendo durante todo este tiempo estalla en un diluvio de lágrimas y palabras sinceras mientras desnudo mi alma para que él la vea.

—Lo siento mucho, Spark. Me dijiste que me querías y ni siquiera tuve la decencia de responderte. Dejé que te fueras a dormir anoche pensando que no te quería, pero te quiero, te quiero con locura y para siempre. Por eso he estado tan asustada, tan sobreprotectora y tan insegura. Te quiero. Necesito que lo sepas.

—Más o menos que ya lo sabía.

—¿Eh? —Le miro confusa, pero me reparo en que está sonriendo con picardía, intentando

restarle importancia al asunto—. Mentiroso.

—Te quiero, Cherry.

—Te quiero, Spark. Ya está, lo he dicho. Lo diré tantas veces como quieras que lo diga.

Me besa, y yo le doy la bienvenida a sus labios y a su amor. Acojo con satisfacción la verdad de lo que somos y de lo que vamos a ser en los días y años que están por venir. Mi corazón se expande como un grano de maíz que estalla en aceite caliente. Mi alma crece y reluce como el sol cuando nuestras lenguas se encuentran, se enredan y se saborean; cuando nuestros cuerpos vibran de alegría y nuestros futuros se unen para siempre en un hilo único e irrompible.

—Vamos a tener un bebé —le digo.

—¿No jodas? —responde, con los ojos brillantes de ternura y afecto.

—Y no vamos a divorciarnos en seis meses —añado.

—Así me ahorro algo de dinero en los honorarios del abogado —dice.

Le beso profunda y apasionadamente; le rodeo el cuello con los brazos y espero que sienta cómo mi corazón retumba de expectación. No tardamos en besarnos, toquetearnos y subir a trompicones las escaleras de servicio hasta la suite nupcial. Ni siquiera sé cómo hemos llegado hasta aquí, pero sí recuerdo cómo nuestra ropa voló por el aire y aterrizó en el suelo de madera.

Mis pies descalzos tocan la alfombra de felpa junto a la cama mientras Spark me besa a lo largo del cuello. Son besos húmedos, muestras de amor eterno y deseo ardiente. Nuestras manos vagan por el cuerpo del otro. Nuestros dedos se mueven con ansia. Nuestros labios se encuentran mil veces. Nuestros dientes mordisquean labios y piel. Y nuestros corazones bailan.

Me tumba en la cama y me reclama como su mujer.

—Esto no ha salido como pensaba —susurro mientras él se desliza más hondo dentro de mí.

Nos fundimos el uno con el otro, buscando el centro de nuestro universo. Subimos cada vez más y más alto hasta encontrar el cielo. Hacemos el amor con locura y sin fin, más allá de la puesta de sol, hasta bien entrada la noche. Ignoramos todas las llamadas al teléfono y todos los golpes en la puerta. Les decimos a todos que se marchen y nos dejen en paz.

—Pero me gusta cómo ha salido —dice Spark, con el pulso latiéndole al mismo ritmo que el mío bajo las suaves sábanas de lino mientras me da la vuelta, duro como una piedra y deseoso de volver a hacerme suya.

—Ya resolveremos todo lo demás, ¿verdad?

—Las cosas de una en una, nena.

De una en una, sí.

A la vida no se le da muy bien lo de darnos lo que queremos. Nuestros deseos suelen dejarse a los caprichos del destino. Algunos se cumplen, otros quedan relegados al olvido y se descartan. Pero la vida es una experta en darnos lo que necesitamos. Lo que ni siquiera sabíamos que haría que valiese la pena vivirla. Después de todo, nunca me imaginé que la vida me traería hasta aquí.

Sin embargo, aquí estoy, haciendo el amor con mi marido, con un castillo escocés erigiéndose a nuestro alrededor y un futuro extrañamente apasionante desentrañándose a nuestros

pies. ¿Quién iba a pensar que una mentira explotaría hasta convertirse en una verdad tan hermosa y férrea?

MANTEN EL CONTACTO

ASC

AMELIA SAVANNAH CASSIE

¡Mantente en contacto para enterarte de todas las historias increíbles que tenemos preparadas!

Facebook: únete a nuestro grupo de lectura AQUÍ
Newsletter: Apúntate a nuestra newsletter AQUÍ